



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

UT AUSTIN - GEN LIBS WAREHOUSE



00399056

43984 V

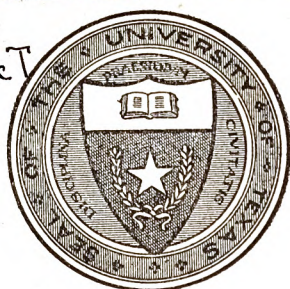


1100965272

146 C739CT

A73984

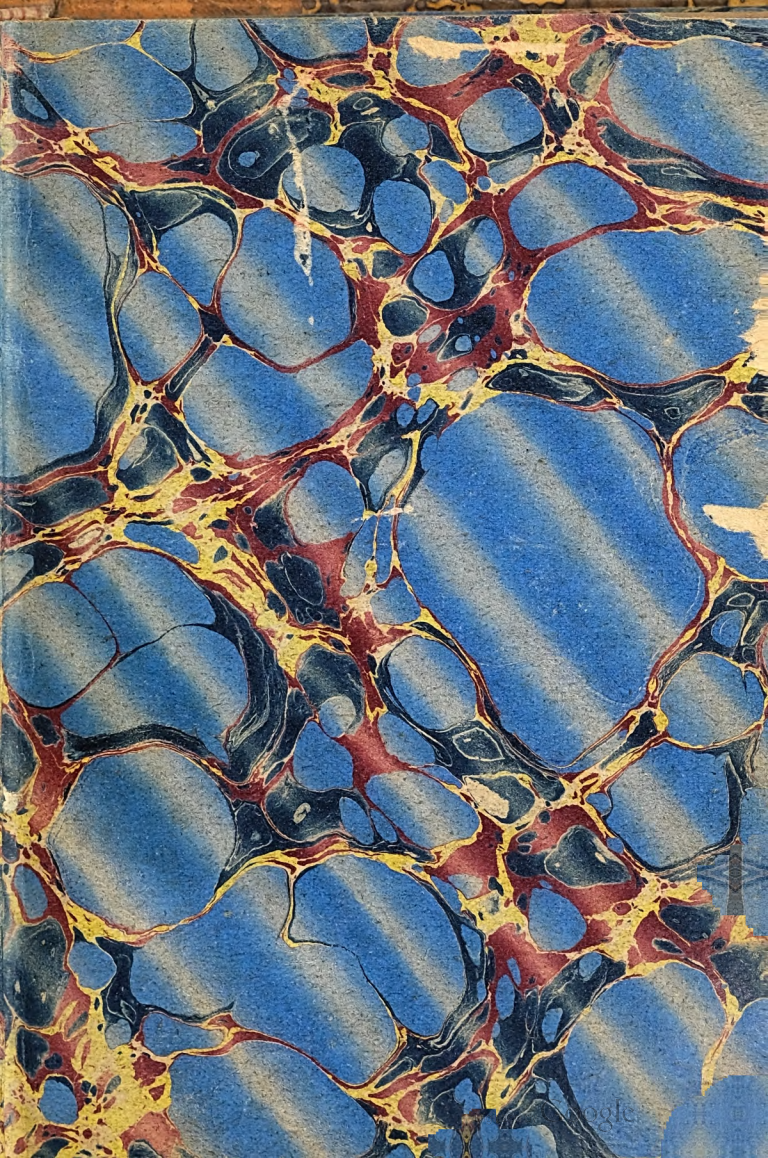
146
C739cT



LIBRARY
OF
THE UNIVERSITY OF TEXAS

THE GENARO GARCÍA
COLLECTION

Digitized by Google



-7-4

Digitized by

Digitized by Google

111-5-10

BIBLIOTECA
ECONOMICA FILOSOFICA

VOLUMEN XXX

OBRAS
DE
ANTONIO ZOZAYA

	<u>PESETAS</u>
La Crisis Religiosa.....	2
Miscelánea Literaria.....	4,50
La Contradicción Política.....	0,50
Política de Aristóteles.....	1
Doctrina de la Ciencia, por Fichte....	4,50
Lógica de Hegel.....	2

Se remiten francas de porte á quien envíe su importe á esta Administración, Duque de Alba, 13, principal, en letra de fácil cobro ó timbres de comunicaciones.

Á los señores libreros, se les hace el acostumbrado descuento.

BIBLIOTECA ECONÓMICA FILOSÓFICA

VOL. XXX

REPÚBLICA OCCIDENTAL
ORDEN Y PROGRESO—VIVIR PARA EL PRÓJIMO

CATECISMO POSITIVISTA

6

Sumaria exposición de la religión universal
en trece diálogos sistemáticos
entre una mujer y un sacerdote de la Humanidad,

POR

AUGUSTO COMTE

traducción de

ANTONIO ZOZAYA

(Segunda edición.)

TOMO I

El Amor por principio,
Y el Orden por base.
El Progreso por fin.

MADRID

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
DUQUE DE ALBA, 13, PRAL.

1894

205395

Quea hecho el depósito que marca la ley.

NOVA

NOVA

IMP. DE JOSÉ RODRIGUEZ, ATOCHA, 100, PRAL.

LOS NUEVOS DOGMATISMOS

LIBRARY

UNIV OF TEXAS

«La verdadera religión del porvenir, dice Stuart Mill (1), será una moral elevada que aventaje al utilitarismo egoísta y nos lleve á procurar el bien de la Humanidad entera;» esta creencia es compatible con la idea de un principio supremo, con tal que no se le considere perfecto y omnipotente, con tal que se crea que no puede hacer todo el bien que quiere. El deber de los hombres es ayudarle para el total perfeccionamiento y realización del Bien en el Universo.

Dejando á un lado la contradicción en que incurre el preclaro sistematizador de la doctrina utilitaria al reconocer que hay un fondo de egoísmo en su doctrina moral, egoísmo que en otras obras niega (2); hay en su

(1) *Ensayos sobre Religión.*

(2) *El utilitarismo.*

tesis dos asertos que merecen detenido examen. La afirmación de la existencia de un principio del bien que no es omnipotente, pero que lo deviene cada vez más, hasta llegar en el porvenir á la perfección y á la omnipotencia y la exigencia de convertir la moral en Religión, en degrosa las reglas de conducta.

Acerca de la primera teoría, poco hemos de decir, por no referirse á nuestro actual propósito. Basta indicar que la creencia en un Dios imperfecto hoy, omnisciente y omnipotente en el porvenir, merced al auxilio y cooperación de todos los seres, degenera en un verdadero panteísmo, y son á ella aplicables las objeciones que se puede hacer á esta doctrina. Dios se confunde con el mundo y desde este momento cesa entre ambos toda relación y lazo religioso. Si el universo no es Dios, llegará á serlo tras una evolución constante; de esta suerte, puede llegar una cosa á ser lo que antes no era virtualmente y salir lo positivo de lo negativo, lo más de lo menos.

Pero, además, no concebimos lo Absoluto en el porvenir, como no concebimos lo Absoluto en el pasado, sin ser en el presente, porque lo Absoluto, por serlo, está sobre la idea de tiempo. Tan incomprensible resulta la idea de un Dios que no es, pero que será, como la de un Dios que, después de crear el mundo, desapareciera para siempre.

Se ve, de todas suertes, en las frases de Stuart Mill, la tendencia á convertir la moral en dogma, y aun á divinizar la Humanidad. Tal ha sido y es la aspiración de innumerables pensadores. Han visto ó creído ver que la moral necesita una base religiosa, y la han buscado en el culto de la moral simbolizada, como M. Matew Arnold y no pocos protestantes liberales, ó en el culto de la Humanidad.

La religión de la Ética no es religión ni es ética. No hay ritos, no hay dogmas, no hay misterios, es cierto; pero no hay divinidad, ni culto, ni hipótesis científicas á que se asocie de alguna manera el sentimiento. Sirva de ejemplo la Iglesia fundada en New York por Mr. Félix Adler. No hay sino amor y mutua protección, pero la religión desaparece y convierte á esta asociación, como á otras innumerables, en sociedades benéficas de socorros mutuos.

Y aun la moral no sale bien parada de estas teorías religiosas. Falta de base, sin motivos de adhesión, queda la moral sin lo que, pese á Mr. Guyau, es en ella más característico, sin obligación y sin sanción.

Por eso, los nuevos dogmatismos han coincidido hasta ahora en el culto de la Humanidad. Ciertamente, el teísmo, cuando se detiene en una vaga noción de Dios, como en la *Profesión de fe del vicario saboyano*, de Rousseau, siempre hace gala del amor á la

Humanidad; mas, entonces, lo que ocurre es que no hay religión alguna, porque no hay relación entre el hombre y un Dios distinto de él. También los ateos (el ateísmo, aunque esto parezca paradójico, es, después de todo, un sistema religioso), proclaman su amor á la Humanidad; mas no basta ser *transcendentalista* al modo que Emerson y Parker en América, ó *cosmista* á la manera de misters Fiske, Potter y Savage para creer que se profesa el culto de la humanidad. Sólo cuando confunde á la Humanidad con la causa primera y la deifica, el culto de la humanidad es consecuente.

II

Tal hizo Augusto Comte (1), discípulo y sectario en un principio del sansimonismo (otra tentativa abortada), expuso su sistema religioso, que ha llegado á contar numerosos adeptos. Es verdad que los discípulos más profundos han seguido al maestro solamente en lo que se refiere á sus afirmaciones filosóficas. Littré no profesa el culto de la Humanidad, y Spencer protesta cuando se le llama discípulo del gran soñador. Pero aun el culto de la Humanidad parecía propagarse cuando una excisión entre Laffite, Audiffrent

(1) V. *Système de Politique positive* y *Catechisme positiviste*.

y los hermanos Lagarrigue (1) ha demostrado la imposibilidad de hacer esta nueva utopía aceptable. Hay en la obra de Comte mucho bueno y mucho nuevo; pero, á semejanza de la música, de que hablaba Rossini, en ella, ni lo bueno es nuevo, ni lo nuevo es bueno.

En sus primeras obras, Comte se declaró abiertamente enemigo de toda religión incompatible con su ley de los tres estados. Cada una de nuestras principales concepciones, cada rama de nuestros conocimientos, pasa sucesivamente por tres estados teóricos diferentes: el estado teológico ó ficticio, el estado metafísico ó abstracto y el científico ó positivo. Esta ley de los tres estados, discutible cual pocas, ha sido aceptada con entusiasmo por los discípulos de Comte, y especialmente por Mill y Littré. Puede decirse que es una de las afirmaciones de que toma su origen el positivismo contemporáneo. En el primer estado, el hombre se representa los fenómenos como producidos por agentes sobrenaturales. El milagro y el prodigio ex-

(1) Clara se ve esta excisión en los folletos que estos señores han tenido la dignación de enviarme, entre otros: AUDIFFRENT, *Positivisme dans les derniers temps*; ID., *Le temple de l'Humanité*; JORGE LAGARRIGUE, *Lettre sur le positivisme, Le positivisme et la Vierge-mère*; J. E. LAGARRIGUE, *Circular religiosa, La Religión de la Humanidad*.

plican el Universo; en el segundo, todo se explica, no ya por agentes sobrenaturales, sino por nociones abstractas, y en el estado positivo, por último, los hombres convencidos de que sólo pueden conocer hechos, se dedican á investigar las leyes que pueden inducir de los fenómenos. La Religión, la Filosofía y la Ciencia siguen un orden cronológico; mas la historia y la realidad presente desmienten este aserto.

Litré y Stuart Mill, más consecuentes que Comte, no aceptan el culto de la Humanidad; no valía la pena de declarar que la religión es sólo propia de la infancia de los pueblos para fundar una nueva. No: pasó el estado religioso, y aun el filosófico; vivamos en el positivo.

Pero Comte, que se separó de Saint-Simón (1) por no aceptar doctrina alguna religiosa, acabó por fundar una y declararse su apóstol. Se ha dicho que Comte tenía por sí mismo una pasión de mujer, una especie de autolatría. La condensadora de su doctrina, miss Martineau, su médico Robinet y el mismo Littré, nos refieren que, además de condenar toda libertad de pensamiento y ser partidario del cesarismo, advirtió á sus discípulos que se abstuviesen de hacerle objeciones, porque no escucharía ninguna.

(1) Acerca de esta doctrina, consúltese: PAUL JANET, *Saint-Simón et le Sansimonisme*.

¿Y cuál es la religión de ese hombre infalible? Tiberghien lo dice: un ateísmo inconsecuente y un materialismo disfrazado. En efecto; Comte no cree ni en Dios ni en el alma humana, y pretende, sin embargo, hacer una ridícula parodia del culto católico. El misterio de la Trinidad tiene su equivalente en la Trinidad positivista, compuesta de la *Tierra* ó gran ídolo, del *Espacio* ó gran medio y de la *Humanidad* ó gran Sér. La *Virgen Madre* es el resumen sintético de la religión positiva.

Es el culto de la Humanidad, en opinión de algunos, lo hemos dicho, un materialismo inconsecuente y un ateísmo disfrazado; para otros una servil imitación del catolicismo, al cual procura copiar en el culto de la Virgen Madre, que simboliza la Humanidad, ó el gran Sér en los Sacramentos y aun en el calendario que acompaña al catecismo positivista. Ciertamente, el mayor defecto de este libro es ser un verdadero *catecismo*; es decir, un libro en que se exponen dogmáticamente las opiniones de un hombre en quien la vanidad llegó á la propia deificación y á la autolatria. Leyendo las obras de Augusto Comte, sorprende de qué modo, cambiando los nombres del Catolicismo, se han conservado los dogmas, los errores y las enormidades. Confunde Comte la Humanidad con Dios, y le adora; pero, ¿qué sería de ese Dios el día en que la tierra se deshiciera en el espacio,

ó sufriera la suerte de esos planetas muertos que en el abismo de los cielos parecen sepulcros errantes? ¡Ah! entonces no habría humanidad terrena, pero habría un universo, tan grande, tan racional, tan admirable como antes, poblado quizá, y sin quizá, de otros seres que despreciarían á esa humanidad deificada que había podido perecer en el seno de una Naturaleza viva y eterna.

Esos estados porque ha pasado la Humanidad en opinión de Comte; esa explicación de los fenómenos cerebrales y de los hechos históricos, son, en opinión de los más implacables de sus adversarios, fruto de sus *rápidas lecturas*. Comte ha querido fundar una Religión sin destruir lo externo, y quitando de su sólio á Dios, ha colocado en él á la Humanidad, y él á su vez ha pretendido ocupar el lugar de Jesucristo. Pero la doctrina de Jesucristo ha necesitado del concurso de todas las ciencias para dejar de ser universal. Al culto de la Humanidad le ha bastado para morir, el ridículo (1).

En toda religión nueva sobran los Pontífices definidores, sobran los dogmas inataca-

(1) Cuéntase que el propietario de la casa en que murió Augusto Comte en la *Rue de Monsieur le Prince*, asombrado al ver que en tan reducido espacio se reuniese tanta gente para llevar á cabo las prácticas religiosas del Positivismo, suplicó á M. Lafitte que desalojase el local. Su Religión

bles, los ritos, las ceremonias, los misterios y la pretensión de llegar á ser universal. Esto fué lo que no tuvo en cuenta el fundador del culto de la Humanidad.

III

Nada muere sin resistirse á morir; nada renuncia á la vida sin un supremo esfuerzo de protesta. Por esto todo cambio supone dolor, y no podemos hallar cosa alguna en la vida de los cuerpos ni en la de las ideas que desaparezca súbitamente sin pretender aparecer bajo otras formas, y disfrazada con otros nombres.

La fe dogmática ha muerto, y sin embargo, un movimiento de reacción nos presenta el dogmatismo bajo la forma de nuevas religiones, de nuevas sectas, que los hombres bastante ilustrados para libertarse de los antiguos dogmas, pero demasiado habituados á ellos para vivir sin dogma alguno, acogen con júbilo y con entusiasmo.

Mas es de notar, en este movimiento de reacción, una tendencia al individualismo religioso que se ha hecho oportunamente notar, y que se ha llamado *anomia* religiosa.

de ustedes, dijo, será buena ó mala, yo en eso no me meto; pero es una religión que carga demasiado las vigas. Así fueron tachados de ilusos los hombres que haciendo alarde de positivistas, se alejaban cada vez más de la realidad.

Y ciertamente, ya lo hemos dicho, ninguna religión puede de hoy más aspirar á la catolicidad, á la universalidad. Todos los hombres son diferentes, y ha de ser diferente su concepción de la Naturaleza, del Arte, de la Religión; por esto, cuantas teorías metafísicas se presenten bajo el nombre de *Religión del Porvenir*, serán seductoras, generosas, levantadas, pero no serán verdaderas, porque el porvenir no tendrá religión, sino religiones.

Mas no por esto se crea que ha tenido razón Guyau al afirmar que el porvenir será irreligioso, y que sustituirán á la Fe las hipótesis científicas. Algo hemos dicho acerca de este extremo al ocuparnos en determinar lo que es propio y característico de toda religión. Entre la hipótesis científica y la Fe racional, hay semejanzas seguramente. Ambas parten del conocimiento científico, y no le contrarían; ambas rechazan lo milagroso, lo sobrenatural, el rito externo; pero entre ellas hay una inmensa diferencia. La hipótesis científica carece de tres notas que caracterizan á toda Fe. El sentimiento de *dependencia absoluta del hombre de un poder superior*, nota que han considerado esencial á la Religión pensadores como Strauss, Pfleider, Reville, Lotze y Scheleimacher. *La asociación de la voluntad á la inteligencia en forma de deseo*, como ha reconocido Feuerbach, ó en forma de aspiración á un estado

mejor, á una aproximación á la Divinidad y al reinado de la Justicia, y en tercer lugar, *la asociación á la inteligencia del sentimiento*, en forma de culto á lo verdadero, á lo bueno y á lo bello, en vista de esta dependencia y con piadosa intención.

No puede, por lo tanto, confundirse sin error la Fe racional con las hipótesis científicas. No hay derecho para afirmar que pasará la Religión para convertirse en ciencia como pasó la Astrología, la Alquimia y la Quiromancia. La Religión tiene una esfera propia y determinada, y caracteres que le son peculiares.

Lo que hay es que todo intento de reconstruir una fe dogmática y universal es estéril y baldío por la ley del progreso en la Religión, por la incompatibilidad del dogmatismo y la Ciencia, y por esa variedad en la unidad que en Religión, como en Arte, como en Filosofía, como en todos los órdenes del pensamiento, es característica de la civilización moderna.

Los dogmatismos exigen para vivir condiciones especialísimas que hoy no se dan. Supone todo dogma, por serlo, adhesión incondicional é irreflexiva; pero los hombres no desoyen la voz de la razón, sino ante lo sobrenatural; no aceptan una creencia porque sí; ha de fundarse en razones ó en milagros. Y los milagros, ¡ah, los milagros! conocemos todos demasiado los resortes de la

magia blanca y de la taumaturgia para dejarnos fácilmente impresionar; apenas si toleramos los prodigios y los escamoteos cuando se nos presentan como juegos de prestidigitación. Josué en nuestro tiempo, hubiera sido un Mr. Hermann; Moisés un Macallister. Aquello que hoy necesita de lo sobrenatural para vivir, tiene que renunciar á la vida, no pudieron resistir á la civilización los antiguos dogmas; lo que no consiguieron Budha, Confucio, Cristo ni Lutero, ¿podrá hacerlo un misántropo de la rue de Monsieur le Prince, ó un comerciante de Regent Street?

Después que el Mormonismo en América ha venido á paralizarse en su desarrollo, en términos que ya hoy nadie piensa seriamente en su universalización, parece llegado el momento de afirmar que no habrá «Religión del Porvenir,» porque el libre examen por un lado, los innumerables aspectos de la realidad que hacen de ella un prisma de infinitas caras, las diversas condiciones que en cada individuo se dan, y la influencia que en él ejercen el temperamento, la herencia, el hábito, el medio en que vive y el grado de cultura lo impiden. La variedad en la unidad será en Religión como en todo, ley inexcusable, porque, como se ha dicho, hay en ella un elemento inmutable, pero hay otro contingente y variable que debe caracterizar á toda relación del hombre con lo absoluto.

ANTONIO ZOZAYA.

PREFACIO

«En nombre del pasado y del porvenir, los servidores teóricos y los servidores prácticos de la HUMANIDAD, vienen á tomar dignamente la dirección general de los asuntos terrestres, para construir por fin la verdadera providencia moral, intelectual y material, excluyendo irrevocablemente de la supremacía política á todos los diversos esclavos de Dios, católicos, protestantes ó deístas, como retrógrados á la vez que perturbadores.» Tal fué la proclama decisiva con que en el palacio-Cardenal terminé, el domingo 19 de Octubre de 1851, después de un resumen de cinco horas, mi tercer *Curso filosófico sobre la historia general de la Humanidad*. Después de esta memorable clausura, la publicación del tomo segundo de mi *Sistema de política positiva*, acaba de demostrar directamente cuánto conviene un destino social semejante á la filosofía capaz de inspirar la teoría más sistemática del orden humano.

Venimos, pues, abiertamente á libertar al

Occidente de una democracia anárquica y de una aristocracia retrógrada, para constituir, en tanto sea posible, una verdadera sociocracia que haga sabiamente concurrir á la común regeneración todas las fuerzas humanas, aplicadas siempre cada una según su naturaleza. En efecto, nosotros, sociócratas, no somos más demócratas que aristócratas. A nuestros ojos, la respetable masa de estos dos partidos opuestos, representa empíricamente de una parte, la solidaridad; de otra, la continuidad, entre las cuales el positivismo establece profundamente una subordinación necesaria, que reemplaza á su deplorable antagonismo. Pero aunque nuestra política se eleva igualmente por cima de estas dos tendencias incompletas é incoherentes, lejos estamos de reprobar hoy del mismo modo los dos correspondientes partidos. Al cabo de treinta años que ha durado mi carrera filosófica y social, he sentido siempre un profundo menosprecio hacia lo que se llama, bajo nuestros diversos regímenes, la *oposición*, y una secreta simpatía hacia todos los constructores. Aun aquellos que quisieran construir con materiales evidentemente gastados, me parecerían constantemente preferibles á los simples demoledores, en un siglo en que la reconstrucción general es la primera necesidad doquiera. A pesar del atraso de nuestros conservadores oficiales, los revolucionarios me parecen aún más ale-

jados del verdadero espíritu de nuestro tiempo. Prolongan ciegamente en pleno siglo XIX la dirección negativa que sólo podía convenir al XVIII, sin procurar borrar este estigma con los generosos sentimientos de renovación universal que caracterizaron á sus predecesores.

Así, aunque las inclinaciones populares permanezcan siéndoles favorables, el poder pasa siempre á sus adversarios, que al menos han reconocido la impotencia orgánica de las doctrinas metafísicas, y buscan en otra parte principios de reconstrucción. Entre la mayor parte de éstos, la retrogradación no es, en el fondo, sino un estado provisional contra una inminente anarquía sin convicción alguna verdaderamente teológica. Aunque todos los hombres de Estado parecen ahora pertenecer á esta escuela, puede asegurarse que les suministra solamente las fórmulas indispensables á la coordinación de sus propósitos empíricos, y que esperan su enlace más real y más estable de una nueva doctrina universal.

Tal es, ciertamente, el único jefe temporal verdaderamente eminente con que puede honrarse nuestro siglo; el noble czar, que al mismo tiempo que extiende su inmenso imperio cuanto lo permite su situación actual, le preserva, con enérgica prudencia, de una vana fermentación. Su juicioso empirismo ha comprendido que el Occidente

es el único investido de la gloriosa y difícil misión de fundar la regeneración humana, y que el Oriente debe luego apropiarse pacíficamente de ella á medida que vaya apareciendo. Paréceme aún haber observado que esta inmensa elaboración se hallaba especialmente reservada al gran centro occidental, cuya espontaneidad necesariamente desordenada, debe ser siempre respetada como profundamente indispensable á la solución común. La agitación habitual de todo el resto del Occidente, aunque más difícil de contener que la del Oriente, es, en el fondo, casi tan dañosa al curso natural de la reorganización final, cuyo principal foco tiende á sofocar, como el conjunto de lo pasado fijo en Francia.

Nuestra situación occidental excluye de tal modo el punto de vista puramente revolucionario, que reserva al opuesto campo la producción de las máximas más características. A pesar de la memorable fórmula práctica emanada de un demócrata felizmente no ilustrado, fué de los conservadores puros de donde surgió la más profunda sentencia política del siglo XIX: *No se destruye sino lo que se reemplaza*. El autor de esta admirable máxima, tan bien expuesta como bien pensada, nada presenta, sin embargo, de eminente bajo el aspecto intelectual. No es verdaderamente recomendable sino en virtud de una rara combinación de

las tres cualidades prácticas, la energía, la prudencia y la perseverancia. Pero el punto de vista orgánico tiende hoy de tal modo á agrandar las concepciones, que basta, en una situación favorable, á inspirar á un entendimiento superficial, un principio verdaderamente profundo, que el positivismo adopta y desarrolla sistemáticamente.

Sea como quiera, la naturaleza retrógrada de las agotadas doctrinas que nuestros conservadores emplean provisionalmente, debe hacerles esencialmente impropios á dirigir la política real en medio de una anarquía primitivamente debida á la impotencia final de las antiguas creencias. La razón occidental no puede por más tiempo dejarse guiar por opiniones verdaderamente indemostrables, y hasta radicalmente quiméricas, como todas aquellas que inspira una teología cualquiera, siempre reducida á su dogma fundamental. Todos hoy reconocen que nuestra actividad práctica debe dejar de consumirse en hostilidades mutuas, para desarrollar pacíficamente nuestra común explotación del planeta humano. Pero aún menos podemos persistir en este estado de infancia intelectual y moral, en que nuestra conducta no descansa sino sobre motivos absurdos y degradantes. Sin repetir jamás el siglo XVIII, el XIX debe siempre continuarle, realizando por fin el noble deseo de una religión demostrada dirigiendo á una actividad práctica.

Una vez que la situación ha desechado toda tendencia puramente negativa, ninguna, entre las escuelas filosóficas del último siglo, ha quedado verdaderamente desacreditada como la de las sectas inconsecuentes cuya preponderancia debió ser efímera. Los demolidores incompletos como Voltaire y Rousseau, que creían poder derribar el altar conservando el trono, ó recíprocamente, han caído para siempre, después de haber dominado, según su destino normal, las dos generaciones que prepararon y acabaron la explosión revolucionaria. Pero luego que la reconstrucción se ha puesto á la orden del día, la atención pública ha vuelto y vuelve cada vez más hacia la grande é inmortal escuela de Diderot y de Hume, que caracterizó realmente al siglo XVIII, enlazándole al precedente por Fontenelle, y luego por Condorcet. Igualmente emancipados en religión y en política, estos poderosos pensadores tendían necesariamente hacia una reorganización total y directa, si bien su noción era entonces algo confusa. Todos se agrupan hoy en torno de la única doctrina que, fundando el porvenir en el pasado, afirma, en fin, las inquebrantables bases de la regeneración occidental. Me honro con descender inmediatamente de tal escuela, por mi precursor esencial, el eminente Condorcet. Por el contrario, jamás espero sino trabas espontáneas ó concertadas de los últimos res-

tos de las sectas superficiales é inmorales emanadas de Rousseau y de Voltaire.

Pero á este gran núcleo y como espi-
ga históricos, he unido constantemente lo
que han ofrecido verdaderamente eminente
nuestros últimos adversarios, ya teológicos,
ya metafísicos. En tanto que Hume consti-
tuye mi principal precursor filosófico, Kant
se halla á él necesariamente ligado; su con-
cepción fundamental, sólo por el positivismo
fué verdaderamente desarrollada y sistema-
tizada. Así mismo, bajo el aspecto político,
Condorcet debe ser para mí, completado por
De Maistre, del cual me he apropiado, desde
un principio, todos los principios esenciales
que no son apreciados ahora, sino en la es-
cuela positivista. Tales son, con Bichat y
Gall como precursores científicos, los seis
predecesores inmediatos que me unen siem-
pre á los tres padres sistemáticos de la ver-
dadera filosofía moderna, Bacon, Descartes
y Leibnitz. Según esta noble filiación, la
Edad Media, intelectualmente condensada
en Santo Tomás de Aquino, Roger Bacon y
Dante, me subordina directamente al prin-
cipe eterno de los verdaderos pensadores,
al incomparable Aristoteles.

Remontándose á esta fuente normal, se
siente profundamente y se adquiere la con-
vicción de que, desde la extensión de la do-
minación romana, los pueblos escogidos han
buscado y buscan en vano la religión uniyer-

sal. La experiencia ha demostrado plenamente que este anhelo final no puede ser satisfecho por creencia sobrenatural alguna. Dos monoteismos incompatibles aspiran igualmente á esta universalidad necesaria, sin la cual la Humanidad no podrá alcanzar su natural destino. Pero sus esfuerzos opuestos no conseguirán sino neutralizarse mutuamente, reservando un tributo tal á doctrinas demostrables y discutibles. Hace ya más de cinco siglos que el islamismo renuncia á dominar el Occidente, y que el catolicismo abandona á su eterno antagonista la tumba misma de su pretendido fundador. Estas vanas aspiraciones espirituales no han podido abrazar siquiera todo el territorio de la antigua dominación temporal, repartido casi igualmente entre los dos monoteismos inconciliables.

El Oriente y el Occidente deben, pues, buscar, fuera de toda teología ó metafísica, las bases sistemáticas de su comunión intelectual y moral. Esta fusión tan esperada, que debe luego extenderse gradualmente á toda nuestra especie, sólo puede evidentemente emanar del positivismo, es decir, de una doctrina siempre caracterizada por la combinación de la realidad con la utilidad. Limitadas largo tiempo á los más sencillos fenómenos, sus teorías han producido, en lo que á ellos se refieren, las únicas convicciones verdaderamente universales que hasta

ahora existen. Pero este privilegio natural de los métodos y doctrinas positivas no puede permanecer circunscrito siempre al dominio matemático y físico. Desarrollado primeramente en el orden material, debe abrazar luego el orden vital, y, por fin, el orden humano, colectivo ó individual. Esta plenitud decisiva del espíritu positivo desvanece ahora todo pretexto á la conservación facticia del espíritu teológico, tan perturbador ya en el Occidente moderno como el espíritu metafísico, cuya fuente histórica y dogmática constituye. La degradación moral y política del sacerdocio correspondiente, ha hecho perder hace largo tiempo la esperanza de contener, como en la Edad Media, los vicios de una doctrina tal por la prudencia instintiva de sus mejores intérpretes.

Abandonada en adelante espontáneamente á su corrupción natural, la creencia mono-teísta, sea cristiana, sea musulmana, merece cada vez más la reprobación que su advenimiento inspiró durante tres siglos á los más nobles prácticos y teóricos del mundo romano. No pudiendo juzgar entonces el sistema sino con arreglo á la doctrina, no vacilaron en rechazar, como enemiga del género humano, una religión provisional que colocaba la perfección en un celeste aislamiento. El instinto moderno reprueba aún más una moral que proclama las inclinaciones benévolas como extrañas á nuestra naturaleza, que des-

conoce la dignidad del trabajo hasta hacerle derivar de una maldición divina, y que erige á la mujer en fuente de todo mal. Tácito y Trajano no podían prever que, durante algunos siglos, la sabiduría y virtud sacerdotales, ayudadas de circunstancias favorables, contendrían suficientemente los vicios naturales de tales doctrinas para conseguir de ellas admirables resultados sociales. Luego que el sacerdocio occidental se ha hecho irrevocablemente retógrado, su creencia, abandonada á sí misma, tiende á desarrollar libremente el carácter inmoral que á su naturaleza antisocial es inherente. No merecerá ya los sufragios de los conservadores prudentes sino en tanto que sea imposible sustituir á ella un concepto mejor del mundo y del hombre que pueda por sí solo procurar una lenta ascensión del espíritu positivo. Pero estando acabada esta laboriosa iniciación, el positivismo elimina irrevocablemente el catolicismo, como cualquier otro teologismo, en virtud hasta de la misma máxima antes citada.

Después de haber plenamente satisfecho la inteligencia y la actividad, la religión positiva, siempre impulsada por su realidad característica, se ha extendido convenientemente al sentimiento, que de hoy más forma su principal dominio, y se convierte en base de su unidad. No tememos, pues, que los verdaderos pensadores, teóricos ó prácticos,

puedan hoy, como al iniciarse el catolicismo, desconocer la superioridad de una fe real y completa que, lejos de ser fortuitamente social, se muestra tal por su propia naturaleza. Por otra parte, á la conducta moral y política de su sacerdocio naciente y de todos sus verdaderos adeptos corresponde hacer empíricamente apreciar su excelencia, aun tratándose de aquellos que no podrían juzgar directamente sus principios. Una doctrina que desarrolle siempre todas las virtudes humanas, personales, domésticas y cívicas, será pronto respetada de todos sus adversarios honrados, cualquiera que sea su vana predilección por una síntesis absoluta y egoísta, opuesta á la síntesis altruista y relativa.

Pero, á fin de instruir esta concurrencia decisiva, es, ante todo, necesario condensar el positivismo lo bastante para que pueda llegar á ser verdaderamente popular. Tal es el objeto especial de este opúsculo excepcional, para el cual interrumpo por algunas semanas mi gran construcción religiosa, cuya primera mitad es la única que al presente he terminado. Este precioso episodio me había parecido desde un principio que no debía acabarse hasta la completa terminación de este trabajo. Pero, después de haber escrito, en Enero de 1851, la teoría positiva de la unidad humana, me hallé bastante adelantado para intercalar un trabajo tal en esta

teoría después del volumen que forma su primero y principal capítulo. Desarrollada cada vez más á medida que elaboraba este tomo decisivo, tal esperanza se hizo completa cuando escribí su prefacio final. Hoy la realizo, antes de comenzar la construcción de la sociología dinámica, que caracterizará, el año próximo, el tercer volumen de mi *Sistema de política positiva*.

Gracias á la madurez inesperada de mis principales concepciones, esta resolución se halla muy fortificada por la feliz crisis que acaba de abolir el régimen parlamentario y de instruir la república dictatorial, doble preámbulo de toda regeneración. Esta dictadura no ofrece aún, sin duda alguna, el carácter esencial explicado en mi curso positivista de 1847. La falta, sobre todo, conciliarse mucho con una plena libertad de exposición, y aun de discusión, directamente indispensable á la reorganización espiritual, y que, de otro lado, puede preservar de toda tiranía retrógrada. Pero este complemento necesario no tardará en realizarse aquí de un modo cualquiera, que me parece desdichadamente suponer, como las fases precedentes, una última crisis violenta. Una vez obtenido, su advenimiento empírico debe determinar bien pronto la evolución pacífica del triunvirato sistemático que caracteriza la dictadura temporal, representada en el curso arriba indicado, como propia á

la transición orgánica. Mas sin esperar estas dos nuevas fases del empirismo revolucionario, la situación dictatorial permite ya la propagación directa de las meditaciones regeneradoras. La libertad de exposición que procura espontáneamente á todos los verdaderos constructores, trastornando, en fin, la vana dominación de los charlatanes, debía especialmente invitarme á dirigir inmediatamente las ideas de las mujeres y de los proletarios hacia la renovación fundamental.

Este trabajo episódico, suministrando dignamente una base sistemática á la activa propaganda del positivismo, secunda necesariamente mi construcción principal, encaminando la religión nueva á su verdadero medio social. Por sólidos que sean los fundamentos lógicos y científicos de la disciplina intelectual que instituye la filosofía positiva, este régimen severo es demasiado antipático á los entendimientos actuales, para prevalecer jamás sin el irresistible apoyo de las mujeres y del proletariado. Su necesidad no puede ser sanamente apreciada sino en esta doble masa social, que, extraña á toda doctoral pretensión, es la única que puede imponer á sus jefes sistemáticos las condiciones enciclopédicas que exige su cargo social. Por esto no he debido temer popularizar aquí términos filosóficos verdaderamente indispensables que el positivismo no ha introducido, pero de los cuales ha sis-

tematizado el concepto y ampliado el uso. Tales son, sobre todo, dos pares esenciales de fórmulas características; en primer lugar, *estático* y *dinámico*; y luego, *objetivo* y *subjetivo*, sin las cuales, mi exposición sería insuficiente. Una vez definidos convenientemente estos términos, sobre todo, según una acepción invariable, su empleo racional facilita mucho las explicaciones filosóficas, en vez de hacerlas menos inteligibles. No vacilo, pues, en consagrar aquí expresiones que la religión positiva debe ya hacer circular universalmente, vista la alta importancia de su uso intelectual y aun moral.

Llevado así á componer un verdadero catecismo para la Religión de la Humanidad, debí, ante todo, examinar sistemáticamente la forma dialógica, siempre adoptada en tales exposiciones. No tardé en encontrar en ella un nuevo ejemplo de este feliz instinto, según el cual la sabiduría práctica aventaja con frecuencia á las sanas indicaciones teóricas. Acabando de construir especialmente la teoría positiva del lenguaje humano, pronto observé que, puesto que la expresión debe constantemente proponerse la comunicación, su forma natural es el diálogo. Siendo, por otra parte, toda combinación, aun física, y sobre todo lógica, binaria, esta conversación no admite un sólo interlocutor, so pena de ser confusa. El monólogo no puede realmente convenir sino á la concepción

cuya marcha se limita á formular, como si se pensase en alta voz sin cuidarse de oyente alguno. Cuando el discurso no debe solamente asistir á las investigaciones del razonamiento, sino dirigir la comunicación de sus resultados, exige una elaboración nueva, especialmente adaptada á esta transmisión. Es preciso entonces considerar el estado propio del oyente, y prever las modificaciones que una exposición tal suscitará en su marcha espontánea. En una palabra: el simple relato debe así convertirse en un verdadero diálogo. Las condiciones esenciales no pueden tampoco llenarse sin suponer en ellas un interlocutor único y fijamente determinado. Pero si este tipo se escoge acertadamente, podrá, en el uso ordinario, representar suficientemente á cada lector, puesto que no es posible por otra parte, variar el modo de exposición, según las diversas conveniencias individuales, como en la verdadera conversación.

El discurso plenamente didáctico, debiera, pues, diferenciarse esencialmente del simple discurso lógico en que el pensador sigue libremente su propio camino, sin consideración alguna á las condiciones naturales de una comunicación cualquiera. En todo caso, á fin de evitar una nueva y laboriosa gestación de las ideas, el didáctico se limita casi siempre á transmitir las ideas como fueron en un principio concebidas, aunque

este modo grosero de exposición contribuye mucho á la poca eficacia de la mayor parte de las lecturas. Se reserva la forma dialógica, propia á toda verdadera comunicación, para explicar los conceptos que á la vez son muy importantes y muy madurados. Por esto es por lo que en todos los tiempos la enseñanza religiosa se ha llevado á cabo por medio de diálogos, y no por medio de simples relatos. Lejos de indicar una negligencia excusable solamente en los casos secundarios, esta forma, cuando se establece con acierto, constituye, por el contrario, el único modo de exposición verdaderamente didáctico; conviene igualmente á todas las inteligencias. Pero las dificultades propias á la nueva elaboración que exige, hacen renunciar justamente á esta forma en las comunicaciones ordinarias. Pueril sería buscar una perfección tal en una enseñanza que no presentara un fundamental interés. Por otra parte, esta transformación didáctica, no se hace realizable, sino tratándose de doctrinas bastante elaboradas para que se pueda claramente comparar las diversas maneras de exponer su conjunto, y prever fácilmente las objeciones que cada una habrá de suscitar.

Si fuese necesario indicar aquí todos los principios generales que convienen al arte de la comunicación, caracterizaría aún el perfeccionamiento relativo al estilo. Inclina-dos sobre todo, y dedicados á la expresión

de los sentimientos, los poetas concedieron siempre gran preferencia á los versos sobre la prosa, para hacer más estético el lenguaje artificial, aproximándole más al lenguaje natural. Pero los mismos motivos pudieran invocarse y aplicarse á la comunicación de las ideas. La concisión del discurso y el concurso de las imágenes, doble carácter esencial de la verdadera versificación, serían tan propias á perfeccionar la exposición como la efusión. Así, la comunicación perfecta no exigiría solamente la sustitución del diálogo al monólogo, sino también la de los versos á la prosa. De todos modos, este segundo mejoramiento didáctico debe ser aún más excepcional que el primero, por los nuevos cuidados que exige. Supone aún mayor madurez en las concepciones correspondientes, no solamente en el intérprete, sino también en el auditorio, cuyo trabajo espontáneo debe llenar las lagunas de la concisión poética. Por esto es por lo que muchos admirables poemas aparecen aún escritos en prosa, pese á la imperfección de forma tal, excusable en un trabajo demasiado familiar. Un motivo análogo impide versificar catecismo alguno religioso. Pero la realidad y la espontaneidad que distinguen á las creencias positivas, permitirán algún día procurar á su exposición popular este último perfeccionamiento, cuando comiencen á esparcirse lo bastante para admitir una concisión figura-

da. Sólo, pues, provisionalmente es conveniente limitarse á sustituir el monólogo por el diálogo.

Según esta teoría especial de la forma didáctica, he sido llevado, no solamente á justificar el uso anterior, sino también á mejorarle, en lo que al interlocutor concierne. La indeterminación total del oyente, hacía esencialmente vago el modo dialógico hecho así casi ilusorio. Habiendo sistematizado la institución empírica del diálogo, pronto he observado que permanecería incompleta, y desde luego insuficiente, en tanto que el interlocutor no fuese claramente definido, al menos para el autor. Únicamente proponiéndose una comunicación real, aunque actualmente ideal, pueden desarrollarse suficientemente todas las ventajas esenciales de una forma tal. Entonces se establece un verdadero diálogo, en vez de un dialogado relato.

Aplicando desde luego este principio evidente, debía yo espontáneamente escoger la angelical interlocutora que después de un solo año de influencia objetiva, se encuentra, hace más de seis años, subjetivamente asociada á todas mis ideas como á todos mis sentimientos. Por ella he llegado, en fin, á ser, para la Humanidad, un órgano verdaderamente doble, como todo aquel que ha soportado dignamente el ascendiente femenino. Sin ella, jamás hubiera podido activa-

mente hacer suceder San Pablo á Aristóteles, fundando la religión universal sobre la sana filosofía, después de haber deducido ésta de la ciencia real. La constante pureza de nuestro excepcional lazo de unión, y aun la admirable superioridad de este ángel desconocido, son, por otra parte, bastante motivo de aprecio para las almas escogidas. Cuando yo revelaba hace cuatro años esta incomparable inspiración, publicando mi *Discurso sobre el conjunto del positivismo*, no podía ser juzgada en un principio sino por sus resultados intelectuales y morales, desde luego sensibles á los corazones simpáticos y á los entendimientos sintéticos. Pero el año último, el triple preámbulo que distinguirá siempre el tomo primero de mi *Sistema de política positiva*, ha permitido á cada cual apreciar directamente esta eminente naturaleza. Así, en mi reciente publicación del segundo volumen de este mismo tratado, he podido ya felicitarme abiertamente de la admirable unanimidad de las decisivas simpatías que los dos sexos experimentan hacia la nueva Beatriz. Estos tres públicos antecedentes, disipan aquí toda vacilación acerca de mi santa interlocutora, bastante conocida de los lectores dignamente preparados para que nuestros diálogos puedan inspirarles un interés propio y directo.

Una catecúmena tal llena felizmente todas las condiciones esenciales del mejor tipo di-

dáctico. A pesar de su superioridad personal, Mad. Clotilde de Vaux quedó admirada tan pronto como pudo ser suficientemente iniciada en el positivismo, á que tendían espontáneamente todos sus deseos y esfuerzos. Antes que la muerte quebrantase irrevocablemente esta afectuosa instrucción, el dolor y el pesar la habían herido profundamente. Realizando hoy subjetivamente la preparación sistemática que apenas pude bosquejar objetivamente, la angelical discípula, me ofrece, pues, solamente las disposiciones esenciales que también presentan la mayor parte de las mujeres y aun muchos proletarios. En todas estas almas, que el positivismo no ha impresionado aún, supongo únicamente, como en mi eterna compañera, un profundo deseo de conocer la religión capaz de elevarse sobre la anarquía moderna y una sincera veneración hacia su pastor. Debo aún preferir los lectores á los cuales cultura alguna escolástica no ha desviado de una suficiente realización espontánea de estas dos condiciones primeras.

Todos los que conocen mi institución general de verdaderos ángeles custodios, bastante explicada ya en mi *Política positiva*, saben que el principal tipo femenino se hace habitualmente inseparable de los otros dos. Esta dulce conexión conviene aún al caso excepcional que me ofrece reunidas, en mi casta compañera inmortal, la madre subjeti-

va que supone mi segunda vida y la hija objetiva que debía embellecer una existencia temporal. Luego que su reserva invariable había depurado bastante mi afecto para elevarle al nivel del suyo, aspiré solamente á la unión que debía resultar de una adopción legal conforme á la diferencia de nuestras edades. Cuando yo publique nuestra digna correspondencia, mi última carta hará constar directamente este santo proyecto, fuera del cual nuestras fatalidades respectivas nos hubieran impedido todo reposo y todo bienestar.

Sin esfuerzo alguno voy, pues, á aplicar aquí las cualidades personales que habitualmente impone la instrucción religiosa. El sacerdocio positivo exige, aún más que el sacerdocio teológico, completa madurez, sobre todo, en virtud de su inmensa preparación enciclopédica. Hé aquí por qué he colocado la ordenación de los sacerdotes de la Humanidad en la edad de cuarenta y dos años, después de la completa terminación del desarrollo corporal y cerebral, así como de la primera vida social. Los nombres de *padre* y de *hija* se hacen, pues, esencialmente convenientes entre el iniciador y la catecúmena, conforme á la antigua etimología del título sacerdotal. Empleándolos aquí, recuerdo espontáneamente las relaciones personales en que hubiera vivido sin nuestra fatal catástrofe.

Pero esta concentración del santo diálogo sobre el ángel preponderante, no debe disminuir al lector ni á mi mismo la constante participación tácitamente propia á mis otros dos patronos. La venerable madre y la noble hija adoptiva, cuya influencia subjetiva y acción objetiva he dado ya á conocer, estarán siempre aquí presentes á mi corazón cuando mi espíritu experimente dignamente el dominante impulso. Estos tres ángeles, hechos inseparables, me son de tal suerte propios, que su concurso continuo acaba de sugerir, al eminente artista con que hoy se honra el positivismo, una admirable inspiración estética, que convierte un simple retrato en un cuadro profundo.

Instituyendo así el diálogo didáctico, mi trabajo se hace tan fácil como el del lector. Porque una exposición pública tal se acerca mucho á las explicaciones privadas que me hubiera naturalmente pedido mi santa compañera, si nuestra unión objetiva se hubiese prolongado más, como lo prueba ya mi carta filosófica sobre el matrimonio. La estación misma en que llevo á cabo esta dulce elaboración me recuerda, especialmente en nuestro año incomparable, sus votos espontáneos de iniciación metódica. Me basta, pues, referirme á siete años há, para concebir objetivamente lo que debo hoy desarrollar subjetivamente, atribuyendo á 1852 mi situación de 1845. Pero esta transposición forza-

da me procura la preciosa compensación de hacer apreciar mejor el angélico ascendiente, que no puedo caracterizar bastante sino combinando dos admirables versos, respectivamente destinados á Beatriz y á Laura:

*Quella che'emparadisa la mia mente
Ogni basso pensier del cor m'avulse.*

Esta realización tardía de una afectuosa iniciación la hace, por otra parte, más conforme á las disposiciones paternas que prevalecieron finalmente hacia aquélla que se me asoció siempre como discípula y colega á la vez. Habiéndose hecho su edad fija, siguiendo la ley general de la vida subjetiva, la mía la excede cada vez más, hasta el punto de no permitirme ya sino imágenes filiales. Esta continuidad más perfecta de nuestra doble existencia, perfecciona también la armonía total de mi propia naturaleza. Explicando así la constitución positiva de la unidad humana, desarrollo y consolido el enlace fundamental entre mi vida privada y mi vida pública. La reacción filosófica, debida al ángel inspirador, se hace ahora tan completa y directa como nunca pudo ser, y, por tanto, plenamente irrecusable á los ojos de todos. Me atrevo, pues, á esperar que, para atestiguar mi justa gratitud, la digna asistencia de las almas escogidas suplirá bien pronto á la profunda insuficiencia que

experimento en medio de mis mejores efusiones cotidianas, como Dante hacia su númen:

*Non é l'affezion mia tanto profonda
Che basti a render voi grazia per grazia.*

Pero este reconocimiento público debe, tanto como el mío, extenderse aquí á los otros dos ángeles que completan mi principal impulso femenino. Por lejano que esté ¡ay! el imponente recuerdo del perfecto catolicismo que dominó á mi noble y tierna madre, me llevará siempre á hacer prevalecer, aun más que en mi juventud, la cultura continua del sentimiento sobre la de la inteligencia y aun de la actividad. Por otra parte, si la apreciación, demasiado exclusiva de los fundamentos privados que exigen las verdaderas virtudes públicas, pudiese arrastrarme á desconocer la importancia propia y directa de la moralidad cívica, dispuesto estoy á rectificar, inclinado por la admirable sociabilidad de mi tercera patrona. Emprendo, pues, este trabajo excepcional con la asistencia especial de todos mis ángeles, aunque la cooperación de dos de ellos deba en él permanecer muda, sin alterar sus títulos personales á la veneración universal.

Apreciada bajo un aspecto más general, esta institución didáctica tiende directamente á caracterizar la religión correspondiente.

Porque hace espontáneamente resurgir la naturaleza fundamental del régimen positivo, que, destinado sobre todo á disciplinar sistemáticamente todas las fuerzas humanas, descansa principalmente sobre el concurso continuo del sentimiento con la razón para regular la actividad. Ahora bien: esta serie de diálogos representa siempre el corazón y el entendimiento, concertándose religiosamente á fin de moralizar el poder material á que el mundo está necesariamente sometido. La mujer y el sacerdote constituyen, en efecto, en ellos los dos elementos esenciales del verdadero poder moderador, á la vez doméstico y cívico. Organizando esta santa coalización social, cada elemento procede aquí según su verdadera naturaleza: el corazón plantea las cuestiones que el entendimiento resuelve. Así la composición misma de este catecismo indica la principal concepción del positivismo: el hombre pensador bajo la inspiración de la mujer, para hacer siempre concurrir la síntesis y la simpatía á la regularización de la sinergia.

Como corresponde á la institución de la nueva enseñanza religiosa, se dirige con preferencia al sexo afectivo. Esta predilección, ya conforme al verdadero espíritu del régimen final, conviene, sobre todo, á la transición extrema, en que todas las influencias propias al estado normal, deben siempre funcionar más fuertemente, pero de un

modo menos regular. Aunque los dignos proletarios deben, en mi opinión, acoger bien este opúsculo decisivo, conviene más á las mujeres, sobre todo, á las no ilustradas. Sólo ellas pueden comprender lo bastante la preponderancia que merece la cultura habitual del corazón, tan comprimida por la grosera actividad teórica y práctica que domina al Occidente moderno. Únicamente en este santuario se puede hoy hallar la digna sumisión de espíritu que exige una regeneración sistemática. Durante los cuatro últimos años, un deplorable ejercicio del sufragio universal, ha viciado profundamente la razón popular hasta ahora preservada de los sofismas constitucionales y de los complots parlamentarios, concentrados en los ricos y las personas instruídas. Desarrollando un ciego orgullo, nuestros proletarios se han creído así dispensados de todo estudio serio para decidir las más altas cuestiones sociales. Aunque esta degeneración sea mucho menor entre los occidentales del Mediodía, á quienes la resistencia católica ha puesto á cubierto de la metafísica protestante ó deísta, las lecturas negativas comienzan entre ellos á propagarse demasiado. No veo por doquiera sino las mujeres que, por su saludable exclusión política, puedan ofrecerme un punto de apoyo suficiente para hacer libremente prevalecer los principios en cuya virtud los proletarios se harán por fin capa-

ces de colocar bien su confianza teórica y práctica.

La profunda anarquía de las inteligencias motiva, por otra parte, este llamamiento especial de la religión positiva al sexo afectivo, haciendo más necesaria que nunca la preponderancia del sentimiento, único que preserva ahora á la sociedad occidental de una completa é irreparable disolución. Desde el ocaso de la Edad Media, únicamente la intervención femenina contiene secretamente los estragos morales propios de la enajenación mental hacia que tiende más y más el Occidente, y principalmente su centro francés. Habiendo llegado, además, este delirio crónico á su colmo, puesto que ninguna máxima social supera á una discusión corrosiva, sólo los sentimientos sostienen el orden occidental. Però ellos mismos se hallan ya muy alterados en virtud de las reacciones sofisticas, siempre favorables á los instintos personales que, por otra parte, carecen de energía.

Entre las inclinaciones sistemáticas propias á nuestra verdadera constitución cerebral, las dos extremas están muy debilitadas, y la central casi amortiguada en la mayor parte de los hombres que en estos momentos de la agitación occidental participan. Penetrando en el seno de las familias actuales, se ve cuán poco vigor y fuerza conservan las uniones de las relaciones que de-

ben desarrollarlas mejor. Por lo que respecta á la bondad general tan ensalzada hoy, indica más el odio de los ricos que el amor de los pobres. Porque la filantropía moderna expresa muy frecuentemente una pretendida benevolencia con las formas propias á la cólera ó á la envidia. Pero el más usual de los tres instintos sociales; el que ofrece la única base directa de toda verdadera disciplina humana, es aún más alterado que los otros dos. Esta degeneración, sensible sobre todo entre las gentes ilustradas y los ricos, se extiende á los mismos proletarios, á menos que una prudente indiferencia no les separe del movimiento político.

Puede, sin embargo, la veneración persistir en medio de los más grandes trastornos revolucionarios, cuyo correctivo mejor espontáneamente suministra. Lo he probado personalmente durante la fase profundamente negativa que debió preceder á mi carrera sistemática. Entonces el entusiasmo me preservó por sí sólo de una desmoralización sofisticada, aunque me expuso especialmente á las seducciones pasajeras de un charlatán superficial y depravado. La veneración constituye hoy el signo decisivo que caracteriza á los revolucionarios susceptibles de una verdadera regeneración, por atrasada que esté aún su inteligencia, sobre todo entre los comunistas no ilustrados.

• Pero aun cuando este precioso síntoma

aparece ahora en la inmensa mayoría de los sectarios de las escuelas negativas ó negadoras, falta ciertamente á la mayor parte de sus jefes, bajo una anarquía que hace doquiera prevalecer temporalmente á las malas naturalezas. Estos hombres verdaderamente indisciplinables ejercen, pese á su corto número, una vasta influencia que dispone á la fermentación subversiva á todos los cerebros desprovistos de convicciones inquebrantables. Contra esta peste occidental, no puede por ahora existir otro recurso habitual que el desprecio de los pueblos ó la severidad de los gobiernos. Pero la doctrina, única que habrá de regularizar esta doble garantía, no podrá presentar otro apoyo decisivo que el sentimiento femenino, asistido luego por la razón proletaria.

Sin la digna intervención del sexo afectivo, la disciplina positiva no llegaría á rechazar hasta los últimos lugares á esos pretendidos pensadores que deciden en sociología, ignorando la aritmética. Porque el pueblo, participando aún, bajo muchos aspectos, de sus vicios capitales, permanece incapaz hasta ahora de secundar al nuevo sacerdocio contra estos peligrosos charlatanes. No puedo, al menos, esperar inmediatamente un concurso colectivo sino de los proletarios extraños á nuestros debates políticos, aunque espontáneamente ligados, como las mujeres mismas, al fin social de la gran revolución.

Tal es el doble medio preparado por este catecismo.

Además de los motivos generales que deben aquí dirigir hacia las mujeres mi principal atención, he sido desde hace largo tiempo llevado á hacer depender, sobre todo de ellas, el advenimiento decisivo de la solución occidental indicada por todo el pasado.

Ante todo, sería absurdo pretender terminar sin ellas la más completa de las revoluciones humanas, habiendo participado profundamente en todas las renovaciones anteriores. Su instintiva repugnancia hacia el movimiento moderno bastaría á hacerle estéril, si es que era verdaderamente invencible. De aquí procede, en el fondo, la extraña y funesta anomalía que impone jefes retrógrados á pueblos progresivos, como si el idiotismo y la hipocresía debiesen suministrar las garantías oficiales del orden occidental. Hasta tanto que la religión positiva haya vencido esas resistencias femeninas, no podrá desarrollar suficientemente, ante los principales partidarios de las diversas atrasadas doctrinas, la reprobación decisiva que merece su inferioridad mental y moral.

Los que niegan ahora la existencia natural de los afectos desinteresados, se hacen justamente sospechosos al no rechazar á este título las demostraciones de la ciencia moderna, sino según la imperfección radical de

sus propios sentimientos. No persiguiendo el menor bien sino con la esperanza de una retribución infinita, ó por el temor de un eterno suplicio, su corazón se muestra tan degradado, como lo está, sin duda alguna, su entendimiento, visto lo absurdo de sus creencias. Sin embargo, la tácita adhesión de las mujeres confía aún la dirección oficial del Occidente á aquellos que tales caracteres harán incapaces de toda función superior cuando el positivismo haya sistematizado dignamente la razón pública.

Pero la Religión de la Humanidad privará pronto á la retrogradación de este augusto apoyo que le conserva solamente un justo horror á la anarquía. Porque, pese á las prevenciones empíricas, las mujeres son muy dispuestas á apreciar bien la única doctrina que puede hoy conciliar radicalmente el orden y el progreso. Ellas reconocerán, sobre todo, que esta síntesis final, aunque abraza todas las fases de nuestra existencia, hace prevalecer mejor el sentimiento que la síntesis provisional que la sacrifica la inteligencia y la actividad. Nuestra filosofía se hace plenamente conforme al entendimiento femenino, terminando la escala enciclopédica por la moral, que, como ciencia y como arte, constituye necesariamente el estudio más importante y más difícil, resumiendo y dominando todos los demás. Desarrollando, en fin, el sentimiento caballeresco, comprimido

antes por los conflictos teológicos, el culto positivo erige al sexo afectivo en providencia moral de nuestra especie. Cada mujer digna suministra habitualmente en él la mejor representación del verdadero Sér Grande. Sistematizando la familia, como base normal de la sociedad, el régimen correspondiente hace prevalecer dignamente en ella la influencia femenina, influencia que llega á ser supremo árbitro privado de la educación universal. A todos estos títulos, la verdadera religión será apreciada plenamente por las mujeres tan pronto como conozcan sus principales caracteres. Aun aquellos que rechazaran en un principio esperanzas quiméricas, no tardarán en sentir la superioridad moral de nuestra inmortalidad subjetiva, cuya naturaleza es profundamente altruista, sobre la antigua inmortalidad objetiva, que debe siempre ser radicalmente egoísta. La ley de la viudez eterna, que caracteriza al matrimonio positivista, bastaría, para instituir á este respecto, un contraste decisivo.

A fin de incorporar mejor á las mujeres á la revolución occidental, es preciso concebir su última fase de modo que les ofrezca un profundo interés especial, directamente relativo á su destino propio.

Las cuatro grandes clases que componen el fondo de la sociedad moderna, debieron sufrir sucesivamente la radical oscilación y bamboleo que exigía primeramente su rege-

neración final. Comenzó en el último siglo por el elemento intelectual, promoviendo por fin una insurrección decisiva contra el conjunto del régimen teológico y militar. La explosión temporal que seguir debía, surgió bien pronto de una *burguesía*, que desde hacía largo tiempo aspiraba á reemplazar á la nobleza. Pero la resistencia europea de ésta no pudo dominarse sino llamando á los proletarios franceses en auxilio de sus nuevos jefes temporales. Introducido así en la gran lucha política, el proletariado occidental elevó irresistibles pretensiones sobre su justa incorporación al orden moderno, cuando la paz le permite una manifestación suficiente de su voluntad propia. De todos modos, este encadenamiento revolucionario no abraza aún el elemento más fundamental del verdadero régimen humano. La revolución femenina debe ahora completar la revolución proletaria, como ésta consolida la revolución burguesa, emanada á su vez de la revolución filosófica.

Solamente entonces el movimiento y oscilación modernos habrán preparado todas las bases esenciales de la regeneración final. En tanto que no se extienda este movimiento hasta las mujeres, no puede llegar más que á prolongar nuestras deplorables oscilaciones entre la retrogradación y la anarquía. Pero este complemento decisivo resulta del conjunto de las fases anteriores más natu-

ralmente que cada una de ellas emana de la precedente. Se liga, sobre todo, á la revolución popular, según la evidente solidaridad que subordina la incorporación social del proletariado á la digna redención de la mujer de todo trabajo exterior. Sin esta universal emancipación, complemento necesario de la abolición de la servidumbre, la familia proletaria no podrá ser verdaderamente constituida, puesto que la existencia femenina queda en ella habitualmente abandonada á la horrible alternativa entre la miseria y una prostitución.

El mejor resumen práctico de todo el programa moderno, consistirá pronto en este principio incontestable: *El hombre debe alimentar á la mujer*, á fin de que pueda cumplir convenientemente un santo destino social. Este catecismo hará, lo espero, apreciar la íntima conexión de una condición tal con el conjunto de la gran renovación, no solamente moral, sino también mental y aun material. Bajo la santa reacción de la revolución femenina, la revolución proletaria se llegará á purgar espontáneamente de las disposiciones subversivas que la neutralizan hasta ahora. Tendiendo por doquiera á hacer justamente prevalecer la influencia moral, el sexo afectivo reprueba especialmente las brutalidades colectivas: soporta aún menos el yugo del número que el de la riqueza. Pero su secreta impulsión social producirá

bien pronto modificaciones tan preciosas, aunque más indirectas, en las otras dos fases de la revolución occidental. Secundará el advenimiento político del patriciado industrial y del sacerdocio positivo, disponiéndolos á desligarse irrevocablemente de las clases heterogéneas y efímeras que dirigen la transición negativa. Así completada y purificada, la revolución occidental tenderá firme y sistemáticamente hacia su pacífica terminación, bajo la dirección general de los verdaderos servidores de la Humanidad. La impulsión orgánica y progresiva, descartará doquiera á los retrógrados y á los anarquistas, tratando toda prolongación del estado teológico ó del estado metafísico como una enfermedad cerebral que incapacita para gobernar.

Tales son las condiciones esenciales que representan la composición de este catecismo, como plenamente adaptada á su principal destino, actual ó permanente. Cuando la religión positiva haya prevalecido suficientemente, llegará á ser su mejor resumen usual. Ahora debe servir, á título de llamamiento general, para preparar su libre advenimiento, por una propaganda decisiva, que hasta ahora carecía de un guía sistemático.

El conjunto de esta construcción episódica caracteriza, aun por su forma y su marcha, todos los grandes atributos intelectuales y morales de la nueva fe. Se hallará en él

una digna subordinación de la razón masculina al sentimiento femenino, á fin de que el corazón aplique todas las energías del espíritu á la enseñanza más difícil y más importante. Su reacción final debe, pues, hacer respetar y aun comunicar un culto íntimo al ángel de que proceden á la vez las inspiraciones principales y su mejor exposición. Después de tales servicios, mi santa interlocutora se hará bien pronto amable á todas las almas verdaderamente regeneradas. Inseparable de hoy más de la mía, su propia glorificación constituirá mi más preciosa recompensa. Incorporada irrevocablemente al verdadero Ser Supremo, su tierna imagen me procura, á los ojos de todos, la mejor personificación. En cada una de mis tres plegarias cotidianas, esta doble adoración resume todos mis votos de íntimo perfeccionamiento por el admirable anhelo en que el más sublime de los místicos preparó, á su manera, la divisa moral del positivismo: *Vivir para el prójimo.*

Amen te plus quam me, nec me nisi propter te!

AUGUSTO COMTE,

Fundador de la Religión de la Humanidad.

París 25 Carlomagno 64 (domingo 11 Julio 1852.)

CATECISMO POSITIVISTA

INTRODUCCIÓN

DIALOGO PRIMERO

TEORÍA GENERAL DE LA RELIGIÓN

LA MUJER. Con frecuencia me he preguntado, padre mío, por qué persistís en calificar de *religión* vuestra doctrina universal, á pesar de que rechaza toda sobrenatural creencia. Pero reflexionando sobre ello, he considerado que este título se aplica comunemente á muchos sistemas diversos y aun incompatibles, cada uno de los cuales se le apropia exclusivamente, sin que ninguno de ellos haya dejado jamás de contar más adversarios que secuaces. Esto me ha llevado á pensar que este término fundamental debe tener una acepción general, radicalmente independiente de toda fe especial. De enton-

ces acá he supuesto que refiriéndoos á esta significación esencial llamábais así al positivismo, á pesar de su contraste más profundo con las doctrinas anteriores, que proclaman sus disidencias mutuas como no menos graves que sus concordancias. De todos modos, pareciéndome aún esta explicación confusa, os suplico que comencéis vuestra exposición por una aclaración directa y precisa acerca del sentido radical de la palabra *religión*.

EL SACERDOTE. Este nombre, querida hija mía, no presenta, en efecto, por su etimología, solidaridad alguna necesaria con las opiniones cualesquiera que se pueden emplear para alcanzar el fin que designa. En sí mismo indica el estado de completa *unidad* que distingue á nuestra existencia, á la vez personal y social, cuando todas sus partes, tanto morales como físicas, convergen habitualmente hacia un destino comun. Así, este término equivaldría á la palabra *síntesis*, si ésta no estuviese, no según su propia estructura, sino por un uso casi universal, limitada en la actualidad al sólo dominio del espíritu, mientras que aquél comprende el conjunto de los atributos humanos. La religión consiste, pues, en *regular* cada naturaleza individual, y en *reunir* todas las individualidades, lo que constituye solamente dos casos distintos de un problema único. Porque todo hombre difiere sucesivamente de sí mismo tanto como difiere si-

multáneamente de los demás; de suerte que la fijeza y la comunidad siguen leyes idénticas.

No pudiendo jamás ser realizada plenamente una armonía tal, individual ó colectiva, en una existencia tan complicada como la nuestra, esta definición de la religión caracteriza, pues, el tipo inmutable hacia el cual tiende cada vez más el conjunto de los esfuerzos humanos. Nuestro bienestar y nuestro mérito consisten, sobre todo, en acercarnos todo lo posible á esta unidad, cuya aproximación gradual constituye la mejor medida del verdadero perfeccionamiento personal ó social. Cuanto más se desarrollan los diversos atributos humanos, tanto más importancia adquiere su concurso habitual; pero esto se haría también más difícil, si esta evolución no tendiese de suyo á hacernos más disciplinables, como luego os explicaré.

Debe concentrar la atención el modo de instituir la recompensa que se ha unido siempre á este estado sintético. Ha sido preciso, tomando el medio por el fin, transportar el nombre de *religión* á cualquier sistema de opiniones correspondientes. Pero, por inconciliables que á primera vista parezcan estas numerosas creencias, el positivismo las combina esencialmente, refiriendo cada una á su destino temporal y local. En el fondo sólo existe una religión única, univer-

sal y definitiva á la vez, hacia la cual han tendido cada vez más las síntesis parciales y provisionales, en tanto que lo han permitido las respectivas situaciones. A estos diversos esfuerzos empíricos, sucede ahora el desarrollo sistemático de la unidad humana, cuya constitución directa y completa se ha hecho al fin posible por el conjunto de nuestras espontáneas preparaciones. De este modo, el positivismo disipa naturalmente el mutuo antagonismo de las diferentes religiones anteriores, formando su propio dominio del fondo común á que todas se refieren instintivamente. Su doctrina no podría llegar á ser universal si, á pesar de sus principios antiteológicos, su espíritu relativo no la procurase necesariamente afinidades esenciales con cada creencia capaz de dirigir pasajeramente una porción cualquiera de la humanidad.

M. Vuestra definición de la religión me satisfará completamente, padre mío, si podéis aclarar suficientemente la grave dificultad que parece resultar de su gran extensión. Porque, caracterizando nuestra unidad, comprendéis en ella lo mismo la moral que la física. Están, en efecto, de tal modo enlazadas, que cuando se las quiere separar se destruye toda armonía. Sin embargo, no puedo habituarme á comprender la salud en la religión, prolongando así hasta la medicina la esfera de la moral.

S. Sin embargo, hija mía, el cisma arbitrario que deseáis mantener sería directamente contrario á nuestra unidad. Realmente no es debido sino á la insuficiencia de la última religión provisional, que no puede disciplinar el alma sino abandonando á los profanos el dominio del cuerpo. En las antiguas teocracias, que constituyeron el modo más completo y duradero del régimen sobrenatural, esta vana división no existía: el arte higiénico y médico fué siempre anejo al sacerdocio.

Tal es, en efecto, el orden natural que el positivismo viene á restablecer y consolidar, en virtud de su plenitud característica. El arte y la ciencia humanos son respectivamente indivisibles, como los diversos aspectos propios á su común destino. No es posible tratar sanamente el cuerpo ni el alma, por lo mismo que el médico y el sacerdote estudian exclusivamente lo físico ó lo moral; sin hablar del filósofo que, en la anarquía moderna, quita al sacerdote el dominio de la inteligencia, dejándole sólo el del corazón.

Las enfermedades cerebrales, y aun muchas otras, muestran diariamente la impotencia de todo tratamiento limitado á los más groseros órganos. No es menos fácil reconocer la insuficiencia del sacerdocio que pretenda dirigir el alma descuidando su subordinación al cuerpo. Esta separación, doblemente anárquica, debe, pues, cesar irre-

vocablemente por una sabia restitución de la medicina al dominio sacerdotal, cuando el clero positivo haya llenado suficientemente sus condiciones enciclopédicas. El punto de vista moral es, en efecto, el único propio á hacer activamente prevalecer las prescripciones higiénicas, tanto privadas como públicas. Fácilmenté lo demuestran los vanos esfuerzos de los médicos occidentales para regular nuestra alimentación habitual, después de haber sido abandonado este punto por los antiguos preceptos religiosos. Ninguna práctica molesta podrá ser ordinariamente admitida sólo en nombre de la salud personal, que deja á cada hombre juez de sí mismo; porque los inconvenientes actuales y ciertos impresionan frecuentemente más que las ventajas dudosas y remotas. Es preciso invocar una autoridad superior á toda individualidad para imponer, aun en los casos menos importantes, reglas verdaderamente eficaces, fundadas entonces en una apreciación social, que jamás es indecisa.

M. Después de haber reconocido así, en toda su plenitud, el dominio natural de la religión, quisiera saber, padre mío, en qué consisten sus condiciones generales. Con frecuencia me ha sido representada como algo que sólo depende del corazón. Pero he pensado siempre que no puede ser ajena al entendimiento. ¿Podré, por fin, concebir sus atribuciones respectivas?

S. Esta apreciación resulta, hija mía, de un examen profundo de la palabra *religión*, quizá la mejor compuesta de todas las palabras humanas. Está construída de manera que caracteriza un doble enlace, cuya justa noción basta á resumir toda la teoría abstracta de nuestra unidad. A fin de constituir una armonía completa y duradera, es, en efecto, necesario *ligar* el interior por el amor y *ligarle* nuevamente (*relegare*) al exterior por la fe. Tales son, en general, las participaciones necesarias del corazón y de la inteligencia en el estado sintético, individual ó colectivo.

La unidad supone, ante todo, un sentimiento al cual nuestras diversas inclinaciones puedan subordinarse. Porque siendo siempre dirigidos nuestros pensamientos y nuestras acciones por nuestras afecciones, la armonía humana se haría imposible si éstas no fuesen coordinadas bajo un instinto preponderante.

Pero esta condición interior de la unidad, no bastaría si la inteligencia no nos hiciese reconocer por fuera un poder superior al cual debe siempre someterse nuestra existencia, aun modificándole. Para mejor soportar este supremo imperio, es para lo que nuestra armonía moral, individual ó colectiva, se hace sobre todo indispensable. Recíprocamente: esta preponderancia exterior tiende á regular el interior, favoreciendo el

ascendiente del instinto más conciliable con una necesidad tal. Así, las dos condiciones generales de la religión son, naturalmente, conexas, sobre todo, cuando el orden exterior puede convertirse en objeto del sentimiento interior.

M. En esta teoría abstracta de nuestra unidad, encuentro, padre mío, una dificultad radical, referente á la influencia moral. Considerando la armonía interior, me parece que olvidáis que nuestros instintos personales son, desgraciadamente, más enérgicos que nuestras tendencias simpáticas. Además, su preponderancia, que parece debe erigirlos en centros naturales de toda la existencia moral, haría, por otra parte, la unidad personal casi inconciliable con la unidad social. Puesto que antes se han conciliado estas dos armonías, necesito que una nueva aclaración me las represente, en fin, como plenamente compatibles.

S. De este modo, hija mía, habéis directamente propuesto el principal problema humano, que consiste, en efecto, en hacer gradualmente prevalecer la sociabilidad sobre la personalidad, aunque ésta sea de suyo preponderante. Para mejor comprender su posibilidad, es preciso comparar primeramente los dos modos opuestos que parece naturalmente llevar consigo la unidad moral, según que su base interior es egoísta ó altruísta.

Las expresiones múltiples que acabáis de emplear para con la personalidad, atestiguan involuntariamente su impotencia radical para constituir armonía alguna real y duradera, ni aun en un sér aislado. Porque esta monstruosa unidad no exigiría solamente la ausencia de todo impulso simpático, sino también la preponderancia de un solo egoísmo. Ahora bien: esto no existe sino entre los últimos animales, en que todo se refiere al instinto nutritivo, sobre todo, cuando los sexos no están separados. Pero en cualquiera otra parte, y principalmente en nuestra especie, la satisfacción de esta necesidad fundamental, deja sucesivamente prevalecer á muchas otras inclinaciones personales, cuyas energías casi iguales anularían sus pretensiones, opuestas á dominar el conjunto de la existencia moral. Si todas ellas no se subordinasen á afecciones exteriores, el corazón sería sin cesar agitado por íntimos conflictos entre los impulsos sensuales y los estímulos del orgullo ó de la vanidad, etc., cuando la lascivia propiamente dicha dejara de reinar con las exigencias puramente corporales. La unidad moral resta, pues, imposible, aun en la existencia solitaria, en todo sér exclusivamente dominado por afecciones personales que le impiden vivir para el prójimo. Tales son muchos animales feroces que, excepto en algunos momentos pasajeros, flotan ordinariamente

entre una actividad desarreglada y una in-noble pereza, nacidas de no encontrar fuera de sí el motivo de su conducta.

M. Comprendo así, padre mío, la coincidencia natural entre las verdaderas condiciones morales de la armonía individual, y las de la armonía colectiva. Pero experimento siempre igual embarazo para concebir la abnegación habitual de los instintos más enérgicos.

S. Esta dificultad, hija mía, se disipará fácilmente cuando observéis que la unidad altruísta no exige, como la unidad egoísta, el completo sacrificio de las inclinaciones contrarias á su principio, sino solamente su prudente suborbinación á la afección preponderante. Condensando toda la moral sana en la ley *vivir para el prójimo*, el positivismo consagra la justa satisfacción permanente de los diversos instintos personales, en cuanto indispensable á nuestra existencia material, sobre la cual descansan siempre nuestros superiores atributos. Desde luego condena, aunque sean inspiradas por motivos respetables, las prácticas demasiado austeras que, relajando nuestras fuerzas, nos hacen menos capaces del servicio ajeno. El destino social, en cuyo nombre recomienda los cuidados personales, debe á la vez ennoblecerlos y regularlos, evitando igualmente una preocupación exagerada y una viciosa negligencia.

M. Pero, padre mío, esta consagración misma de las tendencias egoístas, constantemente excitadas por nuestras necesidades corporales, me parece aún incompatible con una preponderancia habitual de nuestras débiles afecciones simpáticas.

S. Por eso, hija mía, ese perfeccionamiento moral constituirá siempre el principal objeto del arte humano, cuyos esfuerzos continuos, individuales y colectivos, nos acercan á él cada vez más, sin poder jamás realizarle completamente. Esta creciente solución se basa únicamente sobre la existencia social, según la ley natural que desarrolla ó comprime nuestras funciones y nuestros órganos, según su ejercicio ó su desuso. En efecto, las relaciones domésticas y cívicas, tienden á contener los instintos personales, por los conflictos que suscitan entre los diversos individuos. Por el contrario, favorecen la marcha progresiva de las inclinaciones benévolas, únicas susceptibles en todos de un desarrollo simultáneo, naturalmente continuo en virtud de estas excitaciones mutuas, aunque necesariamente limitado por el conjunto de nuestras condiciones materiales.

Hé aquí por qué la verdadera unidad moral no puede surgir sino en nuestra especie, debiendo pertenecer exclusivamente el progreso social á la mejor organizada de las razas sociables, á menos que otras no se

unan á ella como auxiliares libres. Pero, sin que una armonía tal pueda en otra parte desarrollarse, su principio es fácilmente apreciable en muchos animales superiores, que suministran aún las primeras pruebas científicas de la existencia natural de las afecciones desinteresadas. Si esta grande noción, siempre presentida por el empirismo universal, no hubiese sido sistematizada tan tardíamente, nadie hoy tacharía de afectación sentimental una doctrina directamente realizable entre tantas especies inferiores á la nuestra.

M. Esta suficiente explicación no me deja, padre mío, desear sino una aclaración general última referente á la condición intelectual de la religión. A través de la incoherencia de las diversas creencias especiales, no veo claramente en qué consiste el dominio fundamental de la fe, que, sin embargo, debe tener una apreciación común á todos los sistemas.

S. En efecto, hija mía, nuestra fe siempre ha tenido un mismo objeto esencial: concebir el orden universal que domina la existencia humana, para determinar nuestra relación general para con él. Ora se haya asignado sus causas ficticias, ora se haya estudiado sus leyes reales, siempre se ha querido apreciar este orden independiente de nosotros, á fin de soportarle mejor y modificarle más. Toda doctrina religiosa descansa

necesariamente sobre una explicación cualquiera del mundo y del hombre, doble objeto continuo de nuestras ideas teóricas y prácticas.

La fe positiva expone directamente las *leyes* efectivas de los diversos fenómenos observables, tanto interiores como exteriores; es decir, sus relaciones constantes de sucesión y semejanza, que nos permiten prever unos por otros. Descarta esta fe, como radicalmente inaccesible y profundamente ociosa, toda indagación acerca de las *causas* propiamente dichas, primeras ó finales de los hechos cualesquiera. En sus concepciones teóricas, explica siempre *cómo* y jamás *por qué*. Pero cuando indica los medios de dirigir nuestra actividad, hace, por el contrario, prevalecer constantemente la consideración del fin, puesto que entonces el efecto práctico emana ciertamente de una voluntad inteligente.

De todos modos, la indagación de las causas, aunque directamente vana, ha sido en un principio indispensable é inevitable, como os explicaré especialmente, para reemplazar y preparar el conocimiento de las leyes, que supone un largo preámbulo. Buscando el *por qué* que no se podía hallar, se acabó por descubrir el *cómo*, cuyo estudio no se había inmediatamente instituido. No debe condenarse verdaderamente sino la pueril terquedad y persistencia, tan común

aún en nuestros hombres de ciencia, en penetrar las causas cuando son conocidas las leyes. Porque, refiriéndose siempre solamente á éstas nuestra conducta, la indagación de aquéllas resulta no menos inútil que quimérica.

El dogma fundamental de la religión universal, consiste, pues, en la existencia demostrada de un orden inmutable, al cual están sometidos los hechos de todas clases. Este orden es, á la vez, *objetivo y subjetivo*; en otros términos, concierne igualmente al *objeto* contemplado y al *sujeto* contemplador. Las leyes físicas suponen, en efecto, leyes lógicas, y recíprocamente. Si nuestro entendimiento no siguiese espontáneamente regla alguna, jamás podría apreciar la armonía exterior. Siendo el número más simple y más poderoso que el hombre, la regularidad de éste sería aún menos conciliable con el desorden de aquél. Toda fe positiva descansa, pues, en esta doble armonía entre el objeto y el sujeto.

Un orden tal no puede ser sino hecho constar, jamás explicado. Suministra, por el contrario, la única fuente posible de toda explicación racional, que consiste siempre en hacer entrar en las leyes generales cada hecho particular, susceptible desde este punto de una previsión sistemática, único fin característico de la verdadera ciencia. Así el orden universal fué largo tiempo desconoci-

do, en tanto que prevalieron las voluntades arbitrarias, á las cuales se debió en un principio atribuir los fenómenos de toda especie. Pero una experiencia frecuentemente reiterada y nunca desmentida, le hizo al fin reconocer, á pesar de las opiniones contrarias, por los más simples hechos, de donde la misma apreciación se extendió gradualmente hasta los más complejos. Solamente en nuestros días ha penetrado esta extensión en su último dominio, representando así los más eminentes fenómenos de la inteligencia y de la sociabilidad como sujetos siempre á leyes invariables, que muchos talentos bien cultivados niegan todavía. El positivismo resulta directamente de este descubrimiento final, que, completando nuestra larga iniciación científica, terminó necesariamente el régimen preliminar de la razón humana.

M. Padre mío, la fe positiva, después de esta primera ojeada, me parece muy satisfactoria para la inteligencia, pero demasiado poco favorable á la actividad, que parece subordinar á destinos inflexibles. No obstante, puesto que el espíritu positivo surge doquiera de la existencia práctica, no podrá serlo contrario. Quisiera concebir claramente su general conformidad.

S. Para llegar á esto, hija mía, basta rectificar la apreciación espontánea que os hace mirar las leyes reales como inalterables. Mientras los fenómenos fueron atribui-

dos á voluntades arbitrarias, la concepción de una fatalidad absoluta se hizo el correctivo necesario de una hipótesis directamente incompatible con todo orden efectivo. El descubrimiento de las leyes naturales tendió luego á mantener esta disposición general, por concernir en un principio á los fenómenos celestes, sustraídos por completo á la intervención humana. Pero á medida que se ha desarrollado el conocimiento del orden real, se le ha mirado como esencialmente modificable, aun para nosotros. Lo es tanto más, cuanto los fenómenos más en él se complican, como os lo explicaré muy pronto. Esta noción se extiende hoy hasta el orden celeste, cuya superior sencillez nos permite imaginar con más facilidad su mejoramiento, á fin de corregir un ciego respeto, aunque nuestros débiles medios físicos jamás pueden realizarle.

Por lo que respecta á los hechos de cualquier clase, sin exceptuar los más complejos, sus condiciones fundamentales son siempre inmutables; pero doquiera también, aun en los casos más simples, las disposiciones secundarias pueden ser modificadas, y casi siempre por nuestra intervención. No alteran en manera alguna estas modificaciones la invariabilidad de las leyes reales, porque éstas jamás se hacen arbitrarias. Su naturaleza y su alcance siguen siempre reglas propias que completan nuestro dominio científico. De tal

modo sería contraria la inmovilidad total á la noción misma de *ley*, que ésta caracteriza doquiera la constancia en medio de la variedad.

Así, el orden natural constituye siempre una fatalidad modificable, que se hace base necesaria del orden artificial. Nuestro verdadero destino se compone, pues, de resignación y de actividad. Lejos de ser esta segunda condición incompatible con la primera, descansa directamente en ella. Sólo una juiciosa sumisión á las leyes fundamentales puede, en efecto, prevenir la vaguedad é inestabilidad de nuestros propósitos, permitiéndonos instituir, en virtud de reglas secundarias, una prudente intervención. Hé aquí cómo el dogma positivo consagra directamente nuestra actividad, que no podía abrazar sistema alguno teológico. Este proceso práctico resulta en él el principal regulador de nuestros trabajos teóricos respecto al orden universal y á sus modificaciones diversas.

M. Después de una explicación tal, me falta, padre mío, concebir cómo la fe positiva se concilia plenamente con el sentimiento, al cual su naturaleza me parece radicalmente contraria. Comprendo, no obstante, que su dogma fundamental procura doblemente una sólida base de disciplina moral, ya subordinando nuestras tendencias personales á un poder exterior, ya excitando nuestros instintos simpáticos para mejor soportar

ó modificar la fatalidad común. Pero, á pesar de estos preciosos atributos, el positivismo no me ofrece aún un estímulo bastante directo de las santas afecciones que parece deben formar el principal dominio de la religión.

S. Reconozco, hija mía, que el espíritu positivo presenta hasta ahora los dos inconvenientes morales propios á la ciencia, engrair y endurecer, desarrollando el orgullo y apagando el amor. Esta doble tendencia se conservará siempre en ella lo bastante para exigir habitualmente precauciones sistemáticas, de que más tarde pienso hablaros. Sin embargo, vuestro principal reproche resulta en este punto de una apreciación insuficiente del positivismo, que únicamente consideráis en el estado incompleto que presenta aún en la mayor parte de sus adeptos. Estos se limitan á la concepción filosófica emanada de la preparación científica, sin llegar hasta la conclusión religiosa, única que resume el conjunto de esta filosofía. Pero completando el estudio real del orden universal, se ve el dogma positivo concentrarse finalmente en torno de una concepción sintética, tan favorable al entendimiento como al corazón.

Los seres quiméricos que empleó provisionalmente la religión, inspiraron directamente vivas afecciones humanas, que fueron aún más poderosas sobre las menos elabora-

das ficciones. Esta preciosa aptitud debió mucho tiempo parecer extraña al positivismo por su inmenso preámbulo científico. En tanto que la iniciación filosófica comprendió solamente el orden material y aun el orden vital, no pudo sino hacer entreyer las leyes á nuestra actividad indispensables, sin procurarnos objeto alguno directo de afección permanente y común. Pero no ocurre lo mismo hoy, que esta preparación gradual se halla por fin completada por el estudio propio del orden humano, individual y colectivo.

Esta apreciación final condensa el conjunto de las concepciones positivas en la sola noción de un sér inmenso y eterno, la Humanidad, cuyos destinos sociológicos se desarrollan siempre bajo la preponderancia necesaria de las fatalidades biológicas y cosmológicas. En torno de este verdadero Gran Sér, motor inmediato de cada existencia individual ó colectiva, nuestras afecciones se concentran tan espontáneamente como nuestras ideas y nuestras acciones. Su sola idea inspira directamente la fórmula sagrada del positivismo: *El Amor por principio, el Orden por base y el Progreso por fin*. Fundada siempre en un libre concurso de voluntades independientes, su existencia compuesta, que toda discordia tiende á disolver, consagra luego la preponderancia continua del corazón sobre el entendimiento como la única base de nuestra verdadera unidad. Así es

como el orden universal se resume de hoy más en el sér que le estudia y sin cesar le perfecciona. La creciente lucha de la Humanidad contra el conjunto de las fatalidades que la dominan, presenta, en el corazón como en el entendimiento, un espectáculo mejor que la omnipotencia, necesariamente caprichosa, de su precursor teológico. Más accesible á nuestros sentimientos y á nuestras concepciones, por una identidad de naturaleza que no embarga su superioridad sobre todo sus servidores, un Sér Supremo tal excita profundamente una actividad destinada á conservarle y mejorarle.

M. Sin embargo, padre mío, el trabajo material impuesto sin cesar por nuestras necesidades corporales, me parece directamente contrario á esta tendencia afectiva de la religión positiva. Porque una actividad tal debe, á mi juicio, conservar siempre un carácter esencialmente egoísta, que se extiende hasta los esfuerzos teóricos que suscita. Ahora bien: esto sólo bastaría á impedir la preponderancia real del amor universal.

S. Espero, hija mía, haceros pronto reconocer la posibilidad de transformar radicalmente esta personalidad primitiva de los trabajos humanos. A medida que la actividad material se hace cada vez más colectiva, tiende más al carácter altruísta, aunque el impulso egoísta deba siempre permanecer indispensable á su primer camino. Porque

trabajando cada hombre habitualmente para otro, esta existencia desarrolla necesariamente los afectos simpáticos, cuando es bastante apreciada. No falta, pues, á estos laboriosos servidores de la Humanidad, sino un sentimiento completo y familiar de su existencia real. Pero este sentimiento debe naturalmente resultar de una extensión suficiente de la educación positiva. Podriais ya hacer constar esta tendencia si la actividad pacífica, desprovista aun de toda disciplina sistemática, estuviese tan regulada como la vida militar, única organizada hasta ahora. Pero los grandes resultados morales obtenidos antes por ésta, y que aun permanecen sensibles en su degradación actual, indican lo bastante los que aquélla lleva consigo. Es preciso aún esperar del instinto constructor reacciones simpáticas más directas y completas que las del instinto destructor.

M. Después de esta última indicación, comienzo, padre mío, á comprender la armonía general del positivismo. Concibo ya cómo en él la actividad, subordinada naturalmente á la fe, puede también someterse al amor, que parece á primera vista rechazar. Desde ahora, vuestra doctrina me parece por fin llenar todas las condiciones esenciales de la *religión*, tal como vos la habéis definido, puesto que conviene igualmente á las tres grandes partes de nuestra existencia: amar, pensar y obrar.

S. Cuanto más estudiéis la síntesis positiva, mejor comprenderéis, hija mía, cuánto más completa la hace su realidad y cuánto más eficaz que otra alguna. La preponderancia habitual del altruismo sobre el egoísmo, en que reside el gran problema humano, resulta en ella directamente de un concurso continuo de todos nuestros trabajos teóricos y prácticos con nuestras mejores inclinaciones. Esta vida activa, que el catolicismo representaba como opuesta á nuestro íntimo perfeccionamiento, se convierte para el positivismo en su principal garantía. Concedid ahora un contraste tal entre dos sistemas, uno de los cuales admite y el otro niega la existencia natural de los afectos desinteresados. Las necesidades corporales, que parecían deber separarnos siempre, pueden en adelante tender más á unirnos que si de ellas estuviésemos dispensados. Porque el amor se desarrolla mejor por actos que por votos; y, por otra parte, ¿qué deseos abrigará aquel que de nada carece? Puede así reconocerse que el tipo de existencia real, propio á los positivistas, sobrepuja necesariamente, aun en cuanto al sentimiento, á la vida quimérica prometida por los teólogos.

M. Para completar este diálogo preliminar, os suplico, padre mío, que me expliquéis brevemente la división general de la religión, cada una de cuyas partes esenciales me expondréis luego.

S. Esta descomposición resulta, hija mía, de una justa apreciación de la existencia total que la religión dirigir debe. El culto, el dogma y el régimen, conciernen respectivamente á nuestros sentimientos, á nuestros pensamientos y á nuestros actos. Es preciso comenzar la iniciación religiosa por el culto que, revelándonos sintéticamente la Humanidad, desarrolla los sentimientos propios á la existencia que ella nos prescribe. Después, en el dogma, se expondrá la elaboración teórica destinada á hacernos conocer el orden fundamental y el Gran Sér que le modifica. Por último, por el régimen regularémos directamente cada conducta humana.

Hé aquí cómo la religión positiva abraza á la vez nuestras tres grandes construcciones continuas, la poesía, la filosofía y la política. Pero la moral domina en ella siempre, ya la marcha de nuestros sentimientos, ya el curso de nuestras acciones, de un modo bastante á dirigir sin cesar nuestra triple indagación de lo bello, de lo verdadero y de lo bueno.

DIALOGO SEGUNDO

TEORÍA DE LA HUMANIDAD

LA MUJER. Recordando nuestro diálogo preliminar, me asusta, padre mío, mi profunda insuficiencia para la alta exposición que vais á comenzar. Puesto que el dogma

de la religión universal consiste en la filosofía positiva, mi inteligencia me parece muy débil, ó al menos muy poco preparada, para comprender lo bastante su explicación, por sencilla que podáis hacerla. No traigo aquí sino una plena confianza, un respeto sincero y una activa simpatía hacia la doctrina que parece, después de tantas estériles tentativas, propia á elevarse por fin sobre la anarquía moderna. Pero temo que estas disposiciones morales no basten á permitirme abordar con éxito un tan difícil estudio.

EL SACERDOTE. Vuestras inquietudes exigen, hija mía, algunas reflexiones preliminares, que espero os tranquilizarán. No se trata aquí sino de llevar á cabo, respecto á la religión nueva, una exposición general equivalente á la que antes os inició en el catolicismo. La naturaleza más inteligible de una doctrina siempre demostrable, debe aún, sin contar con la presente madurez de vuestra razón, haceros esta segunda operación más fácil que la primera. Recordad, además, la admirable máxima que nuestro gran Molière hizo proclamar por el hombre de buen gusto en su última obra maestra:

Consiento en que una mujer
Tenga principios de todo;

y observad también que el *consiento en* del tiempo de Molière, debe convertirse hoy en *conviene que*.

En el fondo, el dominio intelectual del sacerdocio, fué siempre el mismo que el del público, salva la diversidad de cultura, sistemática de un lado, puramente espontánea de otro. Esta identidad esencial, sin la cual no se concebiría armonía alguna religiosa, se hace á la vez más directa y completa en el positivismo que jamás lo pudo ser en el teologismo. El verdadero espíritu filosófico consiste, en efecto, como el simple sentido común, en conocer lo que es, para prever lo que será, á fin de mejorarlo todo lo posible. Uno de los mejores preceptos positivistas califica de viciosa, ó al menos prematura, toda sistematización que no es precedida y preparada por un suficiente trabajo espontáneo. Esta regla resulta también del verso dogmático, por el cual el positivismo caracteriza el conjunto de nuestra existencia:

Obrar sintiendo, y para obrar pensar.

El primer hemistiquio corresponde á la espontaneidad, y equivale á obrar por afectación; y el segundo, pensar para obrar, corresponde á la sistematización consecutiva. Sean cualesquiera los inconvenientes que suscite la actividad irreflexiva, sólo ella puede ordinariamente suministrar los primeros materiales de una meditación eficaz que permita obrar mejor después.

Considerad, por último, que á ningún entendimiento es lícito abstenerse de emitir

una opinión cualquiera sobre el orden universal, sea exterior, sea humano. Sabéis ahora que el dogma religioso ha tenido siempre el mismo objeto esencial, con la única diferencia general de que el conocimiento de las leyes reemplaza en él á la indagación de las causas. Pero hipótesis quiméricas no podrán pareceros más inteligibles que nociones reales.

Las mujeres y los proletarios á quienes se dirige principalmente esta exposición, no pueden ni deben convertirse en doctores, ni tampoco lo quieren. Pero todos necesitan comprender suficientemente el espíritu y la marcha de la doctrina universal, para imponer á sus jefes espirituales una suficiente preparación científica y lógica sobre la cual descansen necesariamente el oficio sistemático del sacerdocio. Pero esta disciplina intelectual, es hoy de tal modo contraria á los hábitos emanados de la anarquía moderna, que jamás podrá prevalecer si el público de los dos sexos no la impone á aquellos que pretenden dirigir sus opiniones. Esta condición social hará siempre preciosa la propagación general de la instrucción religiosa, además de su destino propio para guiar cada existencia, individual ó colectiva. Pero un servicio tal adquiere ahora una capital importancia, á fin de dar decisivamente término á la anarquía occidental, principalmente caracterizada por el intelectual tras-

torno. Si pudiese este catecismo convencer á las mujeres y á los proletarios de que sus pretendidos guías espirituales son radicalmente incompetentes para las altas elaboraciones que se les confía á ciegas, contribuiría mucho á la pacificación del Occidente. Pero esta convicción unánime no puede resultar hoy sino de una suficiente apreciación del dogma final, propio á hacer incontestables las condiciones generales de su cultura sistemática.

En cuanto á las dificultades que teméis hallar en este estudio indispensable, os diré que hacéis demasiado poco caso para vencerlas de vuestras excelentes disposiciones morales. Ninguna academia actual vacilaría en proclamar doctoralmente que el entendimiento piensa siempre como si el corazón no existiese. Pero las mujeres y los proletarios jamás han desconocido la íntima reacción del sentimiento sobre la inteligencia, explicada, por fin, por la filosofía positiva. Vuestro sexo principalmente, cuya dulce oficiosidad involuntaria nos transmite, en cuanto es posible, las admirables costumbres de la Edad Media á través de la anarquía moderna, juzga diariamente la herejía metafísica que separa estos dos grandes atributos. Puesto que, según la bella máxima de Vauvenargues, el corazón es necesario á las principales inspiraciones del entendimiento, debe también servir para compren-

der sus resultados. Esta poderosa asistencia conviene, sobre todo, á las concepciones morales y sociales, en las cuales puede mejor el instinto simpático secundar al espíritu sintético, cuyos mayores esfuerzos no podrían sin tal auxilio vencer sus dificultades. Pero puede también aplicarse á las teorías inferiores en virtud de la conexión necesaria de todas nuestras especulaciones reales.

De las dos condiciones fundamentales de la religión, amor y fe, la primera debe ciertamente prevalecer. Porque si bien la fe es muy propia á consolidar el amor, la acción inversa es más poderosa como más directa. No solamente el sentimiento preside á las inspiraciones espontáneas que exige en primer lugar toda elaboración sistemática, sino que consagra y secunda ésta cuando su importancia ha sido por él reconocida. No ignora mujer alguna experimentada la insuficiencia demasiado frecuente de los mejores sentimientos que no están asistidos de convicciones inquebrantables. Esta palabra *convencer* bastaría por su origen, para recordar la aptitud de las creencias profundas para consolidar el interior enlazándole al exterior.

La insuficiencia teórica que os asusta aquí se basa, en fin, en la confusión ordinaria entre la instrucción y la inteligencia. Vuestra admiración familiar al incomparable Molière, no os ha preservado en este punto del

error vulgar, cuidadosamente mantenido por nuestros *Trisotins* de todas estofas. Debería, sin embargo, sonrojar hallarse hoy menos adelantado que en la Edad Media, en que todos sabían apreciar el profundo mérito intelectual de algunas personas no ilustradas. ¿No habéis hallado alguna vez en entendimientos tales más verdadera aptitud que en la mayor parte de los doctores? Hoy más que nunca, la instrucción no es verdaderamente indispensable sino para construir y desarrollar la ciencia, cuyo conjunto debe ser siempre instituido de tal modo, que llegue á ser directamente asequible á todas las inteligencias sanas. Sin esto, nuestras doctrinas mejores pronto degenerarían en mixtificaciones peligrosas; esta desviación propia de los teóricos no puede contenerse sino mediante una digna vigilancia sobre el público de ambos sexos.

M. Animada por vuestro preámbulo, os suplico, padre mio, que comencéis la exposición sistemática del dogma positivo por una explicación más directa y más completa de su principio universal. He comprendido ya que vuestra concepción del verdadero Gran Sér resume necesariamente el conjunto del orden real, no solamente humano, sino también exterior. Por esto es por lo que experimento la necesidad de una determinación más clara y precisa de esta unidad fundamental del positivismo.

S. Para llegar á ella, debéis, hija mía, definir primeramente la Humanidad como el *conjunto* de los seres humanos, pasados, presentes y futuros. Esta palabra *conjunto* os indica que no debe comprenderse en él á todos los hombres, sino solamente á aquellos que son realmente asimilables por una verdadera cooperación á la existencia común. Aunque todos nacen necesariamente hijos de la Humanidad, todos no llegan á ser sus servidores, y muchos quedan en el estado parásito que solamente durante su educación pudo ser excusable. Los tiempos anárquicos, hacen, sobre todo, pulular, y con frecuencia florecer, estos tristes fardos del verdadero Gran Sér. Más de una vez habréis recordado la enérgica ironía de Ariosto, imitando á Horacio:

Venuto al mondo sol per far letame,

y, mejor aún, la admirable reprobación de Dante:

Che visser senza infamia e senza lodo.

.....
*Cacciarli i ciel per non esser men belli,
 Ne lo profondo inferno li riceve,
 Ch'alcuna gloria i rei avrebber d'elli.*

.....
Non ragioniam di lor, ma guarda et passa.

Veis, pues, así que en este punto, como en todos los demás, la inspiración poética ha

adelantado mucho la sistematización filosófica. Sea como quiera, si estos productores de estiércol no forman verdaderamente parte de la Humanidad, una justa compensación os prescribe unir al nuevo Sér Supremo todos sus dignos auxiliares animales. Toda útil cooperación habitual á los destinos humanos, cuando se ejerce voluntariamente, erige al sér correspondiente en elemento real de esta existencia compuesta con un grado de importancia proporcionado á la dignidad de la especie y á la eficacia del individuo. Para apreciar este indispensable complemento, tenemos que suponer que nos falta. No se ha dudado, pues, en considerar á ciertos caballos, bueyes, etc., como más estimables que ciertos hombres.

En esta primera concepción del concurso humano, la atención concierne naturalmente á la solidaridad, con preferencia á la continuidad. Pero aunque ésta sea en un principio menos sentida, porque exige un examen más profundo, su noción debe finalmente prevalecer. Porque la peregrinación social no tarda en depender más del tiempo que del espacio. No es hoy solamente cuando cada hombre, esforzándose por lo que á los demás debe, reconoce una participación mucho más grande al conjunto de sus predecesores que al de sus contemporáneos. Una superioridad tal se manifiesta, en menor grado, en las más remotas épocas, como lo in-

dica el culto que antes se tributaba á los muertos, según la bella observación de Vico.

Así, la verdadera sociabilidad consiste más en la continuidad sucesiva que en la solidaridad actual. Los vivos son siempre, y cada vez más, gobernados necesariamente por los muertos: tal es la ley fundamental del orden humano.

Para concebir esto mejor, es preciso distinguir en cada verdadero servidor de la Humanidad dos existencias sucesivas: una temporal, pero directa, constituye la vida propiamente dicha; otra indirecta, pero permanente, no comienza sino después de la muerte. Siendo siempre la primera corporal, puede ser calificada de *objetiva*; sobre todo, por contraste con la segunda, que, no dejando á cada cual subsistir sino en el corazón y el entendimiento ajenos, merece el nombre de *subjetiva*. Tal es la noble inmortalidad, necesariamente inmaterial, que el positivismo reconoce á nuestra *alma*, conservando este término precioso para designar el conjunto de las funciones intelectuales y morales, sin alusión alguna á la entidad correspondiente.

Según esta alta noción, la verdadera población humana se compone, pues, de dos masas siempre indispensables, cuya proporción varía sin cesar, tendiendo á hacer prevalecer más y más los muertos sobre los vivos en cada operación real. Si la acción y

el resultado dependen, sobre todo, del elemento objetivo, la impulsión y la regla emanan principalmente del elemento subjetivo. Dotados liberalmente por nuestros predecesores, transmitimos á nuestros sucesores gratuitamente el conjunto del dominio humano, con una extensión cada vez más débil en proporción á lo que recibimos. El carácter necesariamente gratuito de esta donación halla su digna recompensa en la incorporación subjetiva que nos permitirá perpetuar nuestros servicios transformándolos.

Aunque una teoría tal parece constituir hoy el último esfuerzo sistemático del entendimiento humano, las más lejanas evoluciones ofrecen siempre su gérmen espontáneo, ya sentido por los más antiguos poetas. La menor aldea, y aun cada familia, se mira pronto como la fuente esencial de esta existencia compuesta y progresiva, que no tiene, en el espacio y en el tiempo, otros límites necesarios que los del estado normal propio á su planeta. Aunque el Gran Sér no esté aún formado lo bastante, las más íntimas colisiones jamás ocultarán su evolución gradual, que, sistemáticamente apreciada, procura hoy la única base posible de nuestra unidad final. Aun bajo el egoísmo cristiano, que dictaba al duro San Pedro la máxima característica: *Considerémonos sobre la tierra como extranjeros ó desterrados*, se ve ya al admirable San Pablo adelantar, por el

sentimiento, el concepto de la Humanidad en esta imagen conmovedora, aunque contradictoria: *Todos somos miembros unos de otros*. Sólo el principio positivista debía revelar el tronco único á que pertenecen necesariamente todos los miembros.

M. No puedo menos, padre mío, de admitir vuestro concepto fundamental, por grandes que sean las dificultades que aún me sugiere. Pero me asusta mi nulidad personal para una tal existencia, cuya inmensidad me disipa más que nunca la majestad de un Dios, con el cual, aunque mezquina, sentía una relación propia y directa. Después de haberme dominado por la preponderancia creciente del nuevo Sér Supremo, necesito que reaniméis en mí el sentimiento de mi individualidad.

S. Esto resultará, hija mía, de una apreciación más completa del dogma positivo. Basta reconocer que, aunque el conjunto de la Humanidad constituye siempre el principal motor de todas nuestras operaciones físicas, intelectuales ó morales, el Gran Sér jamás puede obrar sino por órganos individuales. Por esto la población objetiva, á pesar de su subordinación creciente á la población subjetiva, queda siempre siendo necesariamente indispensable á toda influencia de ésta. Pero descomponiendo esta participación colectiva, se la ve finalmente resultar de un libre concurso de los esfuerzos

meramente personales. Hé aquí lo que debe realzar á cada personalidad en presencia del nuevo Sér Supremo, más que en presencia del antiguo. En efecto, aquél no necesitaba realmente de nuestros servicios, cualesquiera que fuesen, sino por vanas alabanzas, la pueril avidez de las cuales debía aún degradarle á nuestros ojos. Recordad aquel verso decisivo de la *Imitación*:

Yo te soy necesario, tú á mí inútil.

Pocos hombres, sin duda, están autorizados para considerarse realmente indispensables á la Humanidad: esto no conviene sino á los verdaderos promovedores de nuestros principales progresos. Pero toda digna existencia humana puede y debe sentir habitualmente la utilidad de su cooperación personal á esta inmensa evolución, que cesaría necesariamente tan pronto como sus mínimos elementos objetivos hubieran desaparecido á la vez. El desarrollo y aun la conservación del Gran Sér quedan, pues, subordinados siempre á los libres servicios de sus diversos hijos, aunque la inacción de cada uno de ellos sea ordinariamente susceptible de una suficiente compensación.

PRIMERA PARTE

Explicación del culto.

DIALOGO TERCERO

DEL CULTO EN GENERAL

LA MUJER. Habéis disipado, padre mío, las dificultades que experimentaba en un principio para concebir la Humanidad como el centro de todo el sistema positivista. Os suplico, pues, ahora que me enseñéis directamente á amar mejor, para mejor servir á la incomparable diosa que me habéis revelado, y á la cual espero ser incorporada finalmente. Desde este momento, mi actitud cambia espontáneamente, y nuestras conferencias toman el carácter de verdaderos diálogos. En vez de someteros dudas esenciales que exigen largas explicaciones, no os interrumpiré sino á fin de aclarar ó de desarrollar algunas indicaciones suficientes. Espero aún,

en lo que se refiere al culto, llegar á ser tan activa en secundaros, adelantando ciertas explicaciones que haga vuestra exposición más rápida, sin ser por eso menos completa. Entramos aquí en la esfera del sentimiento, en que la inspiración femenina, aunque siempre empírica, puede verdaderamente cooperar á la construcción sacerdotal.

EL SACERDOTE. Cuento mucho, hija mía, con esta cooperación espontánea, para hacer esta parte de nuestro catecismo menos extensa que la siguiente. Pero, á fin de utilizar mejor vuestra disposición actual, este nuevo diálogo, que concierne solamente al culto en general, debe comenzar sistematizando el plan general de la religión, aunque os sea ya familiar.

Debiendo ser toda combinación, aun física, y sobre todo lógica, siempre binaria, como lo indica su misma etimología, esta regla se extiende necesariamente á todas las descomposiciones. La división fundamental de la religión la satisface, naturalmente, repartiendo el dominio religioso entre el amor y la fe. En toda evolución normal, individual ó colectiva, el amor nos conduce, ante todo, á la fe, en tanto que el trabajo es espontáneo. Pero cuando se hace sistemático, se construye la fe para regular el amor.

Esta división principal equivale á la verdadera distinción general entre la teoría y la práctica.

El dominio práctico de la religión, se descompone también necesariamente en dos, en virtud de la distinción natural entre los sentimientos y los actos. La parte teórica sólo corresponde á la inteligencia, única base posible de la fe. Pero la parte práctica abraza todo el resto de nuestra existencia, tanto nuestros sentimientos como nuestros actos mismos. El uso universal y espontáneo, que constituye el mejor regulador del lenguaje, consagra directamente una apreciación tal, calificando de *prácticas* religiosas los hábitos relativos al culto, por lo menos aquellos cuyo objeto propio es el régimen. Esta aparente confusión se apoya en una profunda prudencia, aunque empírica, que en buen hora enseña al mundo, sobre todo femenino, así como al sacerdocio, que el perfeccionamiento de nuestros sentimientos excede en importancia y en dificultad al mejoramiento inmediato de nuestras acciones. No convirtiéndose jamás nuestro amor en místico, el culto positivo corresponde normalmente al dominio práctico de la religión verdadera: amamos para poder servir mejor. Pero, por otra parte, nuestros actos llevan siempre consigo, bajo el verdadero punto de vista religioso, un carácter esencialmente altruista, puesto que la religión debe, ante todo, disponernos y enseñarnos á vivir para el prójimo. Inspiradas por el amor, nuestras acciones tienden recíprocamente á desarro-

llarle. Esta predisposición natural, evidente en modo directo, respecto del perfeccionamiento intelectual, cuando es bien dirigida, se extiende hasta el progreso material, siempre que sea convenientemente instituido. Hé aquí por qué el régimen, apreciado religiosamente, corresponde, lo mismo que el culto, al dominio del amor.

Este doble principio, que hace práctico nuestro culto y afectivo nuestro régimen, sin confundirlos nunca, no obstante, no podía surgir en tanto que la religión era teológica. Entonces el culto y el régimen eran radicalmente heterogéneos, dirigiéndose el uno á Dios, y concerniendo el otro al hombre. El culto no dominaba al régimen sino por la subordinación necesaria del segundo sér al primero. Ambos tenían un carácter esencialmente egoísta, en virtud de la constitución, profundamente individual, de una fe que fué siempre incompatible con la existencia natural de las tendencias bienhechoras, consagradas solamente por el positivismo. Entonces la división entre el régimen y el culto se hallaba tan quebrantada como la que separa el culto del dogma, de tal modo, que se hacía ininteligible el plan general de la religión, por nuestra justificada repugnancia á las combinaciones ternarias.

En el estado final, las distinciones religiosas se hacen, por el contrario, no menos favorables á la razón que al sentimiento. El

dogma difiere en él del culto y del régimen mucho más que éstos uno de otro. Así es como la constitución usual de la religión se hace ternaria; pero en virtud de una división siempre binaria, completando su distinción principal por una sola subdivisión que la estaba irracionalmente comparada hasta ahora. La reunión de estas tres partes esenciales forma, finalmente, una progresión normal, vista la homogeneidad natural de sus diversos elementos. Lleva sin esfuerzo del amor á la fe, ó recíprocamente, según que se sigue en ella un procedimiento subjetivo ú objetivo, en las dos edades principales de la iniciación religiosa, dirigidas respectivamente por la mujer y por el sacerdote. Idealizar el dogma para idealizar el régimen, tal fué siempre el fin propio del culto, que por esto se hace susceptible de representar el conjunto de toda la religión. Su estudio espero que os hará comprender que la aptitud poética del positivismo está, ciertamente, al nivel de su potencia filosófica, sin haber podido producir aún resultados tan decisivos.

M. La muy natural impaciencia por comenzar directamente el estudio de nuestro culto, me hacía en un principio olvidar el preámbulo general que acabáis de exponerme. Comprendo ahora cuán necesario me era para concebir claramente el plan de la religión, del cual no había aún coordinado las tres partes. De todos modos, esta precio-

sa aclaración me parece llevada á cabo de tal suerte, que espero estudiar inmediatamente el culto en general propio de nuestra diosa.

S. No la adoramos como al antiguo Dios, por agradarla, hija mía, sino para servirla más mejorándonos. Importa recordar aquí este destino normal del culto positivo, á fin de prevenir ó corregir en él la degeneración mística, á la cual expone siempre una atención demasiado exclusiva hacia los sentimientos, disponiendo á descuidar y aun olvidar los actos que deben regir. Mi carácter, más sistemático, podría arrastrarme aún más que á vos á tal abuso, cuyos estragos serán bien pronto notados por vuestro natural talento, y podría aún compensarlos con una feliz inconsecuencia teórica. Me interesa principalmente evitar esta desviación en el presente diálogo, que, más abstracto y más general, le hace á la vez más inminente y más grave. Vuestras rectificaciones empíricas acabarán, sin duda, por traerme siempre al verdadero terreno; pero esto pudiera ocurrir demasiado tarde, y entonces serían á veces precisas laboriosas reparaciones.

Sin abandonar esta precaución continua, concebimos el culto en general como destinado sistemáticamente á enlazar el régimen y el dogma, idealizando ambos. En cuanto al primero, le completa y le resume haciéndonos á la vez más familiar y más imponente la noción de la Humanidad, por una re-

presentación ideal. Pero, como tipo de régimen, el culto debe tender directamente al mejoramiento de nuestros sentimientos, teniendo siempre en cuenta las modificaciones que les imprimen habitualmente los tres grados de la vida humana: personal, doméstica y social. Aunque estas dos maneras generales de concebir y de instituir el culto puedan en un principio parecer inconciliables, su concordancia natural resulta de la aptitud necesaria de una digna idealización del Gran Sér para desarrollar y consolidar el amor en que descansa toda su existencia. Desde este punto, este contraste primitivo no tiende en modo alguno á descomponer el culto en dos dominios separables, uno de los cuales correspondería exclusivamente á la inteligencia y otro al sentimiento. Una división tal sería tan impracticable ordinariamente como la distinción general entre el cálculo algebraico y el cálculo aritmético, que no pueden verdaderamente aislarse sino en casos demasiados simples, la mayor parte artificiales, aunque estos dos cálculos se combinan siempre, sin confundirse jamás. Esta comparación da una justa idea de la íntima conexión que enlaza naturalmente los dos aspectos, intelectual y moral, teórico y práctico, propios, ya al conjunto del culto positivo, ya á cada una de sus partes. Pero, pese á la espontaneidad de su enlace por la naturaleza del sistema religioso, al

cual ambos se refieren, su sabia combinación suscita realmente la principal dificultad que puede ofrecer la institución de nuestro culto. Porque el culto se halla expuesto, como el dogma, y quizá más, á degenerar en misticismo ó en empirismo, según el exceso ó el defecto de generalización ó de abstracción. Ahora bien: estos dos contrarios abusos producen moralmente equivalentes estragos, puesto que la eficacia social de los sentimientos humanos se altera igualmente cuando se hacen demasiado sutiles ó demasiado groseros.

M. Para apreciar mejor esta dificultad general, creo poder, padre mío, reducir las consignadas advertencias á instituir bien la vida subjetiva, sobre la cual descansa necesariamente el conjunto del culto positivo, ya se le considere intelectual ó moralmente. Nuestro Gran Sér se compone mucho más de muertos primeramente, luego de personas por nacer, que de vivos, la mayor parte de los cuales no son sino sus servidores, sin poder llegar á ser actualmente sus órganos. Pocos hombres existen, y aun menos mujeres, que sean á este respecto plenamente juzgables antes de haber acabado su carrera objetiva. Durante la mayor parte de su vida directa, todos podrían compensar el bien que hicieron con el mal que harían. Así, la población humana se compone, sobre todo, de dos clases de elementos subjetivos, deter-

minados unos, indeterminados otros, entre los cuales su elemento objetivo, aunque cada vez menor, instituye un enlace inmediato y completo. Concibo, pues, que para representarnos el verdadero Gran Sér, el culto positivo debe desarrollar mucho, en todos nosotros, la vida subjetiva; cosa que, por otra parte, la hará, en mi opinión, eminentemente poética. Al mismo tiempo, ejercicios tales en que el pensamiento trabaja con ayuda de la imaginación, resultan muy propios á cultivar directamente nuestros sentimientos mejores.

La condición intelectual y el fin moral me parecen, pues, plenamente conciliables en virtud del principio que acabáis de procurarme. Pero este medio necesario me parece que suscita él mismo una nueva dificultad general. Porque tampoco concibo cómo podrá constituirse, y, sobre todo, hacerse unánime, esta tarea cotidiana, tanto privada como pública, de la vida subjetiva, cuya práctica universal se hace, sin embargo, indispensable á nuestra religión. Sin duda la regeneración total de la educación humana debe, en este respecto, procurar inmensos recursos, que difícilmente pueden calcularse hoy. Temo, sin embargo, que no lleguen á ser suficientes para vencer tal dificultad, acerca de la cual no me parece que presenta el pasado, al menos directamente, motivo alguno de general esperanza.

S. Por el contrario, hija mía, espero disipar pronto vuestra inquietud, muy natural por otra parte, con una sana apreciación de esta larga iniciación, cuya terminación decisiva hace constar ya la construcción misma de este catecismo. No se puede, en efecto, desconocer la aptitud natural y unánime de nuestra especie para vivir subjetivamente, cuando se ve en ella, por espacio de cuarenta siglos, prevalecer bajo diversas formas una existencia tal. Los talentos emancipados saben hoy que, durante esta prueba inmensa, todos los cerebros humanos fueron dominados habitualmente por seres puramente imaginarios, aunque se les atribuyó una realidad exterior. Pero los diversos teólogos están casi tan convencidos de ello, puesto que cada fe juzga así á todas las demás, cuyos partidarios reunidos la oponen siempre una poderosa mayoría, sobre todo, por la dispersión actual de las creencias sobrenaturales. Cada cual exceptúa de la ilusión solamente su propia fábula.

Somos de tal modo inclinados á la vida subjetiva, que prevalece más á medida que se remonta á la edad nativa de la plena espontaneidad individual ó colectiva. La principal fuerza de nuestra razón consiste, por el contrario, en subordinar suficientemente lo subjetivo á lo objetivo, para que nuestras operaciones interiores puedan representar el mundo exterior, según lo exigen nuestras

relaciones activas y pasivas, con su inmutable preponderancia. Este resultado normal no se obtiene en el individuo ni en la especie, sino en el tiempo de la verdadera madurez, de la cual es el mejor signo. Aunque una transformación tal tiende ahora á cambiar radicalmente el régimen del entendimiento humano, jamás nos impedirá desarrollar la vida subjetiva, aun más allá de todas las necesidades del culto positivo. Siempre nos quedará cierta disciplina, necesaria para contener lo bastante nuestra disposición espontánea á sustituir demasiado el interior al exterior. No debéis, pues, concebir á este respecto inquietud alguna seria, á menos de juzgar al hombre futuro por la tendencia actual de las especialidades científicas á extinguir la imaginación y á proscribir el corazón; tendencia que no constituye sino uno de los naturales síntomas de la anarquía moderna.

La única diferencia esencial entre la nueva subjetividad y la antigua, debe consistir en que será plenamente sentida y confesada, sin que jamás por nadie se confunda con la objetividad. Nuestras contemplaciones religiosas se realizarán conscientemente en el interior, mientras que nuestros predecesores en vano se esforzaban por ver en el exterior lo que sólo existía en ellos mismos, reservando á la vida futura la realización final de sus visiones. Este contraste general se resu-

me fácilmente en virtud de una oposición decisiva entre las dos maneras de concebir la principal subdivisión intelectual. En la existencia normal, la contemplación, aún interior, es más fácil y menos eminente que la meditación, puesto que nuestra inteligencia permanece en ella casi pasiva. En una palabra, nosotros contemplamos para meditar, porque nuestros estudios esenciales conciernen siempre al exterior. Por el contrario, la meditación debía parecer á los teólogos menos difícil y más vulgar que la contemplación, erigida entonces en principal esfuerzo de nuestro entendimiento. No meditaban sino á fin de poder contemplar seres que sin cesar les huían. Un signo familiar indicará pronto esta distinción entre la mayor parte del culto privado. Porque el positivista cierra los ojos durante sus efusiones secretas para ver mejor la imagen interior, mientras que el teólogo los abre para percibir fuera un objeto quimérico.

M. Aunque esta aclaración decisiva disipa ya mis anteriores inquietudes, insisto, padre mío, en mirar la institución de la vida subjetiva como la principal dificultad del culto positivo. Solamente la nueva subjetividad me parece ahora poder siempre conciliarse más con la profunda realidad que distingue á nuestra fe. Pero esta concordancia parece que debe exigir sin cesar esfuerzos especiales.

S. Habéis comprendido convenientemente, hija mía, la condición esencial que debo satisfacer aquí. Porque el mejor contraste entre el culto y el régimen consiste, sobre todo, en señalarles por respectivos dominios la vida subjetiva y la vida objetiva. Aunque cada una de ellas se refiere simultáneamente á ambas, la primera tiende evidentemente hacia el culto, y la segunda hacia el régimen. Nada es más propio á caracterizar la dignidad superior del culto comparado al régimen que la preponderancia necesaria de la subjetividad sobre la objetividad en la totalidad de la existencia humana aun individual, y sobre todo colectiva.

M. Esta sanción sistemática de mi inspiración espontánea, me lleva, padre mío, á preguntaros ahora en qué consiste la verdadera teoría de la vida subjetiva. Aunque una doctrina tal no pueda aquí ser sino bosquejada, su principio fundamental me parece en ella totalmente indispensable. Ningún positivista puede, en este sentido, dispensarse de una explicación general, cuyo uso casi cotidiano, privado ó público, le exigirá su culto, á fin de prevenir en él toda degeneración mística ó empírica.

S. Para satisfacer vuestro justo deseo, concebid, hija mía, la ley fundamental de la vida subjetiva, como consistiendo siempre en su digna subordinación á la vida objetiva. El exterior jamás cesa de regular esencial-

mente el interior, mientras que le alimenta y le excita, tanto en lo que se refiere á nuestra vida cerebral, como en lo que respecta á nuestra vida corporal. Nuestras más fantásticas concepciones, llevan siempre el indeleble sello de este imperio involuntario, aunque en ellas se hace menos puro, y aun menos completo, á medida que es más indirecto. Todo esto resulta necesariamente del principio irrecusable que os expondré explicando el dogma, y que ha dado por base al conjunto de nuestra teoría intelectual, tanto dinámica como estática, así unida al sistema fundamental de las nociones biológicas.

No pudiendo jamás consistir el orden artificial sino en perfeccionar el orden natural, sobre todo desarrollándole, se comprende aquí, como siempre y aun más, que nuestra verdadera libertad resulta esencialmente de una digna sumisión. Pero para extender convenientemente á la vida subjetiva esta regla general de la vida objetiva, es preciso, ante todo, examinar bajo este nuevo aspecto, la constitución natural del orden universal. Porque todas las leyes que le componen, están lejos de convenir igualmente á la vida subjetiva. A fin de fijar mejor vuestras ideas, no especificaré sino el caso más sencillo y también el más usual, cuando se aplica el culto subjetivo á hacer dignamente revivir á un sér querido. Sin esta determi-

nación precisa, en que el corazón secunda al entendimiento, sería fácil extraviarse en el estudio de tal dominio. Pero todas las nociones, así construídas hacia el culto más íntimo y mejor apreciable, podrán fácilmente extenderse con las modificaciones convenientes á los demás casos sociolátricos.

M. Os doy gracias, padre mío, por tal atención, que juzgo para mí indispensable. Esta doctrina es tan nueva como difícil, puesto que este dulce problema no puede ni aun ser planteado en tanto que prevalezcan las creencias sobrenaturales que nos impiden representarnos á los muertos de otro modo que en una situación misteriosa y comúnmente indeterminada. Un estado tal no les permitiría analogía alguna con nosotros. Aun cuando nuestros recelos, acerca de su suerte final, se hubieran disipado, en ningún caso se podía instituir para ellos una vida subjetiva que hubiera hecho de cada hombre un sér sacrílego al hacerle fijar en una criatura el afecto debido al Creador. Pero si esta interesante cuestión es necesariamente propia al positivismo, su solución general no le corresponde menos, por ser el único que ha descubierto las verdaderas leyes de nuestra inteligencia que ya me habéis hecho entrever. Concibo, pues, á la vez la institución general del culto subjetivo y su fundamento normal, que convierte esta existencia ideal en una simple prolongación de la existencia

real. Pero os suplico que me expliquéis directamente las modificaciones que supone una extensión tal.

S. Consisten, hija mía, en suprimir, ó al menos descuidar, todas las leyes inferiores para hacer mejor prevalecer las superiores. Durante la vida objetiva, el dominio del orden exterior sobre el orden humano es tan directo como continuo. Pero, en la vida subjetiva, el orden exterior se hace puramente pasivo, y no prevalece sino de un modo indirecto, como primera fuente de las imágenes que queremos cultivar. Los muertos que nos son queridos no están dominados por las leyes rigurosas del orden material, ni aun del orden vital. Por el contrario, las leyes propias al orden humano, sobre todo moral, pero también social, rigen, mejor que durante la vida, la existencia que cada uno de ellos conserva en nuestros cerebros. Esta existencia, desde luego puramente intelectual y afectiva, consiste esencialmente en imágenes, que reaniman á la vez los sentimientos que inspira el sér arrebatado y los pensamientos que suscita. El objeto del culto subjetivo se reduce, pues, á una especie de evocación interior, producida gradualmente por un ejercicio cerebral, dirigido según las leyes correspondientes. La imagen queda siempre menos clara y menos viva que el objeto, según la ley fundamental de nuestra inteligencia. Pero una vez que

todo lo contrario ocurre en las enfermedades cerebrales, una feliz cultura puede traer de nuevo el estado normal de este límite necesario, más fuerte de lo que se ha creído mientras ha permanecido este hermoso dominio lleno de vaguedad y tinieblas.

Para apreciar mejor esta subordinación general, observad que la evocación subjetiva del sér querido se refiere siempre á las últimas impresiones objetivas que nos ha dejado. Esto se hace sensible, sobre todo, respecto de la edad que la muerte sustrae á todo aumento. De este modo procuran las pérdidas prematuras que sentimos una eterna juventud á los objetos de nuestro cariño. Del adorador primitivo, esta ley se extiende necesariamente á sus más lejanos allegados. Nadie podrá jamás representarse, leyendo á Dante, á su Beatriz de otro modo que en la edad de veinticinco años. Podemos concebirla más joven, pero no imaginarla de más edad.

El contraste fundamental entre la vida objetiva y la subjetiva consiste, pues, en que la primera está directamente dominada por leyes físicas, y la segunda por leyes morales: las leyes intelectuales convienen igualmente á ambas. Tal distinción se hace menos radical cuando se observa que en ambos casos el orden más general prevalece siempre sobre el más especial. Porque la diferencia se reduce entonces á un modo de apre-

ciación de la generalidad, medida primeramente respecto á los fenómenos, y luego en cuanto á nuestras concepciones, según se explicará en nuestro estudio sobre el dogma.

Sea como se quiera, esta preponderancia necesaria de las leyes morales, respecto de la vida subjetiva, es de tal modo conforme á nuestra naturaleza, que fué, no sólo respetada involuntariamente, sino conscientemente apreciada desde el primer vuelo de la humana inteligencia. Sabéis, en efecto, que el bosquejo empírico de las grandes leyes morales, precedió largo tiempo á todo estudio decisivo de las menores leyes físicas.

En tanto que nuestras ficciones poéticas violaron sin escrúpulo las condiciones generales del orden material y aun del orden vital, se conformaron con admirable exactitud á las nociones principales del orden social, y, sobre todo, del orden moral. Fácilmente se admitieron héroes invulnerables y dioses que se transformaban al propio antojo. Pero el instinto del pueblo, como el genio del poeta, hubieran desde luego rechazado toda incoherencia moral, si, por ejemplo, se hubiera osado suponer en un avaro ó un cobarde una conducta liberal ó valerosa.

M. Después de vuestras explicaciones, comprendo, padre mío, que en el culto subjetivo podemos desdeñar las leyes físicas, para ligarnos mejor á las morales, cuyo verdadero conocimiento debe perfeccionar tan-

to este nuevo orden de instituciones. Nuestra imaginación se liberta fácilmente de las condiciones más generales, con tal de que las conveniencias humanas sean respetadas siempre. Pero quisiera saber cómo debemos usar de esta libertad, á fin de facilitar más el fin esencial del culto subjetivo, es decir, la evocación cerebral de los seres amados.

S. Planteada así, hija mía, vuestra cuestión, fácilmente se resuelve, por la observación evidente, de que para concentrar mejor nuestras fuerzas hacia esta santa empresa, no debemos distraerlas á modificaciones supérfluas del orden vital, ni aun del orden material. Conservad, pues, con esmero todas las relaciones exteriores que fueron habituales al sér querido. Empleadlas en reanimar más y más su imagen. Hallaréis á este respecto en el *Sistema de política positiva* una observación importante. «Nuestros recuerdos íntimos se hacen á la vez más claros y más fijos cuando bien se determina el medio inerte antes de colocar en él la viviente imagen.» Además, os aconsejo, en general, descomponer esta determinación exterior en sus tres partes esenciales, procediendo siempre de fuera á dentro, según nuestro principio jerárquico. Esta regla del culto consiste en precisar primeramente el lugar, después el sitio ó la actitud, y por fin el vestido, propios de cada especial caso. Aunque el corazón puede en un principio impacientarse por tal

retraso, pronto reconoce en él íntima eficacia, cuando ve á la imagen querida adquirir de este modo gradualmente un vigor y una claridad que parecían antes imposibles.

Estas operaciones esencialmente estéticas, se conciben mejor reduciéndolas á operaciones científicas, por la identidad necesaria de sus leyes principales. En el fondo, la ciencia, que nos indica por adelantado un porvenir frecuentemente lejano, realiza un esfuerzo aún más osado que el del arte que quiere evocar un recuerdo amable. Nuestros éxitos, sorprendentes en el primer caso en que la inteligencia es, sin embargo, mucho menos ayudada por el corazón, nos autorizan á esperar resultados más satisfactorios en el segundo, único que nos ofrece siempre la seguridad de una solución cualquiera. Esta solución descansa, en verdad, completamente en el conocimiento de leyes cerebrales, todavía tan confusamente apreciadas. Por el contrario, nuestros cálculos astronómicos dependen, sobre todo, de las leyes exteriores más sencillas y más conocidas. Pero aunque esta distinción basta para explicar la presente disparidad de ambos resultados, nos la muestra como puramente provisional.

Cuando sean las leyes superiores bastante conocidas, el sacerdocio positivo alcanzará de ellas resultados más preciosos y aun más regulares que los de la mejor astronomía. Porque las previsiones de ésta llegan á ser

inciertas, y á veces imposibles, tan pronto como los casos planetarios se complican mucho, como puede casi siempre observarse en los cometas. Sin ser tachada justamente de pretensión quimérica, la providencia humana puede y debe aspirar á regular más el orden que modifica mejor que podría serlo, en la mayor parte de los hechos, aquél que sólo es gobernado por una ciega fatalidad. La superior complicación de los fenómenos cederá, finalmente, en estos casos sublimes á la sabiduría preponderante del agente modificador, una vez que sea suficientemente conocido el orden humano.

M. Veo claro, padre mío, que la subordinación de lo subjetivo á lo objetivo, constituye á la vez la obligación constante y el principal recurso del culto positivo. Me habéis hecho comprender claramente que, lejos de sustraernos á este yugo necesario, debemos aceptarle voluntariamente, á pesar de que nos es permitido olvidarle. Porque esta plena sumisión facilita mucho nuestra vida subjetiva, economizando nuestras fuerzas más preciosas. Pero no veo en qué consiste nuestra propia actividad en esta existencia interior que, sin embargo, debe, á mi juicio, llegar á ser, á su modo, aún menos pasiva que la existencia exterior.

S. Consiste, hija mía, en idealizar casi siempre por sustracción, y rara vez por adición, aun cuando se practiquen en ella todos

los arreglos convenientes. La idealidad debe mejorar la realidad, so pena de insuficiencia moral: ésta es la compensación normal de su claridad y vivacidad mucho menores. Pero es preciso que sea siempre su subordinada, sin lo cual la representación jamás sería bastante fiel, y el culto se convertiría en místico; mientras que sería empírico si la realidad se hallase en él servilmente respetada. Nuestra regla evita estas dos desviaciones opuestas; está naturalmente indicada por nuestra tendencia á olvidar los defectos de los muertos, recordando sólo sus virtudes.

Concebida así esta regla, no vemos en ella otra cosa que una deducción especial del dogma de la Humanidad. Porque si nuestra diosa no se incorpora sino los muertos verdaderamente dignos, descarta también de cada uno de ellos las imperfecciones que mancharon su vida objetiva. Dante tuvo, á su modo, presente esta ley cuando construyó su bella ficción, en que, para prepararse á la santidad, bebió primeramente en el río del olvido, y después en el Eunoé, que procuraba solamente el recuerdo del bien. No unáis, pues, á vuestros tipos exteriores sino perfeccionamientos muy secundarios, que jamás puedan alterar ni aun su carácter físico, y sobre todo moral. Pero desarrollad mucho, si bien siempre con prudencia, vuestra disposición espontánea á purgarlos de sus defectos.

M. Así, padre mío, la verdadera teoría de la vida subjetiva lleva, finalmente, nuestro culto á dejar el orden exterior tal como es, á fin de concentrar mejor en el orden humano nuestros principales esfuerzos de íntimo perfeccionamiento. La noble existencia que nos perpetúa en otro, se hace entonces la digna prolongación de aquella que nos hizo merecedores de esta inmortalidad; el progreso moral del individuo y de la especie, constituye siempre el principal destino de ambas vidas. Nuestros muertos están redimidos de las necesidades materiales y vitales, cuyo recuerdo no nos dejan sino para representárnoslos tales como los conocimos. Pero no dejan de amar y aun de pensar en nosotros y por nosotros. El dulce cambio de sentimientos y de ideas que mantenemos con ellos durante su objetividad, se hace á la vez más íntimo y más continuo cuando se separan de la vida corporal. Aunque la vida de cada uno de ellos se halla mezclada profundamente con la nuestra, su originalidad moral y mental no es alterada en modo alguno, aun cuando su carácter fuese verdaderamente distinto. Aún puede decirse que las principales diferencias se hacen más pronunciadas á medida que se desarrolla más este comercio íntimo.

Esta concepción positiva de la vida futura, es ciertamente más noble que la de todos los teólogos, al par que la única verdadera. En

tanto que yo era católica, mi mayor fervor jamás me impidió sentirme profundamente contrariada estudiando el pueril desarrollo de la beatitud en un doctor tan recomendable de corazón y de entendimiento como San Agustín. Estaba yo casi indignada viéndole esperar ser un día libre de la ley de la gravedad y de todo deseo nutritivo, aunque, por una grosera contradicción, se reservaba la facultad de comer á su antojo, sin temor de engruesar indefinidamente. Semejantes comparaciones son muy propias á hacer palpable cuánto perfecciona el positivismo la inmortalidad, al par que la consolida, cuando la transforma de objetiva en subjetiva. Pero esta evidente superioridad no me impide echar de menos la plegaria, institución grande de la antigua fe que no me parece compatible con la nueva.

S. Grave en extremo sería tal laguna, hija mía, si fuese real, puesto que el ejercicio regular de la plegaria, privado ó público, constituye la principal condición de todo culto. Lejos de carecer de ella, el positivismo la satisface mejor que el catolicismo, porque depura esta institución al par que la desarrolla. Vuestro menosprecio, en este respecto, resulta de la noción grosera que aún se tiene de la plegaria, haciéndola consistir en súplicas, á veces demasiado materiales, siguiendo la naturaleza profundamente egoísta de todo culto teológico. Para nosotros, por el con-

trario, la plegaria se hace el ideal de la vida. Porque rezar es á la vez amar, pensar y aun obrar, puesto que la expresión constituye siempre una verdadera acción. Jamás los tres aspectos de la existencia humana pueden hallarse tan íntimamente unidos como en estos desahogos de reconocimiento y de amor hacia nuestra gran diosa ó sus dignos representantes ú órganos. Ningún motivo interesado viene á turbar la pureza de nuestras efusiones.

Como su práctica cotidiana mejora mucho nuestro corazón, y aun nuestro entendimiento, podemos tener siempre presente en ellas este precioso resultado, sin temor de que una personalidad tal nos degrade nunca. Aunque el positivista reza sobre todo por desahogar sus afectos mejores, puede también pedir, pero solamente nobles progresos, así casi asegurados. Desear con fervor llegar á ser más tierno, más respetuoso ó más animoso, es ya realizar en algún grado el deseado mejoramiento, al menos por una sincera confesión de nuestra imperfección actual, primera condición del futuro perfeccionamiento. Esta santa reacción puede, además, extenderse hasta la inteligencia, aunque no sea sino inspirándonos nuevos esfuerzos para pensar mejor. Pedir, por el contrario, un aumento de riqueza ó de poder, constituiría en nuestro culto una práctica no menos absurda que innoble. No envidiamos á los teó-

logos el ilimitado imperio que esperan obtener así sobre el orden exterior. Todos nuestros esfuerzos subjetivos se contraen á perfeccionar todo lo posible el orden humano, á la vez más noble y más modificable. En una palabra, la plegaria positivista se apodera esencialmente del supremo dominio reservado antes á la gracia sobrenatural. Nuestra santificación sistematiza sobre todo los progresos que hasta aquí fueron concebidos como extraños á todas las leyes invariables, á pesar de ser ya sentida su preeminencia.

M. Después de esta explicación decisiva, os suplico, padre mío, que me indiquéis ahora el proceso general de la plegaria positivista.

S. Para esto, hija mía, es preciso distinguir en ella dos partes sucesivas: una pasiva, otra activa, que conciernen respectivamente al pasado y al porvenir, unidos por el presente. Nuestro culto expresa siempre un amor motivado y desarrollado por un creciente reconocimiento. Cada plegaria, privada ó pública, debe, pues, prepararnos á la efusión por la conmemoración, cuya duración será comúnmente doble. Cuando una feliz combinación de signos y de imágenes ha reanimado suficientemente nuestros sentimientos hacia el sér adorado, los dejamos desbordar con verdadero fervor, que tiende pronto á aumentarlos aún, y desde luego á acercarnos más á la evocación final.

M. Pudiendo bastarme esta indicación, os suplico, padre mío, que completéis vuestra apreciación general de nuestro culto, caracterizando directamente sus reacciones fundamentales sobre nuestro principal perfeccionamiento. Aunque las concibo profundamente, no podría definir las bastante bien para hacerlas convenientemente juzgar. Por esto os pido, en este punto, una explicación sistemática que dirija en un principio mi propia práctica y después mi digno proselitismo.

S. Aunque nuestro culto perfecciona á la vez el corazón y el entendimiento, importa, hija mía, apreciar separadamente su reacción moral y su influencia intelectual.

La primera resulta necesariamente de la ley capital de la animalidad. Porque el culto constituye siempre un verdadero *ejercicio*, y aun más normal que ningún otro, como lo indica el lenguaje usual, cuadro constantemente fiel de la existencia humana. Tal apreciación es, sobre todo, incontestable cuando la plegaria se hace completa; es decir, oral, al mismo tiempo que mental. En efecto, se emplean los mismos músculos para expresar, ya por sonidos, ya por gestos ó aptitudes, que para obrar directamente. Así, toda expresión digna de nuestros sentimientos tiende á fortificarlos y á desarrollarlos, del mismo modo que llevando á cabo los actos que nos inspiran.

Debo, sin embargo, prevenir en este punto una peligrosa exageración invitándoos á no confundir jamás estas dos grandes reacciones morales. Pero, á la semejanza de sus leyes esenciales, en ningún caso pueden ser consideradas equivalentes. Según la experiencia universal, plenamente sancionada por nuestra teoría cerebral, las obras tendrán siempre más peso que las efusiones, no solamente en los resultados exteriores, sino también en el mejoramiento interior. No obstante, después de la práctica de las buenas acciones, nada es más propio á desarrollar y fortificar nuestros mejores sentimientos que su digna expansión, siempre que se haga habitual. Ahora bien: este medio general de mejoramientos nos es ordinariamente más accesible que la acción misma, que exige á veces materiales ó circunstancias que se hallan fuera de nuestro alcance, de tal modo, que nos vemos reducidos á estériles deseos. En virtud de una disponibilidad tal, las prácticas del culto vienen á ser, para nuestro progreso moral, un precioso suplemento de la existencia real, que, por otra parte, se concilia plenamente con ellas por la perfecta homogeneidad de la religión positiva.

M. Habiendo comprendido así la reacción moral de nuestro culto, necesito, padre mío, explicaciones más amplias respecto de su influencia intelectual, que no me es tan sensible á primera vista.

S. Distinguid en ella, hija mía, dos casos esenciales, según que la eficacia permanece estética ó se convierte en científica.

Bajo el primer aspecto, el poderío mental del culto positivo es directo y hábil, primero sobre el arte en general, y aun luego sobre las dos artes especiales del sonido ó de la forma. La poesía constituye el alma del culto, como la ciencia la del dogma y la industria la del régimen. Toda plegaria, tanto privada como pública, llega á ser, en el positivismo, una verdadera obra de arte, puesto que expresa nuestros mejores sentimientos. Nada pudiendo dispensar en ella de una constante espontaneidad, cada positivista debe ser, bajo cierto aspecto, un á modo de poeta, al menos para su culto íntimo. Aunque deben en él las fórmulas permanecer fijas, á fin de obtener más regularidad, siempre deberán primeramente ser compuestas por aquel que las emplea, sopena de carecer de eficacia. Por otra parte, esta fijeza nunca es completa, puesto que concierne solamente á los signos artificiales, cuya uniformidad hace resaltar mejor las variaciones espontáneas del natural lenguaje, sea musical, sea mímico, siempre más estético.

Esta originalidad poética se desarrollará mucho cuando, regenerada la educación, haya ejercitado suficientemente á todos los positivistas en las apreciaciones y aun en las composiciones correspondientes, como os lo

indicaré en la tercera parte del catecismo. Entonces el arte general se hallará siempre asistido convenientemente de las artes especiales, puesto que cada cual se habrá familiarizado con el canto, base esencial de la música, y el dibujo, fuente general del triple arte de la forma, pintada, labrada ó construída. En fin, cada elaboración del culto será adornada casi siempre de suplementos especiales, felizmente escogidos en el tesoro estético de la Humanidad. Aunque una adición tal parece limitada al culto público, el culto privado admite su aplicación útil y frecuente, siempre que esto se haga con discernimiento y moderación. Habiendo siempre expresado los verdaderos poetas los principales sentimientos de nuestra naturaleza inmutable, sus producciones tienen suficiente analogía con nuestras propias emociones. Cuando esta coincidencia, sin ser completa, existe realmente, estos préstamos poéticos, no solamente nos ofrecen el mérito intelectual de una exposición más perfecta, sino que hallamos, sobre todo en ellos, el encanto moral de una personal simpatía. Cuanto más antiguos son estos ornamentos más nos convienen, sancionando nuestras afecciones propias por este acuerdo espontáneo, no solamente con su eminente autor, sino también con todas las generaciones que le han ido prodigando sus elogios. Pero este precioso auxilio no resulta verdaderamente eficaz

sino con la condición de ser siempre meramente accesorio, aunque su participación proporcional debe variar según los casos, como luego os indicaré.

M. Antes que me expliquéis la influencia científica del culto positivo, os suplico, padre mío, resolváis una grave dificultad, naturalmente suscitada por la exposición precedente. El culto y la poesía me parecen en nuestra religión confundirse de tal modo, que su común proceso parece exigir una clase sacerdotal enteramente distinta de la que desarrolla y enseña el dogma. Creo que esta separación sería en extremo dañosa por constituir una rivalidad entre estas dos corporaciones para decidir á cuál correspondería finalmente la dirección del régimen que pudiera igualmente convenir á ambas. Me parece tan grave este conflicto, que es forzoso resolverle, sopena de comprometer radicalmente la organización general de nuestro sacerdocio, por este hecho incapaz de presidir la vida privada, y sobre todo la vida pública. Pero, por otra parte, no concibo cómo podemos evitarlo, puesto que la cultura poética y el estudio filosófico parecen exigir regímenes inconciliables.

S. Este error, que importa mucho rectificar, constituye, hija mía, uno de los principales frutos de la anarquía moderna, que tiende doquiera á dispensar nuestras fuerzas por una deplorable especialidad, no menos

inmoral que absurda. En el estado normal, nada hay verdaderamente especial sino los trabajos prácticos, puesto que nadie podría hacerlo todo. Pero debiendo cada cual concebir todo, la cultura teórica debe, por el contrario, permanecer siempre indivisible; su descomposición es el signo primero de la anarquía. Así es como pensaba la antigüedad teocrática, única plenamente organizada hasta ahora. Cuando los poetas se separaron del sacerdocio, su decadencia comenzó.

Si bien el genio filosófico y el genio poético jamás pueden lograr simultáneamente altos destinos, su naturaleza intelectual es completamente idéntica. Aristóteles hubiera podido llegar á ser un gran poeta, y Dante un eminente filósofo si la situación histórica hubiese sido menos científica para uno, y menos estética para otro. Todas estas distinciones escolásticas fueron imaginadas y sostenidas por pedantes que, sin el menor átomo de genio, no sabían apreciarle en los demás. La superioridad mental es siempre análoga entre las diferentes carreras humanas: su elección depende de la situación especial en que cada hombre se encuentra, sobre todo histórica, porque la especie domina sin cesar al individuo.

No existe realmente otra diferencia esencial en este punto, que la que es resultado de la continuidad natural del servicio filosófico, opuesto á la intermitencia necesaria del

servicio poético. Los grandes poetas son los únicos eficaces intelectual, y sobre todo moralmente; todos los demás hacen mayor mal que bien; en tanto que los filósofos más modestos pueden ser ciertamente útiles, cuando son bastante honrados, sensatos y animosos. Puesto que el arte debe principalmente desarrollar en nosotros el sentimiento de la perfección, jamás soporta la medianía; el verdadero gusto supone siempre un vivo disgusto. Desde Homero á Walter Scott, sólo existen en Occidente trece poetas verdaderamente grandes; dos antiguos y once modernos, comprendiendo en ellos tres escritores en prosa. Entre todos los demás, no se citará más de siete cuya lectura pueda ó deba llegar á ser diaria. En cuanto al resto, se destruirá casi enteramente, como tan perjudicial al corazón como al entendimiento, cuando la educación regenerada permita extraer de él todos los documentos útiles, sobre todo los históricos. No procede, pues, en la sociocracia, aún menos que en la teocracia, constituir una clase fija, exclusivamente ocupada de la cultura poética. Pero los sacerdotes, habitualmente filósofos, se harán momentáneamente poetas cuando nuestra diosa necesite nuevas efusiones generales, que basten luego, durante muchos siglos, al culto público y privado. Las composiciones secundarias, naturalmente más frecuentes, se abandonarán de ordinario á

la espontaneidad femenina ó proletaria. En cuanto á las dos artes especiales, el largo aprendizaje que exigen, sobre todo en la forma, obligará sin duda á consagrarlas algunos maestros escogidos que la educación positiva indicará espontáneamente al sacerdocio director. Llegarán á ser verdaderos miembros suyos, ó quedarán como sus simples pensionados, según su naturaleza más ó menos sintética.

M. Tal aclaración os permite, padre mío, pasar inmediatamente á vuestra última explicación general sobre la eficacia de nuestro culto. Su aptitud estética me parece evidente. Pero aún no comprendo en qué puede consistir su influencia científica.

S. En desarrollar mejor por doquiera, hija mía, la lógica universal, siempre fundada en un digno concurso de los signos, de las imágenes y de los sentimientos para ayudar á la elaboración mental. La lógica del sentimiento es más directa y más enérgica que otra alguna; pero sus medios son demasiado vagos é inflexibles. Eminentemente disponibles, y suficientemente multiplicados, los signos artificiales compensan, con esta doble propiedad, la menor eficacia lógica resultada de su enlace débil é indirecto con nuestras ideas. Pero las imágenes deben completar un conjunto tal de auxilios intelectuales, y aun solas pueden instituirle suficientemente, en virtud de su naturaleza

intermedia. Ahora bien: por este enlace normal de nuestra verdadera lógica, es por lo que principalmente debe el culto ser eficaz, aunque desarrolle al par en ella los otros dos elementos. Bajo este punto de vista, el niño que reza dignamente, ejercita mejor su aparato discursivo, que el orgulloso algebrista, que, desprovisto de ternura y de imaginación, no cultiva en el fondo sino el órgano del lenguaje, por una jerga especial cuyo justo uso es muy limitado.

Esta indicación hace entrever lo bastante el principal resultado científico del culto positivo. No concierne sino al método propiamente dicho y muy poco á la doctrina, salvo las nociones morales y aun intelectuales que espontáneamente procuran nuestras prácticas religiosas.

Pero el primero tendrá siempre más valor que la segunda, como los sentimientos respecto de los actos, y la moral comparada con la política. La mayor parte de los trabajos teóricos hasta hoy acumulados, tampoco tienen sino un valor lógico: con frecuencia no nos enseñan sino nociones ociosas, y á veces perjudiciales. Aunque este contraste provisional deba disminuir mucho, cuando la disciplina enciclopédica nos haya librado del farrago académico, la verdadera lógica jamás cesará de prevalecer sobre la ciencia propiamente dicha, sobre todo para el público y aun para el sacerdocio.

M. Sólo me resta, padre mío, preguntaros cuál debe ser el destino especial de los otros dos diálogos que me habéis prometido sobre el culto positivo. Aunque bien comprendo que no hemos explorado lo bastante este fértil terreno, no sé á dónde debemos dirigir ahora nuestros pasos.

S. Lo comprenderéis, hija mía, considerando que nuestro culto debe ser, sopena de un aborto radical, en primer lugar privado, y luego público. Tales serán los objetos respectivos de los dos diálogos siguientes. Pero antes de comenzarlos, vuestra atención general necesita apreciar directamente esta gran subordinación de que depende en el fondo la principal eficacia de la religión positiva.

A fin de comprender esto, concebid estos dos cultos como dirigiéndose respectivamente, el primero á la Mujer, el segundo á la Humanidad. Así conoceréis que nuestra diosa no admite por adoradores sinceros sino á aquellos que se han preparado para su culto augusto con una digna práctica de los secretos homenajes diariamente debidos á sus mejores órganos, sobre todo, subjetivos y aun objetivos. En una palabra: la verdadera Iglesia tiene siempre por base primitiva la simple familia, aún más en el orden moral que bajo el puro aspecto social. El corazón no puede evitar un principio tal, conservado luego como habitual estimulante, así como

el entendimiento no puede desdeñar los menores grados enciclopédicos para subir á los más elevados, que le hacen siempre experimentar la necesidad de remontarse á la fuente.

La asidua práctica del culto privado distinguirá, sobre todo, finalmente á los verdaderos positivistas de los falsos hermanos con que hemos de encumbrarnos cuando la verdadera religión prevalezca. Sin tal signo, una fácil hipocresía usurparía pronto la consideración debida solamente á los adoradores sinceros de la Humanidad. Entre ella y la familia será preciso desarrollar la mediación normal, resultado de sentimientos naturales, vagos é impotentes hoy, que nos unen especialmente á la patria propiamente dicha. La imposibilidad de cultivar bien estas afectaciones intermedias en otra parte que en asociaciones bien restringidas, facilitará siempre el mejor motivo de la reducción que ulteriormente habré de explicaros de los grandes Estados actuales ó simples ciudades convenientemente consolidadas y defendidas.

DIALOGO CUARTO

CULTO PRIVADO

LA MUJER. Paréceme, padre mío, que el culto privado debe componerse, como la existencia correspondiente, de dos partes muy distintas: una personal y otra doméstica, cuya separación me parece á su explicación indispensable.

EL SACERDOTE. Esta división natural, que no he creído conveniente mezclar á la principal descomposición del culto, determina, en efecto, hija mía, el plan de nuestro diálogo actual. Dos grandes instituciones sociolátricas, una relativa á los verdaderos ángeles guardianes, otra á los nueve sacramentos sociales, van á caracterizarse en él respectivamente: primero, el culto personal; luego, el culto doméstico. Los motivos que hacen depender á éste de aquél son en menor grado esencialmente semejantes á aquellos que representan el conjunto del culto privado como la única base del culto público. Más íntimo que otro alguno, el culto personal es el único que desarrollar puede lo bastante los hábitos decisivos de una sincera adoración, sin los cuales nuestras ceremonias domésticas, y con mucha más razón

nuestras solemnidades públicas, carecerían de eficacia moral. La sociolatría instituye así, para cada corazón, una progresión natural en que las efusiones individuales preparan dignamente las celebraciones colectivas por la mediación normal de las consagraciones domésticas.

M. Puesto que el culto íntimo viene á ser de este modo la primera base de todas nuestras sagradas prácticas, os ruego, padre mío, que me expliquéis desde luego su verdadera naturaleza.

S. Consiste, hija mía, en la adoración cotidiana de las mejores personificaciones que podemos asignar á la Humanidad en el conjunto de nuestras relaciones privadas.

Fundándose toda la existencia del Sér Supremo en el amor, único que reúne voluntariamente sus elementos dispersos, el sexo afectivo constituye, naturalmente, su representante más perfecto, al par que su principal ministro. Jamás el arte podrá representar dignamente á la Humanidad de otro modo que bajo la forma femenina. Pero la providencia moral de nuestra diosa no se ejerce solamente por la acción colectiva de vuestro sexo sobre el mío. Este oficio fundamental resulta, sobre todo, de la influencia personal que cada mujer digna ejerce en el seno de su propia familia. Del santuario doméstico emana continuamente este santo impulso, único que puede preservarnos de la corrupción

moral á que nos expone siempre la existencia práctica ó teórica. Sin tales raíces privadas, la acción colectiva de la mujer sobre el hombre, no produciría eficacia alguna permanente. Es también en la familia donde tiene lugar una suficiente apreciación del sexo afectivo, del cual cada hombre conoce sólo los tipos con los cuales vive íntimamente.

Hé aquí cómo, en estado normal, cada hombre halla en su torno verdaderos *ángeles custodios*, á la vez ministros y representantes del Gran Sér. Consolidando y desarrollando su secreta adoración, su influencia continua tiende directamente á hacernos siempre mejores y más felices, haciendo gradualmente prevalecer el altruísmo sobre el egoísmo, expansionando uno y comprimiendo otro. Nuestra justa gratitud por los beneficios, ya recibidos se convierte así en fuente natural del nuevo progreso. La feliz ambigüedad de la palabra *patrón* caracteriza esta doble eficacia del culto íntimo, en que cada ángel debe ser igualmente invocado como protector y como modelo.

M. Esta primera ojeada me deja, padre mío, en gran indecisión acerca de la naturaleza del tipo personal, que me parecía poder emanar igualmente de cada una de estas relaciones domésticas.

S. Es preciso, en efecto, hija mía, combinar dignamente tres de entre ellas para

que el culto angélico produzca completa eficacia. Esta multiplicidad se halla dogmáticamente indicada por la de nuestros instintos simpáticos, á cada uno de los cuales corresponde especialmente una de las principales influencias femeninas. La madre, la esposa y la hija deben, en nuestro culto, como en la existencia que idealizan, desarrollar en nosotros respectivamente la veneración, la afición y la bondad. En cuanto á la hermana, su impulso propio queda muy poco distinto, y puede sucesivamente referirse á cada uno de los tres tipos esenciales. Su conjunto nos representa los tres modos naturales de la continuidad humana hacia el pasado, el presente y el porvenir, como también los tres grados de la solidaridad que nos liga á los superiores, á los iguales y á los inferiores. Pero su armonía espontánea no puede ser bastante mantenida sino en virtud de su subordinación natural, que debe hacer habitualmente prevalecer al ángel maternal, sin que su dulce presidencia altere jamás los otros dos impulsos.

Respecto al principal destino de este culto íntimo, que se refiere ordinariamente á la edad madura de cada adorador, uno de los tres tipos femeninos casi siempre se ha hecho subjetivo, en tanto que otro permanece aún objetivo. Esta mezcla normal aumenta la eficacia de tales homenajes, en que el vigor y la claridad de las imágenes se hallan así

más combinados con la consistencia y la pureza de los sentimientos.

M. Aunque esta explicación me parece muy satisfactoria, observo, padre mío, una gran laguna referente á mi propio sexo, cuyas necesidades morales me parecen descuidadas. Nuestra ternura especial no podrá, sin embargo, dispensarnos de una cultura habitual.

S. La pluralidad de los tipos angélicos nos procura fácilmente, hija mía, la solución normal de esta grave dificultad, que de otro modo sería insuperable. En efecto, sólo el ángel principal debe ser común á los dos sexos, cada uno de los cuales debe facilitar al otro los dos ángeles complementarios. Porque la madre tiene para ambos igual preponderancia, no solamente como fuente esencial de nuestra existencia, aun física, sino sobre todo por su presidencia normal en el sistema de nuestra educación. A esta común adoración une vuestro sexo el culto del esposo y del hijo, en gracia á los motivos indicados para el mío, en cuanto á la esposa y á la hija. Este contraste basta por sí sólo á corresponder á las respectivas necesidades que exigen un patronato propio á desarrollar especialmente, de una parte la energía, de otra la ternura.

M. A pesar del atractivo que hallo á esta santa institución, encuentro aún en ella, padre mío, dos imperfecciones generales al

no utilizar todas las relaciones privadas, y al no prever suficientemente la insuficiencia demasiado frecuente de los tipos naturales.

S. Este doble embarazo se disipa, hija mía, teniendo en cuenta los diversos tipos accesorios que se enlazan espontáneamente á cada uno de nuestros tres tipos principales, por la conformidad de los sentimientos y la semejanza de los lazos de unión. En torno de la madre se agrupan, naturalmente, en primer lugar el padre, y á veces la hermana; luego el maestro y el protector, y además las relaciones análogas, que pueden multiplicarse mucho en la familia y fuera de ella. Extendiendo la misma apreciación á los otros dos tipos, se instituye una serie de adoraciones, cada vez menos íntimas y más generales, de donde resulta una transición casi insensible del culto privado al culto público. Este desarrollo normal permite también llenar, en tanto es posible, las lagunas excepcionales, reemplazando en caso de necesidad uno de los tipos esenciales por su mejor agregado. Se puede también así renovar subjetivamente las familias mal compuestas.

M. Tras esta aclaración complementaria, no me resta, padre mío, sino pedir os explicaciones más precisas sobre la institución general de las preces que corresponden á este culto fundamental.

S. Exige, hija mía, tres plegarias coti-

dianas: al levantarse, al acercarse el sueño, y en medio de las ocupaciones prácticas ó teóricas. La primera, más extensa y eficaz que las otras dos, hace comenzar cada jornada humana por una digna invocación angélica, única capaz de disponernos habitualmente al buen empleo de todas nuestras fuerzas. En la segunda se expresa la gratitud debida á esta diaria protección, de modo que su eficacia se prolongue durante el sueño. La de en medio debe desligarnos momentáneamente de los impulsos teóricos y prácticos, para hacer penetrar mejor en ellos la influencia afectiva de que tienden siempre á separarnos.

El destino de cada una de estas tres plegarias positivistas indica, no sólo sus épocas respectivas, sino también el modo de llevarlas á cabo. La primera tendrá lugar antes de toda ocupación en el altar doméstico, instituido según nuestros mejores recuerdos, y en actitud de veneración. Pero la última debe realizarse en el lecho y prolongarse, si es posible, hasta la invasión del sueño, á fin de asegurar mejor la calma cerebral, estando como estamos tan poco garantidos contra las tendencias viciosas. Aunque la hora de la plegaria media no puede determinarse tanto, puesto que debe variar según las conveniencias individuales, importa que cada cual la procure á su modo una rigurosa fijeza que facilite las disposiciones que exige.

La duración respectiva de nuestras tres plegarias cotidianas, está asimismo indicada por su fin particular. Conviene, en general, que la de la mañana dure dos veces más, y la de en medio dos veces menos que la de la noche. Cuando el culto íntimo está plenamente desarrollado, la principal plegaria absorbe espontáneamente entera la primera hora de cada día. Esta tiende, sobre todo, á la descomposición de su fase inicial en dos partes de igual duración que su fase final, haciendo preceder la conmemoración común á todos los días de la semana, por la que resulta ser propia de cada uno de ellos. De aquí resulta la división usual de la plegaria de la mañana en tres partes iguales, en que prevalecen respectivamente, primero las imágenes, luego los signos, y por fin los sentimientos. Las otras dos plegarias no exigen la misma proporción entre la conmemoración y la efusión. Mientras que ésta dura, en junto, dos veces menos que aquélla, por la mañana, la relación se hace inversa por la noche, y la igualdad distingue á la plegaria media. Fácilmente os explicaréis estas diversidades secundarias. Pero os invito á observar que, según estas indicaciones, la duración total de nuestro culto cotidiano, se eleva solamente á dos horas, aun en aquellos que son inclinados á reproducir por la noche la plegaria del mediodía.

Cada positivista consagrará, pues, á su

íntimo mejoramiento diario menos tiempo que emplea ahora en lecturas viciosas y en diversiones inútiles ó funestas. Solamente así se realiza el proceso decisivo de la vida subjetiva, por nuestra identificación creciente con el sér adorado, cuya imagen, gradualmente depurada, se hace más viva y clara á cada nuevo año de culto. Por estas prácticas secretas, cada cual se prepara á sufrir dignamente la excitación simpática que resulta de la publicidad propia á nuestros otros ritos. Un conjunto tal de aptitudes morales permitirá, así lo espero, á nuestras reglas sociolátricas dominar, en los seres elegidos de los dos sexos, la actual grosería de las costumbres occidentales. Las almas vulgares é incultas consideran aún como perdido todo el tiempo que no ocupa el trabajo material. En las clases cultivadas se reconoce ya el valor peculiar del trabajo intelectual. Pero desde el fin de la Edad Media, el hombre ha olvidado el premio directo y superior de la cultura moral propiamente dicha. Casi se avergonzaría de consagrar á ella tanto tiempo como la consagraba diariamente el gran Alfredo, sin alterar en lo más mínimo su actividad admirable.

Para completar esta teoría especial de las plegarias cotidianas, debo señalaros en ellas la desigual participación de los ornamentos, siempre accesorios, tomados prudentemente al tesoro estético de la Humanidad. Son,

naturalmente, más propios á secundar la efusión que la conmemoración. Por esto, su asistencia conviene más á la noche que á la mañana. Pero están sobre todo destinados á dispensarnos de la espontaneidad de que estamos lejos, ordinariamente, en la plegaria media, en que la efusión final puede realizarse casi enteramente con una acertada elección de pasajes poéticos. Cuando el canto y el dibujo sean doquiera tan familiares como la palabra y la escritura, esta participación exterior bastará más á nuestras necesidades interiores durante esta languidez, tan frecuente en nuestras emociones.

M. Habiendo comprendido nuestro culto personal, me esfuerzo, padre mío, por presentir en qué debe consistir el culto doméstico propiamente dicho. Pero no puedo aún formarme espontáneamente de él una idea satisfactoria. Bien veo que, como el culto íntimo, puede instituir una adoración asidua á los tipos comunes á toda la familia. Asimismo puede reproducir, por esta asociación elemental, las invocaciones colectivas que el culto público dirige directamente á la Humanidad. Estos dos órdenes de prácticas religiosas, bajo el sacerdocio espontáneo del jefe de familia, implican alta eficacia moral. No obstante, esto no basta á imprimir á nuestro culto doméstico un carácter verdaderamente distinto, que no le confunda con aquéllos cuyo intermediario debe ser.

S. La institución de los sacramentos sociales llena, hija mía, esta condición necesaria. Por esto es por lo que el culto doméstico se distingue profundamente de los otros dos, procurándoles una transición natural. Consiste esta institución en consagrar todas las fases sucesivas de la existencia privada, enlazando cada una de ellas á la vida pública. De aquí resultan nuestros nueve sacramentos sociales: la *presentación*, la *iniciación*, la *admisión*, el *empleo*, el *matrimonio*, la *madurez*, la *retirada*, la *transformación*, y por fin, la *incorporación*. Su invariable sucesión constituye una serie de preparaciones, en virtud de las cuales, durante el conjunto de su vida objetiva, cada digno servidor de la Humanidad tiende gradualmente hacia la eternidad subjetiva, que debe, finalmente, erigirle en órgano propio de la diosa.

M. Aunque los límites normales de este catecismo os impiden, padre mío, una explicación verdaderamente completa de todos nuestros sacramentos, espero que podréis aquí caracterizar lo bastante cada uno de ellos.

S. Por el primero, hija mía, la religión final consagra sistemáticamente cada nacimiento, como lo hicieron espontáneamente todas las religiones preliminares. La madre y el padre del nuevo retoño de la Humanidad vienen á presentarle al sacerdocio, que recibe su compromiso solemne de preparar-

le convenientemente al servicio de la diosa. Esta garantía natural está completada por una doble institución, cuyo germen se honra el positivismo con haber tomado del catolicismo, desarrollándole bajo la inspiración social. Una pareja artificial, á elección de los parientes, pero con la aprobación del sacerdocio, procura libremente al futuro servidor del Gran Sér una protección nueva, sobre todo espiritual, y caso necesario temporal, á la cual se unen todos los testigos especiales. Así recibe de sus dos familias dos patrones particulares, uno teórico, otro práctico, que completará á su emancipación, imponiéndose él mismo un tercer sobrenombre, análogamente emanado de los representantes sagrados de la Humanidad.

En la civilización antigua, este primer sacramento era con frecuencia rehusado, sobre todo á los seres incapaces de la actividad destructora que prevalecía entonces. Pero utilizando cada vez más la sociabilidad moderna todas las naturalezas, la *presentación* será casi siempre aceptada por el sacerdocio, excepto en casos muy excepcionales que debe prever.

El segundo sacramento es calificado de *iniciación*, y marca el primer paso en la vida pública, cuando el niño pasa á los catorce años de la educación espontánea que dirigía su madre, á la educación sistemática emanada del sacerdocio. Hasta entonces los con-

sejos del sacerdote se dirigían tan sólo á los parientes naturales y artificiales, para recordarles sus deberes esenciales durante la primera infancia. Pero aquí el nuevo sér recibe directamente consejos religiosos, destinados sobre todo á precaver su corazón de las viciosas reacciones con frecuencia inherentes á la cultura teórica que va á recibir. Este segundo sacramento es susceptible de aplazamiento, y algunas veces de denegación, aunque muy raramente, si la educación doméstica no ha sido suficiente.

Siete años después, el joven adepto, primero presentado, iniciado luego, obtiene en virtud de todas sus preparaciones el sacramento de la *admisión*, que le autoriza á servir libremente á la Humanidad, de quien hasta entonces recibió todo sin darla nada. Todas las legislaciones temporales han reconocido la necesidad de aplazar y aun de rehusar tal emancipación á los seres que una organización demasiado imperfecta, mal rectificada por la educación, condena á una tierna infancia. Una apreciación más exacta llevará más al sacerdocio á severidades análogas, cuyos resultados directos se limitarán siempre al dominio espiritual.

Este tercer sacramento erige al niño en servidor, pero sin poder aún especificar su propia carrera, con frecuencia diferente á la que se le impuso durante el aprendizaje práctico que debió coexistir con su educa-

ción teórica. Sólo él puede decidir convenientemente en este respecto, después de ensayos meditados y largos. De aquí resulta la institución de un cuarto sacramento social que viene á los veintiocho años, salvo súplica ó prescripción de aplazamiento, á consagrar el empleo así escogido. El culto antiguo no admitía esto sino para las más altas funciones, en la ordenación de los sacerdotes y la consagración de los reyes. Pero la religión positiva debe siempre instituir socialmente todas las profesiones útiles, sin distinción de públicas ó privadas. Los más ínfimos servidores del Gran Sér, vendrán á su templo á recibir solemnemente de su sacerdocio la consagración inicial de sus varias cooperaciones. Este es el único sacramento susceptible de verdadera renovación, siempre excepcional.

M. Comprendo, padre mío, esta serie de consagraciones anteriores al matrimonio, que será seguido de los otros cuatro sacramentos. En cuanto á éste, que es el principal, que él sólo completa el conjunto de las preparaciones humanas, conozco ya la doctrina esencial del positivismo. Sobre todo, me ha impresionado profundamente la admirable institución de la viudez eterna, esperada hace largo tiempo por todos los corazones verdaderamente femeninos. Además de su importancia doméstica, y aun cívica, ella sola puede desarrollar la vida subjetiva

lo bastante para elevar nuestras almas hasta la representación familiar del Gran Sér por una digna personificación. Todas estas preciosas nociones se me habían hecho propias antes de ser vuestra catecúmena. Sé que volveréis sobre ellas bajo otro aspecto, explicando su régimen. Podemos, pues, comenzar la última serie de nuestras consagraciones.

S. De todos modos, hija mía, es preciso, ante todo, fijar la edad normal del principal sacramento social. Puesto que el matrimonio debe seguir y no preceder al empleo especial, el hombre no puede ser admitido en él religiosamente antes de haber cumplido veintiocho años. El sacerdocio aconsejará aún al gobierno extender hasta treinta años el veto legal del cabeza de familia, á fin de prevenir mejor toda precipitación en el más importante de todos nuestros actos privados. En cuanto á las mujeres, el sacramento del empleo coincide necesariamente con el de la admisión, por la feliz conformidad de su vocación siempre conocida. Son, pues, aptas para el matrimonio desde la edad de veintiún años, lo que, por otra parte, garantiza mejor la armonía conyugal. Estos límites inferiores no pueden rebajarse en uno ni en otro sexo, sino por motivos muy excepcionales, maduramente apreciados por el sacerdocio, bajo su responsabilidad moral. Pero no conviene fijar en general límites superio-

res, aunque las mujeres deberán casi siempre casarse antes de los veintiocho años, y los hombres antes de los treinta y cinco, cuando la vida conyugal sea dignamente instituida.

M. El primero de los sacramentos que siguen al matrimonio, me parece, padre mío, suficientemente explicado por una sola definición. Ya me habéis hecho observar la coincidencia ordinaria del pleno desarrollo orgánico del hombre con su entera preparación social, hacia la edad de cuarenta y dos años. Sólo pienso aquí en vuestro sexo, puesto que el sacramento de la *madurez* le pertenece exclusivamente. La vocación femenina es á la vez demasiado uniforme y demasiado fija para admitir ninguna de las dos consagraciones entre las cuales está colocado el matrimonio.

S. Aunque habéis, hija mía, comprendido espontáneamente la verdadera naturaleza de nuestro sexto sacramento, no podéis comprender bastante su importancia propia. Durante los veintiún años que le separan del séptimo, el hombre desarrolla su segunda vida objetiva, única decisiva para su inmortalidad subjetiva. Hasta aquí nuestra existencia, esencialmente preparatoria, había, naturalmente, suscitado desviaciones, á veces graves, pero siempre reparables. Desde aquí, por el contrario, nuestras nuevas faltas no admiten casi nunca suficiente compensa-

ción exterior, ni aun interior. Importa, pues, imponer solemnemente al servidor de la Humanidad la responsabilidad inflexible que va á comenzar para él en atención especialmente á su función propia, hecha ya plenamente apreciable.

M. En el sacramento siguiente no veo, padre mío, otro destino que señalar la terminación normal de la gran fase de actividad completa y directa abierta por la sexta consagración.

S. El sacramento de la *retirada* viene á ser, por el contrario, hija mía, uno de los más augustos y mejor caracterizados, cuando se considera el último oficio fundamental que desempeña entouces cada verdadero servidor de la Humanidad. En el orden positivo, un funcionario cualquiera, sobre todo temporal, designa siempre á su sucesor, con la sanción de su superior, y salvo los casos excepcionales de indignidad ó incapacidad, como luego os explicaré. Ya comprendéis que este es el único medio de regularizar la continuidad humana. Viniendo, á los sesenta y tres años, á abdicar libremente una actividad agotada, para desarrollar en adelante su justa influencia consultiva, el ciudadano ejercita solemnemente este último acto de alta autoridad, desde luego públicamente sometido al registro sacerdotal y popular, que podrá llevarle á modificarle dignamente. En los ricos, esta transmisión de profesión

se completa naturalmente según las mismas reglas, por la de la porción del capital humano que sirve de instrumento al funcionario cuando ha sacado sus personales provisiones.

M. Ahora, padre mío, comprendo todo el alcance social de nuestro séptimo sacramento, en que antes no veía sino una especie de fiesta doméstica.

En cuanto al siguiente, me es ya bastante familiar la verdadera religión para saber en qué consiste. Debe reemplazar á la horrible ceremonia en que el catolicismo, abandonado sin freno á su carácter antisocial, arrancaba abiertamente al moribundo á todas las afecciones humanas, para transportarle aislado al celeste tribunal. En nuestra *transformación*, el sacerdocio, mezclando el pesar de la sociedad á las lágrimas de la familia, aprecia dignamente el conjunto de la existencia que se acaba. Después de haber obtenido las posibles reparaciones, hace casi siempre esperar la incorporación subjetiva, pero sin comprometer jamás un juicio que aún no está madurado.

S. Puesto que habéis, hija mía, caracterizado convenientemente el último sacramento objetivo, debo explicaros ahora la consagración final.

Siete años después de la muerte, cuando todas las pasiones perturbadoras se han extinguido lo bastante, sin que los mejores

documentos especiales se hayan perdido ya, un juicio solemne, cuyo germen toma la sociocracia á la teocracia, viene irrevocablemente á fijar la suerte de cada cual. Habiendo pronunciado el sacerdocio la *incorporación*, preside la pomposa traslación de los restos santificados, que, depositados hasta entonces en un cementerio civil, vienen á ocupar su lugar eterno en el bosque sagrado que rodea al templo de la Humanidad. Cada tumba se halla en él adornada de una sencilla inscripción, de un busto ó de una estatua, según el grado de la glorificación obtenida.

En cuanto á los casos excepcionales de indignidad caracterizada, la condena se manifiesta transportando convenientemente el funesto fardo al desierto de los réprobos, entre los ajusticiados, los suicidas y los due-listas.

M. Esta indicación suficiente de los nueve sacramentos sociales me deja, padre mío, un pesar por mi sexo. No reclamo, con todo, contra nuestra exclusión natural de tres de estas consagraciones, puesto que está fundada en los motivos más honrosos para las mujeres, cuya vida menos agitada exige menos cuidados religiosos. Pero no puedo concebir que el paraíso subjetivo no admita á aquéllas que nuestra religión proclama aptas para merecerle. Y, sin embargo, no sé cómo podríamos participar, en general,

de la incorporación personal, que no me parece poder resultar sino de una vida pública justamente prohibida á mi sexo, excepto en casos muy excepcionales.

S. Llenaréis, hija mía, esta grave laguna, considerando que la incorporación masculina debe comprender también á todos los dignos auxiliares de cada verdadero servidor de la Humanidad, sin exceptuar ni aun á nuestros animales.

Consistiendo la principal misión de las mujeres en formar y perfeccionar á los hombres, sería tan absurdo como injusto glorificar á un buen ciudadano si se olvidaba honrar á la madre, á la esposa, etc., á las cuales se debió principalmente su éxito. En torno, y algunas veces dentro de cada tumba sagrada, el sacerdocio deberá, pues, reunir, en nombre del Gran Sér, todas las personalidades que concurren dignamente á los servicios que recompensa. Aunque vuestro sexo, mejor organizado que el mío, saboree más la pura felicidad que procura el ejercicio de los buenos sentimientos, jamás debe renunciar á los justos elogios ni, sobre todo, á la inmortalidad subjetiva que aprecia en tanto.

M. Después de esta explicación complementaria, sólo me resta, padre mío, preguntaros en qué consiste la obligación personal de recibir nuestros diversos sacramentos.

S. Deben siempre, hija mía, permane-

cer legalmente potestativos, sin imponer jamás más que un simple deber moral demostrado en la educación y por la opinión sancionado.

Para conservar mejor este carácter puramente espiritual, principal condición de su eficacia, nuestras consagraciones deben, además, ir acompañadas de instituciones paralelas, establecidas y mantenidas por el poder temporal, como únicas exigibles en cada caso. Su apreciación, más grosera y menos severa, dispensará de los ritos sagrados á las naturalezas, á las cuáles pudieran repugnar, y cuyos servicios sociales no deben, sin embargo, perderse ni comprometerse.

No se debe, por ejemplo, mirar como anárquica, á pesar de su origen revolucionario, la institución del matrimonio civil, como preámbulo necesario del matrimonio religioso, del cual pueda legalmente dispensar. El uso opuesto resultó de una usurpación católica que jamás imitará el positivismo. Aquellos que rechacen la ley de la viudez, sin la cual, sin embargo, ningún matrimonio positivista debe llevarse á cabo, necesitan celebrar una unión civil que les preserve del vicio y garantice á sus hijos el estado legal. Lo mismo ocurre, en menor escala, en la mayor parte de los restantes sacramentos sociales, sobre todo, en la admisión y en el empleo. El sacerdocio deberá, caso necesario, solicitar del gobierno la institución de

los requisitos legales destinados á templar la justa severidad de nuestras prescripciones religiosas, cuya observancia, siempre libre, jamás será recompensada sino por la conciencia y la opinión.

DIALOGO QUINTO

CULTO PÚBLICO

LA MUJER. Abordando el estudio directo de nuestro culto público, debo someteros, padre mío, la respuesta que he dado espontáneamente á las críticas, superficiales pero sinceras, dirigidas contra el conjunto de esta solemne adoración. Se dice que cada positivista se glorifica él mismo cuando honra á un sér necesariamente compuesto de sus propios adoradores. Este reproche no puede, en modo alguno, concernir á nuestro culto privado; se refiere únicamente á la adoración directa de la Humanidad, sobre todo, por homenajes colectivos. Pero podemos rechazarle fácilmente en virtud de la verdadera noción del Gran Sér, cuya composición es principalmente subjetiva. Aquellos que le muestran su gratitud, no están en modo alguno seguros, en general, de ser al fin incorporados á él. Tienen solamente la esperanza de tal recompensa, porque cuentan

merecerla por una vida digna, siempre apreciada por sus sucesores.

EL SACERDOTE. Esta rectificación es plenamente conforme, hija mía, al verdadero espíritu de nuestro culto público, en que el presente glorifica el pasado para mejor preparar el porvenir, colocándose espontáneamente entre estas dos inmensidades. Lejos de exaltar nuestro orgullo, estas efusiones solemnes tienden sin cesar á inspirarnos una sincera humildad. Porque nos hacen profundamente sensible cuán incapaces somos, pese á nuestros mejores esfuerzos colectivos, de dar jamás al Gran Sér sino una mínima parte de lo que de él hemos recibido.

M. Antes de explicarme el conjunto de esta adoración pública, os suplico, padre mío, que caractericéis los templos en que debe realizarse. En cuanto al sacerdocio que la dirige, creo que su constitución esencial será indicada suficientemente en la exposición del régimen.

S. Nuestros templos, hija mía, no pueden ahora ser plenamente apreciables. Porque siendo la arquitectura la más técnica y menos estética de todas las bellas artes, cada síntesis nueva penetra en ella más tarde que en ninguna otra. Será preciso que nuestra religión sea, no solamente muy desarrollada, sino también muy extendida, antes que las necesidades públicas puedan señalar la verdadera naturaleza de los edificios que la con-

vienen. Deberemos, pues, emplear provisionalmente los antiguos templos hasta que vayan derrumbándose; aunque este preámbulo necesario debe durar menos que en el catolicismo, reducido, durante muchos siglos, á las construcciones politeistas.

La única indicación general que ahora puede hacerse en este punto, concierne á la situación y á la dirección, ya determinadas por la naturaleza del culto positivo. Puesto que la Humanidad se compone esencialmente de los muertos dignos de sobrevivir, sus templos deben colocarse en medio de las más escogidas tumbas. Por otra parte, el principal atributo de la religión positiva consiste en su universalidad necesaria. Es preciso, pues, que en todos los pueblos del planeta humano, los templos del Gran Sér estén dirigidos hacia la metrópoli general, que el pasado ha fijado en París. El positivismo utiliza así el feliz proyecto del islamismo, respecto de una preciosa institución que, por la común actitud de todos los verdaderos creyentes, hace resaltar mejor la imponente solidaridad de sus libres homenajes.

Hé aquí todo cuanto debo indicaros respecto á nuestros edificios sagrados. En cuanto á su distribución interior, sólo es conveniente observar la necesidad de reservar en ellos el principal santuario á las mujeres convenientemente escogidas, á fin de que los sacerdotes de la Humanidad se hallen siem-

pre rodeados de sus mejores representantes.

M. Esta última indicación me lleva, padre mío, á contemplar mi cuestión precedente, preguntándoos cuáles serán los símbolos de nuestra diosa. Refiriéndose su determinación á la pintura y á la escultura, debe hacerse ya más apreciable que la de los templos, por la marcha más rápida de las dos primeras artes de la forma comparada con la del tercero.

En efecto, hija mía, la naturaleza del Gran Sér no deja ahora indecisión alguna sobre su representación plástica. Figurada ó labrada, nuestra diosa tendrá siempre por símbolo una mujer de treinta años con su hijo en brazos. La preeminencia religiosa del sexo afectivo debe caracterizarse con un emblema tal. Aunque grupos más compuestos pudiesen hacer la representación más completa, no sería en ellos bastante sintética para hacerse verdaderamente usual.

De los dos modos, propios á esta simbolización normal, la escultura conviene á la imagen fija colocada en cada templo, en medio de las mujeres escogidas y detrás de la tribuna sagrada. Pero la pintura debe prevalecer en los estandartes portátiles destinados á guiar nuestras marchas solemnes. Mientras que su anverso debe contener la santa imagen, la fórmula sagrada del positivismo cubrirá su reverso, vuelto hacia la procesión.

M. Para terminar mis preguntas preliminares, os ruego, padre mío, que me expliquéis el signo usual que puede caracterizar esta fórmula característica.

S. Resulta, hija mía, de la teoría cerebral, como cuidaré de explicaros cuando estudiemos el dogma. Puede recitarse nuestra fórmula fundamental colocando la mano sucesivamente sobre los tres principales órganos del amor, del orden y del progreso. Los dos primeros son contiguos, y el último no está separado de ellos sino por el de la veneración, cimiento natural de tal conjunto, de modo que el ademán podría resultar continuo. En cuanto la costumbre se halle bastante establecida, se suprimirán las palabras, para limitarse á la expresión mímica. Por último, como los rangos de los órganos cerebrales caracterizan plenamente sus funciones, el signo llega á ser, caso necesario, reductible á la simple sucesión de los números correspondientes del cuadro cerebral. (*Véase el diálogo 8.º*) De este modo, sin sustitución alguna arbitraria, el positivismo se halla ya provisto de signos usuales más expresivos que todos los del catolicismo y del islamismo.

M. Ahora, padre mío, no debo retardar más vuestra explicación directa del culto público.

S. La hallaréis, hija mía, plenamente caracterizada por el cuadro que aquí véis. (*Véase el cuadro A.*) El doble objeto de este

culto, como de los dos precedentes, consiste en hacernos comprender y realizar mejor la existencia correspondiente. Debemos, pues, idealizar primeramente los lazos fundamentales que la constituyen, después las preparaciones esenciales que exige, y, por último, las funciones normales de que se compone. Tales serán los objetos respectivos de los tres sistemas de fiestas mensuales que deben llenar el año positivista, desde luego dividido en trece meses de cuatro semanas, con un día complementario consagrado á la reunión de los muertos.

(A)

CULTO ABSTRACTO DE LA HUMANIDAD

6

IDEALIZACIÓN SISTEMÁTICA DE LA SOCIABILIDAD FINAL

1. er mes.— <i>La Humanidad.</i> ..	{ Fiestas semanales de la unión....	{ religiosa. histórica. política. comunal.
2.º mes.— <i>El Matrimonio.</i> ...	{ completo. casto. desigual. subjetivo.	{ natural. artificial. espiritual. temporal.
3. er mes.— <i>La Paternidad.</i> ..	{ completa..... incompleta.....	{ completa. completa. completa. completa.
4.º mes.— <i>La Filiación.</i>	ídem.....	ídem.....
5.º mes.— <i>La Fraternidad.</i> ..	ídem.....	ídem.....

LAZOS FUNDAMENTALES

Fiesta universal de los Muertos.
Fiesta general de las Santas Mujeres.

Días excepcionales.
 Día adicional de los años bisieptos

sedentario.
 sacerdotal.
 militar.
 intelectual
 militar.

estético.
 científico.

espontáneo
 sistemático
 conservador.
 progresivo

teocrático.
 católico.
 islámico.
 metafísico.
 madre.
 hermana.
 esposa.
 hija.

7.º mes.—*El Fetichismo*
 8.º mes.—*El Politeísmo*
 9.º mes.—*El Monoteísmo*

10.º mes.—*La Mujer*, ó la
 Providencia moral

incompleto.
 completo

11.º mes.—*El Sacerdocio*, ó
 la Providencia intelectual.

preparatorio.
 directo

12.º mes.—*El Patriado*, ó
 la Providencia material

banquero.
 comerciante.
 fabricante.
 agricultor.
 activo.
 afectivo.
 contemplativo.
 pasivo.

13.º y último mes.—*El Pro-*
letariado, ó la Providencia
 general

secundario
 principal.

AUGUSTO COMTE.
 (10, calle Monsieur le-Prince.)

ESTADOS PREPARATORIOS

FUNCIONES NORMALES

Paris, 5, Guttonberg, 64 (lunes 6 de Agosto de 1852.)

Ya conocéis las cuatro clases fundamentales: afectiva, especulativa, patricia y plebeya, necesariamente propias al orden normal. En cuanto á los estados preparatorios, no es posible, sin confusión, condensarlos más, vistas las profundas diferencias intelectuales y sociales que deben siempre distinguir al fetichismo, al politeísmo y al monoteísmo, aun en la iniciación espontánea de cada positivista. En los lazos esenciales debe celebrarse primero el más universal, y glorificar luego cada una de las afecciones privadas, únicas que pueden procurarle verdadera consistencia. Ahora bien: estas relaciones elementales son realmente cinco: el matrimonio, la paternidad, la filiación, la fraternidad y la domesticidad, ordenándolas, por nuestro principio jerárquico, según la generalidad creciente y la decreciente intimidad.

El número, en apariencia paradójico, de los meses positivistas, es muy sagrado cuando se aprecian sus motivos religiosos. Muchas experiencias han, por otra parte, demostrado ya que podrá fácilmente prevalecer con la fe correspondiente. La religión universal es también la única que debe establecer la regularidad cronológica producida por nuestra exacta descomposición de cada mes en cuatro períodos semanales. Sean cualesquiera las ventajas prácticas de tal institución, no bastarían á fundarla, si las necesidades del culto no dispasen la vacila-

ción, siempre inherente, á los motivos materiales.

M. A primera vista no veo, padre mío, en el cuadro sociolátrico grave dificultad, sino en la domesticidad, cuya importancia me parece en él exagerada al colocarla entre los lazos fundamentales.

S. Esta objeción me recuerda, hija mía, que nacisteis septentrional, aunque afortunadamente preservada del protestantismo. Porque los occidentales del Mediodía conservan mejor, en este punto, los verdaderos sentimientos humanos, tan noblemente desarrollados en la Edad Media.

Lejos de deber desaparecer la domesticidad nunca, adquirirá cada vez mayor magnitud, purificándose de toda servidumbre primitiva. Hecha plenamente voluntaria, suministra á muchas familias los medios mejores de servir dignamente al Gran Sér, concediendo una indispensable asistencia á sus verdaderos servidores, teóricos ó prácticos. Esta participación en el bien público es, aunque indirecta, más completa y menos incierta que la de la mayor parte de los cooperadores directos; puede, además, cultivar mejor nuestros mejores sentimientos. Se forma de ella una noción muy pobre cuando se la limita á ciertas clases. En todas las esferas sociales, y sobre todo entre los proletarios, cada ciudadano pasa por una situación tal, en tanto que dura su iniciación práctica. Es

preciso, pues, idealizar la domesticidad como el complemento de los lazos de familia y el comienzo de las relaciones cívicas.

M. No necesitaba mi corazón, padre mío, sino esta rectificación sistemática para vencer los prejuicios anárquicos que me alejaban de fraternizar con los dignos tipos, sobre todo, femeninos, que muchas veces esta situación mal conocida me ofrece. Esta saludable aclaración no me deja ahora desear sino una postrera explicación general sobre el otro extremo de nuestro cuadro sociolátrico. Las posiciones respectivas del patriciado y del proletariado, me parecen en él invertidas. Comprendo que les coloque así la política, siguiendo el orden de un poder material; pero la religión que clasifica según la dignidad moral, parece que debe disponerlas de otro modo.

S. Olvidáis, hija mía, que en la religión positiva, el culto y el régimen deben siempre corresponderse exactamente. Pero fácilmente disculpo vuestro error, en gracia al motivo que le inspira. Yo mismo he pensado algunas veces como vos, cuando atribuía excesiva importancia á la extrema imperfección del patriciado actual, tan frecuentemente indigno de su alta misión social. La verdadera superioridad cerebral, sea intelectual, sea, sobre todo, moral, se halla hoy más extendida proporcionalmente entre las clases preservadas de una educación y de

una autoridad degradante. De todos modos, aunque esta excepción incontestable debe ser cuidadosamente apreciada, instituyendo la transición occidental, es preciso saber descartarla sistemáticamente cuando se construye el culto abstracto de la Humanidad, destinado, principalmente, al estado normal. Contemplando demasiado lo presente, y no lo bastante lo porvenir, fácilmente se es llevado á arrojar el mismo sacerdocio debajo del proletariado, porque su imperfección actual sobrepuja en mucho á la del patriciado, ya se le aprecie en las ruinas teológicas, ya en los rudimentos metafísicos y científicos.

En el culto positivo, como en la existencia normal que idealiza, el digno patricio aventaja ordinariamente al digno plebeyo, tanto en verdadera nobleza como en poder real. Ordenando las clases humanas según su aptitud para representar al Gran Sér, la importancia y la dificultad de los servicios propios al patriciado, como la educación que exigen y la responsabilidad que imponen, le colocan siempre por cima del proletariado. En nombre también de tal clasificación, la prudencia sacerdotal, convenientemente asistida de la sanción femenina y el apoyo popular, debe recordar dignamente á los patricios, juntos ó aislados, sus eternos deberes sociales cuando llegan á descuidarlos gravemente. Pero estas exhortaciones excepcio-

nales faltarían á su fin principal si el culto normal no honrase suficientemente á los ministros necesarios de toda material providencia. Colocando al proletariado en la extremidad inferior de la escala social, el culto recordará que su aptitud característica para registrar y rectificar todos los poderes humanos, resulta, sobre todo, de una situación esencialmente pasiva, que no desarrolla tendencia alguna pronunciada. Nuestro cuadro sagrado, como el régimen correspondiente, debe, pues, ingerir los dos grandes poderes, espiritual y temporal, entre las dos masas, femenina y popular, que obran sin cesar sobre sus sentimientos y su conducta. Si el patriado fuese abatido, la armonía positiva sería tan destruída en sociolatría como en sociocracia.

M. El conjunto del culto público me es bastante familiar ya para que podáis, padre mío, explicarme la descomposición semanal de las trece celebraciones mensuales. Este desarrollo final, que jamás dejará nuestra semana sin una fiesta general, debe profundamente concurrir al fin moral de la gran adoración, reproducida así bajo aspectos muy variados, pero siempre convergentes.

S. Antes de comenzar esta explicación, debo, hija mía, indicaros que el positivismo conserva, sin alterarlos, los nombres actuales de los días de la semana. Pensé en sustituirlos por otros; pero he renunciado á este

proyecto, que no debe dejar otra huella que un feliz ensayo de imponentes plegarias domésticas, propias para enlazar el culto público al privado y compuestas por una de nuestras jóvenes hermanas, M. J. Lonchampt, para cada uno de los días de nuestra semana. Los antiguos nombres tienen la ventaja de recordar el pasado en sus tres fases: fetichica, politeica y monoteica (1).

Para completar la regularidad de nuestro culto, convendría que cada día de una semana cualquiera ocupara en el año un rango invariable. Se obtiene esta fijeza absteniéndose de toda denominación semanal, primero en el día complementario que termina todo año positivista, y luego en el día adicional que le sigue si el año es bisiesto, según la regla usada en Occidente. Cada uno de estos dos días excepcionales se halla, en efecto, suficientemente designado por la correspondiente fiesta. Así nuestro calendario se hace perpetuo, lo cual no es menos importante al régimen que al culto.

M. Comprendo, padre mío, toda la eficacia moral de tal fijeza, en cuya virtud un día cualquiera de nuestro año podrá recibir, como el día final, una designación puramente sagrada, cosa que el catolicismo no obtuvo sino por excepción.

S. Establecido este preámbulo, puedo,

(1) *Politique positive*, t. iv, p. 135 y 404.

hija mía, comenzar directamente la indicación sucesiva de las solemnidades propias á los séptimos días de todas las semanas. El cuadro sociolátrico os enseña de qué modo cada celebración mensual se descompone en cuatro fiestas semanales. No tengo, pues, sino motivar y caracterizar esta descomposición con algunas aclaraciones sumarias.

Nuestro primer mes, consagrado á la Humanidad, exige, en este respecto, pocas explicaciones. Después de haber abierto el año positivista por la más augusta de todas nuestras solemnidades, esta fiesta directa del Gran Sér se halla completada en las cuatro celebraciones semanales, en que son respectivamente apreciados los diversos grados esenciales del lazo social. Se ordenan por el decrecimiento de extensión y el aumento de intimidad de las relaciones colectivas. La primera fiesta glorifica el lazo religioso, único susceptible de universalidad; la segunda, el enlace debido á antiguas relaciones políticas que, aunque relajadas, dejan subsistir comunidad suficiente de lenguaje y de poesía. En la tercera se celebra directamente la unión activa resultada de un mismo gobierno aceptado libremente doquiera. La cuarta honra, la menos extensa, pero la más completa de las relaciones cívicas, aquella en que la comunidad de habitación familiar nos recuerda lo mejor de la intimidad doméstica.

Para desarrollar el mes del matrimonio, su primera solemnidad glorifica la unión conyugal en toda su plenitud, á la vez exclusiva é indisoluble, aun para la muerte. El sacerdocio hace en ella sentir profundamente de corazón y de entendimiento, el progreso general de esta admirable institución, primera base de todo el orden humano, caracterizando cada una de sus fases esenciales, desde la poligamia primitiva, hasta el matrimonio positivista.

En la fiesta siguiente se celebra la castidad voluntaria que graves motivos morales ó físicos pueden eternamente prescribir á dignos esposos. El principal fin del matrimonio, el perfeccionamiento mutuo de los dos sexos, se hace en ella más apreciable; sin que esta unión excepcional obligue, por otra parte, á renunciar á los efectos del porvenir, siempre posibles por una feliz adopción. En ella se hará resaltar convenientemente su tendencia á regular, en fin, la procreación humana, aunque los vicios hereditarios no deban privar de los beneficios del matrimonio.

La tercera semana de este mismo mes, tiende á la celebración de las uniones excepcionales en que una desigualdad, con frecuencia excusable, no impide su principal eficacia, sobre todo, cuando las costumbres finales limitan la discordancia á las edades. En fin, la cuarta fiesta honra la unión pós-

tuma que resultará frecuentemente de la constitución normal del matrimonio humano, cuyas más íntimas dulzuras son consolidadas y desarrolladas por la pureza y la fijeza propias al amor subjetivo.

Nuestros tres meses siguientes pueden ser explicados simultáneamente á causa de la uniformidad espontánea de sus subdivisiones semanales. La primera mitad del principal de entre ellos, está consagrada á la paternidad completa, primero involuntaria, luego adoptiva, y la segunda á la paternidad incompleta, que procura, en toda sociedad regular, la autoridad espiritual ó el patronato temporal. De aquí resultan, decreciendo, los cuatro grados normales de la afección paternal, respectivamente glorificados en las cuatro fiestas semanales del tercer mes positivista. Ahora bien: las mismas distinciones y gradaciones se reproducen, necesariamente, en lo que se refiere á la filiación y á la fraternidad, lo cual dispensa aquí de toda nueva explicación para el cuarto y el quinto mes.

En cuanto al sexto, honra, ante todo, la domesticidad permanente, que distinguirá siempre á una clase muy numerosa, pero especial, y luego la situación análoga en que todo hombre se encuentra ordinariamente durante su iniciación práctica. El primer caso exige claramente una subdivisión importante, habitualmente manifestada por la residencia; según que la domesticidad es

completa, en el servicio propiamente dicho, ó incompleta, en el encargado simplemente de un oficio determinado. Cuando las costumbres normales hayan conciliado bastante el servicio doméstico, sobre todo femenino, con el pleno desarrollo de las afecciones de familia, el culto positivo hará prontamente sentir la superioridad moral de la primera situación, en que la abnegación se hace más pura y viva. La misma distinción se aplica, aunque de un modo menos pronunciado, á la domesticidad pasajera, y se halla análogamente indicada por el domicilio. De aquí resultan las otras dos fiestas del sexto mes, respectivamente consagradas á los criados y á los aprendices, según que los maestros son ricos ó pobres.

M. Todo este desarrollo especial de los diversos lazos fundamentales, no sugiere, padre mío, dificultad alguna. Pero temo que mi insuficiencia histórica me impida comprender bien la segunda serie sociolátrica. Porque el conjunto de la preparación humana no me es aún sino muy imperfectamente conocido.

S. Esto basta, hija mía, para haceros apreciar ya la sucesión general de los tres estados preliminares indicados en el cuadro sociolátrico. Pero en cuanto á la descomposición semanal de cada uno de ellos, no podréis, en efecto, concebirla bien hasta después de acabado el diálogo histórico que

terminará este catecismo. Me limito, pues, á la principal coordinación, encargándoos de completarla espontáneamente cuando hayáis adquirido las convenientes nociones.

Las síntesis ficticia, siempre fundada en la indagación de las causas, supone dos modos diferentes, según que las voluntades á las cuales se atribuyen los hechos, pertenecen á los cuerpos mismos ó á los seres exteriores, habitualmente inaccesibles á nuestros sentidos. Ahora bien: el régimen directo, más espontáneo que otro alguno, constituye el fetichismo inicial, mientras que el indirecto caracteriza al teísmo que le sucede. Pero este último estado, menos puro y menos duradero que aquél, presenta sucesivamente dos constituciones distintas, según que los dioses siguen siendo múltiples, ó se condensan en uno sólo. El teísmo no instituye, en el fondo, sino una inmensa transición espontánea del fetichismo al positivismo, emanado de uno en el politeísmo, y llevado al otro por el monoteísmo. Cuando esta sucesión intelectual se halla completada por la progresión social que la corresponde, el conjunto de la iniciación humana es bastante caracterizado, como pronto comprenderéis.

Entonces podréis apreciar lo bastante la aptitud de nuestra segunda serie sociolátrica para glorificar dignamente todas las fases esenciales de esta larga preparación, desde

el primer paso de los más pequeños pueblos, hasta el doble desarrollo de la transición moderna. Esta plena celebración del pasado humano en doce fiestas semanales, resulta de la condensación histórica que supone, por su naturaleza, el culto abstracto.

M. Podemos, pues, padre mío, comenzar la última serie sociolátrica. El mes consagrado á la providencia moral no me causa el menor embarazo, por la evidente distinción que separa los tipos femeninos propios á sus cuatro fiestas semanales. Pero la descomposición del mes sacerdotal se me oculta aún.

S. Concebidla, hija mía, por los diversos modos ó grados del sacerdocio positivo, ordenados según su plenitud creciente. Este gran ministerio exige un raro concurso de cualidades morales, tanto activas como afectivas, con los talentos intelectuales, estéticos y científicos. Así, pues, si estas condiciones se hallan, pero débiles, sus poseedores, tras una cultura conveniente, deben permanecer, siempre quizá, siendo simples pensionados del poder espiritual, sin aspirar jamás á incorporarse á él. En estos casos, afortunadamente excepcionales, el más notorio genio, poético ó filosófico, no puede dispensar de la ternura y de la energía á un funcionario que debe estar habitualmente animado de íntimas simpatías y destinado casi siempre á luchas difíciles. Este sacerdocio incompleto

permite cultivar dignamente todos los verdaderos talentos, sin comprometer servicio alguno social.

En cuanto al sacerdocio completo, exige, ante todo, un grado preparatorio, de que el aspirante no debe pasar si, á pesar de su vocación proclamada, no sufre con éxito bastante el noviciado conveniente. Después de esta prueba decisiva, obtiene á los treinta y cinco años el sacerdocio directo y definitivo, pero ejercitándole durante siete años en el grado secundario que caracteriza al vicario ó suplente. Cuando ha pasado dignamente por todas las fases de nuestra enseñanza enciclopédica, y aun ensayado las demás funciones sacerdotales, se eleva á los cuarenta y dos años al grado principal, haciéndose irrevocablemente sacerdote propiamente dicho. Tales son las cuatro clases teóricas que celebran respectivamente las fiestas semanales del undécimo mes.

M. El siguiente, padre mío, no exige explicación especial alguna. Aunque la existencia práctica me es poco familiar, su carácter claramente cortado me permite comprender bastante la descomposición normal del patriciado en cuatro clases esenciales, siguiendo la generalidad decreciente de las funciones y la multiplicidad creciente de los funcionarios. De apreciar bien esta jerarquía natural, las mujeres son quizá en estos tiempos de anarquía más aptas que los proleta-

rios, y, sobre todo, que sus doctores, porque se encuentran mejor preservadas de las pasiones perturbadoras y de los criterios sofisticos. Me felicito, pues, de que las cuatro fiestas semanales de nuestro mes duodécimo vengan anualmente á honrar, y desde luego á moralizar, estos diversos modos necesarios del poder material, sobre el cual descansa toda la economía social. Pero no comprendo bien la descomposición del último mes.

S. Resulta, hija mía, de la generalidad espontánea que caracteriza al proletariado, en que todos los grandes atributos humanos exigen distinta idealización. Esta inmensa masa social, fuente necesaria de todas las clases especiales, se halla esencialmente dedicada á la vida activa, directamente celebrada por la primera fiesta semanal del mes plebeyo. Después del proletariado activo, es preciso honrar al proletariado afectivo, que le acompaña necesariamente. Esta glorificación especial de las mujeres proletarias es la única que puede completar dignamente la celebración general de los tipos femeninos, considerados en el décimo mes bajo el aspecto común á todas las clases, pero apreciados aquí en un carácter popular.

La tercera fiesta de nuestro mes décimotercio debe dignamente caracterizar al proletariado contemplativo, sobre todo estético ó aun científico, que no habiendo podido penetrar en un sacerdocio necesariamente li-

mitado, se siente, no obstante, más teórico que práctico. Es preciso á veces compadecer á estos tipos excepcionales, y siempre respetarlos, á fin de utilizarlos dirigiendo con acierto sus tendencias espontáneas. De ellos principalmente emanar debe la influencia general del proletariado en los poderes especiales, aunque el impulso correspondiente exige naturalezas más activas.

La última fiesta, en fin, de nuestro mes popular, se refiere esencialmente á la mendicidad, sea pasajera, sea permanente. El mejor orden humano jamás podrá prevenir completamente esta extrema consecuencia de las imperfecciones inherentes á la vida práctica. Así, la idealización de nuestra sociabilidad quedaría incompleta si el sacerdote no la terminase por una justa apreciación de esta existencia excepcional. Cuando es plenamente motivada y dignamente ejercida, puede con frecuencia merecer las simpatías, y algunas veces los elogios, de todas las almas honradas. Más movable que otra alguna, esta clase complementaria se liga espontáneamente á todas las categorías sociales, que deben alternativamente apoyarla y alimentarla. Así llega á ser muy propia á desarrollar la reacción general del proletariado sobre todos los poderes humanos. Sería, pues, tanta imprevisión como injusticia no recompensarla por esta idealización.

M. En cuanto al día complementario,

comprendo, padre mío, por qué el positivismo traslada al fin de nuestro año la celebración colectiva que el catolicismo introdujo acertadamente para los muertos. Esta imponente conmemoración, cuya interposición hubiera turbado la economía normal de nuestro culto público, completa dignamente su conjunto y prepara en él naturalmente el regreso anual. Convenía que la fiesta propia del Gran Sér fuese precedida de la glorificación de todos sus órganos.

El día adicional de los años bisiestos no tiene para mí dificultad. No pudiendo mi sexo casi nunca merecer directamente una apoteosis personal y pública, debía el culto abstracto, sin degenerar su celebración concreta, honrar así el conjunto de las mujeres dignas de celebración individual. Se completa la idealización humana glorificando el buen uso de las diversas aptitudes excepcionales que lleva consigo la naturaleza femenina cuando su principal carácter no recibe alguna alteración.

S. Puesto que espontáneamente, hija mía, habéis terminado la explicación suficiente de nuestro culto público, la primera parte de este catecismo se halla enteramente terminada. Debemos, pues, ahora proceder al estudio del dogma, que, como el culto mismo, prepara directamente el régimen, objeto final de toda la iniciación positiva. Después de haber apreciado el positivismo

como la verdadera religión, primero del amor, después del orden, es forzoso por fin reconocer en él también la única religión plenamente conveniente al conjunto del progreso humano, sobre todo moral.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

BIBLIOTECA POSITIVISTA EN EL SIGLO XIX

CIENTO CINCUENTA VOLÚMENES

1.º—POESÍA (TREINTA VOLÚMENES)

La *Ilíada* y la *Odisea*, en un volumen, sin notas.

Esquilo, seguido de *Edipo-Rey*, de Sófocles, y *Aristófanes*, ídem.

Pindaro y *Teócrito*, seguidos de *Daphnis* y *Chloe*, ídem.

Plauto y *Terencio*, ídem.

Virgilio, completo, *Horacio*, escogido, y *Lucano*, ídem.

Ovidio, *Tibulo* y *Juvenal*, ídem.

Fabulistas de la Edad Media, coleccionados por Le-grand d'Aussy.

Dante, *Ariosto*, *Tasso* y *Petrarca*, obras escogidas, en un volumen, italiano.

Teatro escogido, de Metastasio y de Alfieri, ídem.

Los novios, por Manzoni, un volumen, italiano.

Don Quijote y las *Novelas*, de Cervantes, en un volumen, español.

Teatro español escogido, colección editada por D. José Segundo Flórez, en un volumen, español.

El romancero español escogido, comprendiendo el *Poema del Cid*, en un volumen, español.

Teatro escogido, de P. Corneille.

Moliere, completo.

Teatro escogido, de Racine y de Voltaire, en un volumen.

Fábulas de *La Fontaine*, seguidas de algunas *Fábulas* de Lamotte y de Florián.

Gil Blas, por Lesage.

La princesa de Cleves, *Pablo y Virginia* y *El último Abencerraje*, en un volumen.

Los mártires, por Chateaubriand.

Teatro escogido, de Shakespeare.

El paraíso perdido y las *Poesías líricas*, de Milton.

Robinson Crusoe y *El vicario de Wakefield*, en un volumen.

Tom Jones, por Fielding, en inglés, ó traducido por Chéron.

Las siete grandes obras de Walter Scott: *Ivanhoe*, *Waverley*, *La bella hija de Perth*, *El oficial de Fortuna*, *Los puritanos*, *La prisión de Edimburgo* y *El anticuario*.

Las obras escogidas de Byron, suprimiendo, sobre todo, el *Don Juan*.

Las obras escogidas de Goethe.

Las mil y una noches.

2.º—CIENCIA (TREINTA VOLÚMENES)

La *Aritmética*, de Condorcet, el *Algebra* y la *Geometría*, de Clairant, más la *Trigonometría*, de Lacroix ó de Legendre, todo en un volumen.

La *Geometría analítica*, de Augusto Comte, precedida de la *Geometría* de Descartes.

La *Estática*, de Poinsoot, seguida de todas sus Memorias sobre la mecánica.

El *Curso de análisis*, de Navier en la Escuela Politéc-

nica, precedido de las *Reflexiones sobre el cálculo infinitesimal*, por Carnot.

El *Curso de mecánica*, de Navier en la Escuela Politécnica, seguido del *Ensayo sobre el equilibrio y el movimiento*, por Carnot.

La *Teoría de las funciones*, por Lagrange.

La *Astronomía popular*, de Augusto Comte, seguida de los *Mundos*, de Fontenelle.

La *Física mecánica*, de Fischer, traducida y anotada por Biot.

El *Manual alfabético de filosofía práctica*, por John Carr.

La *Química*, de Levoisier.

La *Estática química*, por Berthollet.

Los *Elementos de química*, por James Graham.

El *Manual de anatomía*, por Meckel.

La *Anatomía general*, de Richat, precedida de su *Tratado de la vida y de la muerte*.

El primer volumen de Blainville sobre *La organización de los animales*.

La *Fisiología*, de Richerand, anotada por Berard.

El *Ensayo sistemático sobre la biología*, por Second, y su *Tratado de anatomía general*.

Los *Nuevos elementos de la ciencia del hombre*, por Barthez, segunda edición, 1806.

La *Filosofía zoológica*, por Lamarck.

La *Historia Natural*, de Dumeril.

El *Tratado*, de Guglielmini, sobre la *Naturaleza de los ríos*, en italiano.

El *Discurso sobre la naturaleza de los animales*, por Buffon.

El *Arte de prolongar la vida humana*, por Hufeland, precedido del *Tratado sobre los aires, las aguas y los lugares*, por Hipócrates, y seguido del libro de Cornaro sobre *La sobriedad*, todo en un volumen.

La *Historia de las flecmasias crónicas*, por Brous-

sais, precedida de sus *Proposiciones de Medicina*, y, ante todo, de los aforismos de Hipócrates, en latín, sin comentario alguno.

Los *Elogios de los sabios*, por Fontenelle y Condorcet.

3.º—HISTORIA (SESENTA VOLÚMENES)

El *Compendio de geografía universal*, por Malte-Brun.

El *Diccionario geográfico*, de Rienzi.

Los *Viajes de Cook*, y los de Chardin.

La *Historia de la revolución francesa*, por Mignet.

El *Manual de historia moderna*, por Heeren.

El *Siglo de Luis XIV*, por Voltaire.

Las *Memorias* de Madama de Motteville.

El *Testamento político* de Richelieu, y la *Vida de Cromwell*, en un volumen.

La *Historia de las guerras civiles de Francia*, por Davila, en italiano.

Las *Memorias* de Benvenuto Cellini, en italiano.

Las *Memorias* de Commynes.

El *Resumen de la Historia de Francia*, por Bossuet.

Las *Revoluciones de Italia*, por Denina.

El *Compendio de Historia de España*, por Ascar-gorta.

La *Historia de Carlos V*, por Robertson.

La *Historia de Inglaterra*, por Hume.

La *Europa en la Edad Media*, por Hallam.

La *Historia eclesiástica*, por Fleury.

La *Historia de la decadencia romana*, por Gibbon.

El *Manual de Historia antigua*, por Heeren.

Tácito, completo, traducción Dureau de la Malle.

Heródoto y Tucídides, en un volumen.

Las *Vidas* de Plutarco, traducción Dacier.

Los *Comentarios* de Cesar, y el *Alejandro* de Arrien, en un volumen.

El *Viaje de Anacharsis*, por Barthélemy.

La *Historia del Arte entre los antiguos*, por Winkelmann.

El *Tratado de la pintura*, por Leonardo de Vinci, en italiano.

Las *Memorias sobre la música*, por Grétry.

4.º—SÍNTESIS (TREINTA VOLÚMENES)

La *Política* de Aristóteles y su *Moral*, en un volumen.

La *Biblia*, completa.

El *Corán*, completo.

La *Ciudad de Dios*, por San Agustín.

Las *Confesiones* de San Agustín, seguidas del *Tratado del Amor de Dios*, por San Bernardo.

La *Imitación de Cristo*, el original y la traducción en verso de Corneille.

El *Catecismo de Montpellier*, precedido de la *Exposición de la doctrina católica*, por Bossuet, y seguido del *Comentario al sermón de J. C.*, por San Agustín.

La *Historia de las variaciones protestantes*, por Bossuet.

El *Discurso del método*, por Descartes, precedido de *Novum Organum*, de Bacon, y seguido de la *Interpretación de la naturaleza*, por Diderot.

Los *Pensamientos* escogidos de Cicerón, de Epicteto, de Marco Aurelio, de Pascal y de Vauvenargues, seguidos de los *Consejos de una madre*, por Madama de Lambert, y las *Consideraciones sobre las costumbres*, por Duclós.

El *Discurso sobre la Historia Universal*, por Bossuet, seguido del *Bosquejo histórico*, por Condorcet.

El *Tratado del Papa*, por De Maistre, precedido de la *Política Sagrada*, por Bossuet.

Los *Ensayos filosóficos*, de Hume, precedidos de la doble *Disertación sobre los sordos y los ciegos*, por

Diderot, y seguidos del *Ensayo sobre la Historia de la Astronomía*, por Adam Smith.

La *Teoría de lo bello*, por Barthez, precedida del *Ensayo sobre lo bello*, por Diderot.

Las *Relaciones entre la parte física y la moral del hombre*, por Cabanis.

El *Tratado de las funciones del cerebro*, por Gall, precedido de las *Cartas sobre los animales*, por Jorge Leroy.

El *Tratado de la irritación y la locura*, por Broussais, primera edición.

La *Filosofía Positiva*, de Augusto Comte, condensada por Miss Martineau, su *Política Positiva*, su *Catecismo Positivista* y su *Síntesis subjetiva*.

Paris 3-Dante 66 (martes 18 Julio 1854.)

AUGUSTO COMTE.

(10, rue Monsieur-le-Prince.

- 27 LUIS VIVES.—Int. á la Sabiduría.
 28 y 29 KANT.—Crit. de la razón práctica.
 30, 31 y 32 COMTE.—Catecismo positivista.
 33 MAQUIAVELO.—El príncipe.
 34 CONDILLAC.—Lógica.
 35 DIDEROT.—Obras filosóficas.
 36, 37 y 38 FICHTE.—Doct. de la ciencia.
 39 HARTMANN.—Religión del porvenir.
 40 SAN JERÓNIMO.—Epístolas.
 41 G. SERRANO.—Crítica y filosofía.
 42, 43 y 44 MALEBRANCHE.—Conversaciones sobre metafísica.
 45 SPENCER.—Clasif. de las ciencias.
 46 HAECKEL.—Psic. celular.
 47 y 48 SCHOPENHAUER.—Parerga y Paralipomena.
 49 y 50 DELBOEUF.—La materia bruta y la materia viva.
 51 y 52 B. CONSTANT.—Política.
 53 ST. MILL.—El utilitarismo.
 54 SAN AGUSTIN.—Meditaciones.
 55 AZCÁRATE.—La Repúb. Norteamericana
 56 LUBOCK.—La dicha de vivir.
 57 POSADA.—El parlamentarismo.
 58 SÉNECA.—Tres libros filosóficos.
 59, 60 y 61 BACON.—Novum Organum.
 62, 63, 64 y 65 HEGEL.—Lógica.
 66 VOLTAIRE.—Cándido ó el optimismo.
 67 A. ZOZAYA.—La Contradicción política.

En prensa.

- 68 CONFUCIO.—Los grandes libros.

Las traducciones son *íntegras* y en su mayor parte directas.

PRECIO PARA PROVINCIAS

60 céntimos volumen.

OBRAS
DE
ANTONIO ZOZAYA

	<u>PESETAS</u>
La Crisis Religiosa.....	2
Miscelánea literaria.....	1,50
La Contradicción Política... ..	0,50
Política de Aristóteles.....	1
Doctrina de la Ciencia, por Fichte.	1,50
Lógica de Hegel.....	2

Se hallan de venta en esta Administración y en las principales librerías, y se remiten á provincias á vuelta de correo, siempre que se acompañe al pedido su importe en sellos de comunicaciones.

A los señores libreros, rebaja del 25 por 100, franco de porte.

BIBLIOTECA ECONÓMICA FILOSÓFICA

VOL. XXXI

CATECISMO
POSITIVISTA

—
POR

A. COMTE

TOMO II

2

REALES

—
MADRID

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Plaza del Progreso, 3, 2.º

BIBLIOTECA ECONÓMICA FILOSÓFICA
2 reales volumen.

CATÁLOGO

Filosofía antigua.

Volúmenes.

- I. PLATON. *Diálogos socráticos*. Trad. de J. de Vargas. (2.^a edición.)
XIV. EPICTETO. *Máximas*. Trad. de A. Zozaya.
XVIII y XIX. PLATON. *Diálogos polémicos*. Traducción de id.
XX. CICERON. *De la República*. Trad. directa de id.
XXI. MARCO AURELIO. *Los Doce Libros*. Traducción directa de J. Diaz de Miranda.
XXIII y XXIV. ARISTÓTELES. *La Política*. Versión castellana de Antonio Zozaya.
-

Filosofía alemana.

- III. KANT. *Fundamentos de una metafísica de las costumbres*. Trad. de Antonio Zozaya. (2.^a edición.)
IV. SCHELLING. *Bruno ó del principio divino y natural de las cosas*. Trad. de A. Z.
V. LEIBNITZ. *La Monadología. De la naturaleza en sí misma. Del radical origen de las cosas*. Trad. de A. Z.

BIBLIOTECA
ECONÓMICA FILOSÓFICA

VOLUMEN XXXI

BIBLIOTECA ECONÓMICA FILOSÓFICA

2 REALES VOLUMEN

EXTRACTO DEL CATÁLOGO

FILOSOFÍA MODERNA

Volúmenes.

- II. DESCARTES. *Discurso del método*. Traducción de J. de Vargas. (2.^a edición.)
- VI, VII y VIII. SPINOZA. *Tratado teológico-político*. Traducción de A. Z. y J. V.
- X. ROUSSEAU. *Del Contrato social*. Traducción de Antonio Zozaya.
- XI. LAMENNAIS. *El libro del pueblo. El eco de las cárceles*. Traducción de ídem.
- XXII. DESCARTES. *Meditaciones metafísicas*. Traducción de ídem.
- XXX y XXXI. COMTE. *Catecismo Positivista*. Traducción de ídem. (Tomos I y II.)

EN PRENSA

- XXXII. COMTE. *Catecismo Positivista*. (Tomo III.)

BIBLIOTECA ECONÓMICA FILOSÓFICA

VOLUMEN XXXI

REPÚBLICA OCCIDENTAL
ORDEN Y PROGRESO — VIVIR PARA EL PRÓJIMO.

CATECISMO POSITIVISTA

6

Sumaria exposición de la religión universal
en trece diálogos sistemáticos
entre una mujer y un sacerdote de la Humanidad,

POR

AUGUSTO COMTE

TRADUCCIÓN DE

ANTONIO ZOZAYA

TÓMO II

El Amor por principio,
Y el Orden por base.
El Progreso por fin.

MADRID
DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Plaza del Progreso, 3, 2.º

1887

Queda hecho el depósito que marca la ley.

IMPRESA DE MANUEL MINUESA DE LOS RÍOS
Miguel Servet, 13.—Teléfono 651.

SEGUNDA PARTE

Explicación del dogma.

DIÁLOGO SEXTO

DEL DOGMA EN GENERAL

LA MUJER. En nuestro segundo diálogo, padre mío, me habéis hecho conocer la Humanidad. En los tres siguientes me habéis enseñado el culto que la debemos. Os ruego que me expongáis ahora la coordinación sistemática en general del culto *positivo* en torno de tal unidad.

SACERDOTE. Debéis, para esto, renunciar, ante todo, hija mía, á toda pretensión de unidad absoluta, exterior, en una palabra, objetiva, lo cual os será más fácil que á nuestros doctores. Tal deseo, compatible con la indagación de las causas, resulta contradictorio en el estudio de las leyes, es decir, de las relaciones constantes

aprehendidas en medio de una inmensa diversidad. Estas no exigen sino una unidad puramente relativa, humana; en una palabra, subjetiva. En efecto, las leyes son necesariamente múltiples, por la imposibilidad notoria de hacer entrar jamás uno en otro los dos elementos generales de todas nuestras concepciones reales, el mundo y el hombre. Aun cuando se llegase á condensar cada uno de estos dos grandes estudios en torno de una sola ley natural, la unidad científica quedaría imposible por su inevitable separación. Si bien el mundo supone al hombre para ser conocido, pudiera existir sin él, como quizá ocurre en muchos astros inhabitables. Asimismo, el hombre depende del mundo, pero no resulta de él. Todos los esfuerzos de los materialistas para anular la espontaneidad vital exagerando la preponderancia de los medios inertes sobre los seres orgánicos, no han logrado sino desacreditar esta indagación, tan vana como ociosa, de hoy más abandonada á los entendimientos anticientíficos.

Pero, además, importa mucho que la unidad objetiva jamás pueda establecerse en el dominio interior de cada

elemento general de un tal dualismo. Las diversas ramas esenciales del estudio del mundo ó del de el hombre nos descubren una multitud creciente de leyes diferentes, que permanecerán constantemente irreductibles entre sí, pese á las frívolas esperanzas que inspira nuestra gravitación planetaria. Aunque sean la mayor parte aun ignoradas, y muchas deban serlo siempre, hemos hecho constar de ellas lo bastante para hacer inquebrantable el principio fundamental del dogma positivo, la sujeción de todos los fenómenos á relaciones invariables. El orden producido por el conjunto de las leyes reales lleva el título general de *azar ó destino*, según que nos son desconocidas ó conocidas. Esta distinción conservará siempre gran importancia práctica, puesto que la ignorancia de estas leyes equivale, para nuestra conducta, á su no existencia, impidiéndonos toda previsión racional y desde luégo toda intervención regular. Se puede, no obstante, esperar encontrar, para cada caso esencial, reglas empíricas que, pese á su insuficiencia teórica, nos preserven de una actividad desordenada.

En medio de esta diversidad creciente, el dogma de la Humanidad suministra al conjunto de nuestras concepciones reales la única unidad de que son capaces y la única trabazón y enlace que nos es útil. Para concebir su naturaleza y su construcción es preciso ante todo distinguir tres clases de leyes: físicas, intelectuales y morales. Las primeras corresponden espontáneamente al sexo activo, y las últimas al sexo afectivo, mientras que el orden intermedio constituye el dominio propio del sacerdocio, que, debiendo sistematizar el concurso de los dos sexos, participa desigualmente de su doble vida. Por esto es por lo que los dos estudios extremos fueron empíricamente cultivados en todo tiempo por las necesidades correspondientes, pero con muy diferente éxito. En efecto, siendo las leyes físicas, en el fondo, independientes de las leyes morales, los hombres pudieron fundar en ellas, aisladamente, convicciones estables, aunque incoherentes. Por el contrario, debiendo las leyes morales depender necesariamente de las leyes físicas, las mujeres no pudieron construir sobre ellas doctrina alguna inquebrantable,

y sus esfuerzos no implican sino una preciosa reacción afectiva. La sana cultura teórica debe, pues, surgir del orden físico, desligándose de las especialidades activas. Pero como el término necesario de nuestras meditaciones reales reside en el orden moral, la unidad lógica y científica no ha podido establecerse sino en virtud de un enlace suficiente de estos dos dominios extremos. Pero no pueden ser reunidos sino por el dominio intermedio, que naturalmente se enlaza á cada uno de ellos. De este modo, la construcción de una verdadera unidad teórica depende finalmente de una suficiente elaboración de las leyes propias al entendimiento.

M. Aunque esta conclusión me parece difícil de encontrar, su admisión inmediata no me ofrece, padre mío, dificultad alguna. Mis meditaciones morales me han hecho con frecuencia comprender cuán indispensable es el conocimiento de las leyes intelectuales á su activa consistencia, puesto que las reglas propias á la función apreciadora se mezclan siempre á las de cada función apreciada. De todos modos, los hombres deben sentir menos tal

conexión en las leyes físicas, de que se ocupa principalmente su sexo. Podéis, pues, proceder, sin otro preámbulo, á la exposición directa de estas leyes mentales de que depende toda unidad sistemática.

S. Debo, hija mía, distinguir las, ante todo, en *estáticas* y *dinámicas*, según que conciernen á las disposiciones inmutables ó á las variaciones esenciales del objeto correspondiente. Estos dos términos conexos se han hecho indispensables á toda exposición seria del positivismo, que los vulgarizará pronto. Nunca, sin embargo, podrán inspirar á vuestro sexo el atractivo moral que os ofrecerán próximamente las calificaciones *objetiva* y *subjetiva*, finalmente destinadas, sobre todo, á caracterizar los más dulces matices de nuestras emociones mejores. Pero su uso, puramente intelectual, no debe privarles del respeto que merece su utilidad teórica. Estos dos pares de expresiones filosóficas son, por otra parte, las únicas que me veo obligado á imponeros.

Por la precedente definición, fácilmente concebís que, en cualquiera esfera, el estudio estático precede nece-

sariamente al estudio dinámico, que jamás puede surgir sin tal preparación. Es preciso, en efecto, haber determinado las condiciones fundamentales de cada existencia antes de apreciar sus diversos estados sucesivos. Los antiguos, que veían doquiera la inmovilidad, fueron profundamente extraños á toda concepción dinámica, aun matemática. Por el contrario, el eterno príncipe de los verdaderos filósofos, el incomparable Aristóteles, afirmó ya todas las bases esenciales de los más altos estudios estáticos sobre la vida, la inteligencia y la sociedad. Pero, siguiendo esta marcha necesaria, el complemento dinámico se hace doquiera indispensable. Sin él, la apreciación estática queda siempre provisional, de tal modo, que es incapaz de guiar á la práctica, que, aislada, arrastraría á graves errores, sobre todo en los principales casos.

La ley estática de nuestro entendimiento viene á ser, para el positivismo, una simple aplicación del principio fundamental que subordina doquier el hombre al mundo. Consiste, en efecto, en la subordinación continua de nuestras construcciones subjetivas á nues-

tros materiales objetivos. El genio de Aristóteles bosquejó su noción general en esta admirable frase: *Nada hay en el entendimiento que no haya emanado primero de la sensación.* Pero habiendo abusado con frecuencia los modernos de este axioma para representar nuestra inteligencia como puramente pasiva, el gran Leibnitz se vió obligado á unirla una restricción esencial, destinada á formular la espontaneidad de nuestras disposiciones mentales. Esta explicación, que se limitaba realmente á desarrollar mejor la máxima de Aristóteles, fué completada por Kant, por su inmortal distinción entre las dos realidades, objetiva y subjetiva, de cada concepción humana. No obstante, este principio no fué verdaderamente sistematizado sino cuando el positivismo le unió convenientemente á la ley general que en todos los fenómenos vitales coloca á todo organismo bajo la dependencia continua del medio correspondiente. Para nuestras más altas funciones espirituales, como para nuestros actos más materiales, el mundo exterior nos sirve á la vez de alimento, de estímulo y de regulador. Mientras que la subordinación de lo

subjetivo á lo objetivo dejaba así de estar aislada, recibía también de la filosofía positiva su complemento indispensable, sin el cual el estudio estático de la inteligencia no hubiera podido enlazarse lo bastante al estudio dinámico. Consiste en reconocer que, en el estado normal, las imágenes subjetivas son siempre menos vivas y menos claras que las impresiones objetivas de donde emanan. Si fuese de otro modo, jamás el exterior podría regular el interior.

En virtud de este doble principio estático, todas nuestras concepciones resultan necesariamente de un comercio continuo entre el mundo, que suministra su materia, y el hombre, que las procura su forma. Son profundamente relativas, á la vez, al sujeto y al objeto, cuyas variaciones respectivas las modifican necesariamente. Nuestro principal mérito teórico consiste en perfeccionar mucho esta subordinación natural del hombre al mundo, para que nuestro cerebro venga á ser fiel espejo del orden exterior, cuyos resultados futuros pueden así ser previstos en virtud de nuestras operaciones interiores. Pero esta representación no im-

plica ni exige una exactitud absoluta. Su grado de aproximación está regulado por nuestras necesidades prácticas, que miden la precisión conveniente á nuestras previsiones teóricas. Este límite necesario deja ordinariamente á nuestra inteligencia cierta libertad especulativa, de que debe usar para satisfacer mejor sus propias inclinaciones, ya científicas, ya aun estéticas, haciendo más regulares nuestras concepciones, y aun más bellas, sin dejar por eso de ser menos verdaderas. Tales, mentalmente, el positivismo que, persiguiendo siempre el estudio de las leyes, camina sin cesar entre dos sendas igualmente peligrosas, el misticismo, que quiere penetrar hasta las causas, y el empirismo, que se limita á los hechos.

M. Esta teoría estática de nuestra inteligencia deja, padre mío, á mi juicio, una grave laguna, en cuanto parece concernir solamente al estado de razón propiamente dicho, sin poder extenderse hasta la locura, que, sin embargo, debiera explicarse también. La vida real presenta diariamente tantos matices intermedios entre estas dos situaciones mentales, que todos es-

tos casos deben seguir las mismas leyes esenciales, con simples diferencias de grado, del mismo modo que nuestras funciones corporales.

S. Os bastará, hija mía, considerar más atentamente la precedente doctrina, para reconocer que contiene, en efecto, la verdadera teoría de la locura y del idiotismo. Estos dos estados opuestos constituyen los dos extremos de la proporción normal que el estado de lucidez exige entre los impulsos objetivos y las inspiraciones subjetivas. El idiotismo consiste en el exceso de objetividad, cuando nuestro cerebro se hace demasiado pasivo; y la locura propiamente dicha en el exceso de subjetividad, por la actividad desmesurada de este aparato. Pero el término medio, que constituye la razón, sigue él mismo las variaciones regulares que experimenta toda la existencia humana, tanto social como personal. La apreciación de la locura se hace así tanto más delicada, cuanto debe tenerse en ella en cuenta los tiempos, los lugares y las situaciones en general, como lo demuestra la admirable composición del gran Cervantes. Este es el caso en que mejor se comprende

cuán insuficiente es el estudio estático de la inteligencia sin un complemento dinámico.

M. Después de esta importantísima reflexión, quisiera, padre mío, si lo juzgáis conveniente, comenzar ya esta apreciación complementaria, única que puede permitir á mis propias meditaciones concebir por fin el conjunto de este gran espectáculo. Todas las variaciones de las opiniones humanas no podrán jamás llegar á ser puramente arbitrarias, aunque no pueda yo impedir su marcha general en modo alguno.

S. Consiste, hija mía, en la transición necesaria de toda concepción teórica por tres estados sucesivos: el primero, teológico, ó ficticio; el segundo, metafísico, ó abstracto; el tercero, positivo, ó real. El primero es siempre provisional; el segundo puramente transitorio, y el tercero es el único definitivo. Este último difiere, sobre todo, de los otros dos por su sustitución característica de lo relativo á lo absoluto, cuando el estudio de las leyes reemplaza por fin á la indagación de las causas. Entre los dos primeros no existe, en el fondo, otra diferencia teó-

rica que la reducción de las divinidades primitivas á simples entidades. Pero quitando tal transformación á las ficciones sobrenaturales, toda sólida consistencia, sobre todo social, y aun mental, la metafísica sigue siendo siempre un mero disolvente de la teología, sin poder organizar jamás su dominio propio. Así, esta doctrina de trastorno y de modificación no implica, en nuestra evolución original, individual ó colectiva, ninguna otra eficacia que permitir la transición gradual del teologismo al positivismo. Se adapta tanto mejor á este destino pasajero, cuanto sus conceptos equívocos pueden alternativamente llegar á ser, ó representaciones abstractas de los agentes sobrenaturales, ó calificaciones generales de los fenómenos correspondientes, según que se está más cerca del estado ficticio ó del estado real.

M. Aunque esta ley dinámica se halla suficientemente confirmada ya por mi propia experiencia, deseo, padre mío, comprender todo lo posible el principio intelectual de tal evolución.

S. Resulta, hija mía, de la ley estática, que nos obliga á deducir de nos-

otros mismos los enlaces subjetivos de nuestras impresiones objetivas, las cuales, sin esto, serían siempre incoherentes. No pudiendo jamás las verdaderas relaciones ser apercibidas sino en virtud de un análisis difícil y gradual, que voy á explicaros, nuestras primeras hipótesis fueron puramente espontáneas, y por tanto ficticias. Pero esta disposición general, que constituiría ahora un exceso de subjetividad, era en un principio conforme á nuestra situación mental, en que la evolución no podía surgir sino de tal iniciativa. Sólo una larga prueba, aun hoy insuficiente para los espíritus atrasados, debía descubrirnos la inanidad necesaria á la indagación de las causas. Ahora bien: este vano problema nos ofreció por mucho tiempo un atractivo invencible, á la vez teórico y práctico, prometiéndonos proceder siempre por deducción, sin exigir inducción alguna especial y modificar el mundo á nuestro antojo. Así, el doble motivo que indujo á los pensadores primitivos, coincide esencialmente con el que dirigirá siempre nuestros esfuerzos intelectuales. Lo mismo ocurre, en el fondo, relativamente al principio lógico

de este régimen inicial. Porque toda la sana lógica es reductible á esta sola regla: formar siempre la más simple hipótesis compatible con el conjunto de datos adquiridos. Ahora bien: los pensadores teólogos y aun fetichistas la aplicaron mejor que la mayor parte de los doctores modernos. Proponiéndose penetrar las causas, se limitaron á explicar el mundo por el hombre, única fuente posible de toda unidad teórica, atribuyendo todos los fenómenos á voluntades sobrehumanas, interiores ó exteriores. Semejante problema no admite, por su naturaleza, ninguna otra solución, muy superior á las tenebrosas ficciones de nuestros ateos ó panteístas, cuyo estado mental se acerca más á la locura que la inocente situación de los verdaderos fetichistas. Esta superioridad se manifiesta, sobre todo, por los resultados respectivos. Mientras que la ontología germánica retrograda hoy hacia su fuente griega, sin inspirar idea alguna real y duradera, la teología primitiva abrió al espíritu humano la única salida posible que admitía nuestra situación inicial. Aunque jamás pudo llevarnos á la determinación de las causas, el enlace

provisional que estableció entre los hechos nos indujo espontáneamente al descubrimiento de las leyes.

Juzgado en un principio puramente secundario, este último estudio tendió bien pronto á convertirse en principal, bajo el impulso práctico que le representó como mejor adaptado á las previsiones que nuestra actividad exige. En el fondo, los entendimientos privilegiados jamás han buscado la causa sino en tanto que no han podido encontrar la ley; y su conducta ha sido entonces irreprochable, como más propia que entorpecimiento alguno teórico á preparar esta adquisición final. Nuestra inteligencia experimenta aún tal predilección por las concepciones positivas, sobre todo, á causa de su superioridad práctica, que se esforzó en sustituirlas, casi siempre, á las ficciones teológicas, mucho tiempo antes de que se llevase á cabo las preparaciones convenientes. El fin de la evolución mental es, pues, menos dudoso aún que su comienzo.

M. Esta explicación de nuestra *ley de los tres estados* me deja, padre mío, muchas nebulosidades en lo que respecta á los casos frecuentes en que

el entendimiento humano me parece á la vez teológico, metafísico y positivo, según las cuestiones de que se ocupa. Si esta coexistencia quedase inexplicada, comprometería directamente vuestra regla dinámica, que, sin embargo, me parece incontestable. Libertadme, os lo suplico, de tal perplejidad.

S. Desaparecerá, hija mía, cuando observéis el orden constante que preside á la marcha simultánea de nuestras diversas concepciones teóricas, siguiendo la generalidad decreciente y la creciente complicación de los fenómenos correspondientes. De aquí resulta una ley complementaria, sin la cual el estudio dinámico del entendimiento humano quedaría oscuro y aun casi inaplicable. Fácilmente comprendéis que siendo los fenómenos más generales necesariamente más simples, las especulaciones correspondientes deben ser más fáciles y deben presentar procesos más rápidos. Esta gradación, que se verifica aun en lo que se refiere á las diversas fases teológicas, conviene sobre todo al estado positivo, por las laboriosas preparaciones que exige. Ved cómo ciertas teorías permanecen metafísicas, mientras que otras más senci-

llas se han hecho ya positivas, en tanto que otras más complicadas siguen siendo aún teológicas. Pero nunca se observa lo contrario, lo cual basta á disipar plenamente la objeción deducida de esta diversidad simultánea.

El orden natural que de indicarnos acabo entre nuestras diferentes concepciones, y de que voy á sacar la verdadera escala enciclopédica, es el único que permite comprender suficientemente su marcha general. Funda la lógica positiva descubriendo y siguiendo el encadenamiento que nuestros diversos estudios teóricos deben seguir para conseguir construcciones verdaderas. Aunque cada clase de fenómenos tenga siempre sus leyes propias; que suponen inducciones especiales, éstas no podrían casi nunca llegar á ser eficaces sin las deducciones suministradas por el conocimiento previo de las leyes más simples. Esta subordinación subjetiva resulta de la dependencia objetiva de los fenómenos menos generales respecto de todos los que lo son más. Así, el orden continuo de nuestros estudios, elevándose siempre del mundo al hombre, no es sola-

mente motivado por la preparación lógica que implican las especulaciones más sencillas; se apoya también en la dependencia científica de las teorías superiores respecto de las inferiores, en virtud de la subordinación de los fenómenos respectivos.

M. Me habéis, padre mío, explicado satisfactoriamente ahora las leyes intelectuales, tanto dinámicas como estáticas; pero no veo aun en ellas emanar la construcción fundamental que esperaba ante todo en el conjunto del dogma positivo. Necesito, pues, comprender directamente cómo el principio universal de la Humanidad puede, en fin, instituir, en virtud de estas leyes, una verdadera unidad especulativa, enlazando las leyes morales á las leyes físicas.

S. Este justo anhelo será satisfecho, hija mía, considerando bajo un nuevo aspecto general la ley complementaria que de asignar acabo al movimiento intelectual. Así concebida, es sobre todo subjetiva, como debía serlo aquella á la cual asiste. Pero sabéis también que esta clasificación implica directamente una significación objetiva, regulando la dependencia general

de los diversos fenómenos: En esta nueva apreciación, su destino se hace principalmente estático, para caracterizar, no la coexistencia de nuestros diferentes progresos teóricos, sino el orden fundamental que domina el conjunto de todos los hechos. La ley de clasificación se halla entonces plenamente distinta de la ley de filiación, aunque su íntima conexión explica suficientemente la simultaneidad de su descubrimiento.

Antes de exponeros esta gran jerarquía teórica, debo circunscribir lo bastante su campo general. Este resulta, en el fondo, de la verdadera distinción filosófica entre la especulación y la acción. Mientras que la práctica permanece necesariamente especial, la verdadera teoría es siempre general. Pero su generalidad característica jamás se adquiere sino con ayuda de una abstracción previa, que altera más ó menos la realidad de sus concepciones. Sean cualesquiera los peligros prácticos de una alteración tal, es preciso resignarse á ella para obtener la coherencia que sólo puede procurar una entera universalidad de las leyes teóricas. La sabiduría popular proclama justamente que toda

regla implica excepciones. Sin embargo, nuestra inteligencia necesita cualquiera hallar por fin reglas que jamás sean defectuosas, á fin de evitar una fluctuación indefinida.

No se puede llegar á ellas sino descomponiendo todo lo posible el estudio de los seres, único directo ordinariamente, en el de los diversos hechos generales que componen la existencia de cada uno de ellos. Obtenemos así leyes abstractas, cuyas diferentes combinaciones explican luégo cada economía concreta. Aunque muy múltiples en sí mismas, estas leyes irreductibles, sobre las cuales descansa toda nuestra sabiduría teórica, son mucho menos numerosas que las reglas particulares que dominan. Estas últimas, aparte de su número, resistirán siempre, en virtud de su complicación natural, á nuestros mejores esfuerzos, tanto inductivos como deductivos. Pero también su conocimiento nos sería esencialmente inútil, salvo las raras influencias que realmente afectan á nuestros destinos. Para estos casos excepcionales, el genio práctico, único competente, puede siempre hallar reglas empíricas que basten á nuestra conducta, ayudándo-

se con prudencia de las indicaciones generales emanadas del genio teórico. Porque la regularidad de los hechos compuestos, aunque menos apreciable que la de sus elementos generales, resulta de ella necesariamente de tal modo, que puede manifestarse tras una observación especial y prolongada.

Jamás conoceremos, por ejemplo, las leyes generales de las variaciones propias á la constitución normal de la atmósfera terrestre. No obstante, los navegantes y los agricultores saben deducir de sus observaciones locales ó temporales particulares reglas que, aunque empíricas, nos dispensan esencialmente de la pretendida meteorología. Lo mismo ocurre en todos los demás estudios concretos, geológicos, zoológicos y aun sociológicos. Todo lo que el genio práctico no puede en ellos realmente abordar permanecerá siempre ocioso. La verdadera ciencia es, pues, siempre necesariamente abstracta. Sus leyes generales referentes á las categorías poco numerosas que comprenden todos los fenómenos observables bastan para demostrar siempre la existencia de leyes concretas, aunque la mayor parte de éstas no puedan ni

deban ser jamás conocidas, excepto en casos prácticos.

M. Vislumbro, padre mío, la profunda simplificación que debe sufrir vuestra construcción filosófica en virtud de este análisis fundamental que refiere el estudio de los seres al de los hechos. Pero me asusta la abstracción habitual que exige tal régimen científico, aunque felizmente dispensada de él. Su institución misma me parece superior á nuestras fuerzas intelectuales, si todos los órdenes de fenómenos deben ser directamente estudiados en el Gran Ser, único que nos presenta su conjunto.

S. Para tranquilizaros, hija mía, basta considerar bajo un nuevo aspecto el principio general de la jerarquía abstracta. Aunque no instituye directamente sino la subordinación de los hechos, debe también conducir indirectamente á la de los seres. Porque los fenómenos no son más generales sino en tanto que pertenecen á más numerosas existencias. Los más simples de todos, aunque esparcidos por doquiera, deben, pues, hallarse en los seres que no nos ofrecen otros y en que su estudio propio se hace desde este punto más

accesible. En verdad, el segundo grado teórico estará siempre necesariamente unido al primero; esto es, sobre todo, más que la naturaleza misma de los fenómenos, lo que constituye el aumento de complicación. Pero sean cualesquiera estas acumulaciones sucesivas, cada nueva categoría de hechos podrá estudiarse en seres independientes de los siguientes, aunque sometidos á los precedentes, cuya apreciación previa permitirá concentrar la atención hacia la clase introducida. Aun cuando los seres no sean siempre distintos, el método positivo conservará su principal eficacia si presentan estados diferentes, lo que nunca puede dejar de ocurrir, dada la naturaleza de tal clasificación. Así, la jerarquía teórica que voy á exponeros, aunque destinada principalmente á suministrar solamente una escala de fenómenos, constituye necesariamente la verdadera escala de los seres, ó al menos de las existencias. Se hace alternativamente abstracta ó concreta, según que su destino es subjetivo ú objetivo. Por esto es por lo que la subordinación enciclopédica de las artes coincide esencialmente con la de las ciencias.

M. Antes de que procedáis, padre mío, á esta exposición jerárquica, cuyo principio general empiezo á apropiarme, os suplico que me expliquéis directamente el camino que es preciso seguir. Para cimentar la unión fundamental del mundo y del hombre, parece que esta exposición puede partir indiferentemente de uno ú otro, con tal que al otro se encamine. Su mismo uso habitual me parece exigir que pueda, como cualquiera otra escala, ser del mismo modo ascendente ó descendente. Pero ignoro si este doble proceso conviene á su construcción.

S. El concurso normal de ambos métodos, uno objetivo, otro subjetivo, es tan necesario, hija mía, á la formación como á la aplicación de la jerarquía teórica. Su elaboración espontánea depende del primero; pero su institución sistemática exige el segundo. Cada iniciación individual debe aquí, como en cualquier otro caso importante, representar esencialmente la evolución colectiva, salvo que en adelante se hará científicamente lo que antes se realizó ciegamente. La combinación de los dos métodos permite

reunir sus ventajas neutralizando sus peligros. Subir del mundo al hombre sin haber descendido antes del hombre al mundo, expone á dar demasiada extensión á los estudios inferiores, perdiendo de vista su verdadero destino teórico, consumiendo así nuestros esfuerzos científicos en puerilidades académicas, tan contrarias al entendimiento como al corazón. La dignidad y el enlace son entonces sacrificados á la realidad y á la claridad. Sin embargo, así es como debió proceder el positivismo abstracto, durante el largo preámbulo científico que se extiende de Tales y Pitágoras, hasta Bichat y Gall, á fin de elaborar los materiales sucesivos de la sistematización final. Las necesidades superiores de nuestra inteligencia no fueron entonces satisfechas imperfectamente sino por la tutela heterogénea que ejercía aún el espíritu teológico-metafísico. Pero hoy, que el principio universal de la síntesis definitiva se halla irrevocablemente establecido por esta inmensa preparación, el método subjetivo, hecho al fin tan positivo como el método objetivo, debe tomar directamente la iniciativa enciclopédica. Sólo él puede instituir

convenientemente la construcción que el otro podrá dignamente elaborar. Esta regla conviene tanto á cada gran indagación científica como al conjunto del sistema teórico.

M. Dispuésta estoy, pues, padre mío, á seguir atentamente la consagración religiosa que el dogma de la Humanidad procura sucesivamente á todas las partes esenciales de la ciencia abstracta, consolidando las más eminentes y ennobleciendo las más inferiores por esta universal conexión.

S. Para caracterizar mejor esta síntesis, debéis, hija mía, recordar ante todo el fin continuo de la vida humana, la conservación y la perfección del Gran Ser, que es preciso, á la vez, conocer, amar y servir. Cada cual realiza espontáneamente este triple oficio, que la religión sistematiza por el culto, el dogma y el régimen. Aunque la construcción filosófica debe entonces preceder á las otras dos, no está en el fondo destinada sino á consolidarlas y desarrollarlas. En sí mismo, el estudio directo de la Humanidad puede degenerar tanto como las ciencias inferiores, si se olvida que no se debe conocer al Gran Ser sino para amarle más

y servirle mejor. Cuando la preocupación del medio hace desconocer ó descuidar el fin, el proceso sistemático se hace en el fondo menos recomendable que la espontaneidad vulgar.

De este modo comprenderéis por qué coloco en la cúspide de la escala enciclopédica la MORAL, ó la ciencia del hombre individual. Puesto que el Gran Ser jamás funciona sino por órganos finalmente personales, es preciso primeramente estudiar, sobre todo, éstos, para que sea convenientemente servido durante su existencia objetiva, de que ha de depender su influencia subjetiva. Así el positivismo consolida irrevocablemente el precepto fundamental de la teocracia inicial: *Conócete para hacerte mejor*. El principio intelectual concurre en él con el motivo social. En efecto, la más útil de todas las ciencias es en él también la más completa, ó más bien la única completa, puesto que sus fenómenos comprenden subjetivamente todos los demás, aunque éstos les sean por esto mismo objetivamente subordinados. El principio fundamental de la jerarquía teórica hace, pues, prevalecer directamente el punto de vista moral

como el más especial y el más complicado.

Pero aquí cesa necesariamente la conformidad filosófica entre el positivismo y el teologismo. Este, siempre preocupado de las causas, abandonó inmediatamente los estudios morales á los principios sobrenaturales, en cuya virtud explicaba todo. Suscitando así observaciones puramente interiores, consagró la personalidad de una existencia que, enlazando directamente á cada cual á un poder infinito, le aislaba profundamente de la Humanidad. Por el contrario, el positivismo, no buscando jamás sino la ley para dirigir mejor la actividad, siempre esencialmente social, hace descansar la ciencia moral sobre la observación de las demás, mucho más que de sí misma, á fin de establecer nociones á la vez reales y útiles. Se comprende ahora la imposibilidad de abordar convenientemente tal estudio sin haber apreciado primeramente la sociedad. Bajo todos aspectos, todo hombre depende sin cesar de la Humanidad, sobre todo en cuanto á nuestras más nobles funciones, siempre subordinadas al tiempo y á los lugares en que vivi-

mos, como os lo recuerdan estos hermosos versos de *Zara*:

*F'eusse été, pres du Gange, esclave des faux dieux,
Chrétienne dans Paris, musulmane en ces lieux.*

Hé aquí cómo la moral, concebida como nuestra principal ciencia, instituye desde luego la SOCIOLOGÍA, cuyos fenómenos son á la vez más simples y más generales, siguiendo el espíritu de toda la jerarquía positiva.

M. Dejadme, padre mío, deteneros un momento en este primer paso, á fin de resolver en él la contradicción que me parece observar entre estas dos condiciones de vuestra clasificación. Porque la complicación me parece aumentar aquí, por excepción, con la generalidad. He juzgado siempre el punto de vista moral más simple que el punto de vista social.

S. Esto no consiste, hija mía, sino en que hasta aquí habéis procedido más bien por sentimiento que por razón, debiendo ser la moral más un arte que una ciencia para vuestro sexo. Si fuese preciso comparar la

multiplicidad de los casos, la de los individuos os parecería superior á la que os preocupa entre los pueblos. Pero limitándose á la propia complición, olvidáis que la ciencia moral, además de todas las influencias que considera la ciencia social, debe apreciar también los impulsos que ésta puede separar como casi insensibles. Tales son las íntimas reacciones que se ejercen siempre, según leyes muy poco conocidas todavía, entre lo físico y lo moral del hombre. Pese á su gran eficacia personal, la sociología no tiene tanta especial importancia, porque sus resultados, opuestos en los diferentes individuos, se destruyen esencialmente para los pueblos. Por el contrario, toda apreciación moral que los descuidara, nos expondría á los más graves errores, atribuyendo al alma lo que proviene del cuerpo, ó recíprocamente, como diariamente podéis observar.

M. De tal modo comprendo, padre mío, lo que me ha hecho suspender al principio vuestro encadenamiento jerárquico, que os suplico ahora que prosigáis hasta el fin, sin temer interrupción alguna nueva, que me impe-

diría comprender bien la filiación general.

S. Vuestra objeción, muy natural, por otra parte, sirve aquí, hija mía, á señalar mejor nuestro primer paso enciclopédico, tipo necesario de todos los demás, que ahora se llevarán á cabo más rápidamente, como en una escala cualquiera. Espero que descenderéis sin fatiga de cada ciencia á la siguiente, bajo el mismo impulso que acaba de llevaros de la moral á la sociología, consultando siempre la subordinación natural de los fenómenos correspondientes.

Este principio fundamental os hace ante todo comprender que el estudio sistemático de la sociedad exige el conocimiento previo de las leyes generales de la vida. En efecto, siendo los pueblos seres eminentemente vivos, el orden vital domina necesariamente al orden social, cuyo estado estático y proceso dinámico se hallarían profundamente alterados si nuestra constitución cerebral, ó aun corporal, cambiase notablemente. Aquí, el doble aumento de generalidad y simplicidad se hace plenamente irrecusable. Así es como la sociología, insti-

tuída antes por la moral, instituye á su vez la BIOLOGÍA, que, por otra parte, presenta también relaciones directas con la ciencia principal. No debiendo estudiar la vida sino en lo que presenta de común á todos los seres que de ella disfrutan, los animales y los vegetales forman su dominio propio, aunque finalmente esté destinada al hombre, cuyo verdadero estudio no puede sino bosquejar. Concebida así, aprecia juiciosamente las funciones corporales mediante las existencias en que se hallan espontáneamente desligadas de toda complicación superior. Cuando esta institución lógica la expone á la degeneración académica insistiendo demasiado sobre seres ó actos insignificantes, la disciplina filosófica debe sujetarla al régimen normal, sin dificultar jamás una marcha indispensable á sus indagaciones.

Entre estas tres primeras ciencias existe tal conexión, que el nombre de la segunda me sirve para designar su conjunto en el cuadro enciclopédico que he compuesto (*Véase el cuadro B*) para facilitaros la apreciación general de la jerarquía positiva. Porque la sociología puede fácilmente concebirse

(B)

JERARQUÍA TEÓRICA DE LAS

Ó CUADRO SINTÉTICO DEL ORDEN UNIVERSAL, SEGÚN

		Filosofía positiva, ó conocimiento	
DIVISIÓN DOGMÁTICA.	Estudio de la tierra, ó COSMOLOGÍA.	Abstracto, ó	Estudio fundamental de la existencia universal..... (Primero numérica, luego geométrica, y, por último, mecánica.)
		Concreto, ó	
	Estudio del hombre, ó SOCIOLOGÍA.	Preliminar, ó	Estudio general del orden vital.....
		Final, ó	Estudio directo del or- den humano.....

Paris 10 Dante 64 (sábado 24 Julio 1852).

CONCEPCIONES HUMANAS

UNA ESCALA ENCICLOPÉDICA EN CINCO Ó SIETE GRADOS

sistemático de la HUMANIDAD.

1.º Matemáticas	{ (Orden exterior.) Ciencia preliminar, & Filosofía natural }	DIVISIÓN HISTÓRICA.	
2.º Física....			{ celeste, & <i>Astronomía.</i> { general, & <i>Física</i> { terrestre... } propiamente dicha. { especial, & <i>Química.</i>
3.º Biología.....			(Orden humano.)
4.º Sociología propiamente dicha.....			
5.º Moral.....			

AUGUSTO COMTE,

Autor del *Sistema de Filosofía positiva* y del *Sistema de Política positiva.*

(10, rue Monsieur-le-Prince.)

como absorbiendo la biología á título de preámbulo y la moral á título de conclusión. Cuando la palabra *Antropología* sea mejor usada, se hará preferible para este destino colectivo, puesto que significa literalmente *Estudio del hombre*. Pero se deberá por mucho tiempo emplear aquí el nombre de *sociología*, á fin de caracterizar más la principal superioridad del nuevo régimen intelectual, consistente, sobre todo, en la introducción enciclopédica, del punto de vista social, esencialmente extraño á la antigua síntesis.

Los seres vivos son necesariamente cuerpos que, pese á su mayor complicación, siguen siempre las leyes más generales del orden material, cuya inmutable preponderancia domina todos sus fenómenos propios, sin anular jamás su espontaneidad. Un tercer paso enciclopédico, completamente análogo á los precedentes, subordina, pues, la biología, y por tanto la sociología, con la moral, á la gran ciencia inorgánica que he denominado COSMOLOGÍA. Su verdadero dominio consiste en el estudio general del planeta humano, medio necesario de todas las funciones

superiores, vitales, sociales y morales. Será, pues, mejor calificada por la palabra *Geología*, que presenta directamente tal significación. Pero la anarquía académica ha desnaturalizado de tal suerte esta expresión, que el positivismo debe renunciar á emplearla, hasta la próxima eliminación de la pretendida ciencia que con ella se ha decorado. Entonces se podrá seguir mejor las leyes del lenguaje, aplicando al conjunto de los estudios inorgánicos una denominación más exacta, cuya naturaleza concreta debe recordar más aun la necesidad de apreciar cada existencia en el caso menos complicado.

Limitaría aquí la operación enciclopédica, sin descomponer en modo alguno la cosmología, si no tuviese en cuenta sino el estado final de la razón humana, que debe contraer las ciencias inferiores y dilatar las superiores. Pero es preciso también proveer ahora á las necesidades especiales de la iniciación occidental, cuyo equivalente esencial se reproducirá siempre en cada evolución individual. Este doble motivo me obliga á distinguir, en cosmología, dos ciencias igualmente fundamentales, una

de las cuales, bajo el nombre general de FÍSICA, estudia directamente el conjunto del orden material. La otra, más simple y más general, justamente llamada MATEMÁTICAS, sirve de base necesaria á ésta, y por tanto, á todo el edificio teórico, apreciando, ante todo, la existencia más universal, reducida sólo á los fenómenos que doquiera se observan. Sin esta descomposición no se concebiría el proceso espontáneo de la filosofía positiva, que no pudo comenzar sino por tal estudio, que su perfeccionamiento más rápido hizo en un principio considerar como ciencia única. Aunque su nombre recuerda mucho este privilegio inicial, desde hace mucho tiempo desaparecido, se deberá conservar hasta tanto que la superioridad natural de este tipo científico y lógico haya regulado suficientemente el proceso popular de las leyes enciclopédicas. Entonces una denominación menos vaga y mejor construída podrá caracterizar su verdadero dominio, á fin de contener sistemáticamente la ciega ambición teórica de sus adeptos demasiado exclusivos.

Sea como quiera, debéis reconocer

la necesidad de descender hasta aquí para hallar en la escala enciclopédica una espontánea, que pueda erigir su conjunto en prolongación gradual de la razón común. En efecto, la misma física, mucho más simple que las demás ciencias, no lo es todavía bastante. Sus inducciones propias no pueden ser sistematizadas sino con ayuda de deducciones más generales, como ocurre en todas ellas, si bien esta necesidad lógica no es siempre tan sensible. Solamente en matemáticas se puede inducir sin haber antes deducido, por la extrema simplicidad de su dominio, en que la inducción se hace á veces insensible, á tal extremo, que los géometras académicos no ven en ella sino deducciones, desde este punto inteligibles por falta de fuente. No pueden existir en parte alguna convicciones verdaderamente inquebrantables fuera de aquellas que se basan finalmente en este inmutable fundamento de toda la filosofía positiva. Tal será siempre la terminación necesaria del encadenamiento subjetivo, en cuya virtud, todo buen talento, animado por un corazón honrado, podrá sin cesar instituir, como acabó de hacerlo, la serie funda-

mental de los cinco principales grados enciclopédicos.

M. Atribuyo, padre mío, á esta reacción del sentimiento sobre la inteligencia la facilidad que experimento al seguir tal operación, que tan penosa me parecía en un principio. Constantemente preocupado por la moral, única base sólida de su justa influencia, mi sexo concederá siempre gran valor al intento de procurarla por fin fundamentos sistemáticos, que resistir puedan á los sofistas de malas pasiones. Hoy, sobre todo, está alarmado contemplando los estragos morales producidos ya por la anarquía intelectual, que amenaza destruir muy pronto todos los lazos humanos, si convicciones irresistibles no previenen por fin su ascendiente espontáneo. Los verdaderos filósofos pueden, pues, contar con el secreto concurso y el íntimo reconocimiento de todas las mujeres dignas, cuando reconstruyen la moral sobre fundamentos positivos, á fin de reemplazar irrevocablemente sus bases sobrenaturales, cuya decrepitud es muy evidente. Aquellas que experimenten, como experimento yo ahora, la necesidad de descender para

esto hasta las ciencias más abstractas, sabrán convenientemente apreciar este auxilio inesperado que la razón viene por fin á prestar al amor. Así comprendo por qué el cuadro enciclopédico que voy á estudiar procede en sentido inverso á la exposición que resume. Porque es, ante todo, necesario familiarizarse con este orden ascendente, según el cual se desarrollarán siempre las diversas concepciones positivas. Instituyéndole, como acabáis de hacerlo, habéis disipado la principal repugnancia que naturalmente inspira á las mujeres un camino demasiado abstracto, que hasta ahora han visto tantas veces conducir á la sequedad y al orgullo. Ahora que puedo siempre apercibir y recordar el fin moral de toda la elaboración científica, y las condiciones propias á cada una de sus fases esenciales, no tendré menos satisfacción al subir que al bajar vuestra escala enciclopédica.

S. Esta alternativa os será más fácil, hija mía, si observáis que, en ambos sentidos, el curso teórico podrá seguir el mismo principio, procediendo sin cesar por decrecimiento de generalidad. Basta, para esto, referir la se-

rie fundamental, tan pronto á los fenómenos mismos como á nuestras concepciones propias, según que su uso debe ser objetivo ó subjetivo. En efecto, las nociones morales comprenden necesariamente todas las demás que deducimos de ellas por abstracciones sucesivas. En esto consiste, sobre todo, su complicación superior. La ciencia correspondiente ofrece, pues, más generalidad subjetiva que todos los estudios inferiores. Por el contrario, los fenómenos matemáticos no son los más generales sino siendo los más simples. Su estudio presenta, pues, más generalidad objetiva, pero menos generalidad subjetiva que otro alguno. El único aplicable á todas las existencias apreciables es también el que hace menos conocer los seres correspondientes, en los cuales no puede descubrir sino las leyes más groseras. Todos los casos intermedios ofrecen en menos grados este doble contraste entre las matemáticas y la moral.

Pero ya se suba ó se descienda, el curso enciclopédico representa siempre la moral como la ciencia por excelencia, puesto que es á la vez la más útil y la más completa. Por esto, ha-

biendo perdido gradualmente el espíritu teórico su abstracción inicial; viene á unirse sistemáticamente al espíritu práctico, después de haber terminado todas sus preparaciones indispensables. Así, la sabiduría pública, regularizada por el positivismo, hará siempre respetar el admirable-equívoco, tan deplorado por nuestros pedantes, que solamente en esto confunde al arte y á la ciencia bajo una misma denominación.

Esta confusión aparente procura á la ciencia moderna un feliz equivalente á la disciplina que, de otra parte, previene ó corrige las divagaciones técnicas propias á la cultura ascendente. En efecto, la regla general consiste en restringir cada fase enciclopédica al desarrollo necesario para preparar el grado siguiente, reservando, por otra parte, al genio práctico los estudios más detallados que juzgue especialmente convenientes. Pese á las declamaciones académicas, se sabe ahora que tal disciplina consagra todas las teorías verdaderamente interesantes, no excluyendo sino las puerilidades científicas, cuya represión está hoy prescrita por las necesidades combina-

das del entendimiento y del corazón. Pero esta regla, tan preciosa, por otra parte, pugna necesariamente con la ciencia colocada en la cúspide de la escala enciclopédica.

Si fuesen las teorías morales tan cultivadas como las demás, su superior complicación las expondría, vista esta indisciplina especial, á divagaciones más frecuentes y dañosas. Pero el corazón viene entonces á guiar mejor á la inteligencia, recordando más la subordinación de la teoría á la práctica mediante un título felizmente ambiguo. Los filósofos deben, en efecto, estudiar la moral en la misma disposición que las mujeres, á fin de afirmar en ella las reglas de nuestra conducta. Solamente su ciencia deductiva procura á las inducciones femeninas una generalidad y una coherencia que no podrían de otro modo adquirir, y que, sin embargo, se hacen casi siempre indispensables á la eficacia pública, ó aun privada, de los preceptos morales.

M. Constituido así el verdadero régimen teórico, os suplico, padre mío, que terminéis este largo y difícil diálogo caracterizando las propiedades generales de vuestra serie enciclopédica,

considerada, en lo sucesivo, en sentido ascendente, que pronto me será familiar. Apercibo espontáneamente los peligros intelectuales y morales propios á esta cultura objetiva, en tanto que estuvo desprovista de la disciplina subjetiva que acabáis de explicarme. Entonces la sucesión necesaria de las diversas fases enciclopédicas obligó provisionalmente al genio científico á seguir un régimen de especialidad dispersiva, directamente contrario á la completa generalidad que debe caracterizar á las vías teóricas. De aquí debieron resultar cada vez más, entre los sabios, sobre todo, y por tanto en el mismo público, de una parte el materialismo y el ateísmo, y de otra el desdén á las afecciones tiernas y el desuso de las bellas artes. Sé desde hace mucho tiempo que, bajo todos aspectos, el verdadero positivismo, lejos de presentar solidaridad alguna real con su preámbulo científico, constituye, por el contrario, su mejor correctivo. Pero no puedo por mí misma y sin vuestra ayuda concebir los atributos esenciales que debo ahora apreciar en el conjunto de vuestra jerarquía teórica.

S. Reducidlos, hija mía, á dos principales, que corresponden á un doble destino general, igualmente subjetivo y objetivo, ó más bien aquí, lógico y científico, según que se considere principalmente el método ó la doctrina.

Bajo el primer aspecto, la serie enciclopédica indica á la vez la marcha necesaria de la educación teórica y el proceso gradual del verdadero razonamiento. Principalmente deductivo en su cuna matemática, en que las inducciones indispensables son casi siempre espontáneas, el método positivo se hace más inductivo á medida que aborda especulaciones más eminentes. En esta larga elaboración, es preciso distinguir cuatro grados esenciales, en que la complicación creciente de los fenómenos nos hace sucesivamente desarrollar la observación, la experiencia, la comparación y la filiación histórica. Cada una de estas cinco fases lógicas, comprendiendo en ellas la iniciación matemática, absorbe espontáneamente todas las precedentes, por la subordinación natural de los correspondientes fenómenos. La sana lógica se hace así completa, y desde luego sistemáti-

ca, tan pronto como el proceso decisivo de la sociología hace surgir el método histórico, así como la biología instituyó antes el arte comparativo, después que la física hubo desarrollado lo bastante la observación y la experiencia.

Una feliz ignorancia dispensa hoy á vuestro sexo de las demostraciones filosóficas por las cuales el positivismo se esfuerza en convencer á los hombres de que no se puede aprender á razonar sino razonando con certeza y precisión sobre casos claramente apreciables.

Aquellos que mejor comprenden que todo arte debe aprenderse sólo por su ejercicio, escuchan aún á los sofistas que les enseñan á razonar, ó aun á hablar, no razonando ó hablando sino sobre el razonamiento ó la palabra. Pero aunque se os haya enseñado la gramática, y quizá la retórica, se os ha ahorrado al menos la lógica, el más ambicioso de los tres estudios escolásticos. Desde entonces, vuestra propia razón, felizmente cultivada por vuestro predilecto Molière, ha apreciado pronto las otras dos puerilidades clásicas. Fortificada ahora por convicciones sistemáti-

cas, no vacilaréis en burlaros convenientemente de los que pretendan enseñaros el arte deductivo, sin haber hecho ellos mismos el menor estudio matemático. Cada parte esencial del método positivo deberá siempre estudiarse sobre todo en la doctrina científica que primero la hizo surgir.

M. No ofreciéndome esta primera apreciación, felizmente, dificultad alguna, puesto que no veo en ella sino un claro razonamiento, os suplico, padre mío, que paséis inmediatamente á la segunda propiedad general de vuestra serie enciclopédica.

S. Consiste, hija mía, en el concepto sistemático del orden universal, como os lo indica el segundo título de nuestro cuadro. Desde el orden material hasta el orden moral, cada orden se sobrepone en él al precedente, siguiendo esta ley fundamental, consecuencia necesaria del verdadero principio jerárquico: *Los fenómenos más nobles están doquiera subordinados á los más groseros.* Esta es la única regla verdaderamente universal que puede revelarnos el estudio objetivo del mundo y del hombre. No pudiendo en modo alguno dispensar de las leyes

menos extensas, jamás podrá bastar á constituir la estéril unidad exterior que buscaron en vano todos los filósofos, desde Tales hasta Descartes.

Pero, renunciando á este frívolo estudio, que es mucho mejor reemplazado por el destino moral de todos nuestros esfuerzos teóricos, somos dichosos al hallar, entre todas nuestras doctrinas abstractas, un lazo objetivo inseparable de su coordinación subjetiva. La práctica social debe, sobre todo, utilizar tal apreciación del conjunto de las fatalidades reales. Haciendo así conexas nuestra dependencia y nuestra dignidad, estarán mejor dispuestas á apreciar el valor de la sumisión voluntaria, en la cual consiste la principal condición de nuestro perfeccionamiento moral y aun intelectual.

Observad, en efecto, para completar esta gran ley, que bajo el aspecto práctico, presenta el orden real como cada vez más modificable, á medida que rige fenómenos más complicados. El perfeccionamiento supone siempre la imperfección que siempre aumenta con la complicación. Pero tened asimismo en cuenta que la providencia humana se hace cada vez más eficaz,

disponiendo de más varios agentes. Tal compensación resulta, sin duda, insuficiente; de suerte que el orden menos complicado llega á ser ordinariamente el más perfecto, aunque sea ciegamente gobernado. No obstante, esta ley general de la modificabilidad erige doblemente la moral en arte principal, ya por su importancia superior, ya también por el campo más extenso que á nuestra actividad ilustrada ofrece. La práctica y la teoría concurren, pues, á justificar más y más la preponderancia sistemática que concede á la moral el positivismo.

M. Puesto que ahora me habéis explicado suficientemente el dogma positivo en general, quisiera, padre mío, antes de dejaros hoy, conocer ante todo el objeto propio de los otros dos diálogos que me habéis prometido acerca de esta primera parte de vuestro catecismo. No concibo, en efecto, lo que aun me falta saber referente á esta base sistemática de la religión universal, para pasar convenientemente al estudio directo y especial del régimen, que finalmente debe ocuparme.

S. Las nociones precedentes son,

hija mía, demasiado abstractas y generales para dejaros suficientes detalles si no las completase con explicaciones menos universales y mejor determinadas, de las cuales haré frecuente uso. Sin deteneros especialmente en cada base enciclopédica, como en la nueva educación occidental, me limito á exigiros que apreciéis separadamente las dos partes desiguales que componen históricamente el conjunto de la filosofía positiva.

Esta división espontánea consiste en descomponer el orden universal en orden exterior y orden humano. El primero, al cual corresponden la cosmología y la biología, constituyó, bajo el nombre de *Filosofía natural*, hecho vulgar en Inglaterra, el único dominio científico de la antigüedad, que ni aun pudo sino bosquejarle estáticamente. Aparte de que el verdadero espíritu teórico no admitía entonces un proceso más completo, el régimen social debía rechazar una extensión prematura, que por largo tiempo no podía conseguir sino comprometer el orden inicial, sin ayudar realmente al progreso final. Únicamente el genio excepcional de Aristóteles, después de haber sistema-

tizado todo lo posible la filosofía natural, preparó la sana filosofía moral, bosquejando las dos partes esenciales de la estática humana, primero colectiva y luego individual. Tampoco fué verdaderamente apreciado sino en la edad media, cuando la separación provisional de las dos fuerzas suscitó el proceso directo de nuestras principales especulaciones. Pero este precioso impulso social no podía dispensar al verdadero espíritu filosófico del largo preámbulo científico que le separaba aún de su mejor dominio. Por esto, esta división provisional se ha prolongado hasta nuestros días. Así, debe presidir á la última transición de la razón occidental, dirigida por el positivismo.

DIÁLOGO SÉPTIMO

ORDEN EXTERIOR,

PRIMERO MATERIAL, LUEGO VITAL

LA MUJER. Estudiando el cuadro que condensa nuestro diálogo fundamental, comprendo, padre mío, la ne-

cesidad de las otras dos conferencias que me habéis prometido últimamente acerca del dogma positivo. Mi corazón debí, en un principio, llevarme á sentir la necesidad de cada fase enciclopédica para la sistematización moral á que está principalmente destinada esta inmensa construcción teórica. Es preciso ahora que mi entendimiento conozca cómo se suceden los diversos cuerpos de este edificio abstracto, desde la base hasta la cúspide, sin penetrar, no obstante, en su interior. Esta ascensión sistemática viene á ser complemento indispensable del descenso fundamental que me habéis hecho llevar á cabo. Si el entendimiento humano puede, en efecto, ascender, siguiendo una progresión casi insensible de las menores nociones matemáticas hasta los más sublimes conceptos morales, será éste para mí el más admirable de todos los espectáculos. Aunque mi sexo jamás puede seguir los detalles de tal filiación, debe comprender hoy su posibilidad general, á fin de asegurarse de que la moral sistemática supone también fundamentos verdaderamente inquebrantables. Entonces la opinión femenina

condenará, como deseáis, á los sofistas anárquicos, que, tras la irrevocable decadencia de la fe teológica, se oponen al advenimiento de la fe positiva, para prolongar indefinidamente un interregno religioso que favorece su indignidad y su incapacidad. No temáis, pues, detener mi atención en el grado matemático en que reside, según decís, la única base sólida del conjunto de las teorías reales. La aversión pronunciada que este estudio inspira á todos nuestros enredadores metafísicos, me dispone á presentir la eficacia orgánica que le atribuí.

EL SACERDOTE. Para concebir claramente esta base lógica y científica de todo el edificio abstracto, os basta, hija mía, apreciar bien el dominio general que la asigna este cuadro enciclopédico. Las matemáticas estudian directamente la existencia universal, reducida á sus fenómenos más simples, y, por consiguiente, los más groseros, sobre los cuales descansan necesariamente todos los demás atributos reales. Estas propiedades fundamentales de todo ser son el número, la extensión y el movimiento. Todo lo que no supone esta triple apreciación, no puede

existir sino en nuestro entendimiento. Pero la naturaleza nos muestra muchos seres en los cuales sólo podemos conocer sus atributos elementales. Tales son, sobre todo, los astros, que, no siéndonos accesibles sino por una lejana exploración visual, no admiten realmente sino este estudio matemático, suficiente por completo, por otra parte, para regular convenientemente nuestras verdaderas relaciones con ellos. Así la astronomía nos ofrecerá siempre la aplicación más directa y más completa de la ciencia matemática. No obstante, si las leyes generales del número, de la extensión y del movimiento no hubieran podido estudiarse sino en estos casos celestes, no hubieran sido por nosotros aprehendidas, á pesar de su extrema sencillez. Pero como se hallan por doquiera, se las ha podido descubrir por casos más asequibles, después de haber descartado, por abstracciones espontáneas, los demás atributos materiales que complicaban entonces su aplicación.

Observad ya cómo nuestro principio jerárquico preside la verdadera distribución interior de cada gran ciencia, tan naturalmente como la coordina-

ción general de las teorías reales. Porque estos tres elementos irreductibles de las matemáticas, cálculo, geometría y mecánica, constituyen una progresión histórica y dogmática á la vez, esencialmente análoga á las que os ofrece más sensiblemente el conjunto del sistema abstracto. Las ideas del número son ciertamente más universales y más simples que las de la extensión misma, que, á su vez, preceden con iguales títulos á las del movimiento.

Respecto á la mayor parte de los astros, nuestros conocimientos reales se reducen, en el fondo, á exactas enumeraciones, sin que podamos siquiera hacer constar su figura ó su magnitud, que, por otra parte, poco nos importan. Los números se aplican lo mismo á los fenómenos que á los seres. Esta apreciación, que confunde todo, es, en el fondo, la única plenamente universal, como la única que se extiende á todos nuestros pensamientos. Su grosería natural no la impide admitir un uso digno, para perfeccionar doquiera la armonía y la fijeza, cuyos mejores tipos empieza por suministrarlos. Así veis á los niños co-

menzar espontáneamente su iniciación abstracta por puras especulaciones numéricas, mucho tiempo antes de llegar á meditar sobre atributos geométricos.

En cuanto al movimiento, sin trabajo comprendéis el aumento de complicación y el decrecimiento de generalidad que colocan su estudio en la cúspide del dominio matemático. Por esto los griegos, tan adelantados en geometría, no pudieron bosquejar la mecánica sino en algunos casos de equilibrio, sin entrever jamás las leyes elementales del movimiento.

Comparando estas tres partes esenciales de las matemáticas, se reconoce que el cálculo, cuyo principal proceso es algebraico más bien que aritmético, tiene, sobre todo, un destino lógico, además de su utilidad propia y directa. Su aptitud esencial consiste en desarrollar todo lo posible nuestra facultad deductiva. El estudio de la extensión y el del movimiento adquieren así una generalidad y una coherencia que no podrían obtener sin la transformación de todos sus problemas en simples cuestiones de números. Pero bajo el aspecto científico, las matemá-

ticas consisten principalmente en la geometría y la mecánica, únicas que instituyen directamente la teoría de la existencia universal, primero pasiva y luego activa.

La mecánica toma también suma importancia enciclopédica, como transición necesaria entre las matemáticas y la física, cuyos caracteres respectivos se combinan en ella profundamente. Aquí, toda la institución lógica no parece puramente deductiva, como lo hace suponer, en geometría, la extrema facilidad de sus inducciones indispensables. Se comienza entonces a sentir distintamente la necesidad de una base inductiva, ya difícil de aprehender entre nuestras observaciones concretas, para permitir el proceso de las concepciones abstractas que deben en ella unir el problema general de la composición y de la comunicación de los movimientos. Es principalmente por falta de tal fundamento exterior por lo que la mecánica racional no pudo desarrollarse en el siglo XVII.

Hasta entonces, el espíritu matemático no había hecho aparecer sino leyes subjetivas, únicas posibles en geometría y en cálculo, tratándose de pen-

sadores que no comprendían aún su conexión necesaria con las leyes objetivas. Pero éstas se hicieron distintamente apreciables en virtud de la gran dificultad que ofrecieron á los fundadores de la mecánica. La importancia y la universalidad de estas tres leyes fundamentales del movimiento, me obligan á indicáros las aquí, como los mejores tipos de las verdaderas leyes naturales, simples hechos generales, que no admiten explicación alguna y que sirven, por el contrario, de base á toda explicación racional. Aunque el régimen metafísico dificultó mucho su descubrimiento, fué retardado, sobre todo, por su propia dificultad. Porque constituyó el primer esfuerzo capital del genio inductivo, aclarando, por fin, en medio de los más vulgares hechos, relaciones generales que hasta entonces habían escapado á todas las meditaciones humanas.

La primera ley, descubierta por Kepler, consiste en que todo movimiento es naturalmente rectilíneo y uniforme. Así, el movimiento curvilíneo ó vario jamás puede resultar sino de una composición continua de impulsos sucesivos, activos ó pasivos. La se-

gunda ley, debida á Galileo, proclama la independendia de los movimientos relativos de muchos cuerpos cualesquiera respecto de todo movimiento común á su conjunto. Pero es preciso que esta comunidad sea completa, tanto en velocidad como en dirección. Sólo con esta condición, los cuerpos particulares permanecen en el mismo estado relativo de reposo ó de movimiento que si su conjunto fuese inmóvil. Así esta segunda ley no conviene á los movimientos de rotación, de donde surgieron, en efecto, las viciosas observaciones que provocó su descubrimiento. Por fin, la tercera ley del movimiento, la de Newton, consiste en la igualdad constante entre la reacción y la acción en toda colisión mecánica, con tal de que, midiendo cada alteración, se tenga convenientemente en cuenta tanto la masa como la velocidad. Esta es la base propia á todas las nociones relativas á la comunicación de los movimientos; así como la ley de Galileo regula todo lo que concierne á su composición, la de Kepler ha determinado primero la naturaleza de cada uno de ellos. La reunión de estas tres leyes basta, pues, para que el problema ge-

neral de la mecánica pueda ser abordado deductivamente, llevando gradualmente, por artificios matemáticos, cuya institución especial se hace con frecuencia difícil, los casos más complicados á los más simples.

Estas leyes generales os servirán directamente para explicar una multitud de fenómenos diarios, en medio de los cuales vivís sin comprenderlos, ni aun apercibirlos. Son eminentemente propios á haceros experimentar en qué consiste el verdadero genio científico. Debéis, por fin, observar en ellas cómo cada una entra espontáneamente en una ley común á todos los fenómenos, tanto sociales y morales como puramente materiales. La primera se refiere á la ley de persistencia que reina doquiera; la segunda, á la que reconoce la independencia de las acciones parciales de las condiciones comunes, y de que resulta socialmente la conciliación del progreso con el orden. En cuanto á la tercera, supone directamente una aplicación universal que jamás varía sino en la medida de las respectivas influencias. Esto acaba de caracterizar la importancia enciclopédica propia al último límite del dominio matemático.

M. Aunque la abstracción y la novedad de estas consideraciones deben impedirme, padre mío, comprenderlas bien hoy, espero que una reflexión suficiente me permitirá apreciarlas. Os suplico, pues, que paséis inmediatamente al estudio directo del orden material.

S. Su plena institución filosófica me obliga, hija mía, á imponeros un último esfuerzo enciclopédico, descomponiendo la segunda ciencia cosmológica, que he llamado colectivamente Física, en tres grandes ciencias distintas verdaderamente. Son en orden ascendente, que os es familiar, primero, la astronomía, luégo la física propiamente dicha que conserva el nombre común, y, por fin, la química, como os lo indica accesoriamente nuestro cuadro. Así, la jerarquía teórica debe, finalmente, presentaros siete grados enciclopédicos, en vez de los cinco que en él habéis hallado. Se pasa de un modo á otro por el simple desarrollo del segundo grado primitivo como se alarga al estirarse el tubo de un antejo portátil. Sólo la aplicación puede haceros luégo conocer cuál debéis preferir en cada caso.

Esta serie fundamental admite, en efecto, muchas constituciones diferentes, según que se la contrae ó se la dilata, para satisfacer mejor nuestras diversas necesidades intelectuales, sin trastornar jamás sucesión alguna. Su condensación más sólida está asimismo tan indicada en nuestro cuadro como su principal expansión. Cuando os halléis más adelantada, reduciréis casi siempre todo el programa enciclopédico al simple dualismo entre la cosmología y la sociología, lo que, en un principio, os expondrá á la vaguedad. Pero nunca la condensaréis más, por la evidente imposibilidad de hacer objetivamente entrar uno en otro á estos dos grupos enciclopédicos que sólo puede unir la apreciación subjetiva, colocándose directamente sobre el punto de vista religioso.

Después de haberos indicado esta expansión enciclopédica, con ayuda de términos muy usuales, debo, sobre todo, motivarla, caracterizándola.

M. Por lo poco que comprendo de las tres ciencias que acabáis de introducir, supongo, padre mío, por qué las intercaláis aquí. Porque su interposición previene un deseo que os hubiera

pronto expuesto, respecto á la continuidad enciclopédica. Comparando, bajo este aspecto, las ciencias inferiores y las ciencias superiores, nuestra escala primitiva en cinco grados me ofrecía una gran disparidad. Concibo sin esfuerzo; por la sola conexión de los fenómenos, cómo se eleva la ciencia insensiblemente de la biología á la sociología, y de ésta á la moral, aunque necesito conocer en este punto vuestras explicaciones especiales, para precisar mejor mis ideas. Por el contrario, no podía comprender bastante en un principio la transición de las matemáticas al estudio directo del orden material, y aun menos la de la cosmología á la biología. Esto podía provenir, sin duda, de mi ignorancia más completa de las concepciones inferiores. Pero sentía entonces que esta falta de armonía debía estribar en la propia constitución de nuestra primera escala, aunque no pudiese, en modo alguno, apercibir su remedio, ni aun saber si existía. Me habituaré, pues, sin trabajo á los siete grados enciclopédicos, si esta ligera complicación me procura una suficiente satisfacción de esta necesidad de orden. De todos modos,

reconozco que si hubieseis procedido así desde un principio, hubiera experimentado mucho embarazo en concebir el conjunto de vuestra jerarquía abstracta.

S. Puesto que habéis adivinado el motivo fundamental de esta final modificación, no me resta, hija mía, sino completar vuestro trabajo espontáneo, indicándoos sistemáticamente la naturaleza y el destino de las tres ciencias últimamente introducidas.

La religión positiva define la astronomía como el estudio celeste del planeta humano; es decir, el conocimiento de nuestras relaciones geométricas y mecánicas con los astros susceptibles de afectar nuestros destinos, modificando el estado de la tierra. En torno, pues, de nuestro globo condensamos subjetivamente todas las teorías astronómicas, descartando de ellas radicalmente aquellas que, no refiriéndose á él, se harían ociosas, aun siendo accesibles. De aquí resulta la eliminación final, no solamente de la pretendida astronomía sideral, sino también de los estudios planetarios que conciernen á los astros invisibles á simple vista, desprovistos, por supuesto, de

toda verdadera influencia terrestre. Nuestro verdadero dominio astronómico se reducirá, pues, como en un principio, á los cinco planetas siempre conocidos, con el sol, centro de sus movimientos y de los nuestros, y la luna, nuestro único cortejo celeste.

Toda la diferencia esencial entre nuestra doctrina y la de los antiguos, consiste aquí, como siempre, en sustituir por fin lo relativo á lo absoluto, haciendo puramente subjetivo un centro que fué largo tiempo objetivo. Esta es la razón por que el descubrimiento, ó más bien la demostración del doble movimiento de la tierra, constituye la principal revolución científica propia al régimen preliminar de la razón humana. Uno de los más eminentes precursores del positivismo, el sabio Fontenelle, hizo admirablemente comprender á vuestro sexo su alcance filosófico, tanto como convenía entonces, en un brillante opúsculo, cuya frivolidad aparente no priva de una inmortalidad justa.

En efecto, por el movimiento terrestre se ha hecho el dogma positivo directamente incompatible con todo dogma teológico, haciendo profunda-

mente relativas nuestras más vastas especulaciones, que hasta entonces podían conservar un carácter absoluto. El descubrimiento de nuestra gravitación planetaria constituyó pronto su continuación científica y su complemento filosófico. Aunque el empirismo académico ha suscitado obstáculos á la reacción enciclopédica de esta doble teoría, el positivismo la erige finalmente en primera base general del estudio directo del orden material, ligado así inmediatamente al fundamento matemático del dogma total.

En un principio tal, este orden es, en efecto, apreciado solamente bajo el aspecto geométrico-mecánico, descartando las indagaciones, no menos absurdas que ociosas, acerca de la temperatura de los astros ó su constitución interior. Pero, pasando de la astronomía á la física propiamente dicha, lo que tiene lugar casi insensiblemente en la mecánica planetaria, se estudia la naturaleza inerte de una manera más profunda. Ahora bien: para caracterizar mejor esta nueva apreciación, es preciso primeramente concebir la más alta ciencia cosmológica, cuyo carácter debe hacer luego más

comprensible el de la simple física, muy poco pronunciado directamente. Este método os permite observar uno de los principales preceptos lógicos del positivismo, que prescribe no concebir jamás los casos intermedios sino por los dos extremos cuyo enlace deben operar. La química fué, en efecto, introducida, como ciencia independiente, lo mismo en Oriente que en Occidente, muchos siglos antes que la física, que Galileo fundó espontáneamente á fin de establecer una transición real entre la astronomía y la química, quiméricamente unidas hasta entonces.

Para compendiar y simplificar esta doble explicación, considerad la química y la física como esencialmente sometidas á las mismas influencias generales, que no difieren en el fondo sino en la mayor ó menor intensidad de las modificaciones que experimenta así la constitución material. Pero esta sola diversidad jamás deja duda acerca de la verdadera naturaleza de cada caso, pese á la confusión académica. Con plena intensidad; los estados de calor, de electricidad y aun de luz, modifican bastante la constitución mate-

rial para cambiar la íntima composición de las sustancias. El hecho corresponde entonces á la química; es decir, al estudio de las leyes generales de la combinación y de la descomposición. Estas acciones pueden y deben ser concebidas siempre como puramente binarias. Raramente admiten más de tres complicaciones sucesivas, haciéndose su unión más difícil y menos duradera á medida que se complica. En menores grados, las mismas influencias modificadoras cambian más el estado de los cuerpos sin alterar su sustancia. En este caso, el orden material es solamente estudiado bajo el aspecto físico propiamente dicho. Pese á la universalidad igual de estas dos ciencias, el decrecimiento de generalidad es tan sensible como el aumento de complicación cuando se pasa de una á otra. Porque la física, estudiando el conjunto de las propiedades que constituyen toda existencia material, considera análogamente todos los cuerpos, con simple diferencia de grado. Sus diversas ramas deben, púes, corresponder á los diversos sentidos que nos revelan el mundo exterior. Por el contrario, la química considera

todas las sustancias como esencialmente distintas; y su principal objeto consiste en determinar sus diferencias radicales. Aunque los fenómenos que estudia sean siempre posibles en todo cuerpo, no se realizan sino bajo condiciones especiales, cuyo concurso raro y difícil exige con frecuencia la intervención humana.

De estas dos ciencias afines, la física es más importante lógicamente, y la química científicamente, cuando se compara su peso enciclopédico, después de haber reconocido, ante todo, la indispensable necesidad, teórica y práctica, de cada una de ellas. De la física, sobre todo, emana el proceso decisivo del genio inductivo, por el desarrollo de la observación, muy espontánea en astronomía; y luego de la experimentación, muy equívoca en todo lo demás. Pero la química la aventaja en cuanto á la influencia enciclopédica de las nociones que procura. Su extrema imperfección teórica, que no puede cesar sino bajo la disciplina positiva, no la ha impedido ejercer una luminosa reacción sobre la razón occidental en general. Esta preciosa eficacia resulta, sobre todo, del análisis ge-

neral de nuestro medio terrestre, gaseoso, líquido y sólido, completado por el no menos indispensable de las sustancias vegetales y animales. Se puede, en fin, concebir así la economía fundamental de la naturaleza, hasta ahora ininteligible, por no haber hecho constar, en todos los seres reales, tanto vivos como inertes, los elementos materiales esencialmente idénticos.

Concebís, pues, cómo sólo la química propiamente dicha instituye una transición normal entre la cosmología y la biología, conforme á vuestro deseo de continuidad total. Esta gran condición enciclopédica, tan favorable finalmente al corazón como al entendimiento, aparecería á vuestros ojos con mayor valor si os indicase la verdadera distribución interior de la astronomía, de la física y de la química, como lo he hecho al hablar de las matemáticas. Pero es preciso reservar estas ampliaciones á diálogos más especiales, que no son religiosamente indispensables hoy. Este tipo inicial debe aquí bastar para haceros comprender la posibilidad general de una ascensión verdaderamente gradual de las matemáticas á

la moral, aplicando con precisión y especialidad crecientes nuestro inmutable principio jerárquico.

Completando esta apreciación subjetiva ó lógica por una equivalente apreciación objetiva ó científica, la sucesión general de estos tres estudios abstractos comienza á manifestaros una verdadera escala concreta, si no de los seres, al menos de las existencias. No observáis en astronomía sino la simple existencia matemática que casi siempre ideal se realiza en ella respecto á cuerpos que no podemos explorar bajo ningún otro aspecto, y que desde ahora son su mejor tipo. Pero en física nos elevamos á fenómenos menos groseros y más íntimos, que tienden más hacia lo humano. La química, en fin, os presenta la más noble y la más profunda de las existencias materiales, siempre subordinada á las precedentes, según nuestra ley universal. Aunque la gran noción objetiva que resulta de tal progresión no debe desarrollarse lo bastante sino en biología; importa observar su bosquejo cosmológico, para hacer convenientemente aprehender el verdadero principio de clasificación de todos los seres.

M. Esta admirable continuidad me dispone, padre mío, á juzgar mejor los ruidosos conflictos que pudieran surgir, y surgen á veces, entre las diversas ramas científicas. La predilección, natural en mi sexo, por las explicaciones morales me arrastraba á mirar estos debates teóricos como esencialmente debidos á las pasiones humanas. Veo ahora en ellos una fuente más legítima en la incertidumbre profunda que, faltos de principios enciclopédicos, los sabios de diferentes clases debieron experimentar frecuentemente acerca de sus atribuciones normales, por esta sucesión casi insensible de sus dominios respectivos.

S. Tal continuidad constituye, hija mía, el principal resultado filosófico del conjunto de los esfuerzos de la razón moderna. Porque el verdadero genio teórico consiste, sobre todo, en enlazar, en tanto sea posible, todos los fenómenos y todos los seres. El genio práctico completa luego este resultado general, puesto que nuestros perfeccionamientos artificiales alcanzan siempre á consolidar y desarrollar los lazos naturales. Así, pues, debéis comenzar á comprender que el espíritu moderno

no es puramente crítico, aunque de tal se le acusa, y que sustituye construcciones duraderas á las impotentes ruinas del dogma antiguo. Al mismo tiempo podéis aquí reconocer ya la incompatibilidad necesaria á los dos regímenes teológico y positivo, por la imposibilidad de conciliar las leyes reales con las voluntades sobrenaturales. ¿Qué sería de este orden admirable, que refiere gradualmente nuestros más nobles atributos morales á los menores fenómenos materiales, si fuese preciso interponerle un poder infinito cuyos caprichos, no admitiendo previsión alguna, le amenazarían siempre con una subversión completa?

M. Antes de apropiarme por completo la idea de esta continuidad general, me resta, padre mío, llenar una gran laguna en lo que respecta al orden vital, cuya apreciación sistemática debéis ahora explicarme. He comprendido ya, durante nuestro descenso enciclopédico, su enlace natural con el orden humano. Pero no puedo aún comprender cómo se refiere espontáneamente al orden material; porque un abismo infranqueable me parece separar el dominio de la vida y el de la muerte.

S. Vuestro embarazo, hija mía, es plenamente conforme á la marcha histórica de la iniciación humana. Apenas han pasado dos generaciones desde que los verdaderos pensadores han podido concebir claramente este lazo fundamental, en que reside el nudo esencial de toda la filosofía natural. Los cosmólogos debieron, primero, por el advenimiento de la química, llevar el estudio del orden material hasta sus fenómenos más nobles y más complicados. Pero era luego preciso que los biólogos descendiesen convenientemente á las funciones vitales más groseras y más simples, únicas susceptibles de referirse directamente á esta base inorgánica. Tal fué el principal resultado de la admirable concepción debida al verdadero fundador de la filosofía biológica, el incomparable Bichat. En virtud de un profundo análisis, las más nobles funciones vitales fueron, por fin, representadas por él, aun en el hombre mismo, descansando siempre sobre las más groseras, siguiendo la ley general del orden real. La animalidad se subordina doquiera á la vegetalidad, ó la vida de relación á la vida de nutrición.

Este luminoso principio lleva á reconocer que los únicos fenómenos verdaderamente comunes á todos los seres vivientes consisten en esta descomposición y recomposición que su sustancia experimenta sin cesar según el medio correspondiente. El conjunto de las funciones vitales descansa también sobre actos muy análogos á los efectos químicos, de los cuales no difieren esencialmente sino por la inestabilidad de sus combinaciones, por otra parte más complejas. Esta vida simple y fundamental se manifiesta sólo en los vegetales, en que hallamos su más intenso desarrollo, puesto que transforma en ellos directamente los materiales inorgánicos en sustancias orgánicas, lo que jamás hacen seres más elevados. La definición general de la animalidad consiste, en efecto, en la naturaleza viviente de los alimentos correspondientes: de que resultan, como condiciones necesarias, la aptitud para discernirlos y la facultad de aprehenderlos: por consiguiente, la sensibilidad y la contractibilidad.

Para consolidar su análisis fundamental de la vida, el gran Bichat debió en seguida construir una concep-

ción anatómica que pudiese procurarla su complemento y su resumen. El tejido celular, único universal, constituye el asiento propio de la vida vegetativa, mientras que la vida animal reside en el tejido nervioso y el tejido muscular. Entonces la idea general de la biología se halla completa de tal modo, que hace doquiera posible una armonía suficiente entre la apreciación estática y la apreciación dinámica, para pasar convenientemente de la función al órgano, ó recíprocamente.

Siguiendo el principio lógico que prescribe estudiar, sobre todo, los fenómenos cualesquiera en los seres en que aparecen á la vez más desarrollados y libres de toda complicación superior, la teoría de los vegetales viene á ser la base normal de la biología. Esta teoría establece directamente las leyes generales de la nutrición según el caso más simple y más intenso. Esta es la única parte de la biología que pudiera ser plenamente separada de la sociología, si la institución subjetiva no debiera siempre dominar la cultura objetiva. Aquí se opera inmediatamente la transición natural entre la existencia material y la existencia vital.

M. Concibo así, padre mío, que la continuidad enciclopédica pueda establecerse en la parte inferior de la jerarquía teórica. Pero, partiendo de una vitalidad tan grosera como esta simple vegetalidad, no veo cómo es posible elevarse hasta el verdadero tipo humano, aunque reconozco nuestra propia sujeción á las leyes de la nutrición, lo mismo que á las de la pesantez.

S. La dificultad que experimentáis, hija mía, corresponde, en efecto, al principal artificio biológico, gradualmente elaborado; desde Aristóteles hasta Blainville, para instituir una inmensa escala, á la vez objetiva y subjetiva, destinada á unir el hombre al vegetal. Si estos dos términos extremos existiesen solos, suposición de ninguna manera contradictoria, nuestra unidad teórica se haría imposible, ó al menos muy imperfecta, por la brusca laguna que aparecería así en la continuidad enciclopédica. Pero la inmensa variedad de los organismos animales nos permite establecer entre la vitalidad más grosera y la más noble una transición tan gradual como nuestra inteligencia debe exigir.

De todos modos, esta serie concreta

es necesariamente discontinua, en virtud de la ley fundamental que mantiene la perpetuidad esencial de cada especie en medio de sus variaciones secundarias. El viejo régimen intelectual dificultó mucho el proceso de esta gran construcción, buscando en ella vanamente el resultado absoluto de las relaciones objetivas. Pero la preponderancia enciclopédica del método subjetivo disipa, por fin, estos debates estériles y sin objeto, subordinando siempre la formación de la serie animal á su verdadero destino, más lógico que científico. No debiendo estudiar los animales sino para conocer mejor al hombre, enlazándole al vegetal, estamos plenamente autorizados á expulsar de tal jerarquía todas las especies que la perturbarían. Un motivo análogo nos permite, ó más bien nos prescribe, introducir en ella convenientemente algunas razas puramente ideales, especialmente imaginadas para mejorar sus principales transiciones, sin contrariar jamás las leyes estáticas y dinámicas de la animalidad. Los estudios más amplios de ciertos animales pertenecen realmente al dominio práctico, por las raras especies á las

cuales la existencia humana se halla por diversos títulos más ó menos ligada. Todas las demás especialidades zoológicas no pueden resultar sino de una degeneración teórica, en una ciencia expuesta por su inmensidad y su complicación, más que otras, á las puerilidades académicas, tan múltiples ya en matemáticas.

Pero el conjunto de los animales susceptibles de formar una verdadera serie nos inspirará siempre un profundo interés abstracto, para aclarar el estudio general de todas nuestras funciones inferiores, siguiendo cada una de ellas en su simplificación y su complicación graduales. No constituyendo la humanidad, en el fondo, sino el principal grado de la animalidad, las más altas nociones de la sociología, y aun de la moral, hallan necesariamente en biología su primer bosquejo, para los talentos verdaderamente filosóficos que saben apropiársele. Nuestro más sublime concepto teórico se hace así más apreciable, cuando se considera cada especie animal como un Gran Ser, más ó menos abortado, por la inferioridad de su propia organización y el vuelo de la preponderancia humana. Porque la

existencia colectiva constituye siempre la tendencia necesaria de la vida de relación que caracteriza la animalidad. Pero este resultado general no puede, sobre un mismo planeta, desarrollarse suficientemente sino en una sola especie sociable.

M. Por todas estas explicaciones comprendo, padre mío, cómo la biología, filosóficamente cultivada, puede por fin llenar todas las graves lagunas enciclopédicas, instituyendo una transición gradual entre el orden exterior y el orden humano. Esta inmensa progresión á la vez de los seres y de los fenómenos, siempre conforme al principio jerárquico del positivismo, se enlaza, en su término inferior, con la sucesión normal de los tres modos esenciales de la existencia material. Concibo así la plena realización de la admirable continuidad que antes me parecía imposible. Pero antes de abandonar el orden vital propiamente dicho, quisiera conocer de una manera más clara y más precisa las dos partes esenciales de su dominio, vegetalidad y animalidad.

S. Este justo deseo, hija mía, será convenientemente satisfecho con-

cibiendo las tres grandes leyes que rigen á cada una de ellas. Es preciso ver en ellas otros tantos hechos generales, subordinados entre sí, pero completamente distintos, y cuyo conjunto explica siempre, ya las funciones continuas de la vida de nutrición, ya las funciones intermitentes de la vida de relación.

La primera ley de vegetalidad, base necesaria de todos los estudios vitales, sin exceptuar el caso humano, consiste en la renovación material á que está constantemente sujeto todo ser viviente. A esta ley fundamental sucede la del desarrollo y de la declinación, hasta la muerte, que, sin presentar en sí misma la continuación necesaria de la vida, acaba por ser doquiera su resultado constante. Por último, este primer sistema biológico se completa por la ley de la reproducción, en que la conservación de la especie compensa la destrucción del individuo.

La principal propiedad del conjunto de los seres vivos consiste en la aptitud de cada uno de ellos para reproducir su semejante, así como él mismo proviene de una fuente análoga. No

solamente no emana jamás existencia alguna orgánica de la naturaleza inorgánica, sino que, además, una especie cualquiera no puede resultar de otra, superior ni inferior, exceptuando variaciones muy limitadas, aunque muy poco conocidas aún, que cada una de ellas admite. Existe, pues, un abismo verdaderamente infranqueable entre el mundo vivo y la naturaleza inerte, y aun en menor grado, entre los diversos modos de vitalidad. Confirmando la imposibilidad de toda síntesis puramente objetiva, esta apreciación no altera en modo alguno la verdadera síntesis subjetiva, resultada de una ascensión bastante gradual hacia el tipo humano.

En cuanto á las otras tres leyes de animalidad, la primera consiste en la necesidad alternativa de ejercicio y de reposo propia á toda la vida de relación, sin exceptuar nuestros más nobles atributos. Esta intermitencia característica de las funciones animales se enlaza naturalmente á la hermosa observación de Bichat acerca de la simetría constante de los órganos correspondientes, de los cuales puede una mitad ser activa y otra permanecer pa-

siva. La segunda ley, que, como en todos los demás casos, supone la precedente, pero sin resultar de ella, proclama la tendencia de toda función intermitente á hacerse habitual; es decir, á reproducirse espontáneamente tras la cesación del impulso primitivo. Esta ley del hábito halla su complemento natural en la de la imitación, que no es verdaderamente distinta de ella. Según la profunda reflexión de Cabanis, la aptitud para imitar resulta de la aptitud para imitarse á sí mismo, al menos en toda especie dotada de simpatía. Por último, la tercera ley de animalidad, subordinada á la del hábito, consiste en el perfeccionamiento, á la vez estático y dinámico, inherente á todos los fenómenos de relación. En cada una de ellas, el ejercicio puede fortalecer las funciones y los órganos, que el desuso prolongado tiende siempre á debilitar. Esta última ley, que se apoya en las otras dos sin confundirse con ellas, resume el conjunto de la teoría de la animalidad, como lo habéis comprendido antes por la ley final de la vegetalidad.

Combinando estas dos grandes leyes, se instituye una séptima ley vi-

tal, la de la herencia, que merece científicamente una apreciación distinta, á pesar de no ser lógicamente sino una consecuencia necesaria de las anteriores. Siendo toda función ó estructura animal perfectible en ciertos grados, la aptitud de todo ser viviente para reproducirse en otro semejante podrá desde luégo fijar en la especie las modificaciones suficientemente profundas sobrevenidas en el individuo. De aquí resulta el perfeccionamiento, limitado pero continuo, sobre todo dinámico y aun estático, de toda raza, por regeneraciones sucesivas. Esta alta facultad, que resume espontáneamente el doble sistema de las leyes biológicas, se desarrolla tanto más, cuanto la especie es más elevada, y por tanto más modificable, así como más activa, por su propia complicación.

Aunque las leyes generales de la transmisión hereditaria sean muy poco conocidas hasta aquí, tal consideración indica su alta eficacia en el mejoramiento directo de nuestra propia naturaleza, física, intelectual y sobre todo moral. Es incontestable, en efecto, que la herencia vital conviene tanto, y aun

más, á nuestros más nobles atributos que á los más groseros. Porque los fenómenos se hacen más modificables, y por tanto más perfectibles, á medida que su naturaleza es más elevada y más especial. Los preciosos resultados obtenidos en las principales razas domésticas no deben dar sino una débil idea de los mejoramientos y adelantos reservados á la especie más eminente, cuando sea sistemáticamente dirigida, bajo su propia providencia.

M. Esta conclusión general del estudio de la vitalidad acaba, padre mío, de hacerme comprender mucho su alcance teórico y práctico. Me siento así preparada al estudio directo del orden humano, al cual reserváis vuestro último diálogo sobre el dogma positivo.

S. Podéis, hija mía, útilmente resumir, bajo el principal aspecto filosófico, el conjunto de esta conferencia, por el simple contraste que habéis debido observar, en nuestro cuadro enciclopédico, entre las dos divisiones, histórica y dogmática, de la filosofía positiva. La primera, que conviene á toda iniciación teórica, individual ó colectiva,

acerca la biología á la cosmología; la otra, que representa nuestro estado final, la combina, por el contrario, con la sociología. Esta oposición hace claramente resaltar el principal carácter del orden vital, como lazo natural entre el orden exterior y el orden humano.

DIÁLOGO OCTAVO

ORDEN HUMANO,

PRIMERO SOCIAL, LUÉGO MORAL

LA MUJER. Antes de abordar el mejor dominio teórico, debo, padre mío, someteros un escrúpulo general, producido por las objeciones metafísicas que he escuchado hacer contra esta extensión decisiva del dogma positivo. Toda sujeción del mundo moral y social á leyes invariables, comparables á las de la vitalidad y de la materialidad, es ahora representada, por ciertos pensadores, como incompatible con la libertad del hombre. Aunque estas objeciones me han parecido siempre pu-

ramente sofisticas, jamás he podido disiparlas en los entendimientos, muy numerosos aunque dejan dificultar así su marcha espontánea hacia el positivismo.

EL SACERDOTE. Fácil es, hija mía, vencer este embarazo preliminar, caracterizando directamente la verdadera libertad.

Lejos de ser, en modo alguno, incompatible con el orden real, consiste en seguir sin obstáculos las leyes propias al caso correspondiente. En cuanto un cuerpo cae, su libertad se manifiesta caminando, según su naturaleza, hacia el centro de la tierra, con una velocidad proporcional al tiempo, á menos que la interposición de un fluido no modifique su espontaneidad. Asimismo, en el orden vital, cada función, vegetativa ó animal, es declarada libre, si se realiza conforme á las leyes correspondientes, sin obstáculo alguno exterior ó interior. Nuestra existencia intelectual y moral supone siempre una equivalente apreciación que, directamente incontestable para la actividad, se hace desde luégo necesaria para su motor afectivo y su guía racional.

Si la libertad humana consistiese en no seguir ley alguna, sería aún más inmoral que absurda, por hacer imposible todo régimen, individual ó colectivo. Nuestra inteligencia manifiesta su mayor libertad cuando se convierte, siguiendo su destino normal, en espejo fiel del orden exterior, á pesar de los impulsos físicos y sollicitaciones morales que tiendan á perturbarla. Ningún entendimiento puede negar su asentimiento á las demostraciones que ha comprendido. Pero, además, todo hombre es incapaz de rechazar las opiniones muy acreditadas á su alrededor, aun cuando ignore sus verdaderos fundamentos, á menos que no esté preocupado por una creencia contraria. Se puede desconfiar, por ejemplo, de que dejen de negar los más orgullosos metafísicos el movimiento de la tierra, ó doctrinas aún más modernas, aunque no conozcan en modo alguno sus pruebas científicas. Lo mismo ocurre en el orden moral, que llegaría á ser contradictorio si cada alma pudiese á su antojo odiar cuando se debe amar, ó recíprocamente. La voluntad admite una libertad semejante á la de la inteligencia, cuando nuestras buenas in-

clinaciones adquieren ascendiente suficiente para hacer el impulso afectivo conforme á su verdadero destino, anulando los motores contrarios.

Así la verdadera libertad es doquiera inherente y subordinada al orden, tanto humano como exterior. Pero, á medida que los fenómenos se complican, se hacen más susceptibles de perturbación, y el estado normal supone en ellos más esfuerzos y permite mayor aptitud á sus modificaciones sistemáticas. Nuestra mejor libertad consiste, pues, en hacer, en tanto sea posible, prevalecer las buenas inclinaciones sobre las malas; y de este modo, nuestro imperio tiene más extensión, siempre que nuestra intervención se conforme siempre á las leyes fundamentales del orden universal.

La doctrina metafísica sobre la pretendida libertad moral debe ser históricamente considerada como un resultado pasajero de la anarquía moderna. Porque es directamente destinada á consagrar el individualismo absoluto, hacia el cual tendió más y más el trastorno occidental que debió suceder á la edad media. Pero esta protesta sofisticada contra toda verdadera discipli-

na, privada ó pública, no podrá en modo alguno dificultar la marcha del positivismo, aunque el catolicismo no haya podido sofocarla. Jamás se llegará á representar como hostil á la libertad y á la dignidad del hombre el dogma que consolida y desarrolla mejor la actividad, la inteligencia y el sentimiento.

M. Esta aclaración preliminar me permitirá, padre mío, combatir en adelante sofismas muy acreditados aún en entendimientos mal cultivados. Os suplico, pues, que me expliquéis directamente la extensión decisiva del dogma positivo al mundo social.

S. Debéis, hija mía, concebir primero esta gran ciencia, descompuesta en dos partes esenciales: una estática, que construye la teoría del orden; otra dinámica, que desarrolla la doctrina del progreso. La instrucción religiosa considera, sobre todo, la primera, en que la naturaleza fundamental del verdadero Gran Ser es directamente apreciada. Pero la segunda debe completar esta determinación, explicando los destinos sucesivos de la Humanidad, á fin de guiar convenientemente la práctica social. Estas dos mitades de la so-

ciología están profundamente enlazadas entre sí en virtud de un principio general que el positivismo establece para referir doquiera el estudio del movimiento al de la existencia: *El progreso es el desarrollo del orden*. Conveniente ya en matemáticas, tal ley se aplica tanto mejor cuanto los fenómenos más se complican. Porque la distinción entre el estado estático y el estado dinámico se hace entonces más pronunciada; mientras que la simplificación producida por esta trabazón de estudios adquiere también mayor valor. La sociología debe, pues, presentar la mejor aplicación de este gran principio, y la verdadera fuente de su sistematización. La conviene, por otra parte, lo mismo en sentido inverso que en sentido directo. Porque los estados sucesivos de la Humanidad deben así manifestar cada vez más su constitución fundamental, todos cuyos gérmenes esenciales están necesariamente contenidos en su bosquejo inicial. Pero la eficacia teórica y práctica de la sociología dinámica se hallará especialmente caracterizada por el diálogo que terminará este catecismo. Debo, pues, limitarme ahora á explicaros las prin-

cipales nociones de la estática social.

M. Tal reducción conviene, bajo otro aspecto, padre mío, á la insuficiencia de mi instrucción histórica. Aunque las concepciones estáticas de la sociología deben ser más abstractas que sus alcances dinámicos, podré comprenderlas mejor, con la atención que exigen su importancia y su dificultad. Aquí, al menos, me sentiré apoyada contra mi ignorancia por la certidumbre de hallar de nuevo en mí misma la confirmación de una doctrina directamente emanada de nuestra naturaleza.

S. Os basta, en efecto, hija mía, examinaros atentamente para reconocer en seguida la constitución necesaria al orden social. Porque, á fin de representar la existencia general de la Humanidad, debe presentar una combinación decisiva de todos nuestros atributos esenciales. Aunque vuestra propia existencia os los muestra confundidamente, os los hace sentir lo bastante para que podáis comprender mejor su armonía fundamental, cuando órganos colectivos permitan á cada uno de ellos un vuelo plenamente característico.

Concebid, pues, el Gran Ser como algo que es de la misma manera que vos, pero en un grado más pronunciado, dirigido por el sentimiento, iluminado por la inteligencia y sostenido por la actividad. De aquí resultan los tres elementos esenciales del orden social: el sexo afectivo, la clase contemplativa, es decir, el sacerdocio, y la fuerza práctica. Están colocados así estos elementos según su dignidad decreciente, pero también según su independencia creciente. El último constituye, pues, la base necesaria de toda la economía del Gran Ser, según la ley fundamental que os es ya familiar y que subordina los más nobles atributos á los más groseros.

En efecto, las necesidades continuas producidas por nuestra constitución corporal, imponen á la Humanidad una actividad material que domina el conjunto de su existencia. No pudiendo desarrollarse sino por una cooperación creciente, esta actividad, principal estímulo de nuestra inteligencia, procura, sobre todo, á nuestra sociabilidad su más poderosa excitación. Subordina más y más la solidaridad á la continuidad, en que reside el más decisivo

como el más noble de todos los atributos del Gran Ser. Porque los resultados materiales de la cooperación humana dependen más del concurso de las generaciones sucesivas que del de las familias coexistentes. Lejos de ser radicalmente desfavorable al proceso intelectual y moral, esta preponderancia continua de la vida práctica debe, pues, suministrar la mejor garantía de nuestra unidad, procurando al entendimiento y al corazón una dirección determinada y un destino progresivo. Sin este impulso universal, nuestras mejores disposiciones mentales, y aun morales, degenerarían pronto en tendencias vagas é incoherentes, que no darían por resultado progreso alguno, privado ni público.

De todos modos, la fuente necesariamente personal de tal actividad debe en un principio imprimirla un carácter profundamente egoísta que puede hacer altruísta sólo la transformación gradual producida por la marcha colectiva. Por esto es por lo que la constitución general del orden social no sería bastante apreciada si no se descompusiese en ella la clase activa en dos elementos siempre distintos y

con frecuencia opuestos, uno de los cuales debe desarrollar el impulso práctico, con la personalidad que supone su principal energía, y otro la reacción social, que cada vez más la ennoblece.

Para esta descomposición indispensable, basta dividir la fuerza activa en concentrada y dispersa, según que resulta de la riqueza ó del número.

Aunque la primera no puede ser sino indirecta, prevale ordinariamente, y aun cada vez más, como representando la continuidad, mientras que la segunda corresponde á la solidaridad. Porque los tesoros materiales que la Humanidad confía á los ricos provienen, sobre todo, de una larga acumulación anterior, pese á la necesidad permanente de la renovación parcial que exige su necesario consumo. Todo fuerte impulso práctico, emana, pues, del patriciado, en que residen estos poderosos recursos nutritivos, cuya principal eficacia social resulta de su personal concentración. De este modo está la propiedad material directamente consagrada por la religión positiva, como condición fundamental de nuestra actividad continua, y, por tan-

to, como base indirecta de nuestros más eminentes progresos.

El segundo elemento práctico, sin el cual el primero se haría ilusorio, consiste en el proletariado, que constituye el fondo necesario de toda población. No pudiendo adquirir influencia social sino por la unión, tiende directamente á desarrollar nuestros mejores instintos. Su propia situación atrae sin cesar su atención principal hacia las reglas morales de una economía cuyas perturbaciones sufre especialmente. Desligado naturalmente de la grave responsabilidad y de las preocupaciones de espíritu que lleva consigo habitualmente toda autoridad, teórica ó práctica, viene á ser muy propio á traer al sacerdocio y al patriciado á su destino social.

M. Creo, padre mío, que esta reacción continua de la clase activa no es menos indispensable para contener ó compensar en las mujeres la exageración del sentimiento. Extraño á la vida práctica, mi sexo se halla dispuesto con frecuencia á desconocer ó descuidar las groseras condiciones que impone. Pero el sentimiento que le domina puede siempre hacérselas aceptar

dignamente, á fin de realizar el bien, al cual naturalmente aspira, cuando este impulso necesario nos lleva á apreciarlas suficientemente.

S. De este modo habéis, hija mía, acabado espontáneamente de comprender el gran oficio social que caracteriza al proletariado. Porque si la misma influencia afectiva puede olvidar su verdadero destino, preocupándose demasiado de las necesidades que le son propias, este peligro debe desarrollarse más en la facultad especulativa y el poder activo, cuya atención es habitualmente absorbida por esfuerzos especiales. La providencia moral de las mujeres, la providencia intelectual del sacerdocio, y la providencia material del patriciado, necesitan, pues, ser completadas por la providencia general emanada del proletariado, para constituir el admirable conjunto de la providencia humana. Todas nuestras fuerzas pueden así tender siempre, cada una según su naturaleza, á la conservación y al perfeccionamiento del Gran Ser.

Esta concepción general de nuestra constitución social basta para caracterizar tres elementos necesarios. Colo-

cados según su aptitud decreciente para representar naturalmente á la Humanidad, siguen el mismo orden en su preponderancia sucesiva para cada iniciación completa. La providencia femenina, que debe siempre dominar nuestro proceso moral, nos dispone primero á sentir la continuidad y la solidaridad, dirigiendo la educación espontánea que se lleva á cabo en el seno de la familia. Luégo la providencia sacerdotal nos hace sistemáticamente apreciar la naturaleza y el destino del Gran Ser, revelándonos gradualmente el conjunto del orden real. Caemos, en fin, bajo la preponderancia directa y perpetua de la providencia material, que nos inicia en la vida práctica, cuyas reacciones afectivas y especulativas completan nuestra preparación.

Una coincidencia espontánea entre la plenitud de nuestro desarrollo personal, tanto cerebral como corporal, y la terminación ordinaria de nuestra iniciación social constituye también nuestra madurez real. Entonces comienza nuestra segunda vida, esencialmente de acción, que sucede al conjunto de las preparaciones que nos ha-

cen aptos para el servicio del Gran Ser. Esta nueva existencia objetiva, aunque ordinariamente más corta que la primera, es la única decisiva para procurar á cada jefe de familia la existencia subjetiva que ha de incorporarle convenientemente á la Humanidad.

Para comprender mejor la constitución social, es preciso apreciar separadamente sus dos elementos más especiales, formando por sí solos dos clases propiamente dichas, el sacerdocio, que aconseja, y el patriciado, que manda. En ellas se conservan y se aumentan respectivamente los tesoros espirituales y los tesoros materiales de la Humanidad, para ser convenientemente distribuidos, según sus leyes naturales, á todos sus servidores.

De la clase teórica emana, ante todo, la educación sistemática, y luégo la influencia consultora sobre toda la vida real, á fin de unir y referir en ella cada actividad parcial á la armonía general, que nos dispone á desconocer. La admirable institución del lenguaje humano, aunque resultado siempre de una cooperación universal, se hace patrimonio especial del sacerdocio, como depósito espontáneo de la religión y

principal instrumento de su ejercicio. Naturalmente imperecederos, los bienes espirituales pueden simultáneamente servir á todos sin agotarse jamás ; de suerte que su conservación no exige reparto alguno, y constituye un simple anejo de cada existencia sacerdotal. Eminentemente sintético y social, el lenguaje consolida y desarrolla la subordinación natural del orden humano al orden exterior. Aumenta también nuestra unión mutua, sobre todo, instituyendo una íntima conexión entre la sabiduría sistemática y la razón común.

El destino personal y la inestabilidad natural de los productos materiales imponen otras leyes á su conservación y á su uso. Además de la solicitud colectiva del patriciado, ayudada por una vigilancia universal, exigen una posesión individual, sin la cual su concentración normal se haría ilusoria ó más bien imposible. Esta apropiación personal, primera base de la providencia material, no puede adquirir bastante consistencia sino apoyándose en el suelo, asiento natural y fuente necesaria de toda producción práctica. Así se forman espontáneamente, á través

de los siglos, las reservas nutritivas de la Humanidad, que deben reanimar doquiera su material existencia, mientras que sus guardianes dirigen los trabajos que exige su renovación continua.

Este principal cuidado de los patrios consiste en reemplazar, en cada órgano social, los materiales que consume siempre, como provisiones para su subsistencia ó instrumentos para su función. El salario jamás tiene otra influencia normal, sea cualquiera la clase á que se aplique. En efecto, el trabajo humano, es decir, la reacción útil del hombre contra su destino, no puede ser sino gratuito, porque no exige ni admite, propiamente hablando, paga alguna. No puede existir verdadera equivalencia sino entre los materiales del trabajo, y no entre sus atributos esenciales. Reconocida siempre en el sexo afectivo y en la clase contemplativa, aun en el poder práctico, que remunera y asalaria á todos los demás, esta condición de todo trabajo humano de ser necesariamente gratuito no es dudosa sino respecto del proletariado, es decir, respecto de aquellos que reciben menos.

Tal contradicción indica lo bastante el origen histórico de esta anomalía, debida esencialmente, no á la inferioridad de las operaciones correspondientes, sino á la larga servidumbre de sus órganos. Sólo la religión positiva puede dominar en este punto la anarquía moderna, haciendo doquiera comprender que todo servicio personal no admite jamás otra recompensa que la satisfacción de llevarle á cabo y el reconocimiento que procura.

M. Aunque las almas vulgares puedan hoy tachar de exageración sentimental tal apreciación, me atrevo á prometeros, padre mío, que será pronto acogida dignamente entre las mujeres. Con frecuencia me ha sorprendido el egoísmo habitual que, mediante un mínimo salario, dispensa de toda gratitud por servicios importantes y difíciles cuyos autores comprometen su salud y algunas veces su vida por realizarlos. Este principio positivista procura una consistencia sistemática á sentimientos universales que sólo necesitan ser formulados y coordinados para prevalecer gradualmente. Acaba de hacerme comprender la posibilidad de imprimir por fin un carácter verda-

deramente altruísta al conjunto de nuestra existencia, aun bajo el punto de vista material. En efecto, esta santa transformación exige solamente que cada cual, sin llegar á ser habitualmente entusiasta, sienta profundamente su participación real y la de todos los demás en la obra social. Ahora bien: tal convicción puede ciertamente resultar de una acertada educación universal, en que el corazón disponga al entendimiento á recibir siempre toda la verdad.

S. Para completar la apreciación fundamental del orden social, me resta, hija mía, caracterizar los tres modos ó grados que le son propios.

Todo organismo colectivo ofrece necesariamente los diversos elementos esenciales que acabo de explicaros. Pero se hallan en él más ó menos pronunciados, y, por consiguiente, distintos, según la naturaleza y la extensión de la sociedad correspondiente. Su preponderancia respectiva lleva á reconocer tres asociaciones diferentes, que es preciso ordenar según su intimidad decreciente y su creciente extensión. La del medio descansa en la precedente y sirve de base á la siguiente. Fundada

únicamente en el amor, la *Familia* es la sociedad más íntima y la más restringida, elemento necesario de las otras dos. La actividad constituye luego la *Ciudad*, en que la unión resulta principalmente de una cooperación habitual, que no podría ser suficientemente sensible si esta asociación política combinase un número excesivo de asociaciones domésticas. Viene, por último, la *Iglesia*, que, uniéndonos esencialmente por la fe, supone una verdadera universalidad que realizará necesariamente la religión positiva. Estas tres sociedades humanas tienen por centros respectivos la mujer, el patriciado y el sacerdocio.

La familia de donde cada hombre emana pertenece siempre á una ciudad cualquiera, y aun á determinada iglesia. Pero siendo este último lazo más débil, admite más variaciones, aunque sean más arbitrarias. Cuando se hace bastante consistente, suministra el medio de reducir convenientemente la ciudad, en torno de la cual se concentra ordinariamente cada existencia, por la preponderancia natural de la actividad sobre la inteligencia y aun sobre el sentimiento. Porque el estado social no

puede ser verdaderamente duradero sino en tanto que concilia la independencia y el concurso, condiciones igualmente inherentes á la verdadera noción de la Humanidad. Ahora bien: este acuerdo necesario impone á las sociedades políticas límites de extensión muy inferiores á los hoy admitidos.

En la edad media, la separación iniciada entre la sociedad religiosa y la sociedad civil permitió sustituir ya la libre incorporación de los pueblos occidentales á la incorporación forzada que la dominación romana les procuró en un principio. El Occidente ofreció así, durante muchos siglos, el admirable espectáculo de una unión siempre voluntaria, únicamente fundada en una fe común y mantenida por un mismo sacerdocio, entre naciones cuyos diversos gobiernos tenían toda la independencia conveniente. Pero este gran resultado político no podía sobrevivir á la emancipación prematura de un poder que sólo la religión positiva debe convenientemente instituir irrevocablemente. La declinación necesaria del catolicismo restableció la concentración temporal, hecha entonces indispensable para impedir la completa dis-

locación política á que había llevado la disolución creciente de los lazos religiosos. Así es que, á pesar de las costumbres de la edad media, cuyas huellas son aún sensibles, los occidentales dejaron doquiera formar Estados mucho más vastos.

Habiendo cesado ya los motivos políticos de esta exorbitante extensión, se comienza á experimentar, en la Francia misma, los peligros radicales, y también la terminación próxima de tal anomalía. Pero la religión positiva reducirá pronto esas monstruosas asociaciones á la extensión normal, que dispensará de emplear la violencia para mantener la unión temporal entre dos naciones susceptibles únicamente de lazos espirituales. Tal será la aplicación próxima del principio estático que erige en órgano positivo del Gran Ser la simple ciudad, completada por las poblaciones menos condensadas que á ella libremente se unen. El sentimiento patriótico, ahora tan vago y tan débil por su difusión exagerada, podrá entonces desarrollar dignamente toda la energía que lleva consigo esta concentración cívica. Pero la unión habitual de las grandes ciudades se hará más

real y más eficaz, tomando el carácter normal de un concurso voluntario. La fe positiva hará convenientemente sentir la solidaridad y aun la continuidad, que deben finalmente reinar entre todas las diferentes regiones del planeta humano.

M. Después de todas vuestras indicaciones acerca de la teoría de la sociedad, me encuentro, padre mío, bastante preparada para subir, por fin, á la cúspide del edificio enciclopédico, cuyos diversos cuerpos me habéis hecho apreciar. Aunque la ciencia moral deba ser la más difícil de todas, su cultura empírica es muy familiar á mi sexo para que pueda vacilar ante ella más que el vuestro. Estoy, pues, satisfecha de llegar convenientemente al estudio sistemático del hombre individual.

S. En efecto, hija mía, este término necesario de toda la preparación enciclopédica, es el único que puede satisfacer al entendimiento al par que al corazón. La ciencia moral es más sintética que otra alguna, y su conexión directa con la práctica consolida en ella este atributo natural. Únicamente en ella se reúnen espontáneamente todos los aspectos abstractos

para construir la guía general de la razón concreta. Desde Tales hasta Pascal, todo verdadero pensador cultivó á la vez la geometría y la moral, por un secreto presentimiento de la gran jerarquía que debía por fin combinarlas. El nombre de mundo pequeño (*microscosmos*) que los antiguos daban al hombre, indicaba ya cuán propio parecía su estudio á condensar todos los demás. Constituye naturalmente la única ciencia que puede ser verdaderamente completa, sin descuidar ningún punto de vista esencial, como lo hacen necesariamente todos los que le sirven de base. Porque, considerando éstos como determinando las leyes correspondientes al hombre, no llegan á ellas sino descuidando de propósito todas las propiedades superiores y abandonándolas á sus dominios respectivos, en que incorporan solamente sus atributos interiores. Por estas abstracciones decrecientes, el espíritu teórico se halla así preparado para abordar por fin el único estudio que no le obliga á abstraer cosa alguna esencial en el objeto común de nuestras diversas especulaciones reales. Solamente así la meditación masculina se une irrevocablemen-

te á la contemplación femenina, para constituir el estado final de la razón humana.

La cosmología establece primeramente las leyes de la simple materialidad. Luégo, la biología construye sobre esta base la teoría de la vitalidad. Por último, la sociología subordina á este doble fundamento el estudio propio de la existencia colectiva. Pero aunque esta última ciencia preliminar es necesariamente más completa que las precedentes, no abraza aún todo lo que constituye la naturaleza humana. Porque nuestros principales atributos no se encuentran en ella bastante apreciados. Considera esencialmente en el hombre la inteligencia y la actividad, combinadas con todas nuestras propiedades inferiores, pero sin ser directamente subordinadas á los sentimientos que las dominan. Este desarrollo colectivo hace, sobre todo, resaltar nuestro proceso teórico y práctico. Nuestros sentimientos no figuran, en sociología, ni aun en la estática, sino por los impulsos que ejercen sobre la vida común ó por las modificaciones que de ellas reciben. Sus leyes propias no pueden ser convenientemente estu-

diadas sino por la moral, en que adquieren la preponderancia debida á su dignidad superior en la totalidad de la naturaleza humana. Esto es lo que expone á veces á los entendimientos poco sistemáticos á desconocer la plenitud sintética que caracteriza á esta ciencia final, que restringen demasiado á este principal dominio, en torno del cual deben, por fin, todos los demás concentrarse.

M. El encadenamiento teórico entre la sociología y la moral me presenta aún algunas nebulosidades que os suplico, padre mío, que disipéis, antes de exponer directamente el concepto positivo de la naturaleza humana. No he olvidado los motivos incontestables que, en nuestro diálogo fundamental, me hicieron comprender la subordinación objetiva de la moral á la sociología, puesto que el hombre es siempre dominado por la Humanidad. Pero, por otra parte, me parece que la ciencia social necesita continuamente de las principales nociones que debe procurar la ciencia moral acerca de nuestra verdadera naturaleza.

S. Este embarazo muy legítimo se disipará, hija mía, teniendo en cuenta

los conocimientos espontáneos que siempre preceden y preparan los estudios sistemáticos. La ciencia constituye siempre una simple prolongación del conocimiento vulgar. Jamás realmente crea doctrina alguna esencial. Las teorías se limitan á generalizar y á coordinar los datos empíricos de la razón común, á fin de procurarles una consistencia y un desarrollo que no podían de otro modo adquirir. Tal conexión conviene más á los estudios morales que, aunque no han podido ser sistematizados sino en último lugar por su complicación superior, han suministrado siempre, en virtud de su importancia preponderante, el principal pasto de las meditaciones comunes, sobre todo femeninas. De esta cultura empírica surgieron pronto nociones preciosas, á pesar de su incoherencia, que no fueron hasta aquí desdeñadas por el genio sistemático, sino por no poderlas representar bien en sus teorías teológicas ó metafísicas. Era al espíritu positivo, único susceptible de abrazar el punto de vista social, al que estaba reservado generalizarlas y coordinarlas, después de haber fundado la última ciencia preliminar. Pero permitiéndole

su aptitud para sistematizarlas, apreciarlas dignamente, pese á los prejuicios filosóficos, pudo ser el primero en utilizarlas lo bastante á construir por fin la sociología. Si examináis cómo el conocimiento de la naturaleza humana es habitualmente empleado en sociología, reconoceréis muy pronto que no se hace en ella, verdaderamente uso sino de este estudio espontáneo, mucho más real que todas las especulaciones morales de los filósofos anteriores. Este boceto empírico puede bastar, en efecto, á las concepciones acerca de la existencia colectiva, aun antes de haber sufrido la sistematización que sólo la ciencia final debe procurar.

M. Esta explicación, padre mío, disipa completamente la confusión teórica que me producían accesoriamente los dos aspectos esenciales del orden humano. Habiéndome preservado mi ignorancia de los dogmas clásicos referentes á nuestra naturaleza, he podido apreciar mejor la realidad de las nociones morales empleadas por la sociología, y reconocer su coincidencia con los resultados espontáneos debidos á la razón común.

S. Para fundar directamente la

ciencia final, basta, hija mía, sistematizar convenientemente la descomposición que esta sabiduría universal percibe pronto en la totalidad de la existencia humana, distinguiendo en ella el sentimiento, la inteligencia y la actividad. Apreciable, bajo diversas formas, en los más antiguos poetas, este análisis fundamental se halla en ellos completado empíricamente por la división general de nuestras inclinaciones en personales y sociales. Aunque las teorías teológicas, y sobre todo metafísicas, eran especialmente incapaces de representar esta última noción, su evidencia espontánea dominó siempre los sofismas filosóficos en los entendimientos no cultivados. Tal es el dominio natural cuya sistematización y desarrollo constituyen el esencial destino de la ciencia moral. Las otras teorías reales consisten asimismo siempre en determinar sobre todo las leyes generales de los más vulgares fenómenos; como la química, por ejemplo, en la combustión y la fermentación.

Aunque no puede la ciencia moral ser bastante abordada por teología alguna, es preciso dignamente hacer constar la tentativa inicial del verdade-

ro fundador del catolicismo para satisfacer las necesidades sistemáticas emanadas de la nueva enseñanza religiosa. El gran San Pablo, construyendo su doctrina general de la lucha permanente entre la naturaleza y la gracia, bosquejó realmente, á su manera, la totalidad del problema moral, no solamente práctico, sino también teórico. Porque esta preciosa noción compensó provisionalmente la incompatibilidad radical del monoteísmo con la existencia natural de las inclinaciones benévolas que impelen á todas las criaturas á unirse mutuamente en vez de dedicarse aisladamente á su creador. A pesar de todos los vicios naturales de tal teoría, su desarrollo en la edad media constituye el único paso esencial que ha admitido la ciencia moral desde su antiguo bosquejo teocrático hasta su reciente institución positiva. Los resultados esenciales de la común sabiduría se hallaban en ella, al menos, representados mucho mejor que por la deplorable ontología que dirigió la disolución gradual del catolicismo. Así, los místicos del siglo XV, y sobre todo el admirable autor de la *Imitación*, son los últimos pensadores en los cuales,

antes del positivismo, se puede verdaderamente comprender el conjunto de la naturaleza humana, tan viciosamente concebida en todas las doctrinas metafísicas.

Recordándoos un dogma moral que fué justamente simpático á vuestra juventud, no quiero solamente honrar un esfuerzo muy desconocido ahora. Aparte de que sustituyó provisionalmente á la teoría positiva de la naturaleza humana, cuyo preámbulo objetivo debía aun durar mucho tiempo, la preparó espontáneamente formulando su dominio sistemático. Bajo esta influencia, aun antes de la fundación de la sociología, el verdadero genio científico emprendió, en este punto, una tentativa decisiva, aunque insuficiente, tan pronto como la filosofía biológica hubo aparecido.

Era necesario primeramente instituir, en este supremo dominio teórico, una armonía general entre la apreciación estática y la apreciación dinámica, asignando el asiento de cada una de nuestras principales funciones. A pesar de la confusión metafísica que quería reducir todo á la inteligencia, á la cual se consagró todo el cerebro, la razón

común había atravesado las tinieblas filosóficas, al menos en cuanto á las inclinaciones, sobre todo personales, en virtud de su energía espontánea. Los antiguos pensadores consagraron su distinción, haciéndolas asentarse, aunque vagamente, en las diferentes vísceras de la vida de nutrición. De todos modos, no se asignó órgano alguno á los instintos simpáticos, y la ciencia, de acuerdo con la teología, habló siempre de pasiones como si sólo existiesen pasiones malas. Además, la inteligencia permaneció indivisa, y su subordinación al sentimiento no pudo ser teóricamente representada.

Sin este preámbulo histórico, no podríais apreciar bien el admirable esfuerzo por el cual el genio de Gall fundó la teoría positiva de la naturaleza humana, aunque no pudo construirla lo bastante para hacerla verdaderamente eficaz, lo cual suponía la sociología. Este poderoso impulso sentó dos principios generales, uno dinámico y otro estático, cuya conexión natural servirá siempre de base al verdadero estudio del alma y del cerebro. Gall estableció á la vez la pluralidad de

nuestras funciones superiores, tanto mentales como morales, y su común residencia en el aparato cerebral, cuyas diversas regiones debían corresponder á sus distinciones reales. A pesar de los vicios esenciales resultados, sobre todo para la inteligencia, de un análisis superficial y de una localización empírica, llegó á representar bastante la descomposición general de nuestra existencia, y aun á consagrar, por último, las inclinaciones benévolas. La lucha ficticia entre la naturaleza y la gracia fué desde entonces reemplazada por la oposición real entre la masa posterior del cerebro, en que residen los instintos personales, y su región anterior, en que se asientan distintamente los impulsos simpáticos y las facultades intelectuales. Tal es la base indestructible sobre la cual el fundador de la religión positiva construyó luego la teoría sistemática del cerebro y del alma, cuando hubo instituído la sociología, de donde únicamente podía emanar la inspiración conveniente.

M. . Vislumbro, padre mío, todo el alcance directo del doble principio establecido por el último precursor del

positivismo. Las reacciones continuas entre nuestros sentimientos y nuestros pensamientos, como las relaciones naturales de nuestros diversos instintos, no podían ser suficientemente representadas por la exorbitante separación de los puntos de asiento que antes se las había asignado. La teoría cerebral permite por fin concebir estas importantes relaciones de modo conveniente á perfeccionar su conocimiento real. No obstante, quitando á los órganos nutritivos esta atribución moral que rechazaba su grosero destino, se suscita, en mi opinión, una grave laguna general respecto de sus incontestables enlaces con nuestras superiores funciones. La influencia recíproca entre lo físico y lo moral, exagerada por la antigua hipótesis, me parece, pues, descuidada en la concepción nueva.

§. Este reproche no se aplica, hija mía, sino al bosquejo de la teoría cerebral. No conviene á su estado definitivo, en que estas grandes relaciones se hallan plenamente sistematizadas, Conservando de la antigua opinión las nociones reales que la acreditaron por tanto tiempo, se debe, en primer lugar, restringir estas influencias vegeta-

tivas á las inclinaciones propiamente dichas, sin hacer participar de ellas directamente á las funciones intelectuales, ni aun á los impulsos prácticos. Las regiones especulativa y activa del cerebro no tienen comunicaciones nerviosas sino con los sentidos y los músculos, para apereibir y modificar el mundo exterior. Por el contrario, la región afectiva, que constituye su principal masa, no tiene lazos directos con el exterior, al cual se unen indirectamente sus relaciones propias con la inteligencia y la actividad. Pero, además de estos enlaces cerebrales, nervios especiales la enlazan profundamente á los principales órganos de la vida de nutrición, por la subordinación necesaria de la totalidad de los instintos personales á la existencia vegetativa. Si esta correspondencia general puede ser bastante especificada, como hay lugar á esperar, suministrará poderosos medios para perfeccionar mutuamente lo físico y lo moral del hombre.

M. Este concepto positivo de la naturaleza humana me parece, padre mío, muy conforme á la experiencia universal, sobre todo en cuanto funda directamente nuestra unidad en la su-

bordinación continua del entendimiento al corazón. Ya me habéis explicado que de los dos modos propios á esta preponderancia afectiva, sólo el régimen altruísta puede procurar al hombre, aun individual, una unidad duradera y completa, aunque más difícil de constituir que la unidad egoísta. Pero esta teoría de la armonía humana me presenta aún una grave dificultad, para conciliarla con la primera ley de animalidad, que proclama la intermitencia de toda la vida de relación, sin poder exceptuar de ella las funciones cerebrales. Porque la verdadera unidad no puede ser discontinua. La inteligencia y la actividad pueden y deben descansar periódicamente, como los correspondientes músculos y sentidos. Por el contrario, la afección no admite suspensión alguna. ¿Es posible jamás dejar de amar en sí y fuera de sí?

S. El enlace directo entre la vida afectiva y la vida vegetativa debe llevaros, hija mía, á mirar la primera como tan continua como la segunda. Para conciliar esta continuidad necesaria con la intermitencia común á toda la vida de relación, basta considerar la duplicidad cerebral. Todos los órga-

nos del cerebro están, como los sentidos y los músculos, compuestos de dos mitades simétricas, separadas ó contiguas, cada una de las cuales puede funcionar durante el reposo de la otra. Tal alternativa permite al sentimiento no experimentar interrupción alguna á pesar de la intermitencia cerebral. Algunas veces la inteligencia funciona así durante el sueño, si no por el aparato contemplativo, directamente ligado á los sentidos, al menos por el aparato meditativo, que no depende de ellos inmediatamente. De aquí resultan los ensueños, estados pasajeros de enajenación mental, en que, como en la locura, los impulsos subjetivos prevalecen involuntariamente. Esta persistencia accidental de las funciones intelectuales durante el sueño permite comprender, por analogía, la persistencia normal de las funciones afectivas. Pero suministra, además, su testimonio indirecto. Porque los ensueños llevan siempre el sello de los instintos dominantes. Puesto que el corazón dirige al entendimiento durante la vigilia, á pesar de las impresiones exteriores, debe dominarle más cuando éstas se suspenden. Se puede, pues, esperar

que la teoría cerebral conducirá finalmente á interpretar bien los sueños, y aun á modificarlos, según el prematuro deseo de la antigüedad toda.

M. No podré, padre mío, concebir claramente la teoría positiva de la naturaleza humana si, después de haberme explicado las relaciones generales entre el corazón, el entendimiento y el carácter, no me hacéis conocer la descomposición sistemática de cada uno de ellos en funciones verdaderamente irreductibles.

S. Resulta, hija mía, del cuadro cerebral que veis aquí. (*Véase el cuadro C.*) Debe llegar á ser para vos tan familiar como nuestro cuadro enciclopédico. Pero, aunque sea más extenso, hallaréis en él menos embarazo. Toda persona de experiencia, sobre todo en vuestro sexo, debe pronto sentir la realidad de tal análisis, que, por su naturaleza, no puede descansar sino en observaciones al alcance de todos. Si fuesen indispensables para verificarle contemplaciones especiales y difíciles, sería necesariamente vicioso. Los grandes esfuerzos que exigió la construcción de este cuadro no podrán afectar á su uso en modo alguno, sobre todo

(C)
HUMANIDAD

CLASIFICACIÓN
DE LAS DIEZ Y OCHO FUNCIONES
Ó CUADRO SISTEMÁTICO
POR EL AUTOR DEL SISTEMA

PRINCIPALES

(AMAR, PENSAR, OBRAR)

OBRAR POR AFECCIÓN, Y PENSAR PARA OBRAR

10 MEDIOS AFECTIVOS (Inclinaciones, en el estado activo; y sentimientos, en el estado pasivo.)	3 SOCIALES General, Especiales.	7 PERSONALES	INTERÉS..	{ Instintos de conservación.....
			AMBICIÓN.	{ Instintos de perfeccionamiento, Temporal, ó Orgullo; deseo de Espiritual, ó Vanidad, deseo de
5 FUNCIONES INTELECTUALES	3 CUALIDADES PRÁCTICAS	CONCEPCIÓN.	EXPRESIÓN..	AFICIÓN
				VENERACIÓN.....
				BONDAD, ó amor universal (simpatía)
				{ Pasiva, ó Contemplación, de donde materiales objetivos.
				{ Activa, ó Meditación, de donde construcciones subjetivas
				{ Mímica, oral, escrita, de donde Com
				{ Valor.....
				{ Prudencia.....
				FIRMEZA, de donde <i>Perseverancia</i>

ME

RESUL

RESUMEN DE LA TEORIA CEREBRAL

El conjunto de estos diez y ocho órganos cerebrales constituye el aparato nervioso central, que, por una parte, estimula la vida de nutrición, y por otra, coordena la vida de relación, enlazando sus dos clases de funciones exteriores. Su región especulativa comunica directamente con los nervios sensitivos, y su región activa con los nervios motores. Pero su región afectiva no tiene conexiones nerviosas sino con las vísceras vegetativas, sin correspondencia alguna inmediata con el mundo exterior, que no se comunica con ella sino por medio de las otras dos regiones. Este centro esencial de toda la existencia humana, funciona continuamente, en virtud del reposo alternativo de las dos mitades simétricas de cada uno de sus órganos. En el resto del cerebro, la intermitencia periódica es tan completa como la de los sentidos y de los músculos. Así, la armonía vital depende de la principal región cerebral, bajo cuyo impulso las otras dos dirigen las relaciones, pasivas y activas, del animal con el medio.

AUGUSTO COMTE

(10, rue Monsieur-le-Prince.)

en los entendimientos preservados de nuestra educación clásica. Porque estas dificultades respectaron menos á la naturaleza del problema que á las falsas teorías que dominaban en este punto. Aunque sea éste el más antiguo dominio de nuestra inteligencia, es el último á que debía extenderse la concordancia gradual entre la razón teórica y la razón práctica. Pero este acuerdo fundamental se halla en él, por fin, así establecido de modo propio á reproducir, mejor que en otra parte cualquiera, los progresos que suscita siempre.

Esta clasificación cerebral os presenta doquiera una nueva aplicación del principio universal de la generalidad decreciente, sobre la cual habéis ya visto descansar la jerarquía enciclopédica. La observáis, sobre todo, en los instintos, que son á la vez más numerosos y mejor divididos. Su decrecimiento de generalidad, á medida que se hacen más nobles y menos enérgicos, se verifica plenamente en el conjunto de la serie animal. Los últimos grados no presentan sino el instinto fundamental de la conservación individual; hasta la completa separación

de los sexos. Entonces se agregan sucesivamente todos los demás instintos, primero personales, luego sociales, en el orden que indica el cuadro cerebral, á medida que nos remontamos hasta el hombre. Esta comparación zoológica bastaría, pues, á demostrar tal análisis, cuya elaboración ella misma ha secundado con frecuencia, á pesar de ser dirigida siempre por la inspiración sociológica. La parte más alta de la serie animal, comprendiendo en ella á los mamíferos y á los pájaros, presenta ciertamente una reunión completa de todas nuestras funciones superiores, con simples diferencias de grado. Ved cómo el más grande de los poetas presintió esta semejanza fundamental, colocando, en medio de las sublimidades de su paraíso, este admirable cuadro de la existencia moral de un pájaro:

*Come l'augello intra l'amate fronde
 Posato al nido d'suoi dolci nati,
 La notte che le cose ci nasconde,
 Che per veder gli aspetti desiati,
 E per trovar lo cibo onde li pasca,
 In che i gravi labori gli son grati,
 Previene il tempo in su l'aperta frasca,
 E con ardente affetto il Sole aspetta,
 Fiso guardando, pur che l'alba nasca;*

En esta encantadora descripción, un animal muy diferente al hombre presenta el mismo concurso normal que nosotros entre el sentimiento, la inteligencia y la voluntad. Tal fraternidad es aún más preciosa al corazón que á la inteligencia, extendiendo la simpatía más allá de nuestra especie y moderando así nuestros más frecuentes conflictos con las razas subordinadas.

M. Aunque me agrada en extremo, padre mío, contemplar los animales, á fin de volver á hallar en ellos nuestros móviles esenciales, presumo que el cuadro cerebral puede pasarse sin este examen, que no conviene á todas las inteligencias.

S. Las observaciones limitadas á nuestra especie bastan, en efecto, hija mía, para disipar toda incertidumbre acerca de cada parte de esta teoría positiva del alma y del cerebro. El análisis mismo intelectual, más delicado que los otros dos, como menos cortado, puede verificarse por los hechos cotidianos. Basta comparar también los dos sexos para reconocer la principal distinción entre el aparato contemplativo y el meditativo, puesto que la primera función está más desarrollada en

la mujer y la segunda en el hombre. Análogamente se separan los dos órganos meditativos, observando que vuestro sexo está mejor dispuesto á recordar los hechos y á coordinarlos. Si nuestros doctores fuesen tan sagaces como la mayor parte de las mujeres, é igualmente ajenos á las opiniones viciosas, las comparaciones que suministra la serie zoológica serían inútiles para convencerles en este punto.

M. Antes de estudiar el cuadro cerebral, quisiera, padre mío, aclarar algunas dudas producidas por su primera inspección. La totalidad de los instintos me parece en él bien apreciada, salvo el instinto materno, que yo esperaba que figuraría en el altruismo y no en el egoísmo.

S. Le confundís, hija mía, con las reacciones simpáticas que implica, pero que no le son inherentes, puesto que faltan en él con frecuencia. La observación zoológica no deja duda alguna acerca de esta distinción, mostrando la maternidad en los animales muy inferiores para presentar los sentimientos elevados que á él se unen entre nosotros. Pero podéis disipar toda incertidumbre sin salir de nuestra espe-

cie. Por precioso que sea el perfeccionamiento que este instinto recibe de la civilización, sobre todo moderna, por la reacción creciente de la sociedad sobre la familia, se puede aún distinguir diariamente su propia naturaleza en las mujeres poco simpáticas, en que se aísla más. Entonces se reconoce que el niño constituye directamente para la madre, lo mismo que para el padre, una simple posesión personal, objeto de dominación, y á veces de concupiscencia, más que una afección desinteresada. Solamente que, pudiendo estimular mucho las relaciones que resultan de la maternidad, las inclinaciones benévolas contribuyen espontáneamente á desarrollarlas en todas las almas bien dispuestas, pero sin crear jamás las simpatías que esta reacción supone. Comparando los diversos estados sociales, simultáneos ó sucesivos, se apercibe el verdadero carácter de un instinto que, antes de ser elaborado por la providencia humana, dispone á veces á vender los hijos, y aun á matarlos, por simples motivos personales. Por otra parte, mirad en torno vuestro cómo se decide habitualmente las profesiones ó los matrimonios, y

preguntaos si el egoísmo de los padres no prevalece en estas decisiones las más veces, desde que la anarquía moderna ha debilitado la reacción doméstica de la sociedad.

El instinto sexual fué algunas veces víctima de este menosprecio, no por parte de vuestro sexo, que aprecia ordinariamente su personalidad, sino por los hombres, que le confundieron igualmente con las simpatías cuyo desarrollo puede estimular cuando es bien dirigido. Todas las inclinaciones personales, sin exceptuar el instinto destructor, admiten semejantes reacciones, que no suscitan tales errores, porque son en ellos menos directas y menos pronunciadas. Esta relación general facilita mucho el gran problema humano, subordinar el egoísmo al altruísmo. En efecto, la energía superior de los instintos personales puede servir también para compensar la languidez natural de los instintos simpáticos, por un impulso inicial que éstos no tendrían espontáneamente. Una vez surgida, la afección benévola persiste y aumenta por su encanto incomparable, á pesar de cesar este grosero estímulo. La superioridad moral de vuestro sexo

le dispensa á veces de tal preparaci3n, disponiéndole á amar tan pronto como encuentra objetos de amor, sin buscar en él satisfacci3n personal alguna. Pero la grosería masculina no puede casi nunca prescindir de este preámbulo indirecto, hecho sobre todo necesario en la vida pública, para ennoblecer en ella el orgullo ó la vanidad.

M. Respecto á las funciones intelectuales, me sorprende, padre mío, ver excluidas de este cuadro cerebral las facultades clásicas, memoria, juicio, imaginaci3n, etc.

S. Consideradlas, hija mía, como resultados del conjunto de la organizaci3n mental, que se han tomado durante mucho tiempo por sus atributos especiales.

La comparaci3n de los individuos y de los sexos, completada, si es preciso, por la de las especies, prueba directamente la inanidad del antiguo análisis intelectual y la realidad del nuevo. Porque la observaci3n muestra también diferencias pronunciadas y permanentes para la contemplaci3n ó la meditaci3n, sin conducir jamás á resultados claros y fijos para las facultades escolásticas. El menor juicio exige

un concurso habitual de las cinco funciones intelectuales, á fin de establecer entre el interior y el exterior esta coincidencia duradera y unánime que caracteriza á la verdad. Lo mismo ocurre, con más razón, en cada esfuerzo de imaginación ó de memoria, que exige á veces inducciones y deducciones enteramente análogas á las operaciones científicas. En cuanto á la voluntad, se hace el resultado directo de todo impulso afectivo aprobado por la inteligencia como debiendo dirigir la conducta.

M. Á la inversa de mi precedente observación, me sorprende, padre mío, ver el lenguaje figurar distintamente en el cuadro cerebral, en vez de ser mirado como un producto del conjunto de las funciones intelectuales.

S. Vuestro error consiste, hija mía, en que confundís la aptitud especial para crear signos artificiales con los resultados que determina su digna subordinación á las demás fuerzas mentales. Á pesar de la insuficiencia ordinaria de sus análisis intelectuales, Gall no vaciló jamás en proveer al lenguaje de un órgano distinto, acerca de cuya existencia la observación de los anima-

les, de los hombres y de los pueblos, no podía dejarle duda alguna.

Cuando está abandonado á sí mismo, sin disciplina alguna cerebral; como ocurre á veces en las enfermedades, y otras en la salud, su actividad directa no produce sino una mera verbosidad que sólo la razón transforma en verdadero discurso. En otros casos, por el contrario, la atonía excepcional de este órgano impide la transmisión de las ideas mejor elaboradas. Por lo demás, no debe confundirse, en los animales, la función propia del lenguaje con sus instrumentos vocales, que no corresponden á él siempre. Cada especie superior tiene su lengua natural extendida en toda la raza, y aun en las especies muy cercanas; pero los medios físicos de comunicación son siempre muy imperfectos. En cuanto al lenguaje actual de las naciones civilizadas, constituye, en efecto, un resultado muy complejo del conjunto del desarrollo humano. De todos modos, su primera fuente reside igualmente en el órgano cerebral que dispone á crear, por cualesquiera medios, signos artificiales, sin preocuparse directamente de las comunicaciones men-

tales ó morales que se pueden así realizar.

M. Para completar esta importante apreciación, os suplico, padre mío, que me indiquéis el uso general que debo hacer del cuadro cerebral, una vez que le haya estudiado suficientemente.

S. No puede, hija mía, llegaros á ser propio sino en virtud de una aplicación continua. Las mujeres se ejercitan habitualmente en distinguir, en nuestras acciones y en nuestros discursos, los sentimientos y las ideas que les inspiran verdaderamente. Mirad, sobre todo, el cuadro cerebral como un medio general de perfeccionar mucho este oficio femenino. Reconocéis con frecuencia que el alma humana no es impenetrable. El cerebro puede también llegar á ser un libro inalterable que leeréis á pesar de todos los artificios del disimulo. Completando estas observaciones individuales con la comparación de naciones muy distintas, y aun de animales fácilmente apreciables, habréis terminado vuestra iniciación en la teoría positiva de la naturaleza humana.

Pero para evitar, ó corregir fáciles

errores, es preciso siempre considerar que la mayor parte de los resultados observables, lo mismo intelectuales que morales, provienen del concurso de muchas funciones cerebrales. Rara vez puede ser observada una sola de éstas. Así, vuestra exploración exigirá lo más frecuentemente un análisis, cuyos elementos os presentará sin cesar nuestro cuadro, que combinaréis hasta que esta síntesis represente lo bastante el caso correspondiente. Por ejemplo, la envidia resulta de una combinación del instinto destructor y uno cualquiera de los otros seis instintos egoístas, bajo un secreto presentimiento de la inferioridad personal, tanto mental como moral. Existen, pues, seis clases de envidia, según que su segundo elemento consiste en la concupiscencia ó la lujuria, etc.

El cuadro cerebral condensa todo cuanto hay verdaderamente demostrado actualmente en la teoría positiva de la naturaleza humana. Por esto es por lo que el número y el sitio de los órganos intelectuales y morales se hallan en él indicados solamente, sin precisar ni aun su forma y magnitud. Un estudio objetivo, que aun no se ha

instituído convenientemente, es lo único que puede completar esta teoría subjetiva del cerebro, determinando la constitución propia de cada uno. Pero no debe atribuirse demasiado valor á este complemento, sin el cual la doctrina cerebral puede suficientemente realizar su principal misión, como este catecismo lo demuestra.

La posición de los órganos constituye, en efecto, la determinación más importante, así como también la más difícil. Indica las influencias mutuas que, sin mediación alguna nerviosa, estriban en la simple contigüidad. Así es como se explican fácilmente las relaciones, de otra suerte ininteligibles, y sin embargo incontestables, entre el instinto sexual y el instinto destructor. El orden de los órganos, sobre todo afectivos, mide su energía respectiva por la ley que veis inscrita al cuadro.

Pero el uso más noble del cuadro cerebral consiste en establecer mejor el problema humano, el ascendiente de la sociabilidad sobre la personalidad. Las tres cualidades prácticas son en sí mismas indiferentes al bien y al mal, no aspiran directamente sino á la acción. En cuanto á las cinco funciones intelect-

tuales, su verdadero destino consiste evidentemente en servir á las tres inclinaciones sociales antes que á las siete afecciones personales: éste es el único medio para que su propio progreso se haga duradero y vasto. De todos modos, su debilidad intrínseca las impide á veces resistir á la energía natural de los impulsos egoístas; y de aquí proviene la principal dificultad. Si la inteligencia no hace traición á su santa misión, la personalidad, por otra parte incoherente, fácilmente se subordina á una sociabilidad que jamás la rehusa las satisfacciones convenientes. Estando así fundada la armonía entre el sentimiento y la inteligencia, la actividad sigue espontáneamente un impulso que la procura un campo inagotable. Todo depende, pues, finalmente, de una combinación profunda entre los dos órganos contiguos que presiden respectivamente al principal instinto simpático y al espíritu esencialmente sintético. Representando cada una de las tres regiones cerebrales por su órgano preponderante, la fórmula sagrada del positivismo se halla naturalmente grabada en un cerebro cualquiera, puesto que prescribe la armonía

habitual de los tres órganos adyacentes.

M. Por todo este diálogo y por el precedente, reconozco, padre mío, que el dogma positivo basta ahora al gobierno espiritual de la Humanidad. Su naturaleza profundamente relativa no le permite la inmovilidad propia al carácter absoluto del dogma teológico. Pero esta pretendida inmutabilidad concluye realmente en la muerte, mientras que las modificaciones graduales del positivismo son síntomas ciertos de una vida tan duradera como la de nuestra especie. Sin esperar en él inagotables perfeccionamientos, le creo bastante elaborado para dirigir hoy la reorganización occidental.

S. Esta convicción final me permite, hija mía, proceder ahora á la explicación, primero general, luego especial, del régimen positivista.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE

CALENDARIO POSITIVISTA

PARA UN AÑO CUALQUIERA

ó

Cuadro concreto de la preparación humana,

POR

AUGUSTO COMTE

		PRIMER MES	
		MOISÉS	
		La Teocracia inicial.	
Lunes. . .	1	Prometeo.....	<i>Cadmo.</i>
Martes... .	2	Hércules.....	<i>Teseo.</i>
Miércoles.	3	Orfeo.....	<i>Tiresias.</i>
Jueves... .	4	Ulises.	
Viernes... .	5	Licurgo.	
Sábado... .	6	Rómulo.	
Domingo.	7	Numa.	
Lunes. . .	8	Belo.	<i>Semiramis</i>
Martes... .	9	Sesostris.	
Miércoles.	10	Manú.	
Jueves... .	11	Ciro.	
Viernes. .	12	Zoroastro.	
Sábado... .	13	Los Druidas.....	<i>Ossian.</i>
Domingo.	14	Buda.	
Lunes. . .	15	Fo-Hi.	
Martes... .	16	Lao-Tseu.	
Miércoles.	17	Meng-Tseu.	
Jueves... .	18	Los Teócratas del Tibet.	
Viernes... .	19	Los Teócratas del Japón.	
Sábado... .	20	Manco-Capac.....	<i>Tamehamea</i>
Domingo.	21	Confucio.	
Lunes. . .	22	Abraham.....	<i>José</i>
Martes... .	23	Samuel.	
Miércoles.	24	Salomón.....	<i>David.</i>
Jueves... .	25	Isaías.	
Viernes... .	26	San Juan Bautista.	
Sábado... .	27	Haroun-Al-Raschid... .	<i>Abderramán III.</i>
Domingo.	28	Mahoma.	

SEGUNDO MES
HOMERO
La Poesía antigua.

Lunes...	1	Hesíodo.
Martes...	2	Tirteo..... <i>Safo.</i>
Miércoles.	3	Anacreonte.
Jueves...	4	Píndaro.
Viernes..	5	Sófocles..... <i>Eurípides.</i>
Sábado...	6	Teócrito..... <i>Longus.</i>
Domingo.	7	Esquilo.
Lunes...	8	Scopas.
Martes...	9	Zeuxis.
Miércoles.	10	Ictinus.
Jueves...	11	Praxiteles.
Viernes..	12	Lisipo.
Sábado...	13	Apeles.
Domingo.	14	Fidias.
Lunes...	15	Esopo..... <i>Pilpai.</i>
Martes...	16	Plauto.
Miércoles.	17	Terencio..... <i>Menandro.</i>
Jueves...	18	Fedro.
Viernes..	19	Juvenal.
Sábado...	20	Luciano.
Domingo.	21	Aristófanes.
Lunes...	22	Ennio.
Martes...	23	Lucrecio.
Miércoles.	24	Horacio.
Jueves...	25	Tibulo.
Viernes..	26	Ovidio.
Sábado...	27	Lucano.
Domingo.	28	Virgilio.

TERCER MES
 . ARISTÓTELES
 La Filosofía antigua.

Lunes...	1	Anaximandro.
Martes...	2	Anaximenes.
Miércoles.	3	Heráclito.
Jueves...	4	Anaxágoras.
Viernes..	5	Demócrito..... <i>Leucipo.</i>
Sábado...	6	Heródoto.
Domingo.	7	Tales.
Lunes...	8	Solón.
Martes...	9	Jenófanes.
Miércoles.	10	Empedocles.
Jueves...	11	Tucídides.
Viernes..	12	Arquitas..... <i>Filolao.</i>
Sábado...	13	Apolonio de Tyana.
Domingo.	14	Pitágoras.
Lunes...	15	Aristipo.
Martes...	16	Antistenes.
Miércoles.	17	Zenón.
Jueves...	18	Cicerón..... <i>Plinio el Joven</i>
Viernes..	19	Epicteto..... <i>Arrio</i>
Sábado...	20	Tácito.
Domingo.	21	Sócrates.
Lunes...	22	Jenócrates.
Martes...	23	Filón de Alejandría.
Miércoles.	24	San Juan Evangelista.
Jueves...	25	San Justino..... <i>Santa Iren</i>
Viernes..	26	San Clemente de Alejandría.
Sábado...	27	Orígenes..... <i>Tertuliano</i>
Domingo.	28	Platón.

CUARTO MES

ARQUÍMEDES

La Ciencia antigua.

Lunes...	1	Teofrasto.
Martes...	2	Herófilo.
Miércoles.	3	Erasistrato.
Jueves...	4	Celso.
Viernes..	5	Galeno.
Sábado...	6	Avicena..... <i>Averroes.</i>
Domingo.	7	Hipócrates.
Lunes...	8	Euclides.
Martes...	9	Aristeo.
Miércoles:	10	Teodosio de Bitinia.
Jueves...	11	Heron..... <i>Ctesibio.</i>
Viernes..	12	Pappus.
Sábado...	13	Diofante.
Domingo.	14	Apolonio.
Lunes...	15	Eudoxio..... <i>Arato.</i>
Martes...	16	Pytheas..... <i>Nearco.</i>
Miércoles.	17	Aristarco..... <i>Beroso.</i>
Jueves...	18	Eratóstenes..... <i>Sosígenes.</i>
Viernes..	19	Ptolomeo.
Sábado...	20	Albategnio..... <i>Nassir-Eddin.</i>
Domingo.	21	Hipparco.
Lunes...	22	Varrón.
Martes...	23	Columela.
Miércoles.	24	Vitruvio.
Jueves...	25	Estrabón.
Viernes..	26	Frontino.
Sábado...	27	Plutarco.
Domingo.	28	Plinio el Viejo.

QUINTO MES

CÉSAR

La Civilización militar.

Lunes ...	1	Milciades.
Martes...	2	Leónidas.
Miércoles.	3	Aristides.
Jueves...	4	Cimon.
Viernes..	5	Jeñofonte.
Sábado...	6	Foción..... <i>Epaminonda</i>
Domingo.	7	Temístocles.
Lunes ...	8	Pericles.
Martes...	9	Filipo.
Miércoles.	10	Demóstenes.
Jueves...	11	Ptolomeo Lagus.
Viernes..	12	Philopoemen.
Sábado...	13	Polibio.
Domingo.	14	Alejandro.
Lunes ...	15	Junio Bruto.
Martes...	16	Camilo..... <i>Cincinnati</i>
Miércoles.	17	Fabricio..... <i>Régulo</i>
Jueves...	18	Anibal.
Viernes..	19	Paulo Emilio.
Sábado...	20	Mario..... <i>Los Grac</i>
Domingo.	21	Escipión.
Lunes ...	22	Augusto..... <i>Mecena</i>
Martes...	23	Vespasiano..... <i>Ti</i>
Miércoles.	24	Adriano..... <i>Ner</i>
Jueves...	25	Antonino..... <i>Marco Aureli</i>
Viernes..	26	Papiniano..... <i>Ulpian</i>
Sábado...	27	Alejandro Severo..... <i>Ac</i>
Domingo.	28	Trajano.

SEXTO MES
SAN PABLO
El Catolicismo.

Lunes...	1	San Lucas..... <i>San Jacobo.</i>
Martes...	2	San Cipriano.
Miércoles.	3	San Atanasio.
Jueves...	4	San Jerónimo.
Viernes..	5	San Ambrosio.
Sábado...	6	Santa Mónica.
Domingo.	7	San Agustín.
Lunes...	8	Constantino.
Martes...	9	Teodosio.
Miércoles.	10	San Crisóstomo..... <i>San Basilio.</i>
Jueves...	11	Santa Pulqueria..... <i>Marciano.</i>
Viernes..	12	Santa Genoveva de París.
Sábado..	13	San Gregorio el Grande.
Domingo.	14	Hildebrando.
Lunes...	15	San Benito..... <i>San Antonio.</i>
Martes...	16	San Bonifacio..... <i>San Agustín.</i>
Miércoles.	17	San Isidoro de Sevilla.... <i>San Bruno.</i>
Jueves...	18	Lanfranc..... <i>San Anselmo.</i>
Viernes..	19	Eloísa..... <i>Beatriz.</i>
Sábado...	20	Los arquitectos de la edad media. <i>San</i>
Domingo.	21	San Bernardo. [<i>Benedicto.</i>]
Lunes...	22	San Francisco Javier. <i>Ignacio de Loyola.</i>
Martes...	23	San Carlos Borromeo. <i>Feder. Borromeo.</i>
Miércoles.	24	Santa Teresa. <i>Santa Catalina de Siena.</i>
Jueves...	25	San Vicente de Paúl. <i>El Abate L'Epée.</i>
Viernes..	26	Bourdaloue..... <i>Claudio Fleury.</i>
Sábado...	27	W. Penn..... <i>G. Fox.</i>
Domingo.	28	Bossuet.

SÉPTIMO MES

CARLOMAGNO

La Civilización feudal.

Lunes...	1	Teodorico el Grande.
Martes...	2	Pelagio. [nero.]
Miércoles.	3	Othón el Grande... <i>Enrique el Halco-</i>
Jueves...	4	San Enrique.
Viernes..	5	Villiers. <i>La Valette.</i>
Sábado...	6	D. Juan de Lepanto... <i>Juan Sobieski.</i>
Domingo.	7	Alfredo.
Lunes...	8	Carlos Martel.
Martes...	9	El Cid..... <i>Tancredo.</i>
Miércoles.	10	Ricardo..... <i>Saladino.</i>
Jueves...	11	Juana de Arco..... <i>Marina.</i>
Viernes..	12	Alburquerque..... <i>Walter Raleigh.</i>
Sábado...	13	Bayardo.
Domingo.	14	Godofredo.
Lunes...	15	San León el Grande..... <i>León IV.</i>
Martes...	16	Gerberto..... <i>Pedro Damiano.</i>
Miércoles.	17	Pedro el Ermitaño.
Jueves...	18	Suger..... <i>San Eloy.</i>
Viernes..	19	Alejandro III..... <i>Tomás Becket.</i>
Sábado...	20	San Francisco de Asís. <i>Santo Domingo.</i>
Domingo.	21	Inocencio III.
Lunes...	22	Santa Clotilde.
Martes...	23	Sta. Batilde. <i>Santa Matilde de Toscana.</i>
Miércoles.	24	San Esteban de Hungría. <i>Mateo Corvino.</i>
Jueves...	25	Santa Isabel de Hungría.
Viernes..	26	Blanca de Castilla.
Sábado...	27	San Fernando III..... <i>Alfonso X.</i>
Domingo.	28	San Luis.

OCTAVO MES

DANTE

La Epopeya moderna.

Lunes . . .	1	Los Trovadores.
Martes . . .	2	Boccacio <i>Chaucer.</i>
Miércoles.	3	Rabelais <i>Swift.</i>
Jueves . . .	4	Cervantes.
Viernes . .	5	La Fontaine <i>Roberto Burns.</i>
Sábado . . .	6	Foe <i>Goldsmith.</i>
Domingo.	7	Ariosto.
Lunes . . .	8	Leonardo de Vinci <i>Ticiano.</i>
Martes . . .	9	Miguel Angel <i>Pablo Veronés.</i>
Miércoles.	10	Holbein <i>Rembrandt.</i>
Jueves . . .	11	Poussin <i>Lesueur.</i>
Viernes . .	12	Velázquez <i>Murillo.</i>
Sábado . . .	13	Teniers <i>Rubens.</i>
Domingo.	14	Rafael.
Lunes . . .	15	Froissart <i>Joinville.</i>
Martes . . .	16	Camoens <i>Spencer.</i>
Miércoles.	17	Los Romancistas españoles.
Jueves . . .	18	Chateaubriand.
Viernes . .	19	Walter Scott <i>Fenimore Cooper.</i>
Sábado . . .	20	Manzoni.
Domingo.	21	Tasso.
Lunes . . .	22	Petrarca. [<i>Bunyan.</i>]
Martes . .	23	Tomás de Kempis. <i>Luis de Granada y</i>
Miércoles.	24	Mme. de Lafayette . . . <i>Mme. de Stael.</i>
Jueves . . .	25	Fenelon <i>San Francisco de Sales.</i>
Viernes . .	26	Klopstock <i>Gesner.</i>
Sábado . . .	27	Byron <i>Elisa Mercœur y Shelley.</i>
Domingo.	28	Milton.

		NOVENO MES
		GUTENBERG
		La Industria moderna.
Lunes...	1	Marco Polo..... <i>Chardin.</i>
Martes...	2	J. Cœur..... <i>Gresham.</i>
Miércoles.	3	Gama..... <i>Magallanes.</i>
Jueves...	4	Neper..... <i>Briggs.</i>
Viernes..	5	Lacaille..... <i>Delambre.</i>
Sábado...	6	Cook..... <i>Tasman.</i>
Domingo.	7	Colón.
Lunes...	8	Benvenuto Cellini.
Martes...	9	Amontons..... <i>Wheatstone.</i>
Miércoles.	10	Harrison..... <i>Padre Leroy.</i>
Jueves...	11	Dollond..... <i>Graham.</i>
Viernes..	12	Arkwright..... <i>Jacquart.</i>
Sábado...	13	Conte.
Domingo.	14	Vaucanson.
Lunes...	15	Stevin..... <i>Torricelli.</i>
Martes...	16	Mariotte..... <i>Bayle.</i>
Miércoles.	17	Papin..... <i>Worcester.</i>
Jueves...	18	Black.
Viernes..	19	Jouffroy..... <i>Fulton.</i>
Sábado...	20	Dalton..... <i>Thilorier.</i>
Domingo.	21	Watt.
Lunes...	22	Bernardo de Palissy.
Martes...	23	Guglielmini..... <i>Riquet.</i>
Miércoles.	24	Duhamel (du Monceau)... <i>Bourgelat.</i>
Jueves...	25	Saussure..... <i>Bouguer.</i>
Viernes..	26	Coulomb..... <i>Borda.</i>
Sábado...	27	Carnot..... <i>Vauban.</i>
Domingo.	28	Montgolfier.

DÉCIMO MES

SHAKESPEARE

El Drama moderno.

Lunes...	1	Lope de Vega..... <i>Montalbán.</i>
Martes...	2	Moreto..... <i>Guillén de Castro.</i>
Miércoles.	3	Rojas..... <i>Guevara.</i>
Jueves...	4	Otway.
Viernes..	5	Lessing.
Sábado...	6	Goethe.
Domingo.	7	Calderón.
Lunes...	8	Tirso.
Martes...	9	Vondel.
Miércoles.	10	Racine.
Jueves...	11	Voltaire.
Viernes..	12	Metastasio..... <i>Alfieri.</i>
Sábado...	13	Schiller.
Domingo.	14	Corneille.
Lunes...	15	Alarcón.
Martes...	16	Mme. Motteville..... <i>Mme. Roland.</i>
Miércoles.	17	Mme. Sevigné..... <i>Lady Montague.</i>
Jueves...	18	Lesage..... <i>Sterne.</i>
Viernes..	19	Mme. de Staal..... <i>Miss Edgeworth.</i>
Sábado...	20	Fielding..... <i>Richardson.</i>
Domingo.	21	Molière.
Lunes...	22	Pergolese..... <i>Palestrina.</i>
Martes...	23	Sacchini..... <i>Gretry.</i>
Miércoles.	24	Gluck..... <i>Lully.</i>
Jueves...	25	Beethoven..... <i>Handel.</i>
Viernes..	26	Rossini..... <i>Weber.</i>
Sábado...	27	Bellini..... <i>Donizetti.</i>
Domingo.	28	Mozart.

		UNDÉCIMO MES
		DESCARTES
		La Filosofía moderna.
Lunes ...	1	Alberto el Grande. <i>Juan de Salisbury.</i>
Martes...	2	Roger Bacon..... <i>Raimundo Lulio.</i>
Miércoles.	3	San Buenaventura..... <i>Joachim.</i>
Jueves...	4	Ramus..... <i>El Cardenal de Cusa.</i>
Viernes..	5	Montaigne..... <i>Erasmus.</i>
Sábado...	6	Campanella..... <i>T. Moro.</i>
Domingo.	7	Santo Tomás de Aquino.
Lunes ...	8	Hobbes..... <i>Spinoza.</i>
Martes...	9	Pascal..... <i>Giordano Bruno.</i>
Miércoles.	10	Locke..... <i>Mallebranche.</i>
Jueves...	11	Vauvenargues..... <i>Mme. de Lambert.</i>
Viernes..	12	Diderot..... <i>Duclos.</i>
Sábado...	13	Cabanis..... <i>Jorge Leroy.</i>
Domingo.	14	El Canciller Bacon.
Lunes ...	15	Grocio..... <i>Cujas.</i>
Martes...	16	Fontenelle..... <i>Maupertuis.</i>
Miércoles.	17	Vico..... <i>Herder.</i>
Jueves...	18	Freret..... <i>Winckelmann.</i>
Viernes..	19	Montesquieu..... <i>D'Aguesseau.</i>
Sábado...	20	Buffon..... <i>Oken.</i>
Domingo.	21	Leibnitz.
Lunes ...	22	Robertson..... <i>Gibbon.</i>
Martes...	23	Adam Smith..... <i>Dunoller.</i>
Miércoles.	24	Kant..... <i>Fichte.</i>
Jueves...	25	Condorcet..... <i>Ferguson.</i>
Viernes..	26	José de Maistre..... <i>Bonald.</i>
Sábado..	27	Hegel..... <i>Sofía Germain.</i>
Domingo.	28	Hume.

DUODÉCIMO MES

FEDERICO

La Política moderna.

Lunes ...	1	Doña María de Molina.
Martes...	2	Cosme de Médicis el Viejo.
Miércoles.	3	Felipe de Comines..... <i>Guicciardini.</i>
Jueves...	4	Isabel de Castilla.
Viernes..	5	Carlos V..... <i>Sixto V.</i>
Sábado...	6	Enrique IV.
Domingo.	7	Luis XI.
Lunes ...	8	L'Hopital.
Martes...	9	Banneveldt.
Miércoles.	10	Gustavo Adolfo.
Jueves...	11	D. Witt.
Viernes..	12	Ruyter.
Sábado...	13	Guillermo III.
Domingo.	14	Guillermo el Taciturno.
Lunes ...	15	Jiménez.
Martes...	16	Sully..... <i>Oxenstiern.</i>
Miércoles.	17	Mazarino..... <i>Walpole.</i>
Jueves...	18	Colbert..... <i>Luis XI.</i>
Viernes..	19	Conde de Aranda..... <i>Pombal.</i>
Sábado...	20	Turgot..... <i>Campomanes.</i>
Domingo.	21	Richelieu.
Lunes ...	22	Sidney..... <i>Lambert.</i>
Martes...	23	Franklin..... <i>Hampden.</i>
Miércoles.	24	Washington..... <i>Kosciusko.</i>
Jueves...	25	Jefferson..... <i>Madison.</i>
Viernes..	26	Bolívar..... <i>Toussaint-Louverture.</i>
Sábado...	27	Francia.
Domingo.	28	Cromwell.

		DÉCIMOTERCERO MES	
		BICHAT	
		La Ciencia moderna.	
Lunes ...	1	Copérnico.....	<i>Tycho-Brahe.</i>
Martes...	2	Kepler	<i>Halley.</i>
Miércoles.	3	Huyghens	<i>Varignon.</i>
Jueves...	4	Jacobo Bernoulli.	<i>Juan Bernoulli.</i>
Viernes..	5	Bradley	<i>Rømer.</i>
Sábado...	6	Volta.....	<i>Sauveur.</i>
Domingo.	7	Galileo.	
Lunes ...	8	Vieta	<i>Harriot.</i>
Martes...	9	Wallis	<i>Fermat.</i>
Miércoles.	10	Clairaut.....	<i>Poinsot.</i>
Jueves...	11	Euler.....	<i>Monge.</i>
Viernes..	12	D'Alembert...	<i>Daniel Bernoulli.</i>
Sábado...	13	Lagrange.....	<i>José Fourier.</i>
Domingo.	14	Newton.	
Lunes ...	15	Bergmann.....	<i>Scheele.</i>
Martes...	16	Priestley.....	<i>Davy.</i>
Miércoles.	17	Cavendish.	
Jueves...	18	Guyton-Morveau	<i>Geoffroy.</i>
Viernes..	19	Berthollet.	
Sábado...	20	Berzelius.....	<i>Ritter.</i>
Domingo.	21	Lavoisier.	
Lunes ...	22	Harvey.....	<i>Ch. Bell.</i>
Martes...	23	Boerhaave.....	<i>Stahl-Barther.</i>
Miércoles.	24	Linneo	<i>Bernardo de Jussieu.</i>
Jueves...	25	Haller.....	<i>Vicq. d'Azyr.</i>
Viernes..	26	Lamarck	<i>Blainville.</i>
Sábado...	27	Broussais.....	<i>Morgagni.</i>
Domingo.	28	Gall.	

Fiesta universal de los MUERTOS.
Fiesta general de las SANTAS MUJERES.

Día complementario.....
Día adicional de los años bisiestos.....

Volúmenes.

- XV. RICHTER. *Teorías estéticas*. Trad. de J. V.
XXVIII y XXIX. KANT. *Crítica de la razón
práctica*. Trad. de A. Z.
-

Filosofía cristiana.

- XII y XIII. SANTO TOMÁS. *Teodicea*. Traduc-
ción directa de J. Vargas.
XVI. PASCAL. *Pensamientos*. Trad. de I. G. y
González.
XVII. FENELON. *El ente infinito*. Trad. de An-
tonio Zozaya.
XXV. KEMPIS. *Imitación de Cristo*. Trad. del
P. Juan Eusebio Nieremberg.
XXVII. LUIS VIVES. *Introducción á la sabiduría*.
Trad. de Diego de Astudillo.
-

Filosofía moderna.

- II. DESCARTES. *Discurso del método*. Traduc-
ción de J. de V. (2.^a edición.)
VI, VII y VIII. SPINOZA. *Tratado teológico po-
lítico*. Trad. de A. Z. y J. V.
X. ROUSSEAU. *Del contrato social*. Trad. de
A. Zozaya.
XI. LAMENNAIS. *El libro del pueblo. El eco de
las cárceles*. Trad. de id.
XXII. DESCARTES. *Meditaciones metafísicas*.
Trad. de A. Zozaya.

Volúmenes.

XXX y XXXI. COMTE. *Catecismo Positivista.*
Traducción de idem. (Tomos I y II.)

EN PREPARACIÓN

XXXII. COMTE. *Catecismo Positivista.* Traduc-
ción de A. Zozaya. (Tomo III.)

Filosofía española contemporánea.

IX. SANZ DEL RÍO. *El idealismo absoluto.*
Discurso pronunciado en la Univer-
sidad.

XXVI. F. GINER. *Estudios sobre educación.*

Seguirán obras de Ahrens, Bentham, Confucio, Haeckel, Hamilton, Hegel, Hobbes, Humboldt, Hume, Krause, Lessing, Littré, Locke, Lotze, Lulio, Mahoma, Maimónides, Malebranche, Pi y Margall, Proudhon, Roscelín, Rosmini, Salmeron, San Agustín, San Anselmo, San Isidoro, San Juan Damasceno, Savonarola, Schopenhauer, Séneca, Spencer, Stahl, Strauss, Stuart Mill, Taparelli, Tiberghien, Vico, Wolf, Zimmerman, Zoroastro, etc.

ADVERTENCIAS.— No se sirve pedido cuyo pago no se acompañe.

El precio de cada volumen en provincias es 60 céntimos.

BIBLIOTECA ECONÓMICA FILOSÓFICA

VOL. XXXII

CATECISMO
POSITIVISTA

POR

A. COMTE

TOMO III

2

REALES

MADRID

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Plaza del Progreso, 3, 2.º

BIBLIOTECA ECONÓMICA FILOSÓFICA
2 reales volumen.

CATÁLOGO

Filosofía antigua.

Volúmenes.

- I. PLATON. *Diálogos socráticos*. Trad. de J. de Vargas. (2.ª edición.)
XIV. EPICTETO. *Máximas*. Trad. de A. Zozaya.
XVIII y XIX. PLATON. *Diálogos polémicos*. Traducción de id.
XX. CICERON. *De la República*. Trad. directa de id.
XXI. MARCO AURELIO. *Los Doce Libros*. Traducción directa de J. Diaz de Miranda.
XXIII y XXIV. ARISTÓTELES. *La Política*. Versión castellana de Antonio Zozaya.
-

Filosofía alemana.

- III. KANT. *Fundamentos de una metafísica de las costumbres*. Trad. de Antonio Zozaya. (2.ª edición.)
IV. SCHELLING. *Bruno ó del principio divino y natural de las cosas*. Trad. de A. Z.
V. LEIBNITZ. *La Monadología. De la naturaleza en sí misma. Del radical origen de las cosas*. Trad. de A. Z.

BIBLIOTECA
ECONÓMICA FILOSÓFICA

VOLUMEN XXXII

BIBLIOTECA ECONÓMICA FILOSÓFICA

2 REALES VOLUMEN

EXTRACTO DEL CATÁLOGO

FILOSOFÍA MODERNA

Volúmenes.

- II. DESCARTES. *Discurso del método*. Traducción de J. de Vargas. (2.^a edición.)
- VI, VII y VIII. SPINOZA. *Tratado teológico-político*. Traducción de A. Z. y J. V.
- X. ROUSSEAU. *Del Contrato social*. Traducción de Antonio Zozaya.
- XI. LAMENNAIS. *El libro del pueblo. El eco de las cárceles*. Traducción de ídem.
- XXII. DESCARTES. *Meditaciones metafísicas*. Traducción de ídem.
- XXX, XXXI y XXXII. COMTE. *Catecismo Positivista*. Traducción de ídem. (Tomos I, II y III.)

BIBLIOTECA ECONÓMICA FILOSÓFICA

VOLUMEN XXXII

REPÚBLICA OCCIDENTAL
ORDEN Y PROGRESO — VIVIR PARA EL PRÓJIMO

CATECISMO POSITIVISTA

6

Sumaria exposición de la religión universal
en trece diálogos sistemáticos
entre una mujer y un sacerdote de la Humanidad.

POR

AUGUSTO COMTE

TRADUCCIÓN DE

ANTONIO ZOZAYA .

TOMO III

El Amor por principio
Y el Orden por base.
El Progreso por fin.

MADRID
DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Plaza del Progreso, 3, 2.º

1887

Queda hecho el depósito que marca la ley.

IMPRESA DE MANUEL MINUESA DE LOS RÍOS
Miguel Servet, 13.—Teléfono 651.

TERCERA PARTE

Explicación del régimen.

DIÁLOGO NOVENO

DEL RÉGIMEN EN GENERAL

LA MUJER. En este estudio final sienta, padre mío, que mi actitud debe seguir siendo casi tan pasiva como en el dogma, aunque espero hallar en él menos dificultades. El régimen no me presenta un dominio esencialmente afectivo, como lo era el del culto, en que algunas veces podía yo adelantar espontáneamente vuestras explicaciones. Aquí el corazón no puede bastar á procurarme puntos de vista que suponen casi siempre la experiencia más completa y la reflexión más profunda, naturalmente negadas al sexo, cuyas contemplaciones no podrían traspasar con éxito los límites de la vida privada. Porque es preciso ahora construir directamente las reglas generales que

presidir deben los actos humanos, sobre todo los habituales y aun los excepcionales. Ahora bien: esta determinación exige una exacta apreciación de nuestra existencia, tanto colectiva como individual, á fin de juzgar los verdaderos resultados propios á cada sistema de conducta. Las aberraciones del sentimiento deben evitarse en ella, tanto más, cuanto su influencia sería más perniciosa, como inmediatamente relativa á la vida real y común.

EL SACERDOTE. Es preciso, hija mía, que esta digna reserva no os disimule jamás el oficio fundamental que el conjunto del régimen humano asigna á vuestro sexo. Todo el estudio del dogma positivo lleva á concluir que nuestra verdadera unidad consiste, sobre todo, en vivir para el prójimo. El culto está luégo destinado principalmente á desarrollar los sentimientos que exige tal disposición. Tras este doble fundamento, el régimen debe ahora hacer directamente prevalecer, en la existencia práctica, este único principio de la armonía universal. Pero tal fin supone necesariamente el concurso íntimo y continuo de los dos sexos, porque depende tanto del entendimiento como del co-

razón. Pasando así de la moral teórica á la moral práctica, sólo la inteligencia puede determinar qué hábitos deben prevalecer y aun por qué medios pueden adquirirse. Pero este doble estudio fracasaría casi siempre si el sentimiento no hiciese vencer constantemente sus grandes dificultades. De aquí resultan las participaciones respectivas del sacerdocio y del sexo afectivo en nuestro régimen moral. Mientras que el sacerdote obra sobre el corazón por el entendimiento, apreciando cada conducta, la mujer debe obrar sobre el entendimiento por el corazón, haciendo espontáneamente prevalecer la mejor disposición. Este concurso necesario conviene igualmente á la edad preparatoria y á la existencia real.

M. Tranquilizada por este preámbulo, debo, ante todo, preguntaros, padre mío, cuál es el verdadero campo de esta tercera parte de nuestra religión. Aunque el régimen concierne siempre á la vida activa, como el dogma se refiere á la vida especulativa y el culto á la vida afectiva, comprendería difícilmente que sus prescripciones religiosas se extendiesen á una actividad cualquiera. Sin embargo, no veo en

qué podría descansar su correspondiente distinción.

S. El dominio práctico de la religión se limita, hija mía, á las disposiciones verdaderamente universales, sin penetrar en el cumplimiento especial de cada oficio. Debe, por lo tanto, apreciar exactamente las diversas funciones sociales, pero solamente para prescribir en ellas las reglas propias á conservar y desarrollar la armonía general. Todo lo que concierne á su ejecución particular corresponde á los diferentes modos ó grados del gobierno propiamente dicho, sea privado ó público, y jamás al sacerdocio.

Á fin de precisar mejor esta distinción fundamental, es preciso ahora extender al progreso la división general que el estudio del dogma os ha hecho familiar en lo que respecta al orden. Puesto que hemos descompuesto, ante todo, el orden universal en orden exterior y orden humano, debemos análogamente apreciar los perfeccionamientos que implica. Se distingue así dos clases de progreso, uno exterior, otro humano. Aunque ambos se refieren finalmente á nosotros mismos, el último concierne sólo á nuestra propia naturaleza, y el primero se limita á

nuestra situación, que mejora rigiéndola en todas las existencias capaces de afectar á la nuestra. Por esto este progreso exterior sigue siendo habitualmente material, aunque se extiende al orden vital propiamente dicho, pero simplemente en las especies que nos sirven de provisiones ó de instrumentos. Siendo el punto de vista del progreso necesariamente más subjetivo que el del orden, la uniformidad de lenguaje no podría corresponder siempre en él á la identidad de las nociones.

Esta distinción basta para introducir convenientemente la división fundamental entre los dominios prácticos del gobierno y del sacerdocio. Concibiendo todas las fuerzas sociales como igualmente encaminadas al perfeccionamiento universal, es preciso también distinguirlas según que mejoran el orden exterior ó el orden humano. Tal es la mejor fuente elemental de la separación normal entre la acción temporal y la acción espiritual. La dignidad superior de ésta resulta entonces de la preponderancia natural del progreso correspondiente. Así, el dominio práctico de la religión consiste en perfeccionar el orden humano, primero

físico, luégo moral y por fin y sobre todo moral. Pese á la diversidad de estos tres aspectos, deben siempre permanecer inseparables, por su íntima conexión, que es preciso respetar aún más por la acción que por la especulación. En cuanto al orden exterior, su mejoramiento directo y especial no concierne á la religión: constituye el dominio propio de la política ó de la industria. De todos modos, la religión tiene en él indirectamente una participación importante, si no gèneral, por la gran influencia que el estado del agente humano ejerce necesariamente sobre los resultados efectivos de toda su acción. En toda operación práctica, el éxito exige ante todo que cada operario sea honrado, inteligente y activo. En este sentido solamente influye siempre la religión en la constitución fundamental de cada especial industria.

M. Así, padre mío, la moral, considerada como un arte, difiere de todas las demás por su entera generalidad. Este es el único que debe ser universalmente aprendido, puesto que todas las existencias humanas tienen de él una necesidad continua. Corresponde, pues, á todos su estudio es-

pontáneo, en proporción á su aptitud general y á sus luces empíricas. Pero no puede ser sistematizado sino por el sacerdocio, por sus relaciones necesarias con el conjunto de las teorías reales. De este modo la moral me parece constituir el dominio esencial de la religión, primero como ciencia, y aun luégo como arte.

S. Debéis, hija mía, completar tal apreciación considerando la participación especial del sacerdocio positivo en el conjunto de cada industria, en cuanto es el único conecedor de todas las leyes esenciales del orden exterior. Aunque estas nociones teóricas jamás puedan dispensar de los estudios prácticos, como sueña á veces el orgullo científico, deben siempre servirles de base y aun de guía. Habiendo, ante todo, aprendido del sacerdocio las principales leyes de los fenómenos modificables, cada práctico une luégo á ellas todos los desarrollos especiales resultados de sus inducciones empíricas. Cuando la marcha de sus trabajos propios le hace sentir la necesidad de nuevas nociones generales, es aun al sacerdocio á quien debe pedir las, en lugar de perturbar el desarrollo de su industria con una vana cultura científica.

M. Tras esta explicación, comprendo, padre mío, la separación fundamental entre el sacerdocio y el gobierno como resultado necesario de la división entre la teoría y la práctica. Pero la apreciación precedente no se refiere esencialmente sino al progreso, es decir, á la actividad. Ahora bien: para establecer sólidamente un principio tan capital, convendría aun, en mi opinión, unirle directamente al orden propiamente dicho, es decir, á la conservación. Si, en la armonía social, el proletariado debe, naturalmente, ser sobre todo progresista, mi sexo, por su situación pasiva, funciona en ella, principalmente, como conservador.

S. Para satisfaceros convenientemente, basta, hija mía, considerar estáticamente el régimen humano. Estudiad en él la existencia en vez del movimiento, y llegaréis pronto á la división de los dos poderes, como base universal del orden social; partiendo del solo principio de la cooperación, sobre el cual Aristóteles fundó la verdadera teoría de la asociación cívica resultada del concurso de las familias. Porque cada servidor de la Humanidad debe siempre ser apreciado bajo dos aspectos distintos, aunque simul-

táneos, primero en su oficio especial, luégo en cuanto á la harmonía general. El primer deber de todo órgano social consiste, sin duda, en llenar bien su propia función. Pero el buen orden exige también que cada cual ayude todo lo posible en la realización de los demás oficios. Tal atributo llega á ser el principal carácter del organismo colectivo, por la naturaleza inteligente y libre de todos sus agentes.

Además, existe espontáneamente una oposición cada vez más pronunciada entre estos dos oficios, uno especial, otro general, de cada funcionario humano. Porque, particularizándose el primero más á medida que la cooperación se desarrolla, suscita disposiciones intelectuales, y aun tendencias morales, que desvían más y más de una general apreciación, hecha así cada vez más difícil. Tal es el verdadero punto de vista elemental de la teoría general del gobierno, primero temporal, luégo espiritual.

No pudiendo ninguna función social, ni aun vital, cumplirse bien sino por un órgano propio, el menor concurso humano exige, pues, una fuerza especialmente destinada á sujetarle á

los puntos de vista y á los sentimientos del conjunto de los agentes que tienden siempre á separarse de él. Debe sin cesar contener sus divergencias y desarrollar sus convergencias. Por otra parte, esta potencia indispensable surge naturalmente de las desigualdades que suscita siempre el progreso humano.

Pese á la íntima simpatía que constituye la simple asociación doméstica, aun reducida á la combinación binaria fundamental, jamás está exenta de tal necesidad. Esto puede apreciarse mejor en el gran axioma: *No existe sociedad sin gobierno.*

En el orden cívico, cada concurso de familias para un fin determinado hace pronto surgir un jefe práctico cuya autoridad se halla espontáneamente limitada por el conjunto de las operaciones que puede realmente dirigir, ya por su propia aptitud, ya, sobre todo, en virtud de su capital. Aquí es donde reside el verdadero poder temporal, igualmente capaz de impulsar y de contener, según las necesidades. Todo poder más vasto emana necesariamente de una fuente espiritual. Los diferentes jefes prácticos tienden á coordinarse entre sí en vir-

tud de una jerarquía resultada de las relaciones naturales de sus diversos trabajos. Este concurso espontáneo instituye, pues, una clase de gobierno más general, pero siempre reducido á su poder material, más propio á resistir que á dirigir. Sus diferentes miembros son ordinariamente incapaces de comprender el conjunto correspondiente, á pesar de la competencia de cada uno de ellos en uno de los sistemas parciales.

La simple solidaridad bastaría, pues, cuando se extiende un poco, para indicar la insuficiencia del poder práctico, y la necesidad de una autoridad teórica que, prohibiendo toda acción especial, haga constantemente prevalecer la general armonía. Pero la continuidad, de que depende más y más el orden humano, hace esta necesidad plenamente irrecusable. Aspirando estos poderes empíricos á dirigir el presente, no conocen ni el pasado que le domina ni el porvenir que prepara. Así su intervención es ciega y á veces perturbadora, cuando no la subordinan á los consejos teóricos. Al propio tiempo, la influencia sacerdotal viene á serles indispensable, como la única capaz de consagrar su ascendiente

material, casi siempre expuesto á envidiosas oposiciones. Cada conservación consiste en representar el poder correspondiente como el ministro de un poder superior generalmente respetado: Dios bajo el régimen provisional, la Humanidad en el orden definitivo. Pero esto supone siempre, sobre todo en este estado final, que el presente se une dignamente al pasado y al porvenir. El sacerdocio, único que puede instituir este doble enlace, se hace así el consagrador necesario de todos los poderes humanos, sin necesitar para sí consagración alguna extraña, puesto que es el órgano directo de la suprema autoridad.

Hé aquí de dónde procede este segundo axioma: *Ninguna sociedad puede conservarse ni desarrollarse sin un sacerdocio cualquiera*. Igualmente indispensable á todos para la educación y el consejo, este poder teórico es el único capaz de consagrar á los gobernantes y de proteger á los gobernados. Constituye el moderador normal de la vida pública, como la mujer el de la vida privada, aunque estas dos existencias exigen además el concurso continuo de la influencia moral con el poder intelectual. Podéis resumir el

conjunto de las atribuciones sociales del sacerdocio, calificándole de *Juez*, según la expresión bíblica. Porque su triple oficio de consejero, consagrador y regulador, se realiza siempre juzgando.

M. El catolicismo me había felizmente preparado, padre mío, para concebir bien este principio fundamental, á pesar del crédito obtenido por los sofismas protestantes y deístas, dirigidos con ciego encarnizamiento contra la principal construcción de la edad media. Pero no comprendo suficientemente por qué el positivismo, consolidando y desarrollando este gran bosquejo, conserva expresiones que en un principio parece que no se refieren sino á su origen teológico, aunque admitan un sentido puramente natural. Además del justo respeto que debe inspirar esta nomenclatura histórica, presumo que descansa también en motivos dogmáticos, aunque los desconozco.

S. Resultan, sobre todo, hija mía, de la falta de homogeneidad que presentan estas dos expresiones, cuyo contraste recuerda los dos principales caracteres de la gran división social. Calificando de *espiritual* el poder teó-

rico, muestra lo bastante que el otro es puramente material. Con esto se halla indirectamente señalada su mejor comparación social, que consiste en considerarles como propios á disciplinar uno las voluntades y otro los actos. Recíprocamente, calificar de *temporal* el poder práctico, es recordar suficientemente la eternidad que caracteriza al poder teórico. En un punto se define así sus dominios respectivos; de una parte el presente, de otra el pasado y el porvenir: uno instituye especialmente la solidaridad, el otro la continuidad; á uno corresponde, sobre todo, la vida objetiva, á otro la vida subjetiva. Además, estos dos atributos esenciales, simultáneamente indicados por la discordancia misma de los nombres usados, concurren á recordar también la última oposición de los dos poderes humanos, en cuanto á su respectiva extensión. Porque el poder teórico, sea como espiritual ó como eterno, implica espontáneamente una entera universalidad; mientras que la autoridad práctica, en cuanto material y temporal, permanece necesariamente local. De este contraste final resulta su separación, tan pronto como es bastante desarrollada.

M. Mis antiguas costumbres católicas me disponen, padre mío, á condensar todas las atribuciones esenciales del poder espiritual en la dirección sistemática de la educación universal, en que su competencia exclusiva se hace incontestable.

S. Tal es, en efecto, hija mía, el oficio fundamental del sacerdocio, que cuando cumple dignamente este principal deber, ejerce necesariamente una gran influencia sobre el conjunto de la vida humana. Las otras funciones sociales constituyen solamente la consecuencia natural ó el complemento indispensable de este destino característico. La predicación viene á ser en él, ante todo, una prolongación necesaria, para unir convenientemente los principios de la armonía universal, que la actividad especial nos lleva con frecuencia á desconocer. También en virtud de esta base adquiere el poder espiritual aptitud para consagrar las funciones y los órganos en nombre de una doctrina unánimemente considerada como reguladora de la humana existencia. Análogamente ejercita su influencia consultiva sobre todos los actos importantes de la vida real, privada y pública, en que cada cual ex-

perimenta con frecuencia la necesidad de recurrir libremente á los consejos esclarecidos y benevolentes de los sabios que han de dirigir su iniciación sistemática. Por último, la educación permite al sacerdocio llegar á ser, de común acuerdo, el regulador normal de los conflictos prácticos, por la igual confianza que inspira naturalmente á los superiores y á los inferiores.

M. Soy así llevada, padre mío, á preguntaros en qué consiste, en el régimen positivo, esta función preponderante del poder religioso. Ya comprendo que la educación debe, sobre todo, disponer á vivir para el prójimo, á fin de que pueda revivir en otro, y por otro, un ser espontáneamente inclinado á vivir en sí y para sí. Esta gran transformación exige el íntimo concurso de la mujer y del sacerdote, obrando convenientemente sobre el corazón y el entendimiento. Pero necesito concebir con más precisión su misión respectiva.

S. Para esto, hija mía, considerad ante todo la educación propiamente dicha, naturalmente terminada en la edad de la emancipación, en que cada uno, después de haber recibido el tercer sacramento social, se hace, por fin,

un servidor directo de la Humanidad, que hasta entonces debe tenerse en tutela. Descómpónese luégo esta preparación de veintiún años en dos partes esenciales, una espontánea, otra sistemática, de las cuales la segunda dura dos veces menos que la primera. Distinguiréis así las dominaciones sucesivas del sexo afectivo y del poder teórico en el conjunto de la iniciación humana, comenzada por el corazón y completada por el entendimiento, si bien ambas de él participan siempre.

La primera fase, que se extiende hasta la pubertad, debe dividirse en otras dos de igual duración, que separa la dentición normal. Hasta este límite, la madre por sí sola dirige una educación enteramente espontánea, á la vez física, intelectual y moral. Aunque el desarrollo corporal debe en ella prevalecer, el corazón toma pronto una parte decisiva, que se hará sentir durante toda la existencia. El proceso de las afecciones domésticas conduce en ella ya al niño al primer bosquejo del culto positivo, por la adoración de su madre, que le representa necesariamente la Humanidad, cuya preponderancia distinta se le hace, por lo tanto, apreciable por la institución del

lenguaje. Al mismo tiempo, el entendimiento recoge empíricamente nociones de todos géneros, que suministran luego los materiales de la verdadera sistematización. Si se utiliza lo bastante estos ejercicios naturales de los sentidos y de los músculos, sin alterar jamás su espontaneidad, la vida especulativa y la vida activa se hallarán felizmente bosquejadas, subordinándose siempre á la vida objetiva. Pero sólo la madre puede combinar dignamente estos tres aspectos. Invitará al niño, sobre todo patricio, á la realización habitual de algunas operaciones mecánicas, á fin de que aprecie mejor la dificultad de guiar el menor trabajo hasta su destino usual, y de que simpatice más con las clases correspondientes. Estos ejercicios harán al entendimiento más preciso y más claro, y al corazón más tierno y más humilde.

Desde la dentición hasta la pubertad, la educación doméstica comienza á sistematizarse por la introducción gradual de una serie de estudios regulares. No obstante, es siempre dirigida por la madre, que puede fácilmente guiar trabajos puramente estéticos, cuando ella misma ha recibido conve-

nientemente la educación universal. Hasta este punto se ha debido impedir cuidadosamente todo estudio propiamente dicho, aun de lectura y escritura, salvo las adquisiciones verdaderamente espontáneas. Pero aquí nace el hábito del trabajo intelectual, por el desarrollo regulado de las facultades de expresión, cuya cultura conviene eminentemente á esta segunda infancia. Tal estudio, esencialmente exento de préceptos, consiste solamente en ejercicios estéticos, en que las lecturas poéticas son hábilmente combinadas con el canto y el dibujo. En tanto que el desarrollo moral se continúa en él espontáneamente, el culto se desarrolla pronto, á medida que el niño adquiere nuevos medios para expresar mejor sus afecciones. Debe, en efecto, resumir el conjunto de sus ejercicios por un canto y un retrato consagrados á su madre. Al mismo tiempo adquiere un sentimiento más completo de la Humanidad, familiarizándose con las principales obras maestras de todas las artes; cuidando de que ninguna mezcla de producciones medianas altere á la vez su gusto y su moralidad.

M. Estas dos edades de la educa-

ción doméstica no me presentan, padre mío, dificultades serias sino en religión. Por más que entonces se pueda disponer hacia ella mucho al niño por el corazón, no podrá intentarse enseñarle cosa alguna dogmáticamente sin base científica, como en su preparación última. Sin embargo, no es posible evitar que se informe y ocupe de estas cosas.

S. Recordad, hija mía, que cada evolución individual debe espontáneamente reproducir todas las fases esenciales de la iniciación colectiva. Comprenderéis así que es preciso, en este respecto, dejar al niño seguir libremente las leyes generales de nuestro desarrollo intelectual. Será naturalmente fetichista hasta la dentición, y después politeísta hasta la pubertad. Estos dos estados filosóficos le dispondrán, como la especie, á desarrollar mejor, primero el espíritu de observación, luego las facultades estéticas.

En cuanto á las cuestiones que podrá someter á sus padres, si se observa que piensan de otro modo que él, el carácter profundamente relativo del positivismo les permitirá siempre contestarle sin hipocresía. Les bastará declararle lealmente que sus opiniones

actuales son las que convienen á su edad, pero advirtiéndole que las cambiará pronto, siguiendo la ley que ellos mismos siguieron antes. Haciéndole observar que ha pasado ya espontáneamente del fetichismo al politeísmo, creará sin trabajo en nuevas transformaciones, que, por otra parte, no debe acelerar artificialmente. Su entendimiento se halla así desviado de lo absoluto, mientras que su corazón simpatiza mejor con los pueblos que representan estos estados preliminares.

M. Cada aclaración me permite, padre mío, pasar á la apreciación de la educación sistemática. Aunque debe ser siempre dirigida por el sacerdocio, el ascendiente continuo que el positivismo concede al corazón sobre el entendimiento me anuncia ya que jamás sustraerá al adolescente á sus relaciones de familia. Su reacción cotidiana se le hace aún más necesaria cuando sus preocupaciones teóricas pueden secar su corazón y enorgullecerle. Conozco la profunda aversión que os inspiran nuestros claustros escolásticos, en que la corrupción se desarrolla aún más que la estupidez.

S. En efecto, hija mía, siempre

bajo la inspección de su madre, va el adolescente, después de haber recibido el sacramento de la iniciación, todas las semanas á oír del sacerdocio, en la escuela aneja al templo de la Humanidad, una ó dos lecciones de dogma. El fruto principal de esta enseñanza exterior depende, por lo demás, del trabajo interior correspondiente; porque la verdadera influencia didáctica, lejos de dispensar de la meditación, dispone más á ella.

El plan general de este estudio sistemático del dogma positivo está naturalmente indicado por la jerarquía enciclopédica que caracteriza el orden universal. A sus siete grados fundamentales corresponden otros tantos años de noviciado teórico, reservando la cuarta parte de cada uno de ellos para el examen y el reposo. El número de lecciones anuales se halla así reducido á cuarenta, con una sola por semana, lo cual basta al estudio filosófico de cada ciencia. Solamente la extensión y la dificultad especiales de la iniciación matemática, cuya importancia teórica prevalecerá siempre, exigen dos conferencias semanales durante los dos primeros años, en que el aprendizaje práctico ocupa menos. Así es

que, desde la geometría hasta la moral, todo adolescente debe sistemáticamente llevar á cabo, en siete años, la ascensión objetiva que exigió tantos siglos á la marcha espontánea de la Humanidad.

Durante esta elaboración teórica, un monoteísmo gradualmente simplificado le procura, como á la especie, una transición general hacia el positivismo final. La uniformidad normal del sacerdocio occidental hará tales estudios plenamente conciliables con los preciosos viajes de nuestros proletarios. En tanto se realicen, la prolongación natural de la cultura estética secundará la influencia maternal para prevenir ó separar su moral degeneración. Limitadas en un principio á nuestras lenguas vivas, las lecturas poéticas de los occidentales abrazarán entonces las fuentes greco-romanas de nuestro desarrollo intelectual y social, pero siempre sin maestro especial alguno.

Después de haber desarrollado su culto íntimo, y sentido ya el culto doméstico, el futuro ciudadano comienza directamente la adoración sistemática del verdadero Gran Ser, del cual puede entonces apreciar dignamente los

principales beneficios. El conjunto de estas preparaciones lleva al joven positivista á merecer el sacramento de la admisión, cuando su entendimiento puede, por fin, servir á la Familia, la Patria y á la Humanidad, sin que su corazón deje de amarlas.

M. Durante esta última iniciación, la inspección maternal me parece, padre mío, que debe preocuparse grandemente de las desviaciones apasionadas á que el adolescente se halla entonces expuesto. Los discursos de los médicos me han asustado á veces en este punto, haciéndome creer que las leyes naturales de nuestro desarrollo corporal no hacen estos vicios ordinariamente inevitables. Necesito tranquilizarme acerca de tal peligro, en que la perturbación moral puede también comprometer la evolución teórica.

S. Hija mía, os afectarán mucho menos estas declamaciones doctorales si comprendéis lo bastante la profunda incompetencia de sus autores. Pese á su pretensión de estudiar al hombre, los médicos, teóricos ó prácticos, están lejos de poder conocer su naturaleza, sobre todo entre los modernos. Porque se limitan esencialmente á lo que tenemos de común con los demás

animales; de suerte que merecerían más bien el título de veterinarios, si la cultura empírica no compensase un poco, en los mejores de ellos, los vicios de la instrucción teórica. Puesto que el hombre es el más indivisible de los seres vivos, aquel que no estudia en él el alma y el cuerpo simultáneamente, no puede de él formarse sino nociones falsas ó superficiales.

El materialismo académico no podrá, pues, prevalecer contra experiencias numerosas y decisivas, plenamente explicadas por la verdadera teoría de la naturaleza humana. Esta pretendida fatalidad sexual se halló comúnmente vencida durante toda la edad media, en todos aquellos que sufrieron lo bastante la disciplina católica y caballeresca. Aun en medio de la anarquía moderna, muchos ejemplos individuales demuestran aún la posibilidad de conservar hasta el matrimonio una verdadera pureza. Una existencia laboriosa, y sobre todo el desarrollo continuo de las afecciones domésticas, bastan ordinariamente á prevenir tales peligros, que no llegan á ser verdaderamente inevitables sino en casos muy excepcionales, erigidos demasíadamente en tipos por doctores extraños á los

hechos morales. Nuestros jóvenes adeptos se habituarán desde la infancia á mirar el triunfo de la sociabilidad sobre la personalidad como el principal destino del hombre. Se prepararán para dominar un día el instinto sexual luchando en hora buena con el instinto nutritivo, que, por otra parte, se liga á él naturalmente por la contigüidad de sus órganos. Sabéis, por último, que una profunda ternura constituyó siempre el mejor preservativo del libertinaje. Así la madre acabará de garantizar á su hijo contra los vicios que condenáis, disponiéndole á cultivar dignamente las afecciones personales que deben luégo fijar su destino doméstico, en vez de esperar á que surjan bruscamente de contactos fortuitos.

M. Esta preciosa explicación nada me deja, padre mío, que desear, en lo que respecta al conjunto de la educación positiva; únicamente noto un vacío en lo que concierne especialmente á mi sexo. Comprendo yo que, para permitir á las madres dirigir la iniciación doméstica, ellas mismas deben haber participado dignamente de la instrucción enciclopédica, de que nadie debe ser excluído, salvo raras excep-

ciones individuales. Sin esta plena universalidad, la fe positiva no podrá obtener el ascendiente sistemático que exige su destino social. Además, la madre no podría conservar la inspección moral de la educación humana si su propia ignorancia la expusiera al menosprecio de un hijo lleno á veces de orgullo teórico. Pero dudo, no obstante, que las mujeres deban seguir los mismos estudios que los hombres y con los mismos maestros, aunque sean separadas las lecciones.

S. El gran Molière os contesta, hija mía, prescribiendo á vuestro sexo *nociones de todo*. Porque nuestra instrucción enciclopédica no tiene, en efecto, otro fin. Es enteramente independiente del carácter especial que os repugna justamente en los estudios actuales, tan poco conveniente de ordinario á las mujeres como á los hombres. De este fondo común, cada práctico ó teórico debe luégo sacar espontáneamente los desarrollos propios á su destino, sin necesitar ordinariamente enseñanza alguna particular, á menos que no haya recibido mal la universal iniciación.

Nuestro plan general del noviciado sistemático no implica realmente,

para vuestro sexo, otra reducción que la de las dobles conferencias semanales que distinguen á sus dos primeros años. Dispensadas de la vida activa, las mujeres deben limitarse, en matemáticas, á un estudio más lógico que científico, para el cual basta una lección por semana, como en todo el resto del curso septenario. Esta simplificación exige solamente más esfuerzos filosóficos en el profesor.

En cuanto á la diversidad de los funcionarios, tendería á desacreditar á los maestros y á los discípulos. Sería, además, contraria á la naturaleza profundamente sintética que debe caracterizar al sacerdocio positivo. A fin de excluir mejor las tendencias dispersivas, importa que cada sacerdote enseñe sucesivamente los siete grados enciclopédicos. De aquí debe resultar, por otra parte, la preciosa ventaja social de desarrollar, durante esta larga iniciación, relaciones continuas con los mismos alumnos, que le serán así deudores de toda su instrucción teórica. Tal permanencia facilitará mucho la acción ulterior de nuestro sacerdocio sobre el conjunto de la vida real.

Ahora bien: motivos análogos exigen también que los dos sexos beban

en las mismas fuentes su iniciación sistemática. Si el Gran Sacerdote de la Humanidad no cambia mucho las residencias sacerdotales, todos los conflictos domésticos serán mejor apaciguados por esta subordinación personal de los diversos miembros de la familia á maestros idénticos. Los sacerdotes que no hablasen sino á uno solo de los dos sexos, vendrían á ser socialmente insuficientes, aparte de que lo serían antes intelectualmente.

M. Ahora, padre mío, comprendo la influencia social que el sacerdocio positivo ejercerá naturalmente en el digno cumplimiento de su misión fundamental. No obstante, no sé si esta sola base podrá procurar la suficiente autoridad. Os suplico, pues, que caractericéis directamente sus diversos medios generales para hacer siempre prevalecer, en tanto sea posible, la armonía universal.

S. Todos deben resultar, hija mía, del conjunto de la educación. Á fin de apreciarlos mejor, es preciso considerar que el noviciado positivo se termina por un año enteramente consagrado á la moral. Esta instrucción final será siempre dividida en dos partes iguales, una teórica, otra práctica. En la pri-

mera, todas las leyes esenciales de nuestra naturaleza se hallarán sólidamente fundadas sobre el conjunto de las nociones relativas al mundo, á la vida y á la sociedad. Esta base permitirá establecer definitivamente verdaderas demostraciones para las reglas generales de conducta propias á cada caso, personal, doméstico ó cívico. Se especificará en ellas todos los deberes de cada una de las cuatro potencias necesarias á la providencia humana. Estas determinaciones finales, que resumen la educación positiva, implican una gran eficacia, por la disposición moral de los iniciados, preservados aún de las desviaciones inherentes á la vida activa.

El conjunto de estas reglas prácticas presenta á cada cual el doble destino de dirigir su propia conducta y de juzgar la ajena. Esta segunda aplicación está mejor garantida que la primera contra las pasiones perturbadoras, que rara vez nos impiden apreciar los ajenos errores, por mucha que sea la ceguedad que nos produzcan para los nuestros. Nadie está menos dispuesto que un egoísta á tolerar el egoísmo, que por doquiera le presenta concurrentes intratables.

Es preciso también distinguir dos modos generales en la disciplina espiritual, uno directo, otro indirecto. El sacerdocio se esfuerza principalmente en modificar al culpable; obrando primero sobre su corazón, luego sobre su entendimiento. Este modo es, á la vez, el más puro y el más eficaz, aunque el menos aparente. Será siempre el único plenamente conforme á la naturaleza del poder espiritual, que debe constantemente disciplinar las voluntades por la persuasión y la convicción, sin influencia alguna coercitiva. Pero su empleo sabiamente prolongado se hace á veces insuficiente. Entonces el sacerdocio, no pudiendo rectificar las tendencias interiores, procede indirectamente contra ellas, invocando la opinión exterior.

Sin convertir al culpable, le contiene por el juicio ajeno. No puede ponerse en duda la plena legitimidad de este medio indirecto, que descansa siempre en una simple apreciación de cada conducta. Nadie puede impedir un juicio tal, del cual cada hombre participa respecto de los demás y que se apoya en una doctrina libremente admitida por todos. Sin embargo, el culpable que no reconoce su falta ó

cuya voluntad no ha cambiado, sufre así la presión de una fuerza verdaderamente coercitiva. Pero no puede reclamar contra ella, porque es puramente moral. Si los demás se abstuviesen de juzgar, ellos serían los oprimidos, y ciertamente sin merecerlo. De todos modos, pese á la evidente legitimidad de este modo indirecto, no se debe recurrir á él sino después de haber agotado los medios directos.

Cuando llega á ser indispensable, admite sucesivamente tres grados generales. El sacerdocio emplea primero la simple reprensión doméstica ante los allegados y los amigos convocados especialmente; luégo la amonestación pública, proclamada en el templo de la Humanidad; y, por fin, la excomunión social, temporal ó perpetua. Sin exceder su justa autoridad, el poder espiritual puede llegar, en efecto, hasta pronunciar, en nombre del Gran Ser, la indignidad radical de un falso servidor, hecho desde luégo incapaz de participar de los deberes y beneficios de la asociación humana. Pero si el sacerdocio abusase de tal atribución, ya por satisfacer injustas animosidades, ya aún por un celo ciego ó fuera de lugar, pronto sería castigado. Porque

descansando toda la eficacia de este modo sobre la libre sanción de las gentes, la neutralidad de éstas haría abortar el golpe, que acabaría por desacreditar á sus autores. Cuando la opinión general secunda suficientemente la reprobación sacerdotal, esta disciplina espiritual admite una eficacia de la cual el pasado no puede darnos medida, porque tal concurso no puede aún ser instituído plenamente, por falta de educación positiva.

Entonces el culpable, por rico ó poderoso que sea, se verá á veces, sin experimentar pérdida alguna material, gradualmente abandonado de sus subordinados, de sus domésticos, y aun de sus más próximos parientes. Pese á su fortuna, podrá, en los casos extremos, ser reducido á procurarse directamente su propia subsistencia, porque nadie querrá servirle. Aunque libre de expatriarse, no se sustraerá á la reprobación del sacerdocio universal sino refugiándose en las poblaciones extrañas aún á la fe positiva, que acabará por extenderse á todo el planeta humano. Este extremo desarrollo de la disciplina religiosa debe, felizmente, permanecer siempre excepcional. Pero su apreciación distinta es

ahora indispensable para indicarnos mejor la eficacia de tal régimen.

M. Por grande que sea este poder moral, concibo difícilmente, padre mío, que pueda dispensar jamás de todo recurso á la comprensión material, ya sobre los bienes, ya aun sobre las personas.

S. En efecto, hija mía, la legislación propiamente dicha seguirá siendo siempre necesaria, para suplir la insuficiencia de la simple moral en las más urgentes necesidades sociales. La conciencia y la opinión serían muchas veces impotentes contra las cotidianas infracciones, si la fuerza temporal no aplicase represiones físicas á los casos más groseros. Aparte de estas desviaciones frecuentes, pero ligeras, debidas sobre todo á la inercia de los buenos instintos, la misma garantía conviene más á las graves aberraciones resultadas directamente de la preponderancia de las malas inclinaciones. Existen, en efecto, en nuestra especie, como en las demás, individualidades radicalmente viciosas, que no admiten ó no merecen ninguna verdadera corrección. En lo que respecta á estas organizaciones excepcionales, la defensa social jamás dejará de ser llevada

hasta la destrucción solemne de todo órgano vicioso, cuando la indignidad sea hecha constar suficientemente por actos decisivos. Sólo una falsa filantropía puede llevar á prodigar á los malvados una conmiseración y una solicitud que estarían mejor empleadas en tantas honradas víctimas de nuestras imperfecciones sociales. Pero, sin que la muerte jurídica, y con más razón la confiscación total ó parcial, puedan jamás cesar enteramente, su aplicación debe hacerse cada vez menos frecuente, á medida que la Humanidad se desarrolle. El proceso continuo y progresivo del sentimiento; de la inteligencia y de la actividad, tiende más y más á hacer prevalecer la disciplina espiritual sobre la represión temporal, aunque ésta sea siempre indispensable.

M. Esta ojeada general sobre el régimen humano, me parece, padre mío, olvidar los casos en que la prevaricación moral provenga del sacerdocio mismo.

S. Entonces, hija mía, la disciplina espiritual sigue una marcha semejante, aunque menos regular. Porque la moral universal demuestra los deberes del sacerdocio tanto como los de

otra clase cualquiera, y aun los hace resaltar más, vista su importancia preponderante. La censura pública está, además, dispuesta á dirigirse con preferencia á estos jueces universales, secretamente odiados de los patricios, fríamente respetados por los proletarios, y que de ordinario sólo entre las mujeres hallan simpatías. Por último, la naturaleza siempre discutible de la fe positiva la impide suscitar prestigios capaces de evitar una crítica que llegue á ser indispensable.

Sea cualquiera la veneración de que el sacerdocio de la Humanidad se halle habitualmente rodeado, jamás resulta sino del exacto cumplimiento de una misión bien definida. Las condiciones intelectuales y morales que el poder espiritual impone á todos en nombre de la fe común, pueden ser, con igual título, vueltas contra él, cuando á ella falta.

Si, siguiendo la hipótesis más frecuente, la prevaricación es parcial, la disciplina interior del sacerdocio basta á corregirla. Pero en caso de negligencia, la reparación puede siempre ser libremente provocada por un creyente cualquiera. La plenitud y la precisión que caracterizan á la fe positiva, per-

miten á cada cual ejercer espontáneamente, bajo su propia responsabilidad, ese sacerdocio irregular que se hace eficaz cuando la opinión le sanciona. Si la corrupción, en fin, fuese general en nuestros sacerdotes, un nuevo clero no tardaría en surgir por la opinión pública, reemplazando mejor las condiciones impuestas por una doctrina inalterable, siempre superior á todos sus órganos.

M. Soy así llevada, padre mío, á pedirlos que completéis esta apreciación general indicando la constitución propia al sacerdocio positivo.

S. Comprenderéis fácilmente, hija mía, que su destino fundamental exige, como primera condición, una renuncia completa á la dominación temporal y aun á la simple riqueza. Este es el compromiso inicial que debe solemnemente contraer todo aspirante al sacerdocio, recibiendo á los veintiocho años el sacramento del destino. Nuestros sacerdotes no heredan ni aun de sus familias, ya á fin de preservarse de las desviaciones temporales, ya para dejar los capitales á aquellos que pueden utilizarlos. La clase contemplativa debe siempre ser colectivamente alimentada por la clase activa; pri-

mero, por los libres subsidios de los creyentes, después con ayuda del tesoro público, cuando la fe llega á ser unánime. Nada, pues, debe poseer en propiedad, ni tierras, ni edificios, ni aun rentas, salvo su pensión anual, siempre por el poder temporal fijado. El general interés y los sentimientos generosos que deben constantemente dirigir el sacerdocio son profundamente incompatibles con las ideas de detalle y las disposiciones orgullosas propias á toda dominación práctica. Para limitarse á aconsejar, es preciso no poder mandar nunca, ni aun por la riqueza: de otro modo, nuestra miserable naturaleza sigue siendo dispuesta á sustituir con frecuencia la fuerza á los razonamientos. Esta condición sacerdotal fué comprendida hasta la más sublime exágeración por el admirable santo que intentó vanamente, en el siglo XIII, regenerar el catolicismo gastado. Pero prescribiendo á sus discípulos una pobreza absoluta, que pronto eludieron, olvidó que les desviaba de su misión por los cuidados cotidianos de su existencia material.

A fin de caracterizar mejor la medida conveniente, creo deber indicaros los emolumentos anuales propios á los di-

versos grados sacerdotales, adaptándolos al modelo actual de las dispensas usuales en el pueblo francés, medio, á este respecto, entre los diferentes pueblos occidentales. Esta sumaria indicación os mostrará, además, la organización interior del clero positivo, bosquejada ya en la explicación del culto.

Se compone, en general, de tres órdenes sucesivos: los aspirantes admitidos á los veintiocho años, los vicarios ó suplentes, á los treinta y cinco, y los sacerdotes propiamente dichos, á los cuarenta y dos.

Aunque los primeros, cuyo número es naturalmente ilimitado, están ya considerados como dotados de una verdadera vocación sacerdotal, no pertenecen aún al poder espiritual, del cual no ejercen función alguna. Así su libre renuncia á toda herencia es puramente provisional, así como su pensión, que fijamos en 3.000 francos. Sin residencia sacerdotal, están, no obstante, vigilados regularmente, por sus trabajos y sus costumbres.

Los vicarios pertenecen irrevocablemente al sacerdocio, aunque no ejercen aún sino las funciones de enseñanza y de predicación, salvo delegación especial en caso de urgencia.

Además de la renuncia definitiva á sus bienes temporales, su admisión exige un digno matrimonio. Residen con sus familias, pero separadamente de los sacerdotes, en el presbiterio filosófico adyacente á cada templo de la Humanidad, paralelamente á la escuela positiva. La clase que dirige á todos los demás, la reacción del corazón sobre el entendimiento, debe ella misma suministrar el mejor tipo masculino del progreso moral, por un pleno desarrollo de las afecciones domésticas, sin las cuales el amor universal se hace ilusorio. Aunque el matrimonio es potestativo para los ciudadanos ordinarios, se hace, pues, obligatorio para los sacerdotes, cuya misión no puede ser dignamente desempeñada sin la influencia continua, objetiva ó subjetiva, de la mujer sobre el hombre. Para probarlos mejor, en este punto, la religión positiva impone ya esta condición á los simples vicarios. Este segundo grado, que lleva siempre al tercero, excepto en casos excepcionales, procura una dotación anual de 6.000 francos.

Durante los siete años que le separan del sacerdocio completo, cada vicario ha profesado todos los grados enciclopédicos y ejercitado suficiente-

mente su talento para predicar. Entonces se hace verdadero sacerdote, y puede llenar, en las familias ó en las ciudades, el triple oficio de consejero, consagrador y regulador, que caracteriza socialmente al clero positivo. En este estado definitivo, su haber anual se eleva á 12.000 francos; con más las indemnizaciones de la visita diocesana.

Cada presbiterio filosófico se compone de siete sacerdotes y tres vicarios, cuyas residencias pueden siempre cambiar, aunque estas traslaciones jamás deben operarse sino por motivos verdaderamente graves. El número de estos colegios sacerdotales es de dos mil en todo el Occidente: lo que hace corresponder un funcionario espiritual á cada 6.000 habitantes; es decir, 100.000 para toda la tierra. Por débil que parezca tal proporción, basta realmente á todos los servicios, por la naturaleza de una doctrina que rara vez exige explicaciones sistemáticas, casi siempre reemplazadas por la intervención espontánea de las mujeres y los proletarios. Importa restringir todo lo posible la corporación sacerdotal, ya á fin de evitar gastos superfluos, ya, sobre todo, para que el clero esté mejor compuesto.

M. En tal indicación, no veo, padre mío, la cabeza que debe regir este vasto cuerpo.

S. Aunque su doctrina y misión tienden, hija mía, á dirigirle espontáneamente bajo la existencia de la opinión pública, exige, en efecto, un jefe general. Este supremo poder corresponde al Gran Sacerdote de la Humanidad, que residirá naturalmente en la metrópoli parisiense del Occidente regenerado. Su dotación personal es quíntuple de la de los sacerdotes ordinarios, además de los gastos materiales que exigirá su inmenso servicio.

Él solo gobierna todo el clero positivo, nombrando, destituyendo y aun revocando á cualquiera de sus miembros. Su principal solicitud consiste en mantener la integridad del carácter sacerdotal contra las diversas seducciones temporales. Todo sacerdote servil ó sedicioso, que pretenda alcanzar la dominación política adulando al patriciado ó al proletariado, será, finalmente, excluído del sacerdocio, figurando excepcionalmente entre sus pensionados, si para ello tiene mérito bastante teórico.

Para todas estas atribuciones, el jefe

supremo del positivismo occidental se halla asistido por cuatro superiores nacionales, cuya pensión es una mitad menor que la suya. Rigen respectivamente, bajo su dirección, las cuatro clases de iglesias italianas, españolas, germánicas y británicas. En cuanto á la Francia, el Gran Sacerdote es en ella el superior nacional, aunque pueda salir de uno cualquiera de los cinco pueblos positivistas. Su sustitución normal se realiza, como en el orden temporal, por su propia designación; pero sancionada aquí por el asentimiento unánime de los cuatro jefes parciales, y aun, en caso de división, por el voto de dos mil decanos presbíteros.

DIÁLOGO DÉCIMO

RÉGIMEN PRIVADO

LA MUJER. Al final del precedente diálogo, no os he preguntado, padre mío, cuál será el objeto propio de las otras dos conferencias sobre el régimen. Bien comprendía que las dos mitades del dominio práctico de nuestra religión deben ofrecer las mismas

divisiones esenciales, deducidas siempre de la existencia que deben, respectivamente, idealizar y conducir. El estudio del culto me indicaba, pues, el plan que conviene al del régimen, primero privado, luego público. En el que nos ocupa hoy, supongo también que vais á distinguir análogamente la existencia personal de la vida doméstica.

EL SACERDOTE. Para la primera, que viene á ser la base normal de toda la conducta humana, la regeneración positiva consiste, sobre todo, hija mía, en instituir la socialmente. Esta transformación radical, negada siempre al teologismo, sobre todo mono-teico, pero constantemente presentida y más y más reclamada por el instinto público, no resulta ahora de exageración alguna sentimental. Descansa únicamente en una exacta apreciación de la realidad, que en el orden humano, más sintético que otro alguno, concierne al todo antes que á las partes.

Aunque cada función humana se realiza necesariamente por su órgano individual, su verdadera naturaleza es siempre social, puesto que la participación personal se subordina en ella siempre al concurso indestructible de

los contemporáneos y de los predecesores. Todo, en nosotros pertenece, pues, á la Humanidad; porque todo nos viene de ella, vida, fortuna, talento, instrucción, ternura, energía, etc. Un poeta que jamás fué tachado de subversivo, hizo proclamar por Tito esta sentencia decisiva, digna ciertamente de tal órgano:

*So che tutto e di tutti; e che né pure
Di nascer merito chi d'esser nato
Crede solo per se.*

Presentimientos análogos se hallan en las más antiguas composiciones. Así, reduciendo el positivismo toda la moral humana á *vivir para el prójimo*, se limita realmente á sistematizar el instinto universal, después de haber elevado el espíritu teórico hasta el punto de vista social inaccesible á las síntesis teológicas ó metafísicas.

El conjunto de la educación positiva, tanto intelectual como afectiva, nos hará profundamente familiar nuestra entera dependencia de la Humanidad, de modo que nos haga dignamente sentir nuestro destino necesario á su servicio continuo. En la edad preparatoria, incapaz de una actividad útil, cada cual

confiesa su propia impotencia en sus principales necesidades, cuya satisfacción habitual reconoce que le viene de los demás. En un principio cree ser deudor de todo solo á su familia, que le alimenta, le cuida, le instruye, etc.; pero no tarda en distinguir una más alta providencia, de la cual su madre no es para él sino el ministro especial y el mejor representante. La sola institución del lenguaje bastaría á revelársele, porque tal construcción sobrepuja á todo poder individual, y resulta únicamente del concurso acumulado de todas las generaciones humanas, á pesar de la diversidad de idiomas. Además el hombre menos favorecido se siente continuamente deudor á la Humanidad de otros muchos tesoros materiales, intelectuales, sociales y aun morales.

Cuando este sentimiento es bastante claro y vivo en la edad preparatoria, puede luégo resistir á los sofismas apasionados que suscita la vida real, teórica ó práctica. Nuestros esfuerzos habituales tienden entonces á hacernos desconocer la verdadera providencia, exagerando nuestro valor personal. Pero la reflexión puede siempre disipar esta ingrata ilusión en aquellos

que fueron convenientemente educados. Porque les basta observar que el éxito mismo de todos sus trabajos depende, sobre todo, de la inmensa cooperación que olvida su ciego orgullo. El hombre más hábil y más activo jamás puede devolver sino una mínima parte de lo que recibe. Continúa, como en su infancia, siendo alimentado, protegido, desarrollado, etc., por la Humanidad. Solamente han cambiado sus ministros, que no son claramente apreciables. En vez de recibir todo de ella por mediación de sus padres, ella le transmite entonces sus beneficios por una multitud de agentes indirectos cuya mayor parte jamás conocerá. Vivir para el prójimo es, pues, en cada uno de nosotros, el deber continuo que resulta rigurosamente de este hecho irrecusable. Vivir para el prójimo, tal es, sin exaltación alguna simpática, el resultado necesario de una exacta apreciación de la realidad, filosóficamente aprehendida en su conjunto.

M. Me complace, padre mío, ver así consagrada sistemáticamente una disposición que me reprochaba á veces, creyéndola debida á la exageración de mis sentimientos. Antes de ser positivista, decía con frecuencia: *¿Qué*

placeres pueden aventajar á los de la generosidad? Ahora podré defender este santo principio de las burlas de los egoístas, y quizá excitar en ellos emociones que les impedirán dudar de ellas.

S. Habéis, hija mía, espontáneamente presentado el principal carácter del positivismo. Consiste en resumir en una misma fórmula la ley del deber y la del bienestar, proclamadas hasta aquí inconciliables por todas las doctrinas, aunque haya aspirado siempre á combinarlas el instinto público. Su necesario acuerdo resulta directamente de la existencia natural de las inclinaciones benévolas, científicamente demostrada, en el siglo último, en la totalidad de los animales, en que son más apreciables las partes respectivas del entendimiento y del corazón.

Aparte de que nuestra armonía moral descansa exclusivamente sobre el altruísmo, sólo él puede procurarnos también la mayor intensidad de vida. Estos seres degradados que hoy sólo aspiran á *vivir*, serían tentados á renunciar á su brutal egoísmo, si hubiesen gustado una vez suficientemente los placeres de la generosidad. Comprenderían entonces que vivir para el

prójimo procura el único medio de desarrollar libremente toda la existencia humana, extendiéndola simultáneamente al presente más vasto, al más antiguo pasado, y aun al más lejano porvenir. Sólo los instintos simpáticos admiten un progreso inalterable, porque cada individuo es en ello secundado por todos los demás, que comprimen, por el contrario, sus tendencias personales.

Hé aquí cómo el bienestar coincidirá necesariamente con el deber. No hay duda que la bella definición de la virtud por un moralista del siglo XVIII, como *un esfuerzo sobre sí mismo en favor de los demás*, jamás dejará de ser aplicable. Nuestra imperfecta naturaleza necesitará siempre, en efecto, de un verdadero *esfuerzo* para subordinar á la sociabilidad esta personalidad que continuamente excitan nuestras condiciones de existencia. Pero cuando este triunfo es, por fin, obtenido, tiende espontáneamente, sin contar el poder de la costumbre, á consolidarse y desarrollarse por el encanto incomparable inherente á las emociones y á los actos simpáticos.

Así se comprende que la verdadera dicha resulte, sobre todo, de una dig-

na sumisión, única base duradera de una noble y vasta actividad. Lejos de deplorar el conjunto de las fatalidades que nos dominan, nace el esfuerzo de corroborar el orden correspondiente imponiéndose reglas artificiales que combaten mejor nuestro egoísmo, principal fuente de la desdicha humana. Cuando estas instituciones son libremente establecidas, pronto se reconoce, según el admirable precepto de Descartes, que merecen tanto respeto como las leyes involuntarias, cuya eficacia moral no es tan grande.

M. Tal apreciación de la naturaleza humana me hace, por fin, comprender, padre mío, la posibilidad de hacer esencialmente altruístas las mismas reglas relativas á la existencia personal, siempre motivadas hasta aquí por una prudencia egoísta. La sabiduría antigua resumió la moral en este precepto: *Tratar á otro como se quisiera ser tratado*. Por preciosa que fuese entonces esta prescripción general, se limitaba á regular un cálculo puramente personal. Este carácter se halla en el fondo de la gran fórmula católica: *Amar al prójimo como á sí mismo*. No solamente se sanciona así el egoísmo en vez de comprimirlé, sino que se le

excita directamente por el motivo sobre que esta regla se funda, *por el amor de Dios*, sin ninguna simpatía humana, aparte de que tal amor se redujo ordinariamente al miedo. De todos modos, comparando este principio al precedente, se reconoce en él un gran progreso. Porque el primero se limitaba á los actos, mientras que el segundo penetra hasta los sentimientos que les dirigen. No obstante, este perfeccionamiento moral ha sido muy incompleto, por conservar su fondo egoísta.

Sólo el positivismo se hace á la vez digno y verdadero cuando invita á *vivir para el prójimo*. Esta fórmula definitiva de la moral humana no consagra directamente sino las inclinaciones benévolas, fuente común de bienestar y de deber. Pero sanciona implícitamente los instintos personales, como condiciones necesarias de nuestra existencia, siempre que se subordinen á las anteriores. Su misma satisfacción continua nos es prescrita, con esta única reserva, á fin de adaptarnos bien al servicio real de la Humanidad, á la cual pertenecemos enteramente.

Concibo así la profunda reprobación con que os he visto siempre condenar al suicida, que hasta aquí no parecía

haber sido condenado sino por el catolicismo. Porque aun menos debemos disponer arbitrariamente de nuestra vida que de nuestra fortuna ó de nuestras disposiciones, puesto que es más preciosa á la Humanidad de la cual nos procede. Pero, por el mismo principio, la religión positiva condena también, aunque se deba á veces á motivos respetables, esa especie de suicidio crónico, al menos social, que el régimen católico fomenta muy frecuentemente. Recuerdo que el diario abuso de la disciplina corporal había de tal modo acabado á los solitarios de la Tebaida, que sus abades fueron por fin obligados á autorizarles para sentarse, ó aun acostarse, por no poder permanecer más tiempo de rodillas.

S. Aparte de que nosotros ennoblecemos la justa satisfacción de los instintos personales subordinándolos siempre á su destino personal, observad, hija mía, que esta subordinación necesaria viene á ser la única base posible de prescripciones verdaderamente inquebrantables.

Sin este único principio, las menores reglas de la existencia personal quedan necesariamente flotantes, á menos de referirlas arbitrariamente á

mandatos sobrenaturales, que no admiten sino una validez temporal y parcial, de hoy más agotada.

Aun cuando nuestra sobriedad no descansa sino sobre la prudencia personal, queda siempre expuesta á los sofismas de la glotonería, que llegan á ser irrefutables en muchos individuos, capaces de soportar largo tiempo las orgías con verdadera impunidad corporal. Pero la apreciación social disipa pronto toda incertidumbre, prescribiendo á cada cual una alimentación casi siempre menor que la que todavía no le produciría daño material. Porque más allá de la medida muy moderada que exigen nuestro servicio á la Familia, la Patria y la Humanidad, consumimos también provisiones que la equidad moral destinaba á otros. Al mismo tiempo, la reacción cerebral de tal régimen corporal tiende necesariamente á degradar nuestra débil inteligencia, científica, estética ó técnica. Las imágenes se hacen habitualmente más confusas, la inducción y la deducción más difíciles y menos rápidas: todo se atenúa, hasta la facultad de expresión.

Pero la reacción moral de la menor intemperancia cotidiana constituye su principal peligro, como menos evitable

y más corruptora. Porque extendiendo así el acto más personal más allá de lo que exige nuestra verdadera conservación, cultivamos todo lo posible, el egoísmo á expensas del altruísmo, puesto que sofocamos aún nuestra simpatía involuntaria hacia aquellos que carecen de alimentos. Además, la íntima afinidad cerebral entre los diversos instintos egoístas propaga pronto á todos los demás la excitación fuerte, aun siendo pasajera, de cualquiera de ellos. El admirable pintor de la naturaleza humana, al cual debemos el incomparable poema de la *Imitación*, sintió profundamente esta conexión normal, cuando nos dijo: *Frena gulam, et omnem carnis inclinationem facillius frenabis*. Si leéis diariamente este tesoro inagotable de la verdadera sabiduría, reemplazando en él á Dios por la Humanidad, comprenderéis pronto que esta transformación final consolida en el mundo tal precepto, como á la mayor parte de los demás.

La sana restricción del instinto nutritivo está aún muy lejos de la extensión sistemática que le procurará gradualmente la religión positiva. Porque nuestra sensualidad sofisticada erige en necesidades esenciales muchas ne-

cesidades materiales, más dañosas que útiles. Tal es, sobre todo, el uso del vino, cuya prohibición musulmana fué sincera y general durante los siglos en que el islamismo desarrolló mejor el género de actividad temporal que juzgamos especialmente indispensable. Escrutando dignamente los admirables designios del gran Mahoma, no se tarda en reconocer que quiso así perfeccionar radicalmente el conjunto de la naturaleza humana, primero en el individuo, luégo en la especie, por fin en la ley de herencia. Esta noble tentativa no abortó realmente más que todos los demás esfuerzos del monoteísmo de la edad media, tanto oriental como occidental, para nuestro perfeccionamiento especial. Solamente necesita, como ellos, ser sistematizada por el positivismo, que sabrá consolidarla y desarrollarla, sin comprometer nuestro adelanto industrial. Desde hoy, esta saludable abstinencia, ya tan común en vuestro sexo, al menos en el mediodía, puede gradualmente extenderse á todos los órganos adelantados del progreso humano. Á medida que el positivismo prevalezca, las mujeres y los sacerdotes renunciarán libremente en el Occidente todo, salvo casos excep-

cionales, á esta excitación habitual, tanto más funesta, cuanto conduce á veces á otros muchos abusos.

M. Comprendo, padre mío, por qué habéis insistido tanto acerca de la disciplina positiva del instinto nutritivo. Porque, aparte de su preponderancia directa y de sus indirectas reacciones, constituye aquí el tipo suficiente de todas las demás represiones normales para los apetitos personales. El conjunto de estas reglas sistematiza en ambos sexos la verdadera *pureza*, primera base de una inquebrantable moralidad. En efecto, esta preciosa expresión no debe limitarse á los órganos contiguos que determinan la conservación de la especie y del individuo. Debemos así extenderla al conjunto de los siete instintos personales, que tenemos siempre que *purificar*, subordinándoles normalmente al servicio continuo de la Humanidad.

S. Este gran principio, hija mía, jamás dejará de disipar en este punto todas las dudas sinceras, y aun de resolver los más capciosos sofismas. El corazón del verdadero positivista debe, en el interior, combatir siempre las voluntades arbitrarias, como las disipa fuera su entendimiento. Nuestra hu-

milde diosa está, en efecto, exenta de los diversos caprichos propios á su Todopoderoso precursor. Todos sus actos siguen leyes apreciables, que nos revela más y más, el estudio positivo de su naturaleza y de su destino. Subordinándonos á ella todo lo posible, haremos sin cesar progresos inagotables hacia la paz, el bienestar y la dignidad.

M. El conjunto de estas indicaciones me parece, padre mío, caracterizar mucho la constitución positiva del régimen personal. Según el cuadro cerebral, se podría llevar á cabo, en cada uno de los instintos egoístas, un estudio moral equivalente á aquel de que acaba de ser objeto el principal de ellos para determinar sus convenientes represiones. En cuanto á los medios de desarrollar las diversas inclinaciones simpáticas, nuestro culto indica ya aquellas que no resultan de su ejercicio directo. Todas estas explicaciones especiales excederían los límites de la exposición actual, y aun la desviación de su principal destino. Cuando la fe positiva haya prevalecido, el tiempo vendrá á componer un nuevo catecismo, más análogo al de los católicos, para detallar estas diferentes re-

glas prácticas, cuyas bases generales serán ya familiares á los verdaderos creyentes. Pero este catecismo inicial está, por el contrario, destinado sobre todo á fijar estos fundamentos esenciales, no considerando sus aplicaciones indispensables sino al establecimiento de los principios. Os ruego, pues, sin insistir más en la moral personal, que paséis ahora á la segunda parte del régimen privado, caracterizando la regeneración positiva de la existencia doméstica.

S. Consiste esencialmente, hija mía, en la constitución altruísta del matrimonio humano, instituído hasta aquí sobre un principio puramente egoísta, como satisfacción legítima de los apetitos sexuales que tienden á la reproducción de la especie. Esta brutal apreciación debió prevalecer sistemáticamente, en tanto que las doctrinas dominantes olvidaron las inclinaciones benévolas. Pero el instinto público jamás dejó de reclamar contra ella, y suscitó siempre impulsos empíricos más y más poderosos, de que resultaron los perfeccionamientos sucesivos de la institución conyugal. Sólo el positivismo acaba de establecer, por fin, bajo este aspecto fundamental,

una digna concordancia entre la teoría y la práctica, apoyándose sobre el principal descubrimiento de la ciencia moderna, en cuanto á la existencia natural de los instintos altruístas.

Esta gran noción, cuyo alcance es aun tan poco comprendido, lleva asimismo á regenerar el matrimonio humano, concibiéndole en adelante como destinado, sobre todo, al perfeccionamiento mutuo de los dos sexos, abstracción hecha de toda sensualidad. Demuestra directamente la doble preeminencia afectiva de la mujer por la menor intensidad de las inclinaciones personales, sobre todo las más groseras, y la energía superior de las inclinaciones simpáticas. De aquí resulta la teoría positiva del matrimonio, en que vuestro sexo mejora al mío, disciplinando el impulso carnal, sin el cual la inferioridad moral del hombre casi nunca le permitiría suficiente ternura. Pero esta relación fundamental se halla felizmente secundada por todos los demás contrastes cerebrales de los dos sexos. La superioridad masculina es incontestable en todo lo que concierne al carácter propiamente dicho, fuente principal del mando. En cuanto á la inteligencia, ofrece, de un lado, más

fuerza y extensión; de otro, más penetración y justicia. Todo concurre, pues, á demostrar la eficacia mutua de esta unión íntima, que constituye la amistad más perfecta, embellecida por una incomparable posesión recíproca. Fuera de tal lazo, las rivalidades, actuales ó posibles, impiden siempre la plenitud de confianza que no puede existir sino entre un sexo y otro.

Los apetitos sexuales no tienen aquí otro destino que producir ó mantener, sobre todo en el hombre, los impulsos propios á desarrollar la ternura. Pero es preciso, para esto, que sus satisfacciones sean muy moderadas; de otro modo, su naturaleza, profundamente egoísta, tiende, por el contrario, á estimular la personalidad, casi tanto como los excesos nutritivos, y con más gravedad á veces, porque la mujer es en ellos odiosamente sacrificada á las brutalidades del hombre. Cuando mi sexo llega á ser tan puro como lo es ordinariamente el vuestro, para que la ternura surja en él sin esta grosera excitación, la principal eficacia del matrimonio se desarrolla aún mejor.

Tal será el caso normal de la casta unión consagrada por nuestro culto

respecto de las parejas incapaces de concurrir dignamente á la propagación de la especie humana. Muchas enfermedades se transmiten, y aun se agravan, por la herencia; de suerte que millares de niños nacen para morir pronto, sin que su existencia haya jamás dejado de ser un fardo. En la civilización moderna, en que todos los nacimientos son igualmente protegidos, estos tristes resultados se multiplican más que entre los antiguos, que destruían la mayor parte de los retoños débiles. Estudiando mucho esta gran cuestión, se hallará quizá que la cuarta parte de las poblaciones occidentales debían abstenerse prudentemente de toda procreación, para concentrar tal función en las parejas convenientemente dispuestas. Cuando se cuida la propagación de nuestra especie tanto como la de las principales razas domésticas, se reconocerá la necesidad de regularla así. Pero esto no puede resultar sino de la libre institución de los matrimonios castos, por la teoría positiva de la unión conyugal, en que las relaciones sexuales no son directamente necesarias. Porque la interdicción legal del matrimonio, á veces invocada por los médicos contra las enfermedades

hereditarias, ofrecería un remedio no menos odioso que ilusorio. Sólo la influencia privada y pública de la religión positiva puede producir en este respecto resoluciones que carecen de eficacia y de dignidad cuando no son plenamente voluntarias. En estas uniones excepcionales, la verdadera naturaleza del matrimonio será más apreciable cuando las dos almas estén bien organizadas. Un uso extenso de la adopción permitirá en ellas también el desarrollo de las demás afecciones de familia, aliviando, además, á las parejas especialmente dedicadas á la procreación.

M. Esta teoría basta, padre mío, á caracterizar directamente el matrimonio, independientemente de sus resultados corporales, que no siempre tienen lugar. El mejoramiento moral del hombre constituye, pues, la principal misión de la mujer, en esta incomparable unión instituída para el perfeccionamiento recíproco de los dos sexos. En cuanto á las funciones de la madre, ya las habéis definido, consistiendo, sobre todo, en dirigir el conjunto de la educación humana, á fin de que el corazón prevalezca en ella siempre sobre el entendimiento. Así, por

la sucesión normal de estas dos misiones femeninas, vuestro sexo permanece siempre bajo la providencia afectiva del mío. Asimismo tal destino indica que el lazo conyugal debe ser único y aun indisoluble, á fin de que las relaciones domésticas puedan adquirir la plenitud y la fijeza que su eficacia moral exige. Esta doble condición es de tal modo conforme á la naturaleza humana, que las uniones ilícitas tienden á ella espontáneamente. Pero, sin embargo, creo que el divorcio no debe ser prohibido enteramente.

S. Sabéis, hija mía, que San Agustín, dominando, por su propia razón, el genio necesariamente absoluto de su doctrina teológica, comienza su principal obra observando que el homicidio puede á veces ser excusable, y aun laudable. Otro tanto puede decirse de la mentira, y de todo lo que merece una reprobación general. Pero extendiendo esta excepción al divorcio, no debe alterarse la indisolubilidad fundamental del matrimonio. No existe ciertamente más que un solo caso en que la unión conyugal debe ser legalmente disuelta, por la condenación de uno de los cónyuges á toda pena infamante ó á la muerte civil. En las demás

perturbaciones, la indignidad suficientemente prolongada puede solamente determinar la ruptura moral del lazo, que produce la separación personal, pero sin permitir un nuevo matrimonio. La religión positiva impone entonces al inocente una castidad, por otra parte compatible con la más profunda ternura. Si esta condición le parece rigurosa, debe aceptarla primero en vista del orden general, luégo como una justa consecuencia de su error primitivo.

M. Conozco ya, padre mío, la santa ley de la viudez eterna, por la cual el positivismo completa por fin la gran institución del matrimonio. Mi sexo jamás objetará cosa alguna en este punto, y vos me habéis enseñado á refutar los diversos sofismas, siquiera sean científicos, que podrían aún emanar del vuestro. Sin tal complemento, la monogamia se hace ilusoria, puesto que las nuevas nupcias producen siempre una poligamia subjetiva, á menos que la precedente esposa no esté olvidada, lo cual debe tranquilizar poco á la otra. La sola idea de tal mutación basta á alterar mucho la unión actual, por una eventualidad siempre posible. Sólo por la seguridad de una perpetui-

dad inalterable, pueden los lazos íntimos adquirir la consistencia y la plenitud indispensables á su eficacia moral. La más despreciable de las sectas efímeras que suscitó la anarquía moderna, me parece ser la que quiso erigir la inconstancia en condición de bienestar, como la inestabilidad de las ocupaciones en medio del perfeccionamiento. He leído en la *Política Positiva* una observación que me ha impresionado mucho en este punto: «Entre dos seres tan complejos y tan diversos como el hombre y la mujer, no es demasiado toda la vida para conocerse bien y amarse dignamente.» Lejos de tachar de ilusión la alta idea que dos verdaderos esposos uno de otro con frecuencia se forman, la he atribuído casi siempre á la apreciación más profunda que sólo procura una plena intimidad, que por otra parte desarrolla cualidades desconocidas á los indiferentes. Se debe aún mirar como muy honrosa para nuestra especie esta gran estimación que sus miembros mutuamente se inspiran cuando se estudian mucho. Porque sólo el odio y la indiferencia merecen el reproche de ciegos que una apreciación superficial aplica al amor. Es pre-

ciso, pues, juzgar plenamente conforme á la naturaleza humana la institución que prolonga más allá de la tumba la identificación de dos dignos esposos. Ninguna intimidad es comparable á la suya, puesto que, entre la madre y el hijo, la desigualdad de edad, y aun la justa veneración, impiden siempre una armonía completa.

S. Aparte de esto, hija mía, sólo la viudez puede procurar á la influencia femenina su principal eficacia. Porque durante la vida objetiva, las relaciones sexuales alteran mucho la reacción simpática de la esposa, mezclando á ella una grosera personalidad. Hé aquí por qué la madre entonces es nuestro principal ángel custodio. Los ángeles no tienen sexo, porque son eternos.

Pero cuando la existencia subjetiva ha purificado la intimidad superior que distingue á la esposa, ésta es definitivamente nuestra mejor providencia moral. Un solo año de digno matrimonio basta para procurar á la más larga vida una fuente de bienestar y perfeccionamiento que el tiempo sin cesar desarrolla, dispensándola más á medida que, siendo olvidadas las imperfecciones, resaltan más las buenas cualida-

des. Así, sin la unión subjetiva que resulta de la viudez se suprimiría la acción moral de la mujer sobre el hombre en el momento mismo en que deben surgir sus principales resultados, por la plenitud y la pureza que por la muerte adquiere. Cuando sea suficientemente apreciado este complemento del matrimonio, suministrará uno de los mejores caracteres prácticos de la religión positiva, por la evidente incompatibilidad de tal institución con el principio teológico.

M. Para acabar de comprender la constitución doméstica, nos falta, padre mío, conocer sus condiciones materiales.

S. Resultan, hija mía, de su destino moral y social. La doble misión fundamental de la mujer como madre y como esposa equivale, en la familia, al del poder espiritual en el Estado. Exige, pues, la misma exención de la vida activa y una análoga renuncia á todo mando. Este doble aislamiento es aún más indispensable á la mujer que al sacerdote, para conservar la preeminencia afectiva en que reside su verdadero mérito, menos susceptible que la superioridad mental de resistir á los impulsos prácticos. Toda mujer debe,

pues, ser cuidadosamente preservada del trabajo exterior, á fin de poder realizar dignamente su santa misión. Voluntariamente encerrada en el santuario doméstico, persigue en él libremente el perfeccionamiento moral de su esposo y de sus hijos, cuyos justos homenajes dignamente recibe.

Tal constitución descansa materialmente en esta regla fundamental, que sólo el positivismo ha sistematizado, pero que fué siempre presentida por el instinto universal: *El hombre debe alimentar á la mujer*. Equivale á la obligación de la clase activa para con la clase contemplativa, salvo la diferencia esencial en cuanto al modo de ejecución. Respecto al sostenimiento del sacerdocio, el deber es puramente colectivo, y no puede hacerse individual sino en casos muy excepcionales. Ocorre precisamente lo contrario respecto de las mujeres, por la diversidad de las influencias morales, de un lado domésticas, universales de otro. Alimentada en un principio por su padre ó sus hermanos, cada mujer lo es luego por su esposo ó sus hijos. A falta de estos sostenes especiales, la obligación del sexo activo para con el sexo afectivo se hace general, y el gobierno

debe proveer á ella, bajo la inspiración del sacerdocio. Tal es la primera base material de la verdadera constitución doméstica.

Pero el cumplimiento de esta condición necesita también otra institución: la renuncia de las mujeres á toda herencia. Esta libre exheredación es tan motivada como la de los sacerdotes, ya para prevenir una influencia corruptora, ya á fin de concentrar los capitales humanos en aquellos que deben dirigir su empleo. La riqueza es aún más peligrosa á vuestro sexo que al sacerdocio, porque altera más la preeminencia moral que la superioridad mental. Por último, la exheredación femenina procura el único medio de suprimir la costumbre de las dotes, tan perniciosa á tantas familias y directamente contraria á la verdadera institución del matrimonio. Entonces la unión conyugal resultará de una digna elección, extendida libremente á todas las clases, por la uniformidad resultada entre ellas de la educación universal, pese á las desigualdades necesarias de poder y de riqueza. Pero á fin de que el conjunto de estos motivos conserve toda su validez, es preciso que la exheredación femenina sea ple-

namente voluntaria, sin resultar jamás de un mandamiento legal.

M. Poco trabajo costará, padre mío, á la religión positiva hacer prevalecer esta resolución en las mujeres, cuando su existencia material esté dignamente asegurada por los deberes privados y garantida por las convicciones públicas. Se ha deplorado frecuentemente los caprichos que produce la riqueza ociosa en aquellas que quieren mandar en vez de amar. Pero la degradación moral me ha parecido más grande aún cuando la mujer se enriquece por su propio trabajo. La continua aspereza del lucro la hace perder entonces hasta esa benevolencia espontánea que el otro tipo conserva en medio de sus disipaciones. No puede haber peores jefes industriales que las mujeres.

S. A fin de completar esta ojeada general á la constitución doméstica propia al positivismo, me resta, hija mía, indicaros una institución indispensable á la entera eficacia de tal relación. Consiste en el pleno desarrollo de la facultad de testar, uniendo á ella la libre adopción, pero bajo la responsabilidad moral del cabeza de familia, siempre sometido al digno examen

del sacerdocio y del pueblo. El diálogo siguiente os mostrará el alcance social de esta doble institución, para remediar en lo posible los principales inconvenientes que suponen la transmisión hereditaria de las propiedades materiales. Pero no debéis apreciar ahora sino su aptitud doméstica para purificar y consolidar todos los lazos elementales, desligándolos de los innobles caracteres que hoy los degradan. Este es el único medio de hacer á la afección de los hijos hacia los padres, si no tan tierna, al menos tan noble como las de las mujeres hacia sus maridos. La amistad paternal estará mejor garantida así que por la igualdad revolucionaria de las legítimas, y aunque por la subordinación feudal de los mayorazgos. Entre los ricos, nadie esperará de los suyos sino los auxilios materiales necesarios á su educación y á su instalación social. Entonces todos se abandonarán sin temor al pleno desarrollo de sus mejores afecciones. Si los padres no tienen dignos hijos, los suplirán con prudentes adopciones.

Tales son las familias en cuyo seno un sacerdocio libremente venerado por todos sus miembros se esforzará sin

cesar por prevenir ó reparar los conflictos mutuos resultados de las malas pasiones. El hará comprender á las mujeres el mérito de la sumisión, desarrollando esta admirable máxima de Aristóteles: *La principal fuerza de la mujer consiste en vencer la dificultad de la obediencia.* La educación les habrá preparado á comprender que toda dominación, lejos de elevarlas realmente, las degrada por necesidad, alterando su principal valor, por alcanzar por la fuerza el ascendiente que al amor sólo es debido. Al mismo tiempo, el sacerdocio las protegerá contra la tiranía de los esposos y la ingratitud de los hijos, recordando sabiamente á unos y á otros los preceptos de la religión positiva acerca de la superioridad moral y el destino social del sexo afectivo. Sólo por la reacción preponderante de la vida pública ha sido la vida privada mejorada gradualmente hasta aquí. El régimen final confía el desarrollo de esta influencia al sacerdocio de la Humanidad, único que puede penetrar dignamente en el seno de las familias, para ennoblecer y consolidar todas las afecciones domésticas, encaminándolas siempre á su destino social.

DIÁLOGO UNDÉCIMO

RÉGIMEN PÚBLICO.

LA MUJER. Abordando la parte superior de la moral positiva, debo, padre mío, pedirnos tres aclaraciones preliminares.

La primera concierne al reproche metafísico dirigido á veces al positivismo de no admitir especie alguna de *derechos*. Si esto es así, estoy más dispuesta á felicitaros que á lamentarme por ello. Porque la intervención del *derecho* me ha parecido casi siempre destinada á dispensar de razón ó de afección. Es felizmente prohibida á las mujeres, y ya conocéis mi máxima favorita: *Son precisos, á nuestra especie más que á las demás, deberes para crear sentimientos.*

EL SACERDOTE. Es cierto, hija mía, que el positivismo no reconoce á persona alguna otro derecho que el de cumplir siempre su deber. En términos más correctos: nuestra religión impone á todos la obligación de ayudar á cada uno á desempeñar su función propia. La noción de *derecho*

debe desaparecer del dominio político, como la noción de *causa* del dominio filosófico. Porque ambas se refieren á voluntades indiscutibles. Así, todos los derechos suponen necesariamente una fuente sobrenatural, única que puede sustraerles á la discusión humana. Cuando fueron concentrados en los jefes, implicaron verdadera eficacia social, como garantías normales de una indispensable obediencia, en tanto que duró el régimen preliminar, fundado sobre el teologismo y la guerra. Pero luégo que la decadencia del monoteísmo los dispersó entre los gobernados, en nombre, más ó menos distinto, del mismo principio divino, se han hecho tan anárquicos de un lado como retrógrados del otro. Desde entonces no han conseguido por ambas partes sino prolongar la confusión revolucionaria; de suerte que deben enteramente desaparecer por el común acuerdo de los hombres honrados y sensatos de un partido cualquiera.

El positivismo no admite jamás sino deberes en todos para con todos, porque su punto de vista, siempre social, no puede admitir noción alguna de derecho, constantemente fundado sobre la

individualidad. Nacemos cargados de obligaciones de toda especie para con nuestros predecesores, nuestros sucesores y nuestros contemporáneos. No hacen luégo sino desarrollarse ó acumularse antes de que podamos prestar servicio alguno. ¿Sobre qué fundamento humano podrá, pues, asentarse la idea de *derecho*, que supondría racionalmente una eficacia previa? Sean cualesquiera nuestros esfuerzos, la más larga vida bien empleada jamás nos permitirá devolver sino una porción imperceptible de lo que hemos recibido. No sería, pues, sino en virtud de una restitución completa como estaríamos dignamente autorizados á reclamar la reciprocidad de los nuevos servicios. Todo derecho humano es, pues, tan absurdo como inmoral. Puesto que no existen derechos divinos, esta noción debe disiparse completamente, como puramente relativa al régimen preliminar, y directamente incompatible con el estado final, que no admite sino deberes en virtud de funciones.

M. Ahora, padre mío, quisiera saber si, además de la relación general entre el régimen público y el privado, éste no suscita disposiciones que

puedan prepararnos personalmente á aquél.

S. Las que resultan de la existencia individual consisten sobre todo, hija mía, en el culto íntimo que la corresponde. No solamente es propia á consolidar y desarrollar todas las virtudes privadas, sino que su principal aplicación concierne á la vida pública, en que nuestro triple ángel custodio debe á la vez desviarnos del mal é inclinarnos al bien, por cortas invocaciones especiales en los casos esenciales diferentes. El poder de tal auxilio fué ya dignamente comprendido en el noble bosquejo del culto femenino que intentó la admirable caballería de la edad media. Estas almas escogidas habían armonizado tan bien la vida privada y la vida pública, que la imagen querida venía siempre á animar y embellecer sus aventuras guerreras, dejando surgir las más tiernas emociones aun en medio de la desolación y del terror. Si, pues, las afecciones pudieron combinarse familiarmente con una autoridad destructora, su concurso análogo debe resultar mejor de trabajos directamente relativos al bienestar humano y puros de todo resultado deplorable. El santo cántico que termina el más her-

moso de los poemas, conviene más al nuevo culto que al antiguo:

*Donna, se'tanto grande e tanto vali
Che qual vuol grazia e a te non ricorre
Sua disianza vuol volar senz' ali.*

*La tua benignità non pur soccorre
A chi dimanda, ma motte fiata
Liberamente al dimandar precorre.*

*In te misericordia, in te pietate,
In te magnificenza, in te s'aduna
Quantunque in creatura é di bontate.*

Más que clase otra alguna, el sacerdocio de la Humanidad debe utilizar tal existencia. Sus luchas sociales no podrán sino desarrollar más en él el valor, la perseverancia y aun la prudencia. Pero tenderán á veces á perturbar su pureza moral por seducciones ambiciosas, tanto más temibles cuanto parecerán emanar de un santo celo. Nuestros sacerdotes experimentarán, pues, una frecuente necesidad de fortalecer su verdadera dignidad en un noble comercio, primero subjetivo, y luego aun objetivo con el sexo amante.

En cuanto á las disposiciones resultadas de la existencia doméstica, suscitará sobre todo el mejor aprendizaje de esta regla fundamental que cada cual debe imponerse libremente, como base personal del régimen público: *Vi-*

vir á la luz del día. Para ocultar sus concupiscencias morales, nuestros metafísicos hicieron prevalecer la vergonzosa legislación que nos prohíbe hasta averiguar la vida privada de los hombres públicos. Pero el positivismo, sistematizando dignamente el instinto universal, invoca siempre la escrupulosa apreciación de la existencia personal y doméstica como la mejor garantía de la conducta social. No debiendo aspirar ninguno sino á la estimación de aquellos que se la inspiren, cada uno no debe indistintamente á todos cuenta habitual de sus acciones. Pero por restringido que pueda llegar á ser, en ciertos casos el número de nuestros jueces, basta que haya uno, para que la ley de vivir á la luz del sol no pierda jamás su eficacia moral, obligándonos constantemente á no hacer cosa alguna que confesable no sea. Tal disposición prescribe también el respeto continuo á la verdad y escrupuloso cumplimiento de las promesas. Este doble deber general, dignamente introducido en la edad media, resume toda la moral pública. Os hace sentir la profunda realidad de esta admirable decisión en que Dante, representando á su modo el impulso caballeresco, asigna á los trai-

dores el más horrible infierno. Aun en medio de la anarquía moderna, el mejor canto de la caballería proclamó dignamente la principal máxima de nuestros heroicos antepasados:

*La fede unqua non deve esser corrotta,
O data a un solo, o data insieme a mille;
.....
Senza giurare, o segno attrò piú espresso,
Basti una volta che s'abbia promesso.*

Estos presentimientos crecientes de las costumbres sociocráticas son irrevocablemente sistematizados por la religión positiva, que representa la mentira y la traición como directamente incompatibles con toda cooperación humana.

M. Debo, padre mío, preguntaros por fin si el régimen público no admite una división general análoga á la del régimen privado, por la desigual extensión de los lazos correspondientes. Ni el corazón, ni aun el entendimiento, pueden dignamente ascender de la Familia á la Humanidad sin la mediación de la Patria. Desde luégo, la vida pública me parece presentar necesariamente dos grados muy distintos, considerando en ella, primero las relaciones cívicas, y luégo las relaciones universales.

S. En efecto, hija mía, esta distinción determina el plan general del presente diálogo. Pero antes de aplicarla, es preciso procurarla bastante precisión y consistencia, restringiendo la santa noción de patria, hecha muy vaga, y por tanto casi estéril, entre los modernos, por la exorbitante extensión de los Estados occidentales. Completando la indicación bosquejada en el estudio del dogma, debéis aquí concebir las futuras repúblicas mucho más circunscritas que lo anuncian hoy los prejuicios revolucionarios. La disolución gradual del sistema colonial desde la independencia americana no es en el fondo sino el principio de una irrevocable dislocación de todas las dominaciones demasiado vastas que surgieron después de la ruptura del lazo católico.

En el orden final, los Estados occidentales no tendrán una extensión normal superior á la que nos ofrecen ahora Toscana, Bélgica, Holanda, y pronto Sicilia, Cerdeña, etc. Una población de uno á tres millones de habitantes, una proporción ordinaria de sesenta por kilómetro cuadrado, constituye, en efecto, la extensión conveniente á los Estados verdaderamente

libres. Porque no se debe calificar de tales sino aquellos cuyas partes están unidas, sin violencia alguna, por el sentimiento espontáneo de una actividad solidaria. La prolongación de la paz occidental, disipando los temores serios de invasión exterior y aun de coalición retrógrada, hará pronto sensible por doquiera la necesidad de disolver pacíficamente agregaciones facticias, desprovistas de hoy más de verdaderos motivos. Antes de que termine el siglo XIX, la República francesa se hallará libremente descompuesta en diez y siete repúblicas independientes, formadas cada una de cinco departamentos actuales. La próxima separación de la Irlanda debe luégo llevar á romper los lazos artificiales que reunen hoy á Escocia, y aun al país de Gales, en la Inglaterra propiamente dicha. Operándose análoga descomposición en todos los Estados demasiado vastos, Portugal é Irlanda, si nueva división no surge en ellos, formarán, al comenzar el siguiente siglo, las mayores repúblicas del Occidente. A estas patrias así restringidas deberá aplicarse la apreciación normal del régimen público. El sentimiento nacional entonces será un verdadero inter-

mediario entre la afección doméstica y el amor universal.

M. Tras esta preciosa simplificación de la política positiva, espero no encontrar, padre mío, dificultad alguna grave en vuestra explicación directa de vuestro régimen público.

S. Todo él consiste, hija mía, en realizar dignamente esta doble máxima: *Caridad de los fuertes hacia los débiles; veneración de los débiles á los fuertes.* Ninguna sociedad puede durar si los inferiores no respetan á los superiores. Nada confirma mejor tal ley que la degradación actual, en que, falto de amor, cada hombre no obedece más que á la fuerza; aunque el orgullo revolucionario deplora el pretendido servilismo de nuestros antepasados, que sabían amar á sus jefes. La segunda parte de la doble condición social es, pues, común á todos los tiempos. Pero la primera no fué realmente introducida sino en la edad media, puesto que toda la antigüedad pensaba de otro modo, salvo honrosas excepciones personales, como lo atestigua su aforismo favorito: *Paucis nascitur humanum genus.* Así la armonía pública descansa sobre la actividad combinada de los dos mejores instin-

tos altruístas, respectivamente convenientes á los inferiores y á los superiores en sus relaciones mutuas. De todos modos, este concurso no puede surgir y persistir sino en almas muy preparadas por un habitual ejercicio de la más enérgica, aunque menos eminente, de las tres inclinaciones simpáticas, por un justo desarrollo de las afecciones domésticas.

Tal solución reside enteramente en la separación fundamental entre los dos poderes espiritual y temporal. No puede asegurarse la caridad y protección de los fuertes á los débiles sino por el advenimiento de una clase de fuertes que no pueda obtener ascendiente social más que protegiendo á los débiles. Así es como el sacerdocio viene á ser el alma de la verdadera sociocracia. Pero esto supone que se limita siempre á aconsejar, sin poder mandar nunca.

Hé aquí por qué hé insistido tanto sobre su renuncia completa al poder, y aun á la riqueza. Para garantizarla mejor, es preciso también que los sacerdotes se abstengan de sacar provecho alguno material de sus trabajos libres ó no y de sus lecciones, de modo que subsistan solamente por sus pen-

siones anuales. La caja central del sacerdocio proveerá, salvo excepción, á la impresión de todos sus escritos, con la única obligación de firmarlos, dejando su distribución á los autores, que son para esto los mejores jueces, así constantemente responsables. Todo sacerdote que venda sus libros ó sus lecciones será castigado severamente, hasta perder su oficio después de la infracción tercera.

Á fin de completar la purificación del sacerdocio, es preciso también impedirle oprimir doctrina alguna contraria á la suya. Por esto el régimen positivo exigirá siempre plena libertad de exposición y aun de discusión, como conviene á dogmas constantemente demostrables. Las únicas restricciones normales de esta libertad fundamental deben resultar de la opinión pública, que, en virtud de una sabia educación universal, rechazará espontáneamente las tesis contrarias á sus convicciones. Puede juzgarse de ello ya por la disciplina involuntaria que mantiene la fe positiva, sin coacción alguna material, en las principales nociones de la ciencia moderna. Con tal que la contradicción jamás sea prohibida legalmente, nadie podrá racionalmente quejarse de

la repugnancia que inspire al público. Tal conjunto de condiciones obligará siempre al sacerdocio á persuadir ó á convencer para ejercer una acción real sobre los grandes y los pequeños.

M. Debiendo consistir, sobre todo, su intervención cívica en regular dignamente las relaciones habituales entre el patriciado y el proletariado, os suplico, padre mío, que caractericéis especialmente este oficio fundamental.

S. Para esto, hija mía, debo, ante todo, especificar más la constitución normal de la industria moderna. Descansa sobre dos condiciones generales, ya sensibles al fin de la edad media y siempre desarrolladas después: la división entre los negociantes y los trabajadores, y la jerarquía interior del patriciado, de que resulta la del proletariado. La subordinación de los campos á las ciudades completa esta organización.

Después de la abolición de la servidumbre, la industria adquirió bastante vida para dispensarse de trabajar por mandato ajeno, y proveyó á las necesidades públicas. Desde entonces, los negociantes propiamente dichos se separaron pronto de los simples trabajadores. La distinta marcha determinó

gradualmente, por la naturaleza de sus ocupaciones, la jerarquía normal que os indica ya nuestro culto. Se eleva de los agricultores á los fabricantes, luégo de éstos á los comerciantes, para subir por fin á los banqueros, fundando cada clase sobre la precedente. Operaciones más indirectas, confiadas á agentes más escogidos y menos numerosos, exigen también concepciones más generales y más abstractas, como una más vasta responsabilidad. Esta clasificación espontánea, sistematizada por el positivismo según nuestro principio jerárquico, erige la coordinación normal de la industria en prolongación natural de aquellas que son propias, primero á la ciencia y luégo al arte.

La eficacia social de esta jerarquía industrial supone que el patriciado está bastante concentrado para que cada miembro administre en él todo lo que puede realmente dirigir, á fin de disminuir lo más posible los gastos de gerencia y de asegurar mejor la responsabilidad. Aquí el verdadero interés de los inferiores coincide plenamente con la tendencia natural de los superiores. Porque grandes deberes exigen grandes fuerzas. Nuestros desórdenes actuales están principalmente

agravados por la envidiosa ambición de la burguesía y su ciego desprecio á las existencias populares. Cuando sus costumbres sean bastante regeneradas, bajo el impulso combinado de las situaciones y de las convicciones, su cabeza se fundirá en el patriciado y su masa en el proletariado, disolviendo las clases medias propiamente dichas.

M. Esta indispensable concentración de las riquezas es ya deseada, padre mío, por los proletarios de nuestras grandes ciudades, como un verdadero beneficio social, aunque nuestros campesinos persisten demasiado en desear una dispersión casi indefinida. Pero tal condensación debe depender mucho de la transmisión hereditaria de las propiedades. Pareciéndome insuficiente la indicación que habéis bosquejado á este propósito en la explicación del culto, os ruego que la completéis aquí.

S. Es preciso, hija mia, referirla al principio más general que regula la sucesión normal de todos los funcionarios. El sistema electivo no fué introducido sino como una protesta, por largo tiempo indispensable, contra el régimen de castas, hecho finalmente opresor. Pero en sí misma, toda elec-

ción de los superiores por los inferiores es profundamente anárquica, y nunca ha servido más que para disolver gradualmente un orden vicioso. El estado final no debe en este punto diferir del régimen primitivo sino sustituyendo á la herencia teocrática, fundada únicamente en el nacimiento, la herencia sociocrática, resultado siempre de la libre iniciativa de cada funcionario.

Todas las complicaciones sociales, inspiradas por la desconfianza, no buscan realmente sino la irresponsabilidad. Confianza completa y plena responsabilidad: tal es el doble carácter del régimen positivo. El digno órgano de una función cualquiera es siempre el mejor juez de su sucesor, cuya designación debe siempre someter á su superior propio. Solamente en el orden espiritual, toda elección corresponde al jefe superior, para obtener la concentración necesaria á un ministerio tan difícil.

En las más altas funciones temporales, el examen del superior se halla naturalmente reemplazado por el del sacerdocio y el del público. Por esto el jefe debe designar solemnemente á su sucesor, al recibir, como ya sabéis, el sacramento de la retirada, en una edad

en que su elección pueda aún ser libremente modificada por convenientes consejos. En casos excepcionales, podrá, pues, el sacerdocio, rehusando esta consagración, impedir este último acto de un poder indigno é incapaz.

Siendo la riqueza concebida socialmente como una autoridad, su transmisión debe seguir las mismas reglas generales. Esta libre elección de heredero, en virtud de una plena facultad de testar y de adoptar, procura el mejor remedio contra los abusos ordinarios de la posesión. En efecto, cada cual se hace entonces responsable de una indigna sucesión que no puede ahora merecerle ningún reproche. Poco se debe temer que la herencia pase ordinariamente á uno de los hijos si todos son verdaderamente incapaces. Porque la tendencia en los jefes industriales á perpetuar dignamente sus *casas*, les dispone frecuentemente á escoger sus sucesores fuera de su propia familia, lo que no pueden hacer hoy sino sacrificando á sus hijas. Así, la herencia sociocrática, lejos de disminuir el poder de los ricos, les es más favorable que la herencia teocrática, aumentando mucho su responsabilidad moral.

M. Tal explicación acaba, padre

mío, de darme á conocer la constitución temporal del régimen positivo. Podéis, pues, apreciar directamente la intervención general del sacerdocio de la Humanidad en los principales conflictos cívicos.

S. Para caracterizar mejor esta atribución decisiva, creo deber, hija mía, indicaros ante todo la estadística normal del patriciado para todo el Occidente. Dos mil banqueros, cien mil comerciantes, doscientos mil fabricantes, y cuatrocientos mil agricultores, suministran un número de jefes industriales suficiente á los ciento veinte millones de habitantes que componen la población occidental. En este corto número de patricios se hallarán concentrados todos los capitales occidentales, cuya activa aplicación deberán libremente dirigir, bajo su constante responsabilidad moral, en provecho de un proletariado treinta veces más numeroso.

En cada república particular, el gobierno propiamente dicho, es decir, el supremo poder temporal, pertenecerá naturalmente á los tres principales banqueros, respectivamente dedicados con preferencia á las operaciones comerciales, manufactureras y agrícolas. A estos doscientos triunviros, deberá, pues, el

sacerdocio occidental, dirigido por el Gran Sacerdote de la Humanidad, someter dignamente las reclamaciones legítimas de un inmenso proletariado. La clase excepcional, que contempla habitualmente el porvenir y el pasado, aplica entonces al presente toda su solícitud, hablando á los que viven en nombre de los que vivieron y para los que vivirán.

M. Este lenguaje, padre mío, me parece descansar siempre en una justa apreciación de las diversas existencias. Erigiendo á todos los ciudadanos en funcionarios sociales, según la utilidad real de sus oficios respectivos, el positivismo ennoblece la obediencia y consolida el mando. En vez de un simple destino privado, cada actividad se siente honrada por su digna participación en el bien público. Ahora bien: para obtener esta saludable transformación, el sacerdocio jamás necesita suscitar un entusiasmo excepcional. Le basta siempre hacer doquiera prevalecer una exacta apreciación de las realidades habituales.

S. Nuestro principio fundamental sobre el carácter necesariamente gratuito del trabajo humano, procura, hija mía, poderosos medios para desarrollar

mejor los sentimientos y las convicciones que conciernen á cada clase social. Cuando el salario no se concibe como la paga del valor del funcionario, sino solamente los materiales que consume, el mérito personal de cada hombre resalta más á los ojos de todos. El sacerdocio puede, pues, realizar mejor su principal deber social, que consiste en oponer siempre dignamente la clasificación abstracta de los individuos, en virtud de su apreciación intelectual y moral, á la clasificación concreta resultada de la subordinación de los oficios. Este contraste, convenientemente desarrollado, atraerá á los superiores á mejores disposiciones para con sus inferiores, cuando reconozcan que su propia elevación la deben más á la situación que al mérito. Aunque sólo la vida subjetiva puede hacer verdaderamente prevalecer la clasificación personal sin suscitar tendencia alguna subversiva, esta oposición religiosa hará más apreciable la clasificación oficial, conservando hacia ella un justo respeto.

• Pero, al mismo tiempo, el sacerdocio hará comprender profundamente á los proletarios las verdaderas ventajas de su condición social. No costará

gran trabajo demostrar á las almas preparadas por una sabia educación y constantemente penetradas de afecciones domésticas, la última realidad de esta admirable máxima del gran Corneille:

On va d'un pas plus ferme á suivre qu'à conduire.

La felicidad resultada de una digna sumisión y de una justa irresponsabilidad, será apreciada sin cesar cuando la vida de la familia haya convenientemente surgido en el medio más propio al disfrute de sus goces. Entonces el proletariado comprenderá que la principal misión del patriciado consiste en procurar á todos el logro pacífico de estas satisfacciones domésticas, en que reside, sobre todo, la verdadera dicha. Su menor desarrollo en los jefes espirituales ó temporales, siempre preocupados por una inmensa responsabilidad, hará generalmente considerar más digna de piedad que de envidia una elevación que no tiene otra compensación sólida que una participación mejor en el bien público. Pero esta noble recompensa sólo es apreciada por las almas escogidas, siempre muy raras en el patriciado, y aun en el seno del sacerdocio. Es preciso,

pues, dejar una marcha moderada á las vulgares satisfacciones del orgullo ó de la vanidad, únicas capaces ordinariamente de excitar el celo que el consejo y el mando exigen.

M. Quisiera, padre mío, conocer con más precisión esta atribución fundamental de los libres administradores del capital humano, para asegurar á los proletarios un digno desarrollo de la existencia doméstica, primera garantía normal del orden civil.

S. Limitaos, hija mía, á considerar á cada uno, primero como propietario y luégo como asalariado. Un proletario cualquiera debe poseer todos los materiales de un uso exclusivo y continuo, ya suyo, ya de su familia. Sólo esta regla, evidentemente realizable, puede asegurar el orden práctico. Pero estamos lejos de su digna realización. Muchos hombres estimables están aún desprovistos de la propiedad de sus muebles más usuales, y algunos no tienen siquiera la de sus vestidos. En cuanto al domicilio, ya sabéis que la mayor parte de los propietarios están más bien acampados que domiciliados en nuestras ciudades anárquicas. Bastaría, sin embargo, descomponer en habitaciones la venta ordinaria de las

casas, como se hace en algunas ciudades, para que cada familia popular, en virtud de un ligero aumento de alquiler durante algunos años, poseyese irrevocablemente su alojamiento.

El culto y el régimen privados determinan la extensión normal de tal domicilio y caracterizan la importancia de su fijeza, sin la cual puede decirse que la primera revolución humana, el tránsito de la vida nómada al estado sedentario, es aún incompleta. Debe aún reobrar sobre la estabilidad material de las relaciones industriales, suprimiendo espontáneamente la funesta vagancia. Consagrando la plena voluntad del concurso humano, la religión positiva impone á cada cual el deber de no cambiar jamás sin graves motivos de inferiores ni superiores. La caprichosa mutación de agentes habituales es condenable, puesto que tiende á perturbar la economía general de sus operaciones, que supone una fijeza suficiente en su clientela.

En cuanto al salario periódico, debe estar normalmente compuesto de dos partes desiguales, una independiente del trabajo efectivo y propio al oficio correspondiente, y otra subordinada á los trabajos diarios. Este es el único

medio de garantizar á los obreros contra los períodos en que están sin trabajo, sin ser por su culpa, sin dejar, sin embargo, de permitir á los jefes un justo desarrollo de los diversos perfeccionamientos industriales, sobre todo mecánicos. La extensión de las máquinas, que realza la dignidad moral del trabajador humano y aumenta su eficacia material, podrá desde luégo realizarse libremente, al abrigo de todo social reproche. Pero la proporción entre la parte fija y la parte movable del salario de los obreros debe variar en las diferentes industrias, en virtud de leyes que sólo el patriciado puede determinar.

M. Pese á la saludable influencia de este orden normal, presiento, padre mío, que el instinto destructor, solicitando á las demás inclinaciones egoístas, suscitará siempre graves conflictos entre los occidentales regenerados. Debo, pues, preguntaros cuál será la intervención del sacerdote en estos inevitables debates.

S. Se esforzará primeramente, hija mía, en prevenirles todo lo posible, por un empleo prudente de su disciplina espiritual, que difiere, sobre todo, de la regla temporal en que excita las

buenas inclinaciones antes de combatir las malas. Su marcha es, pues, más positiva que negativa, procediendo más por comparación que por comprensión, recompensando á unos en vez de castigar á otros, aunque sabe imponer penas, caso de necesidad, según ya os he explicado.

La reunión de estos medios prevendrá las más veces, ó reparará pronto, los conflictos cívicos producidos por la actividad práctica, en el choque natural de las pasiones egoístas.

Toda la religión positiva tiende á hacer comprender que, descansando siempre la sociedad en un libre concurso, no hay transacciones duraderas ni modificaciones legítimas fuera de aquellas que resultan de un asentimiento voluntario de los diversos operadores. La más grande de las revoluciones sociales, la abolición gradual de la esclavitud occidental, se llevó á cabo, en la edad media, sin una sola insurrección.

De todos modos, como nuestra imperfección cerebral no permite al sacerdocio hacer siempre respetar lo bastante las voluntades humanas, deberá finalmente procurar moderar los conflictos que no podrá impedir. Su

regla general, conforme á la naturaleza de la civilizaci3n moderna, consiste en condenar radicalmente, como igualmente anárquico y retr3grado, todo procedimiento militar de los superiores 3 de los inferiores. En la asociaci3n industrial, las luchas materiales, cuando no se las puede evitar, deben descansar sobre la riqueza, dispersa 3 concentrada, y nunca sobre la violencia personal, que debe reservarse contra los malhechores propiamente dichos. Porque no se debe reprimir por la fuerza sino las acciones unánimemente reprobadas aun por sus propios autores.

El instinto destructor puede siempre admitir tal transformaci3n, casi completa. ahora para las infracciones cr3nicas, aun colectivas, y que falta solamente sistematizar extendiéndola á las perturbaciones agudas. Ya las persecuciones habituales, que antes atentaban á la vida, llegan á respetar la libertad, para limitarse á la fortuna, haciendo así más fácil su evitaci3n y separaci3n, así como, en los criminales, los ladrones han reemplazado á los asesinos. Se puede, pues, esperar que la religi3n positiva determinará á los hombres á concluir sus más vio-

lentos debates sin guerra alguna propiamente dicha, ni aun civil. La restricción normal de las repúblicas parciales debe facilitar mucho esta transformación final, aumentando á la vez el poder del patriciado y la independencia del proletariado.

M. Por preciosa que sea tal conversión de luchas materiales, me parece, padre mío, más ventajosa á los superiores que á los inferiores. Renunciando á todo uso habitual de la fuerza propiamente dicha, para limitarse á los conflictos pecuniarios, creo que los trabajadores realizan un gran acto de generosidad social, por otra parte plenamente motivado. Pero temo que dejando así transportar los debates al dominio propio de los negociantes, no sean á veces víctimas del egoísmo de los ricos, aun cuando hayan obtenido doquiera la justa autorización de coligarse á su antojo sin violencia alguna. Porque sea cualquiera el poder cívico que los plebeyos puedan adquirir por sus dignas negativas colectivas de cooperación industrial, los inmensos capitales de nuestros patricios permitirán quizá á éstos vencer finalmente las más justas resistencias. Aunque el sacerdocio debe procurar mucha fuerza

á las coaliciones obreras una vez sancionadas, me parece aún abusiva la preponderancia de la riqueza.

S. Para tranquilizaros, hija mía, considerad, ante todo, la influencia habitual del sacerdocio sobre el patriado por las íntimas relaciones personales. Según nuestra ojeada estadística, el número normal de banqueros es igual, en Occidente, al de templos positivistas, cada uno de los cuales se hallará naturalmente colocado bajo el protectorado temporal del banquero adyacente, encargado, por el triunvirato nacional, de transmitir todos los pagos sacerdotales. De aquí se seguirán frecuentes relaciones entre los sacerdotes y los principales jefes industriales, de modo propio á reanimar especialmente en éstos la veneración resultada de su propia educación, prolongada por la de sus hijos.

M. Permitid, padre mío, que os interrumpa un momento, en cuanto á esta última influencia. No debiendo jamás nuestra instrucción enciclopédica ser obligatoria, los ricos dejarán quizá, por un necio orgullo, de hacer partícipes de ella á sus hijos, y sobre todo á sus hijas, haciéndoles renunciar á los sacramentos que las siguen, y

aun á las recomendaciones sociales que procuren. Entonces la influencia personal que señaláis se hallará esencialmente reducida á la deferencia involuntaria que obtiene doquiera el talento y la virtud.

S. Esta objeción incidental es más fuerte, hija mía, de lo que pensáis, y no obstante, prescindiría de ella sin trabajo. En efecto, no será preciso haber seguido á nuestras escuelas positivistas para ser admitido á recibir nuestros sacramentos sociales, y aun á sufrir nuestros exámenes públicos, en que nadie se informará jamás de dónde proviene la instrucción, con tal que sea real y suficiente. Solamente cuando no emane del sacerdocio, nuestros sacerdotes necesitarán más trabajo para recoger los informes morales, que serán siempre tan indispensables como los juicios intelectuales.

Pese á esta plena libertad de enseñanza, que, por otra parte, aumentará el celo de nuestros profesores, las escuelas oficiales jamás serán abandonadas por los ricos, á menos que el sacerdocio no degenerare. Porque no querrán que sus hijos queden por bajo de la instrucción popular, cuyo equivalente privado, ni aun con grandes dis-

pensas pecuniarias les podrán procurar. En efecto, el sacerdocio absorberá naturalmente los mejores profesores, á los cuales sus otras funciones separarán siempre de la enseñanza particular, que, por otra parte, les será, como ya sabéis, severamente prohibida. Los maestros privados se escogerán entre los hombres incapaces de ser sacerdotes ni aun vicarios, de suerte que sus lecciones estarán habitualmente desacreditadas.

M. Tal explicación me tranquiliza completamente, padre mío, contra las repugnancias aristocráticas hacia nuestra educación universal. Así, os suplico que prosigáis vuestra importante apreciación de las influencias propias al sacerdocio positivo para prevenir ó reparar, cerca de jefes industriales, los más graves conflictos prácticos.

S. Aparte de sus relaciones personales con la primera clase patricia, que puede tanto influir sobre las demás, hallará doquiera, hija mía, auxiliares especiales, por una digna reorganización del protectorado voluntario. La institución caballeresca no es particular, en modo alguno, á la existencia militar, cuyo brutal principio debió, por el contrario, dificultar mucho su

admirable desarrollo en la edad media. Conviene más, bajo mejores formas, al régimen positivo, en que la protección, aunque hecha esencialmente pecuniaria, suscitará con frecuencia sacrificios menos esplendorosos, pero más eficaces, y además mejor regularizados. Muchos jefes industriales, sobre todo entre los banqueros, se afiliarán desde la juventud á la libre asociación que, disponiendo de capitales inmensos, ejercerá espontáneamente, ó por llamamiento del sacerdocio, una generosa intervención en los principales conflictos. Su noble protección no se limitará á los proletarios oprimidos: debe también defender á los sacerdotes de la tiranía temporal.

M. Esta preciosa institución me parece completar, padre mío, el conjunto de los medios propios al sacerdocio de la Humanidad para regular dignamente las relaciones cívicas. Podéis, pues, explicarme su intervención normal en las relaciones universales.

S. Es preciso, hija mía, distinguir en ellos dos clases, según que conciernen á poblaciones positivistas ó á pueblos aún extraños á la verdadera religión.

El primer caso no exige realmente sino una simple extensión de las consideraciones precedentes, de suerte que puede ser prontamente apreciado. En él la influencia sacerdotal es aún más fácil y más decisiva. Porque, tras la próxima descomposición de los Estados actuales, la gran República occidental se hallará dividida en sesenta repúblicas independientes, que sólo tendrán de verdaderamente común su régimen espiritual. Jamás en ellas surgirá autoridad temporal, susceptible de mandar doquiera, como el vano emperador de la edad media, que no fué, respecto al dogma católico, sino un elemento perturbador, empíricamente emanado del orden romano. Todas las operaciones colectivas, por otra parte puramente temporales, serán llevadas á cabo siempre por el concierto pasajero de los triunviratos correspondientes. En cuanto á las instituciones prácticas, que deben llegar á ser verdaderamente universales, su destino mismo las reserva constantemente al sacerdocio, único capaz de hacerlas prevalecer doquiera libremente, pese á las rivalidades nacionales. Los gobiernos especiales no deben intervenir en ellas sino para facilitar su fundación con los

indispensables gastos. Por esto únicamente es por lo que las monedas, las medidas, etc., pueden adquirir, pronta y pacíficamente, una verdadera universalidad.

Así, las sesenta Repúblicas del Occidente regenerado no se hallarán habitualmente ligadas sino por una misma educación, costumbres uniformes y fiestas comunes. En una palabra, su unión será religiosa y no política, salvo las relaciones históricas resultadas de agregaciones anteriores, y pronto borradas por nuevas aproximaciones, cuando éstas sólo se apoyen en la comunidad de lenguaje. El Gran Sacerdote de la Humanidad constituirá, mejor que papa alguno de la edad media, el único jefe verdaderamente occidental. Podrá, pues, caso necesario, concentrar toda la acción sacerdotal á fin de reprimir todo triunvirato tiránico, invocando además el auxilio de los caballeros vecinos, y aun la mediación pacífica de los gobiernos imparciales. Si las luchas industriales se hacen, sin embargo, inevitables, su digna sanción podrá procurar á las coaliciones obreras una extensión decisiva, haciendo participar en ella á todos los colaboradores occidentales.

Pero, recíprocamente, cuando el sacerdocio condene la conducta de los trabajadores, ó solamente rehuse aprobarla, los negociantes acallarán fácilmente todas las reclamaciones viciosas.

M. No nos queda, padre mío, sino determinar las relaciones sistemáticas de la población positivista con las naciones que no han abrazado aún la religión universal.

S. Por la íntima conexión resultada de la iniciación católico feudal, sucediendo doquiera á la incorporación romana, concebís, hija mía, que la nueva fe prevalecerá simultáneamente en todo el Occidente europeo, comprendiendo en él sus diversos apéndices coloniales, sobre todo americanos. Las convergencias debidas al desarrollo positivo, científico, estético y técnico, aventajan, por muchos conceptos, á las divergencias ocasionadas por la ruptura del lazo católico, y aun por una viciosa nacionalidad. Pero esta vasta república espiritual no comprende sino la quinta parte de la población humana. Importa, pues, apreciar en general cómo el Occidente regenerado deberá traer á su fe á todos los habitantes de nuestro planeta.

Cuando la reorganización occidental se halle suficientemente asegurada, este digno proselitismo exterior llegará á ser la principal ocupación colectiva del sacerdocio positivo. Pese á las pretensiones temporales, su privilegio exclusivo no podrá ser discutido en tal atribución. Si el sacerdocio es ya único competente para regular dignamente las relaciones mutuas de los diversos pueblos occidentales, con más razón debe regir, sin concurrencia alguna, las más vastas relaciones sociales. A través de dominaciones efímeras y desastrosas, á los perfeccionamientos científicos ó técnicos se debe realmente todas las comunicaciones útiles y duraderas del Occidente con el resto del planeta humano. El genio siempre relativo del positivismo le hace exclusivamente propio á admitir verdaderas misiones, capaces de atraer gradualmente á todos los pueblos á su unidad característica, única digna de abrazarlo todo.

M. Esta inmensa conversión, necesaria á la plena constitución del Gran Ser, debe seguir, padre mío, una marcha natural, cuyo carácter esencial quisiera conocer.

S. - Resulta, hija mía, de las afini-

dades decrecientes del positivismo occidental con los diversos pueblos extranjeros, primero monoteístas, luego politeístas, y por fin fetichistas. Pero los casos que parecen más desfavorables, por una menor preparación espontánea, suponen, por el contrario, mayor intervención sistemática, cuando se aplica dignamente la teoría general de las transiciones humanas. Toda la conversión puede ser suficientemente bosquejada en tres generaciones, una para cada grado principal, dejando al siglo siguiente desarrollar las diferentes bases de uniformidad establecidas por un sacerdocio suficiente y celoso, si es convenientemente auxiliado.

El primer caso concierne á los monoteístas orientales, primero cristianos, luego musulmanes, ó la Rusia y la Turquía con la Persia. Se puede elevar á estos pueblos al nivel final del Occidente, sin imponerles una servil y dañosa imitación de la marcha tempestuosa y difícil que exigió la revolución original. Desde hoy mismo, el positivismo suministrará, en virtud de su teoría histórica, preciosas luces á los nobles gobiernos que trabajan por dirigir esta ascensión necesaria, preser-

vándola de las perturbaciones occidentales. Rusia, que en el último siglo se guió por Francia, es ahora llevada á aislarse sistemáticamente. Este cambio es muy prudente, puesto que la antigua imitación expondría en adelante á los pueblos eslavos á inmensas perturbaciones, sin procurarles progreso verdadero alguno, intelectual ó social.

Pero cuando París regenerado deje de presentar doquiera un tipo de insurrección, podrá procurar á los dignos czares nociones y auxilios propios á secundar sistemáticamente su admirable celo espontáneo por el pacífico mejoramiento interior de sus vastos Estados. En vez de invitarles á la imitación de un pasado que no admite reproducción alguna, el positivismo les exhortará á apreciar mejor sus propias ventajas. Por ejemplo, la descomposición de las grandes fortunas feudales fué necesaria en Francia para preparar el advenimiento de un nuevo patriciado bajo el progreso efímero de las clases medias. En Rusia, por el contrario, importa hoy mantener la concentración de riqueza que exige el estado final, y que aquí nos costará mucho trabajo reconstruir. Todo el esfuerzo

de un sabio autócrata debe ahora limitarse á la transformación industrial del carácter militar, ya fundado en la permanencia, de hoy más inalterable, de la paz universal.

M. Tal influencia de los consejos positivistas me parece, padre mío, limitada á Rusia, por su analogía religiosa con el Occidente. Pero Turquía y Persia, no admiten quizá sino una intervención mucho menor, puesto que no han llegado aún á la monogamia.

S. La poligamia es hoy, hija mía, más real á veces en París que en Constantinopla. Aparte de que el islamismo ha sufrido la misma disolución que el catolicismo, nos formamos de él, en general, una idea exagerada de la diversidad de costumbres y de opiniones entre los orientales y los occidentales, como lo atestigua la tendencia espontánea de los musulmanes á tomarnos por guías.

Rechazando la división de los dos poderes, á fin de constituir mejor su teocracia militar, el incomparable Mahoma presintió que este inmenso perfeccionamiento del orden social era aún prematuro, en cuanto era incompatible con el principio teológico. Debió entonces considerar tal tentativa

como particular al Occidente, en que su fracaso final suscitaría largo tiempo graves peligros. Si el islamismo privó á los orientales de los admirables progresos alcanzados en la edad media bajo el impulso católico, les preservó luego de la transición anárquica que nos atormentó durante los últimos cinco siglos, y de que resultan hoy tantos obstáculos. Gracias á su régimen, los musulmanes están esencialmente exentos de los metafísicos y aun de los legistas. El positivismo, separándole de una desastrosa imitación, les hará sabiamente apreciar esta ventaja capital, que puede secundar mucho su regeneración final.

M. Comprendo, padre mío, tal relación, cuyo principio se me había ocultado, por no conocer lo bastante vuestra teoría histórica. Pero, por lo que respecta á los politeístas, que forman casi la mitad de la población humana, me sorprendería mucho que nuestra fe tuviese una eficacia equivalente, puesto que la distancia es aquí demasiado grande.

S. Por el contrario, hija mía, podemos llegar á ser mucho más útiles á los politeístas que á los monoteístas, evitándoles una transición más larga y

más difícil. Su progreso espontáneo les hará quizá pasar primero por un monoteísmo cualquiera, aunque estén poco dispuestos á ello, observando el descrédito total en que ha caído en Occidente y aun en Oriente. Pero la religión positiva les dispensará de esta marcha empírica, instituyendo especialmente su transición directa á la fe final del hombre. El monoteísmo no es verdaderamente necesario sino en la evolución original. Muchos de nuestros adolescentes le franquearon espontáneamente durante su noviciado enciclopédico. Con más razón, el celo sistemático del sacerdocio occidental puede preservar de él á los politeístas actuales, cuyos principales dogmas son transformables en nociones positivas, cubiertas solamente de una especie de resplandor divino que se disipará pronto.

M. En cuanto á los fetichistas, por lo demás poco numerosos, su estado me parece, padre mío, de tal modo alejado del nuestro, que no concibo la posibilidad de traerles rápidamente al estado final del Occidente.

S. A pesar de su corto número, hija mía, ocupan, en medio de África, una vasta región completamente inac-

cesible aún á nuestra civilización, que no podrá penetrar en ella sino bajo el impulso prolongado del sacerdocio positivo. Nuestros dignos misioneros hallarán en ella el caso más propio á estimular los esfuerzos teóricos y el celo práctico, proponiéndose extender directamente la religión universal en estas poblaciones ingenuas, sin imponerlas transición alguna monoteica, ni aun politeica. La posibilidad de tal éxito resulta de la profunda afinidad del positivismo con el fetichismo, que no difiere de él, en cuanto al dogma, sino por confundir la actividad con la vida, y, en cuanto al culto, por adorar los materiales en vez de los productos.

En toda iniciación humana, espontánea ó dirigida, el fetichismo constituye el único modo de régimen ficticio verdaderamente inevitable, porque aparece en un tiempo en que la especie y el individuo son incapaces de reflexión. Cada una de las otras dos fases preliminares puede ser llevada á la evolución plenamente sistemática. Si tuviésemos que preservar á nuestros hijos del politeísmo, podríamos llegar á conseguirlo prolongando el estado fetichico, hasta que por modificaciones gra-

duales llegase al positivismo. Pero este esfuerzo carecería entonces de oportunidad, sin hablar de su tendencia á perturbar el proceso natural de la imaginación humana. Todo lo contrario sucede en lo que respecta á la evolución colectiva del África central, en que tales transformaciones implicarán la más saludable eficacia, tanto local como universal.

M. No me resta, padre mío, sino una observación final que someteros acerca de estas inmensas metamorfosis intelectuales y sociales, que prestan tanto interés á las más vastas relaciones humanas, siempre esclavas hasta aquí del egoísmo y del empirismo. Sin participar en modo alguno de los bárbaros prejuicios de los blancos contra los negros, me atrevo apenas á esperar que la universalidad de la fe positiva no será dificultada por la diversidad de razas.

S. La verdadera teoría biológica de las razas humanas resulta, hija mía, de la concepción de Blainville, que representa estas diferencias como variedades debidas al medio, pero hechas fijas, aun hereditariamente cuando han alcanzado su mayor intensidad. En virtud de este principio, se puede

construir subjetivamente una doctrina esencialmente conforme á las únicas diversidades hechas constar por la apreciación objetiva, que no admite realmente sino tres razas distintas, blanca, amarilla y negra.

En efecto, no han podido desarrollarse diferencias esenciales y duraderas sino por la preponderancia relativa de las tres partes fundamentales del aparato cerebral, especulativa, activa y afectiva. Tales son, pues, nuestras tres razas necesarias, cada una de las cuales es superior á las otras dos, ó en inteligencia, ó en actividad, ó en sentimiento, como lo confirma el conjunto de las más sanas observaciones. Esta apreciación final debe desviarlas de todo desdén mutuo y hacerlas igualmente comprender la eficacia de su íntimo concurso, para acabar de constituir el verdadero Gran Ser.

Cuando nuestros trabajos hayan uniformemente mejorado el planeta humano, estas distinciones orgánicas tenderán á desaparecer, en virtud de su misma fuente natural, y sobre todo por dignos matrimonios. Su combinación creciente nos procurará, bajo la dirección sistemática del sacerdocio universal, el más precioso de todos los

perfeccionamientos, el que concierne al conjunto de nuestra constitución cerebral, hecha así más apta para pensar, obrar y aun amar.

CONCLUSIÓN

Historia general de la religión.

DIÁLOGO DUODÉCIMO

PERÍODO FETÍCHICO Y TEOCRÁTICO

COMÚN Á TODOS LOS PUEBLOS

LA MUJER. Esta conferencia final me inspira de antemano vivo atractivo, querido padre, por la necesidad que muchas veces he experimentado de tal complemento histórico durante la triple exposición que acabáis de terminar. He comprendido ya, en muchos casos, que el estado final regulado por la Religión de la Humanidad debe ser siempre precedido de una larga y difícil iniciación, indispensable sobre todo á toda evolución original. Pero estas ideas generales no hacen sino excitar, sin satisfacerle, mi deseo de conocer sumariamente la teoría histórica que

os permite apreciar el pasado de modo propio á determinar el porvenir, para caracterizar el presente.

EL SACERDOTE. Su principal fundamento consiste, querida hija mía, en la doble ley de evolución mental que os es ahora familiar. Ya sabéis cómo de ella resulta la descomposición general de la preparación humana, comenzada por el fetichismo, desarrollada por el politeísmo y completada por el monoteísmo. Sin embargo, antes de ir más lejos, debéis volver brevemente sobre este principio fundamental, á fin de juzgar indispensable la marcha que en un principio os ha parecido solamente inevitable.

Apreciad, sobre todo, la necesidad intelectual de tal iniciación, porque es menos comprendida que otra alguna. Si toda verdadera teoría descansa necesariamente en hechos observados, es igualmente cierto que toda observación continuada exige una teoría cualquiera. El espíritu humano no podía, pues, hallar éxito primitivo sino en un método puramente subjetivo, sacando del interior los medios de enlace que el exterior suministra solamente tras un largo estudio. Entonces el sentimiento suplió á la impotencia de la intelligen-

cia, suministrándola el principio de todas las explicaciones, por las afecciones correspondientes de todos los seres, espontáneamente asimilados al tipo humano. Pero esta filosofía inicial es necesariamente ficticia, y por tanto, únicamente provisional. Instituye, entre la teoría y la práctica, un antagonismo continuo, que, gradualmente modificado por la reacción creciente de la actividad sobre la inteligencia, se prolonga durante toda nuestra preparación, y no se termina sino en el estado positivo. En tanto que la especulación atribuyó todo á voluntades arbitrarias, la acción supuso siempre leyes invariables, cuyo conocimiento, cada vez ménos empírico y más extenso, ha acabado por renovar el entendimiento humano.

M. He necesitado, padre mío, tal explicación para comprender el destino filosófico del régimen inicial, á pesar de haber ya hallado en él aptitud poética. Pero su necesidad moral no me parece exigir aclaración alguna. Todo aquel que ha observado bien á los niños, ó aun apreciado á los salvajes en los relatos de los viajeros, debe considerar este sostén exterior indispensable á nuestra debilidad primitiva. El

régimen ficticio es aún más propio á desarrollar nuestra ternura, á la cual el estado positivo no puede procurar alimentación equivalente sino cuando alcanza su plena madurez. Conveniente de este modo á nuestra triple naturaleza individual, la religión inicial debe igualmente aplicarse á nuestra existencia social, que no podía en un principio hallar otra fuente de opiniones comunes ni de autoridades directoras.

S. Para completar esta teoría fundamental de la evolución humana, no me resta, hija mía, sino indicaros la ley que regula nuestra marcha temporal. Presenta, como la marcha espiritual, y por análogos motivos, la sucesión necesaria de tres estados distintos: el primero puramente provisional, el segundo simplemente transitorio y el tercero único definitivo, según los diversos modos de nuestra actividad.

La existencia humana comienza, en efecto, por ser esencialmente militar, para hacerse, por fin, completamente industrial, pasando por una situación intermediaria, en que la conquista se transforma en defensa. Tales son, evidentemente los caracteres respectivos de la civilización antigua, de la socia-

bilidad moderna y de la transición propia á la edad media.

Esta marcha de la actividad resulta, como la de la inteligencia, de la imposibilidad de todo otro resultado primitivo. El estado social no puede, sin duda alguna, consolidarse y desarrollarse sino por el trabajo. Pero, por otra parte, el desarrollo del trabajo supone la preexistencia de la sociedad, tanto como el de la observación exige el impulso teórico. El desenlace de tal perplejidad se opera, pues, como por una evolución espontánea que dispensa de toda preparación complicada. Ahora bien: sólo la actividad guerrera llenó esta condición, vista la preponderancia natural del instinto destructor sobre el instinto constructor. No suponiendo eficacia sino por un ejercicio colectivo, es eminentemente propia á suscitar asociaciones consistentes y duraderas, en que la simpatía se hace muy intensa, aunque muy restringida, por una profunda solidaridad. Por último, ella sola puede determinar la formación de grandes Estados siguiendo una incorporación gradual, que comprime la turbulencia militar en todas partes y en el pueblo dominante, en que su carácter se eleva por un no-

ble destino. No existe, pues, otro medio general de vencer la repugnancia que en principio todo trabajo regular inspira al hombre.

Cuando esta dominación guerrera adquiere bastante extensión, el régimen primitivo tiende á transformarse espontáneamente, porque la defensa se hace más importante que la conquista. Se pasa entonces al modo intermedio durante el cual la preponderancia militar prepara la existencia industrial, que pronto queda única susceptible de un progreso continuo.

M. La evolución de la actividad me parece, padre mío, más fácil de comprender que la de la inteligencia. Pero me sorprende que su combinación os parezca suficiente para fundar la teoría histórica. Es cierto que se corresponden espontáneamente, porque la síntesis ficticia conviene á la guerra como la religión positiva al trabajo: compréndese aún que el espíritu metafísico debiese prevalecer mientras la actividad militar fué esencialmente defensiva. Sin embargo, esta concepción dinámica de la Humanidad no me parece muy conforme á la noción estática de nuestra inteligencia, en que el sentimiento domina á la vez

la inteligencia y la actividad. Tras la doble ley de la evolución espiritual, y la que regula el progreso temporal, esperaba yo una equivalente apreciación concerniente á la vida afectiva, sin la cual no comprendo más el movimiento que la existencia.

S. Olvidáis, hija mía, que la principal región del cerebro no tiene, como las otras dos, comunicaciones directas en el exterior, que no puede, pues, modificar el sentimiento sino por mediación de la inteligencia y de la actividad. Es cierto que los órganos afectivos estarán continuamente ligados á las vísceras vegetativas. Pero la influencia moral de éstos, sometida además á leyes poco conocidas, no se hace considerable sino en la existencia personal, y tiene poca importancia en el estado social, por la neutralización espontánea que en él sufre entre los diversos casos simultáneos ó sucesivos.

Nuestras opiniones y nuestras situaciones constituyen, pues, las únicas fuentes normales en las variaciones que experimentan nuestros sentimientos, en las diferentes fases de la evolución humana, sobre todo colectiva. Pero la marcha general de estos cam-

bios indirectos es, por lo demás, conforme á la de las mutaciones directas de que ellos dependen. Porque si se puede resumir la evolución especulativa y la evolución activa considerando en ellas la tendencia á hacernos más sintéticos y más enérgicos, se reconoce igualmente que nuestra evolución afectiva consiste, sobre todo, en llegar á ser más simpáticos. Estando nuestra existencia caracterizada principalmente por la unidad, nuestro progreso debe esencialmente desarrollar la armonía humana. Así, toda la historia de la humanidad se condensa necesariamente en la de la religión. La ley general del movimiento humano consiste, bajo un aspecto cualquiera, en que el hombre se hace cada vez más religioso. Tal es el resultado final del conjunto de las apreciaciones dinámicas, desde luego plenamente conformes á las nociones estáticas: la educación de la especie, como la del individuo, nos prepara gradualmente á vivir para el prójimo.

M. Tras esta última aclaración, no encuentro ahora, padre mío, dificultad alguna concerniente á la teoría de evolución que sirve de base á la verdadera filosofía de la historia. Podéis, pues,

proceder inmediatamente á la sumaria explicación de las principales fases de la Humanidad.

S. A fin de facilitaros su estudio, os invito, hija mía, á consultar frecuentemente el correspondiente cuadro (*Véase el calendario inserto al final del tomo II*), extraído de la cuarta edición del *Sistema general de conmemoración pública propia á la transición orgánica de la República occidental*.

Llamará ante todo vuestra atención en él la ausencia total de indicaciones referentes al fetichismo, que, sin embargo, constituye nuestro estado primordial, que aun subsiste en muchos pueblos. Pero esta laguna inevitable respecta solamente á la naturaleza concreta de este cuadro, incapaz de abrazar una fase histórica que no hizo aparecer nombre alguno duradero. El fetichismo no puede ser dignamente celebrado sino en nuestro culto abstracto, en que ya sabéis cuánto le honramos.

Su eficacia mental consiste, sobre todo, en fundar espontáneamente el método subjetivo, que, absoluto en un principio, dirigirá el conjunto de la preparación humana, y que, hecho re-

lativo, presidirá cada vez más nuestro estado normal. La verdadera lógica, en que los sentimientos dominan á las imágenes y los signos, tiene, pues, un origen fetichico. Cuando una pasión cualquiera nos lleva á indagar las causas de los fenómenos cuyas leyes ignoramos, á fin de modificarlos después de haberlos previsto, atribuimos directamente á los seres correspondientes afecciones humanas, en vez de sujetarles á voluntades exteriores. El fetichismo es, pues, más natural que el politeísmo.

Es incontestable su aptitud moral, por su tendencia á hacer prevalecer doquiera espontáneamente el tipo humano. Nos hace profundamente simpáticas todas las existencias, aun las más inertes, representándonoslas siempre esencialmente análogas á las nuestras. Así este primer estado de la Humanidad determina más pesares que otro alguno en aquellos que son bruscamente sustraídos á él, como lo demuestra la diaria experiencia de los infelices africanos trasladados á América por la barbarie occidental.

Aun bajo el aspecto social, menos favorable al fetichismo, se le debe importantes servicios, que el culto positivo

glorificará dignamente. En tanto que es nómada la existencia, modera por su tendencia á la adoración material las inmensas destrucciones, por otra parte necesarias, aunque ciegas, que los pueblos cazadores ó pastores llevan entonces á cabo en los animales ó en los vegetales, para preparar el teatro humano. Pero su principal beneficio consiste en dirigir espontáneamente la primera de las revoluciones sociales, la que sirve de base á todas las demás, el tránsito al estado sedentario; esta gran transformación, cuya dificultad no es menos notoria que su importancia, pertenece ciertamente al fetichismo, por el profundo cariño que nos inspira hacia el suelo natal.

La principal imperfección de este régimen espontáneo consiste en no dejar surgir sino muy tardíamente un sacerdocio cualquiera, propio á regular luego el desarrollo humano. Porque este culto, aunque muy desarrollado, no exige en un principio ningún sacerdote, vista su naturaleza, esencialmente privada, que permite á cada cual adorar sin intermediario á seres casi siempre accesibles. De todos modos, el sacerdocio acabó por aparecer en él, cuando los astrós, por largo

tiempo desdeñados, llegaron á ser los principales fetiches, desde entonces comunes á vastas poblaciones. Reconocida su naturaleza inaccesible, suscitó una clase especial, destinada á transmitir los homenajes y á concertar las voluntades. Pero, en este estado final, el fetichismo se confunde con el politeísmo, que provino doquier de la astrolatría, como lo indican aún los nombres de los grandes dioses, siempre tomados á los astros más propios á perpetuar la síntesis ficticia.

M. A pesar de haberse realizado este tránsito sin gran esfuerzo, me parece, padre mío, constituir la más difícil de las revoluciones preliminares de nuestra inteligencia. Porque entonces debemos sustituir bruscamente la inercia á la actividad en nuestra concepción general de la materia, para motivar la influencia divina.

S. De todos modos, hija mía, los agentes exteriores se introducen espontáneamente cuando el entendimiento humano, alcanzando su segunda infancia, se eleva de la contemplación de los seres á la de los hechos, única base posible de las meditaciones científicas. Prolongando el método inicial, los fenómenos considerados si-

multáneamente en muchos cuerpos, son entoncés atribuídos á voluntades más generales, necesariamente emanadas del exterior. Esta transformación intelectual deberá llegarnos á ser familiar por los frecuentes ejemplos que podemos observar de ella, en la edad correspondiente de la evolución individual.

Sea como quiera, del politeísmo depende principalmente el conjunto de la preparación humana, sobre todo social y aun mental. Primeramente él solo completa la filosofía inicial, extendiéndola á nuestras más altas funciones, que pronto suscitan la ocupación favorita de los dioses. Porque el fetichismo, esencialmente relativo al mundo material, no podía abrazar distintamente nuestra existencia intelectual y moral, de que procedían, por el contrario, todas sus explicaciones físicas. Pero, introduciendo seres sobrenaturales, se les puede adaptar á este nuevo destino que no tarda en prevalecer. Al mismo tiempo, el politeísmo suscita necesariamente un sacerdocio propiamente dicho, ó más bien, consolida y desarrolla el que la astrolatría había fundado.

En medio de las variedades que pre-

sentado el régimen correspondiente, se observa dos instituciones cónexas, que son comunes á todos sus modos: la confusión radical de los dos poderes espiritual y temporal; la esclavitud de la población laboriosa.

Todos los motivos, aun los intelectuales, y sobre todo los sociales, concurren espontáneamente á la explicación de la primera. En primer lugar, no es posible limitarse á aconsejar, cuando se habla en nombre de una autoridad sin límites, todas cuyas inspiraciones vienen naturalmente á ser mandatos absolutos. Además, nuestro régimen preliminar debía, sobre todo, desarrollar las diversas fuerzas humanas, reservando al orden final su sabia regularización por el conjunto de tal aprendizaje. Todos los poderes debían, pues, hallarse en él profundamente combinados, á fin de dominar lo bastante la indisciplina natural del hombre primitivo. La división de los dos poderes humanos dificultó radicalmente el destino activo de este régimen, oponiéndose al desarrollo de las conquistas. Por último, la íntima discordancia entre los conceptos teóricos y las nociones prácticas exigió entonces que estos dos órdenes de ideas ocupa-

sen igualmente cada cerebro, para que sus vicios respectivos pudieran neutralizarse. Por otra parte, esta indispensable concentración se realizó espontáneamente, como lo atestigua la esterilidad de concebir entonces una verdadera separación entre el consejo y el mando, aun en los filósofos mejor dispuestos.

Tal observación conviene á la esclavitud antigua, juzgada siempre necesaria al orden social, hasta los cercanos tiempos de una irrevocable emancipación. El esclavo, como lo recuerda aún la etimología latina, fué primero un prisionero de guerra, agobiado por el trabajo, en vez de ser destruído ó devorado. Por la naturaleza conciliadora del positivismo podía conservar su propio culto, subordinándole á la religión del vencedor, convertido en su jefe espiritual y temporal. Esta condición social, á la cual nadie estaba enteramente sustraído, dadas las vicisitudes de la guerra, se halló entonces bastante natural para ser aceptada á veces independientemente de su fuente militar, que, sin embargo, prevaleció siempre.

La institución de la esclavitud formó doblemente la base de la civilización

antigua, primero como indispensable al aumento de las conquistas, luégo á fin de habituar al hombre al trabajo, hecho así el único medio de mejoramiento personal, después de haber sido el estipendio de la vida. Bajo todos estos aspectos, no se le puede comparar en modo alguno con la efímera monstruosidad que suscitó la colonización moderna.

M. Después de esta ojeada general sobre el régimen politeico, necesito, padre mío, conocer sumariamente sus principales formas.

S. La más fundamental consiste, hija mía, en la teocracia propiamente dicha. Este politeísmo conservador constituye el único orden verdaderamente completo que admite el conjunto de la preparación humana, todas otras cuyas fases no ofrecen sino modificaciones disolventes de este régimen primitivo, única fuente de su consistencia parcial.

Descansa sobre dos instituciones conexas: la herencia de todas las profesiones, y la universal preponderancia de la clase sacerdotal. La primera procura el único medio de conservar los progresos realizados, y de permitir enteramente modificaciones secundarias,

mientras que la educación se opera más bien por imitación que por enseñanza, falta de separación entre la teoría y la práctica. Pero este régimen necesario descompondría la población en castas profundamente independientes, si la uniforme preponderancia del sacerdocio no viniese á constituir el estado, procurando á todos un lazo venerado, que admite espontáneamente una vasta extensión.

Esta constitución inicial es de tal modo natural, que subsiste aún en las más numerosas naciones contemporáneas, pese á inmensas perturbaciones. Aunque surgida por doquiera, no pudo prevalecer en este punto, sino en los lugares en que la inteligencia y el trabajo se desarrollaron antes que la actividad militar. En efecto, ésta viene á ser siempre el disolvente espontáneo de tal régimen, terdiendo á hacer prevalecer á los guerreros sobre los sacerdotes. Pese á los inmensos esfuerzos de la política sacerdotal para desviar el ardor bélico hacia lejanas expediciones, seguidas siempre de colonizaciones irrevocables, la teocracia acabó en la dominación del patriciado militar, pero conservando las costumbres antiguas. Esta última aptitud, irrecusable

confirmación de la tenacidad de tal régimen, permite hoy estudiarla directamente, aunque muy alterada todavía, en la China y en la India, para comprender mejor el antiguo Egipto, venerable madre de toda la civilización occidental. Se puede entonces apreciar en gran escala la misión social del sacerdocio, á la vez consejero, consagrador, regulador y finalmente juez. Pero se ve así también cuán profundamente comprometida se halló esta atribución fundamental por el mando y la riqueza, que empañaron necesariamente la intervención inicial de la inteligencia en el dominio del sentimiento y de la actividad.

Debe sorprenderos que tal régimen esté tan poco representado por el cuadro que os he propuesto. Esto consiste, sobre todo, como en el fetichismo, en la naturaleza concreta de esta composición histórica, más estética que científica. De todos modos, tratándose de un régimen que dejó tantos monumentos de tantos géneros, tal explicación general necesita un especial desarrollo. Consiste en observar uno de los más nobles caracteres de la verdadera teocracia, en que el gobierno humano reside en corporaciones inmensas

y perpetuas, sin que los servicios prestados puedan unirse casi nunca á nombres particulares. Á falta de tal tendencia á la absorción de los individuos, los diversos colegios sacerdotales fueron muchas veces perturbados por las rivalidades naturales de las divinidades politeicas. Solamente cuando la teocracia, siguiendo una excepción felizmente única, se fundó sobre el mono-teísmo, una concentración extrema hizo en ella resaltar los nombres supremos. Así la naturaleza concreta de nuestro cuadro obligó á escoger á Moisés como el tipo personal del régimen inicial, aunque representa muy imperfectamente una constitución esencialmente propia al politeísmo.

M. Esta admiración hacia la teocracia me hace apreciar mejor, padre mío, la profunda injusticia de las ciegas imputaciones de que hoy aún es objeto por parte de hombres que se creen adelantados. Parecería así que el régimen de que todo emana, y que duró más que ningún otro, fué siempre opresivo y degradante; de suerte que no se comprendería de dónde pudieron surgir los progresos realizados.

S. Todas estas críticas de la teocracia deben ser consideradas, hija

mía, tan frívolas como los reproches de San Agustín al politeísmo todo y las recriminaciones de Voltaire al catolicismo. Ningún régimen puede merecer tales censuras sino en su decadencia. Jamás hubiera surgido ni prevalecido si la mayor parte de su dominación no hubiese sido suficientemente conforme á nuestra naturaleza, y aun muy favorable á nuestros progresos.

Las tendencias opresivas á la inmovilidad no se desarrollan realmente sino en la última fase de la teocracia, y resultan de la inevitable degradación del carácter sacerdotal por el mando y la riqueza. Pero, además, se ha exagerado mucho la inmutabilidad teocrática por el contraste emanado de la rapidez superior que distingue á la marcha occidental. Independientemente de toda perturbación extraña, indicios decisivos y múltiples manifiestan desde hace largo tiempo el movimiento espontáneo de tal civilización. Por ejemplo, el budismo, aunque comprimido en su centro, produjo pronto en el Tibet profundas modificaciones, desarrolladas en China por la institución de los exámenes.

Cuando el positivismo deba penetrar en estos inmensos pueblos, habrá lle-

gado el tiempo de estudiar con cuidado la progresión natural que ulteriormente les elevará al nivel final del Occidente, siguiendo una marcha equivalente, aunque distinta. Porque á estas tendencias espontáneas se deberá sabiamente referir la aceleración sistemática, descartando todas las perturbaciones violentas introducidas por el monoteísmo, primero musulmán y luego cristiano. Sin embargo, reservando esta importante apreciación, debemos ahora concentrar nuestros estudios históricos en los antepasados inmediatos á la civilización occidental. Se es así llevado á hacer prevalecer el examen de los pueblos en que el establecimiento teocrático fué prevenido por un desarrollo precoz de la actividad militar.

Pero este politeísmo progresivo presenta dos modos muy diferentes, uno esencialmente intelectual, otro eminentemente social. El primero tiene lugar cuando las circunstancias locales y políticas no permiten á la actividad militar, aunque muy desarrollada, instituir un verdadero sistema de conquistas. Entonces su reacción latente impulsa á todos los hombres superiores hacia la cultura mental, convertida así

en principal objeto de la atención pública y libre de la disciplina sacerdotal. Cuando, por el contrario, la guerra puede tender libremente á la dominación universal, la inteligencia se subordina á la actividad, y todos los ciudadanos son ordinariamente absorbidos por las solicitudes sociales, en el exterior como en el interior. Estas dos formas de politeísmo progresivo fueron igualmente necesarias, cada una según su naturaleza y su tiempo, al gran movimiento occidental que siguió á la ruptura espontánea del yugo teocrático.

Ninguna teocracia se sustrae, finalmente, al ascendiente social de los guerreros sobre los sacerdotes. Hasta la de la Judea, á pesar de su concentración excepcional, sufrió también esta revolución cuando los reyes sucedieron á los jueces, seis siglos después de su fundación. Pero importa distinguir los casos en que este cambio no se realiza sino cuando las costumbres aristocráticas han adquirido plena consistencia, de aquellos en que su rápido advenimiento precede á tal constitución, por este hecho esencialmente abortada. Nuestra evolución occidental dependió, sobre todo, de este último im-

pulso, que, de todos modos, jamás hubiera bastado sin los gérmenes felizmente copiados á las teocracias puras.

Los tiempos cantados por Homero marcan claramente el comienzo de tal serie; porque habían pasado entonces dos generaciones, á lo sumo, desde que los guerreros comenzaron á dominar á los sacerdotes en los pueblos antiguos helénicos. La teocracia primitiva se manifiesta en ellos aún por oráculos numerosos y respetados, aunque dispersos, que persistieron en Grecia más que en pueblo alguno.

M. A partir de esta era occidental, me habéis anunciado, padre mío, que la evolución humana constituye realmente una inmensa transición, sin admitir ningún verdadero régimen. Se comprende la exactitud de tal apreciación, cuando se opone la corta duración de los diversos estados sociales que desde entonces se suceden, ya con la permanencia anterior de la teocracia precedida por el fetichismo, ya con el incomparable porvenir del orden positivo; pero quisiera concebir ahora la marcha general de esta transición necesaria.

S. Tal preparación, exactamente representada en nuestro calendario

concreto, se refiere, hija mía, como el conjunto de la naturaleza humana, primero á la inteligencia, luégo á la actividad, para acabar por fin en el sentimiento. La teocracia inicial cultivó simultáneamente estos tres aspectos de nuestra existencia, sometida así á reglas completas, aunque demasiado poco favorables á nuestros progresos continuos. Pero esta disciplina era también la única que convino al teologismo, que jamás pudo sustituirla con cosa alguna duradera en tanto que prevaleció la síntesis ficticia. No aceleró su marcha, sino hiriendo tal armonía, para desarrollar sucesivamente cada parte de la existencia humana á expensas de las otras dos. Este carácter profundamente incompleto distingue claramente, primero á la elaboración griega, luégo á la preparación romana, y por fin á la iniciación católico-feudal.

El orden de estas tres evoluciones parciales resulta también de su común destino. Porque entonces era, ante todo, necesario desarrollar las fuerzas humanas, sin aspirar aún á disciplinarlas de otro modo que por su antagonismo espontáneo. Todo esfuerzo prematuro para regular el conjunto de

nuestra existencia tendía á restablecer una teocracia siempre inminente y se hacía contrario al proceso especial que quería secundar. Hé aquí por qué el sentimiento, principal fuente de la disciplina humana, debió ser por largo tiempo menospreciado, haciendo que no prevaleciese sino cuando el desarrollo teórico y práctico estuvo más avanzado. Para el propio desarrollo de nuestras fuerzas, la inteligencia debía preceder á la actividad. Porque tendiendo entonces la marcha activa á reunir á todos los politeístas progresivos bajo una misma denominación, se hubiera hecho incompatible con la plena libertad que exige la evolución especulativa, si ésta no se hubiese llevado á cabo previamente.

DIÁLOGO DÉCIMOTERCIO

Y ÚLTIMO

TRANSICIÓN PROPIA AL OCCIDENTE

LA MUJER. Comprendo, padre mío, la naturaleza y la sucesión de las tres grandes fases propias á la transición necesaria que nos separa de los tiem-

pos homéricos. Pero necesito comprender mejor su marcha y su encadenamiento, comenzando por la evolución griega.

EL SACERDOTE. Su inmortal esplendor no debe impedirnos, hija mía, deplorar su contraste general con la evolución romana, en cuanto á su influencia respectiva en los pueblos correspondientes. En Roma se trata de una construcción colectiva, en la cual todos los hombres libres deben siempre colaborar activamente, so pena de un radical aborto. En Grecia, el pueblo es esencialmente pasivo, y forma una especie de pedestal á algunos pensadores verdaderamente eminentes, cuyo número total, para el arte, la filosofía y la ciencia, no excede de ciento, desde Homero y Hesíodo hasta Ptolomeo. De un lado, la alta actividad común procura á la nación una nobleza universal, cuyos vestigios son aún apreciables. Pero de otro, la monstruosa preponderancia concedida á la especulación sobre la acción acabó en la degradación, demasiado sensible hoy, de una población sacrificada, que puso últimamente sobre todo los talentos de expresión. Sólo la conquista romana preservó á las ciudades grie-

gas de caer bajo la tiranía de un charlatán.

Estos pueblos tan decantados no admitieron verdaderamente sino una hermosa fase social, prolongada apenas durante dos siglos, y aun interrumpida á veces por sus miserables polémicas. Resultó de su admirable lucha, primero defensiva, luégo ofensiva, contra la violenta opresión con que la teocracia persa amenazaba á este precioso centro de libres pensadores, encargado entonces de los destinos intelectuales de la humanidad. Pero en ella misma, á algunos ciudadanos incomparables se debió, sobre todo, sus principales éxitos; porque todos los pueblos se mostraron dispuestos á sacrificar la defensa común á las rivalidades mutuas.

En esta larga elaboración mental es preciso distinguir tres fases desiguales, caracterizadas en el cuadro concreto. El movimiento comienza por el arte, cuyo eterno representante es Homero. Era preciso que la poesía, á la vez más independiente y más fatigada, se destacase la primera del tronco teocrático, comenzando la emancipación occidental. Preparó así el advenimiento de la filosofía, que, bosquejada primero por

Tales y Pitágoras, se personificó, por fin, en el incomparable Aristóteles, de tal modo superior á su tiempo, que no pudo ser apreciado hasta la edad media. Bajo su eterna elaboración, este segundo desarrollo se hace bastante característico para hacer pronto sentir á los verdaderos pensadores la imposibilidad de ir más allá sin un largo preámbulo científico que pudiera desenvolver su primera base positiva. Entonces, la ciencia real, admirablemente representada por Arquímedes, vino á ser, á su vez, el objeto principal del genio griego, cuya aptitud estética y cuyo poder filosófico se hallaban irrevocablemente agotados.

M. En cuanto á la preparación romana, la he hallado siempre, padre mío, mucho más apreciable por el carácter homogéneo que distingue á esta admirable ascensión gradual hacia la dominación universal. La principal obra de Bossuet contiene en este punto notables observaciones que conozco hace tiempo. Este sistema político es de tal modo comprensible, que pudo ser definido por algunos versos incomparables que ya me fueron explicados. Aunque no indican sino su destino exterior, hacen sensible cuán

íntimamente ligada se hallaba á él su constitución interior.

S. No os queda, hija mía, sino completar tal conjunto, distinguiendo sus dos fases esenciales. En tanto que la incorporación romana no abrazó la mayor parte del Occidente, la actividad guerrera debió ser dirigida por la casta senatorial, fuerte por su ascendiente teocrático, con el cual el desarrollo común contiene suficientemente las envidias y ambiciones plebeyas. Pero esta constitución militar debió cambiar cuando la dominación estuvo bastante extendida y consolidada para no absorber por más tiempo la atención del pueblo, cuyos emperadores vinieron á ser sus legítimos representantes contra la tiranía patricia. Virgilio caracterizó la política romana, personificada en el incomparable César, en el tiempo mismo en que este sistema experimentaba, á juicio del tierno poeta, esta transformación decisiva, primer síntoma de un necesario ocaso.

Estas dos fases casi iguales, una eminentemente progresiva, otra esencialmente conservadora, han tenido gran eficacia social para el conjunto de la preparación occidental. Si debemos á la primera la saludable dominación

que comprimió doquiera las guerras estériles, y sin embargo continuas, somos deudores á la segunda de los beneficios civiles de esta incorporación política, por la uniforme propagación de la evolución griega. Conquistando la Grecia, Roma la rindió siempre un digno homenaje y consagró su influencia á difundir sus resultados estéticos, filosóficos y científicos, cuyo principal destino exigía tal propagación.

Cuando los últimos movimientos, uno intelectual, otro social, propios á la antigüedad, se condenaron así irrevocablemente, la preparación humana tendió á su última fase necesaria. El desarrollo, teórico y práctico, de nuestras principales fuerzas no tardó en hacer sentir profundamente la necesidad de regularlas. Porque la disciplina espontánea que resultaba de un fin temporal se halló radicalmente disuelta cuando este fin fué alcanzado. Entonces el entendimiento y el corazón se abandonaron á desarreglos sin ejemplo, en que todos nuestros tesoros intelectuales y materiales se disipaban en innobles satisfacciones de un egoísmo enfrenado. Al mismo tiempo que la regeneración se hacía indispensable, el conjunto de los antecedentes greco-

romanos parecía procurarla una base sistemática, por la preponderancia intelectual del monoteísmo, combinado con la tendencia social hacia una religión universal.

El catolicismo surgió así para satisfacer esta inmensa necesidad de disciplina completa, bajo el impulso demasiado desconocido del incomparable San Pablo, cuya sublime abnegación personal facilitó el progreso de la unidad naciente, dejando prevalecer á un falso fundador. Pero la naturaleza profundamente contradictoria de tal construcción indicaba ya esta última transición como más rápida y menos extensa que las preparaciones precedentes. Porque su fin principal no podía ser conseguido sino con la separación radical de los dos poderes humanos, emanada espontáneamente de una situación en que el monoteísmo aumentaba lentamente bajo la dominación política del politeísmo. No obstante, tal división permanecía siempre incompatible con el genio necesariamente absoluto del teologismo, que, sobre todo en su concentración mono-teica, no permite al sacerdocio limitarse al consejo sino en tanto que no puede apoderarse del mando.

Esta contradicción necesaria se caracteriza, sobre todo, por dos contrastes generales, uno social, otro intelectual. No se puede entonces fundar la disciplina humana sino sobre la vida futura, á la cual el nuevo sacerdocio procura una importancia desconocida hasta entonces, aun en Judea, á fin de crearse con ella un dominio exclusivo. Pero tal medio se hacía impropio á regular la existencia real, porque desviaba de la sociedad para impulsar á cada creyente hacia el ascetismo solitario. Por otra parte, la íntima discordancia entre la teoría y la práctica, que se hallaba disimulada, y aun compensada, en tanto que los dos poderes estuvieron confundidos, se manifestó completamente después de su separación. La concentración monoteica desarrolló, sobre todo, el contraste necesario entre las voluntades arbitrarias y las leyes inmutables. Porque la ingeniosa conciliación que Aristóteles la había preparado, no estaba destinada sino á la ulterior fase en que el espíritu positivo tendería, ante todo, á su ascendiente final, bajo la tutela teológica.

En virtud del conjunto de estas oposiciones, no debe causar asombro que

el movimiento católico haya sido largo tiempo combatido, como un verdadero retroceso, por los mejores tipos, teóricos ó prácticos, del imperio romano. Estos jefes eminentes se hallaban gradualmente dispuestos, desde Escipión y César, al advenimiento directo del reinado de la Humanidad, bajo la preponderancia simultánea del espíritu positivo y de la vida industrial. Pero no habían apercibido la necesidad de una postrera preparación social, esencialmente relativa al sentimiento, para traer al régimen final por la doble emancipación, reservada á la edad media, de la mujer y del obrero.

M. Este gran resultado me parece, padre mío, que no se refiere al catolicismo sino á fin de caracterizar mejor su filiación histórica, representándola como pudiendo emanar del régimen antiguo bajo el nuevo impulso religioso. Pero fué secundado profundamente, y aun muy acelerado, por la influencia feudal. El catolicismo, que tuvo antes mi fe, debe conservar mi veneración. Sin embargo, jamás puedo menos de preferir á él secretamente la caballería, cuyo noble resumen en el siglo XVI creo recordar: *Haz lo que debes, suceda lo que quiera.*

S. No me falta, hija mía, sino completar vuestra justa apreciación, haciéndoos comprender que el estado feudal, mal atribuido á las invasiones germánicas, fué consecuencia necesaria del régimen romano, que acabó por tender á él espontáneamente. Porque la extensión del imperio cambió la conquista en defensa. Además, los otros dos caracteres políticos de la edad media resultaron necesariamente de esta transformación principal. Por una parte, cambió gradualmente la esclavitud en servidumbre, después de haber naturalmente restringido la trata en el interior del mundo romano. Al mismo tiempo descompuso cada vez más la dominación central en autoridades locales, encargada cada una de una defensa parcial, y cuya subordinación jerárquica constituyó el feudalismo propiamente dicho. El catolicismo no hizo sino sancionar espontáneamente esta triple tendencia política, recomendando la paz, la emancipación y la sumisión. Pero fué entonces digno órgano de los sentimientos inspirados por la situación occidental, sin que se deba atribuirlos á su doctrina, que á veces sirvió luégo para consagrar disposiciones completamente opuestas,

por su carácter vago y aun antisocial. Contribuyó mucho menos que el feudalismo, ya á la abolición, primero urbana y luégo rural, de la esclavitud occidental, ya á la emancipación femenina, en la cual le debemos únicamente la pureza previa, pero de ningún modo la ternura final, siempre caballeresca. Toda la Iglesia griega consagra aún la reclusión de las mujeres y la servidumbre de los trabajadores, que sólo los czares dignamente modifican.

M. Suficientemente preparada, padre mío, para esta apreciación general de la edad media, no me resta sino conocer la principal división de esta última transición orgánica.

S. Resulta, hija mía, del doble sistema de guerras defensivas que debió entonces absorber la actividad colectiva del Occidente, mientras que en él se consumaba gradualmente la gran revolución social que acabo de caracterizar. Su primera fase, comenzando al principio del siglo V, y acabando con el VII, se llena con el establecimiento fundamental en que surgieron, bajo las invasiones susceptibles de duradero éxito, todos los caracteres propios de la edad media, excepto el len-

guaje. Entonces la independencia prevaleció sobre el concurso. En una segunda fase, de igual duración, la necesidad de concentración se hizo dominante, para rechazar las invasiones perturbadoras de los pueblos susceptibles de incorporación occidental por su fácil conversión del politeísmo al catolicismo. Esta actividad colectiva del Occidente fué dirigida, sobre todo, por la dictadura del incomparable Carlomagno, y dignamente completada por sus sucesores germánicos.

Así se funda la República occidental, en que la antigua comunidad, debida á la incorporación forzosa, se transforma en una asociación voluntaria de Estados independientes, que no están directamente ligados sino por un mismo régimen espiritual, condensado en el papado. Este cambio tiende ya, pese á las influencias eclesiásticas y los resabios políticos, á transportar el centro social de tal sistema de Roma á París, en que desde el fin de la edad media está irrevocablemente fijado, como más conforme á las relaciones locales.

Pero durante esta segunda fase, el Oriente sufrió un vasto estremecimiento que pronto influyó profunda-

mente en el Occidente todo, primero prolongando en él el régimen católico feudal, y luégo comenzando su irreparable disolución.

La necesidad de una religión verdaderamente universal era largo tiempo hacía sentida por la mayor parte de la raza blanca, aun comprendiendo en ella la porción que, aunque adyacente al imperio romano, había evitado su dominación. Ahora bien: esta universalidad, cuya invocación caracteriza á la vez el principal mérito y la mejor crítica del catolicismo, no puede en modo alguno pertenecer al teologismo y está exclusivamente reservada al positivismo. No obstante, el monoteísmo se aproxima á ella más que el politeísmo. Este fué siempre una religión esencialmente nacional, pero muy conciliable con la incorporación militar. Por el contrario, el monoteísmo puede reunir pueblos verdaderamente independientes, aunque esta aptitud no se haya realizado sino en el Occidente en la edad media. El Oriente debía, pues, tender también á una fe monoteica, pero profundamente incompatible con la creencia occidental, por la diversidad de sus destinos sociales.

En efecto, el islamismo dirigía, so-

bre todo, el adelanto militar de otra noble parte de la raza blanca, que aspiraba, á su vez, á llegar á ser la principal médula del Gran Ser verdadero. Por esto la antigua confusión de los dos poderes fué en él necesariamente conservada y aun desarrollada en virtud de la concentración monoteica. Hecho así más conforme al genio natural del teologismo, el monoteísmo pudo, y aun debió, adquirir en Oriente una sencillez dogmática que no admitía en Occidente. Porque entre nosotros, la separación facticia de los dos poderes había obligado al verdadero fundador del catolicismo á complicar el dogma, completando la revelación, indispensable á todo monoteísmo, por la divinización del fundador supuesto. De aquí resultaron otras complicaciones secundarias, que el islamismo descartó también, para asegurar mejor la preponderancia del carácter militar sobre la degeneración sacerdotal del Jefe supremo. La independencia del clero suministró, en efecto, el motivo esencial á estas sutilidades católicas, que merecen históricamente la veneración de los filósofos, por grande que sea la repugnancia que á nuestra razón deban inspirar.

Desde el principio de esta lucha entre dos monoteísmos inconciliables, un libre pensador hubiera podido prever que acabaría pronto por desacreditarlos igualmente, mostrando la inanidad radical de sus pretensiones comunes á la universalidad. Este inmenso conflicto ocupó la última fase de la edad media, comenzando con el siglo XI y acabándose con el XIII. Entonces se estableció primero el feudalismo propiamente dicho, en que la independencia y el concurso, que por turno prevalecieron, se hallaron por fin combinados dignamente, haciendo ya presentir la sociocracia final. Esta admirable institución vino á ser, en el siglo XII, la base general de aquellas heroicas expediciones en que la República occidental, consolidada y desarrollada por la actividad colectiva, dispó finalmente todos los temores de invasión musulmana. En el siglo siguiente, las Cruzadas, esencialmente desprovistas de destino social, fueron pronto desnaturalizadas y desacreditadas. Todo el mundo romano se halló dividido desde entonces entre dos monoteísmos incompatibles, cada uno de los cuales tendió en seguida á su irrevocable ocaso, que no fué retardado

sino por la dificultad de sustituir á él un nuevo régimen.

M. Esta teoría general de la edad media me hace, por fin, comprender, padre mío, todo el catolicismo, intelectual y social: concibo en él su advenimiento necesario, su misión temporal y su irreparable decadencia. Pero tal apreciación indica aún mejor cuán injusto fué el catolicismo para con la elaboración griega y la incorporación romana, cuya combinación espontánea había determinado su formación. Después de maldecir á sus padres, fué, á su vez, maldito por sus hijos. Aunque el primer error no disculpa el segundo, le explica, manifestando la ruptura de la continuidad humana.

S. En efecto, hija mía, esta continuidad se había respetado en las revoluciones precedentes. El politeísmo había primero reemplazado al fetichismo de un modo casi insensible, incorporándosele espontáneamente. Cuando el régimen militar vino á suceder á la teocracia inicial, esto tuvo aún lugar sin romper sus antecedentes sociales, que fueron siempre honrados. Lo mismo ocurrió cuando Roma absorbió á la Grecia, glorificándose de prolongar

su evolución. Pero el advenimiento del catolicismo presenta, por el contrario, un carácter anárquico. El porvenir y el presente son en él concebidos y dirigidos como si el pasado greco-romano jamás hubiese existido. La injusticia cristiana se extiende hasta los antecedentes judíos, á pesar de la viciosa importancia que se les atribuía.

Esta brutal discontinuidad, que el islamismo se esforzó en evitar, alteró mucho el sentimiento general del progreso social, cuyo primer bosquejo hizo el catolicismo espontáneamente surgir, por la superioridad real de su régimen sobre el precedente. Importa mucho apreciar tal ruptura de los lazos históricos, porque explica, en primer lugar, la íntima contradicción, intelectual y moral, en que cayó pronto una doctrina que, nacida de la discusión, quiso luego prohibirla, y que reclama de sus hijos el respeto que ella rehusó á sus padres. Pero es, sobre todo aquí, preciso apreciar el verdadero origen de la más grave disposición propia á la anarquía moderna. El sentimiento y el espíritu anti-históricos, cuya preponderancia constituye ahora el principal obstáculo á la reorganización occidental, se remontan

así hasta el advenimiento del catolicismo. Esta inmensa dificultad no puede ser vencida sino por el positivismo, único capaz de hacer igualmente justicia á todas las fases, sociales ó mentales, de la evolución humana.

De todos modos, es necesario aquí, como en toda ocasión, reconocer que la eminente sabiduría del sacerdocio católico neutralizó durante largo tiempo los principales vicios de su deplorable doctrina. Apropiándose la lengua de Roma, cuando dejó de prevalecer, conservó espontáneamente todos los tesoros intelectuales de la antigüedad y aun su bella teología. La conmovedora leyenda, tan dignamente inmortalizada por Dante, de la feliz intercesión de un santo papa en favor de Trajano, bastaría para indicar cuánto deploraban las nobles almas católicas que su ciega doctrina las impidiese honrar á sus mejores antepasados. Pero el respeto general á los antecedentes griegos y romanos se desarrolló sobre todo en los jefes temporales, á pesar de su frecuente ignorancia.

Hállase doquiera análogo contraste. Una admirable disciplina se estableció entonces en el conjunto de los sentimientos humanos, aunque descansó

sobre un inmenso egoísmo, cuya preponderancia podía sólo dominar la personalidad vulgar. La ternura caballeresca se halló preparada y sancionada por la fe más antifemenina que jamás dominó. Después de la institución del celibato eclesiástico, que destruyó toda herencia sacerdotal, el golpe más decisivo, en Occidente, al régimen de castas, emanó de una doctrina naturalmente favorable á la teocracia, objeto final del papado degenerado. El monoteísmo, que se hizo por fin profundamente hostil á todos los progresos intelectuales, preparó su desarrollo general, acabando de elaborar la lógica humana. Fundada por el fetichismo en los sentimientos, debió al politeísmo el empleo de las imágenes. Pero su desarrollo espontáneo no se completó sino bajo el monoteísmo, por la asistencia usual de los signos. Este resultado, esencialmente común al islamismo y al catolicismo, pertenece más á éste, por la discusión habitual que en él suscitó, entre todas las clases, la división de los dos poderes.

Todas estas oposiciones deben aumentar mucho la admiración y el respeto de los verdaderos filósofos hacia estas hermosas naturalezas pontificales

que durante algunos siglos consiguieron tanta eficacia de una fe radicalmente viciosa, aunque la única adaptada á esta transición. No obstante, jamás olvidemos que todos los progresos de la edad media fueron siempre debidos al concurso necesario de los dos elementos heterogéneos que es preciso combinar en ella sin cesar, el catolicismo y el feudalismo.

Además de estos servicios inmediatos, esta admirable transición hizo irrevocablemente surgir todos los gérmenes esenciales del régimen final. Hasta bosquejó, bajo cada gran aspecto, el verdadero orden humano, á la vez temporal y espiritual, tanto como lo permitían entonces la doctrina y la situación. Así el positivismo no tiene ahora que hacer sino volver á tomar todo su programa para realizarle dignamente por una fe mejor, combinada con una actividad más favorable. Pero la influencia feudal, que hoy no tiene defensores especiales, se halla injustamente sacrificada, en estas apreciaciones históricas, á la participación católica, única estudiada por la escuela retrógrada. Un examen profundo muestra, sin embargo, la reacción caballeresca hasta sobre las modificaciones

muy desconocidas que sufrió entonces la última fe provisional. Después de haber admirablemente bosquejado el culto de la Mujer, prelude necesario de la Religión de la Humanidad, el sentimiento feudal determinó realmente, en el siglo de las Cruzadas, la alteración que experimentó el monoteísmo occidental, cuando la Virgen tendió en él á reemplazar á Dios.

Pero atribuyendo los resultados de la edad media á sus verdaderos autores, se comprende mejor la naturaleza profundamente precaria del régimen católico feudal, última forma del sistema teológico y militar. Si sólo el sacerdocio compensó la imperfección de su doctrina, esto no podía durar sino en tanto que su destino moral y social le conservase un carácter progresivo. Ahora bien: el mismo cumplimiento de tal misión impulsó al Occidente á progresos incompatibles con la fe católica, y contrarios á la constitución final de su clero, hecho ya retrógrado, como lo demuestra la admirable tentativa de regeneración fracasada en el siglo XIII. En una palabra, todos los resultados de la edad media necesitaron un régimen nuevo, desde que el islamismo y el catolicismo se neutrali-

zaron irrevocablemente. Por ejemplo, la emancipación teológica, largo tiempo limitada á algunos tipos individuales, se extendió pronto por las Cruzadas, bajo el impulso de los Templarios, más expuestos al contacto musulmán.

El comienzo del siglo XIV inició así la inmensa revolución occidental que el positivismo acaba de terminar hoy. Entonces todo el movimiento humano se hace profundamente hostil al orden anterior, aunque el nuevo régimen no pueda aún ser, en modo alguno, apercibido. Porque, después del catolicismo, ninguna organización teológica era posible; como el sistema militar no podía tampoco modificarse más allá de su constitución feudal. El Occidente comenzaba á realizar los sentimientos muy precoces de César y de Trajano acerca de su tendencia directa á hacer irrevocablemente prevalecer una fe positiva y una actividad pacífica. Pero este fin exigía, además, que la ciencia, la industria, y aun el arte, sufriesen una larga elaboración, que debió ser esencialmente especial y dispersiva, para disimular así su tendencia social. De aquí resulta ese doble carácter de la última transición huma-

na, más y más anárquica para el todo, aunque más y más orgánica para los elementos.

M. Puesto que el presente, padre mío, se enlaza directamente al pasado, necesito conocer la marcha general de este movimiento, para seguir en él los progresos simultáneos de la anarquía y de la renovación.

S. En la progresión negativa, mejor caracterizada que la otra, es necesario, hija mía, distinguir, sobre todo, dos fases esenciales, según que la descomposición queda puramente espontánea, ó se hace más y más sistemática. La primera comprende los siglos XIV y XV, y la otra los tres siguientes. Estos dos períodos presentan las mismas diferencias en el movimiento positivo, aunque de una manera menos pronunciada. Todo el Occidente participa de la descomposición espontánea; pero la negación sistemática no prevalece sino en el Norte.

El movimiento revolucionario fué siempre dirigido, en su comienzo, por dos clases conexas, emanadas primero, y pronto rivales, de los antiguos poderes. La de los metafísicos y la de los jurisconsultos, que constituyeron el elemento espiritual y el elemento tem-

poral de este régimen negativo, caracterizado, sobre todo en Francia, en las universidades y en los parlamentos. Pero la segunda clase merece más estimación que la primera, porque su común espíritu se modificó bajo el feliz impulso de las aplicaciones sociales. En tanto que los metafísicos jamás fueron para la teología sino inconsecuentes demolidores, los legistas, y sobre todo los jueces, aparte de sus servicios temporales ó especiales, tendieron siempre á construir sobre las huellas romanas una moral puramente humana.

Durante la primer fase moderna, todo el régimen de la edad media se halla radicalmente descompuesto por los íntimos conflictos de sus diversos elementos, aunque sus doctrinas permanezcan intactas. La lucha principal debió ser la de los dos poderes, espiritual y temporal, cuya armonía precaria había flotado siempre entre la teocracia y el imperio. A los vanos esfuerzos de los papas del siglo XIII para establecer su dominación absoluta, sucedió en todas partes, y sobre todo en Francia, la feliz resistencia de los reyes, que en el transcurso del siglo siguiente anulaban irrevocablemente el

poder occidental del papado. Esta revolución decisiva fué completada en el siglo XV por la subordinación de cada clero nacional á la autoridad temporal, no dejando sino una influencia ilusoria al jefe central, que desde entonces degeneró en príncipe italiano. Perdiendo su independencia, el sacerdocio pierde también su moralidad, primero pública y luego privada. Para conservar su existencia material coloca sus doctrinas al servicio de los fuertes.

Al mismo tiempo se desarrolla la lucha, comenzada en la edad media, entre el elemento local y el elemento central de la constitución temporal. Doquiera el poder que fué primero inferior acabó por triunfar, con la ayuda espontánea de las clases surgidas de la abolición de la esclavitud. En el caso normal, la majestad real prevaleció sobre la aristocracia. Debe mirarse lo contrario como una excepción, cuyo primer tipo presenta Venecia, y desarrollada, sobre todo, en Inglaterra.

Bajo una ú otra forma, la combinación de esta concentración política con el relajamiento del sacerdocio instituye en cada nación occidental una verdadera dictadura, lo único que po-

día contener la anarquía material traída por la desorganización espiritual. El mejor tipo de esta magistratura excepcional fué el eminente Luis XI, único que comprendió dignamente y dirigió sabiamente todo el movimiento moderno.

En cuanto á la progresión positiva, su principal aspecto durante esta primera fase consiste en el desarrollo industrial. Preparado por la doble organización de las clases laboriosas, en la edad media, se desarrolla entonces bajo tres impulsos decisivos, cuyo advenimiento nada tiene de fortuito. Primero la invención de la pólvora viene á completar la institución transitoria de los ejércitos permanentes, para dispensar á los occidentales de una educación militar contraria á su nueva actividad. Después la imprenta une la ciencia á la industria, permitiendo satisfacer el ardor teórico que prevalece doquiera. Por fin el descubrimiento de América y de un camino marítimo á las Indias suministra vasto campo á la extensión decisiva de las relaciones industriales, de modo propio á caracterizar y consolidar la nueva vida occidental. El movimiento intelectual no se hace entonces eminente sino para la

poesía, abriendo el siglo XIV por una incomparable epopeya, y produciendo en el XV una admirable composición mística. Pero el adelanto científico se prepara con útiles materiales de todos géneros.

Este progreso simultáneo de la inteligencia y de la actividad hace resaltar más el deplorable abandono del perfeccionamiento moral, que constituyó en todas las clases el principal mérito de la edad media. El doble ardor que prevalece entonces en Occidente, descansa esencialmente sobre el desarrollo universal y desordenado del orgullo y de la vanidad, unidos casi siempre al más innoble egoísmo. Es cierto que el adelanto estético, pese á su tendencia revolucionaria, mantiene espontáneamente sentimientos mejores. Pero la cultura moral se concentra cada vez más en el sexo afectivo, único que, preservado del impulso teórico y práctico, transmite, á través de la anarquía moderna, los principales resultados de la edad media, á pesar de la aversión creciente que inspiraban. Esta santa providencia no puede, sin embargo, impedir que la alteración gradual del verdadero principio de toda disciplina humana coincida con el

desarrollo especial de nuevas fuerzas, espirituales y temporales, propias al estado final del Occidente.

M. Suficientemente caracterizada la fase inicial del doble movimiento moderno, os ruego, padre mío, que apreciéis análogamente su período sistemático.

S. Las doctrinas del régimen antiguo, hija mía, que hasta entonces permanecieron intactas, fueron directamente atacadas por principios puramente negativos. Esta extensión de la anarquía no fué menos indispensable é inevitable, á fin de manifestar la necesidad de una verdadera reorganización, disimulada bajo la apariencia de vida que conservaba un sistema todas cuyas bases sociales se hallaban irrevocablemente destruídas. Pero, para apreciar bien su destino, es preciso dividir su período en dos fases, la primera de las cuales, comenzando en el siglo XVI, termina en el retroceso de la monarquía francesa, coincidiendo con el triunfo de la aristocracia inglesa. La segunda conduce un siglo después hasta el advenimiento directo de la crisis revolucionaria, cuyas deplorables vicisitudes sufre el Occidente aún después de dos generaciones.

Esta distinción necesaria resulta, sobre todo, de la sistematización creciente que experimenta la doctrina negativa, que parece en un principio compatible con las condiciones fundamentales del régimen teológico, llegando á ser luégo evidentemente contrario á ellas. Se debe caracterizar estos dos grados sucesivos del movimiento negativo por las calificaciones respectivas de protestante y deísta, á pesar de la infinita diversidad de las sectas protestantes, su común adhesión á la revelación cristiana basta para separar á todas de la emancipación más avanzada que caracteriza al deísmo.

En el comienzo de la segunda fase moderna, la doctrina negativa establece directamente su principio anárquico, proclamando el individualismo absoluto, por lo mismo que atribuye á cada cual, sin condición alguna de competencia, la decisión de todas las cuestiones. Entonces toda autoridad espiritual se halla radicalmente disuelta. Los vivos se pronuncian completamente contra los muertos, como lo atestigua una ciega reprobación de toda la edad media, mal compensada por una irracional admiración de la antigüedad. Así se agrava, bajo el im-

pulso protestante, la fatal ruptura que el catolicismo introdujo en la continuidad humana.

M. Permitid, padre mío, que os interrumpa un momento para haceros presente la profunda repugnancia que me ha inspirado siempre el protestantismo, que pretendió reformar el monoteísmo occidental despojándole de sus mejores instituciones. Suprimió así el dogma del purgatorio, el culto de la Virgen y de los santos, el régimen de la confesión, y desnaturalizó el misterioso sacramento que procuró á los corazones occidentales un sublime resumen de toda su religión.

Así, mi sexo, que antes había secundado tanto el proceso católico, permaneció esencialmente pasivo en una reforma en que, rechazada su ternura, no hallaba otra compensación que la autorización para comentar libros ininteligibles y peligrosos. El protestantismo hubiera alterado profundamente la institución del matrimonio occidental restableciendo el divorcio, si las costumbres modernas no hubiesen siempre rechazado espontáneamente tal retroceso, allí mismo donde prevaleció oficialmente.

S. Vuestra justa repugnancia ex-

plica espontáneamente, hija mía, la íntima discordancia del Occidente con una doctrina puramente negativa, que dividió pronto las naciones, las ciudades, y hasta las familias. Es, sin embargo, indudable que su éxito parcial satisfizo entonces importantes necesidades intelectuales y sociales. Pese á su carácter anárquico, el principio protestante secundó el progreso científico y el desarrollo industrial, estimulando los esfuerzos personales y quebrantando reglas opresoras. Se le debe las dos revoluciones preliminares dirigidas en Holanda contra la tiranía exterior, y en Inglaterra hacia la regeneración interior. Aunque la segunda, muy prematura, debió fracasar finalmente, indicó ya, bajo la admirable dirección de Cromwel, la tendencia necesaria del movimiento occidental.

Entonces las necesidades, igualmente imperiosas, del orden y del progreso se hicieron profundamente inconciliables, y los occidentales se dividieron según que sentían más unos ú otros. La opresión general era inminente si el protestantismo no hubiera podido prevalecer en parte alguna. Porque un clero retrógrado despertaba doquiera la solicitud de los antiguos

poderes contra un movimiento cuya tendencia no era equívoca. Pero es preciso felicitarse más de que la mayor parte del Occidente había sido preservada del ascendiente protestante. Porque su universalidad, que se consideró como el desenlace normal de la común revolución, hubiera disimulado cualquiera profundamente todas las condiciones esenciales en la regeneración humana, proclamando la eterna confusión de los dos poderes. Por esta doble apreciación se es llevado á simpatizar igualmente con las grandes almas que lucharon dignamente en este inmenso conflicto, preámbulo necesario de una verdadera renovación.

A pesar de las trabas producidas por la agitación protestante, la segunda fase moderna completó la dictadura temporal emanada de la primera. Su desarrollo coincide con la formación de grandes nacionalidades, provisionalmente resultadas de la ruptura del lazo occidental, propio á la edad media. Pero esta anomalía política no ofrece realmente esta eficacia social, por otra parte necesariamente pasajera, sino para la población central. Investida cada vez más, desde Carlomagno, de la dirección general del movimiento

occidental, la Francia necesitaba constituir una potencia muy compacta, bastante extensa para imprimir un impulso decisivo y dominar toda agresión retrógrada. Por otra parte, tal concentración no vino á ser doquiera sino una ciega y peligrosa imitación de esta política excepcional.

En esta segunda fase, la progresión positiva desarrolló, sobre todo, su carácter científico y su tendencia religiosa. La cosmología emprende un vuelo decisivo estableciendo la doctrina del movimiento de la tierra, completada pronto por la sistematización de la geometría celeste y de su mecánica.

Entonces el espíritu científico se hace radicalmente inconciliable con todo espíritu teológico ó metafísico. La tendencia directa hacia una filosofía plenamente positiva se caracteriza abiertamente, bajo el doble impulso de Bacon y Descartes, que señala ya la preparación que exige tal síntesis. Durante este movimiento sucesivo, el arte general y las artes especiales prosiguen dignamente la evolución que la fase precedente debió á la edad media. Pese á la falta de dirección filosófica y de destino social, la poesía occidental produjo en cinco siglos más verdaderas

obras maestras que en toda la antigüedad. En cuanto al desarrollo industrial, su extensión se hizo entonces el objeto creciente de la atención pública, aunque subordinada aún á intenciones guerreras. Pero manifiesta ya la tendencia de los negociantes á separarse de los trabajadores, para agregarse á la aristocracia degenerada.

M. Quisiera, padre mío, concebir ahora el carácter y el destino de la última fase moderna.

S. Fué necesaria, hija mía, por el resultado general de la precedente. Renunciando á toda preponderancia universal, el protestantismo y el catolicismo dividieron irrevocablemente el Occidente, así como todo el mundo romano se dividió antes entre el Corán y la Biblia. En los casos principales, este reparto occidental coincide naturalmente con la distinción, desde entonces más pronunciada, entre las dos formas, aristocrática y monárquica, propias á la dictadura temporal resultada doquiera de la fase precedente.

Los dos regímenes se habían hecho igualmente hostiles á la emancipación radical que les amenazaba parecidamente. Progresivo en tanto que tuvo que vencer fuertes resistencias, el po-

der real, sobre todo francés, manifestó sus inclinaciones retrógradas tan pronto como dejó de temer lucha alguna. Desde la segunda mitad del reinado de Luis XIV reunió todos los residuos del orden antiguo para contener concertadamente un movimiento social que debió juzgar puramente anárquico. Pero la dictadura aristocrática y protestante se hizo entonces, sobre todo en Inglaterra, más peligrosamente hostil al movimiento occidental que la dictadura monárquica y católica, porque fué mejor secundada por el pueblo. El protestantismo, que en tanto que debió luchar favoreció la libertad, se esforzó en comprimir la emancipación tan pronto como prevaleció oficialmente, siguiendo la tendencia de toda doctrina que rechaza la división de los dos poderes humanos. Estableció en Inglaterra un sistema universal de hipocresía, más dañoso y hábil que el que reprochaba el jesuitismo, manifestación última del catolicismo espirante. Pero la principal corrupción emanada de tal régimen consistió en el pleno desarrollo del sistema de egoísmo nacional que había podido bosquejar sólo Venecia, y que, muy acogido por toda la población bri-

tánica, tendió á aislarla del Occidente.

Tal situación hizo indispensable, cuanto inevitable, la explosión negativa que caracteriza al siglo XVIII, y sin la cual no se podía elaborar ni aun concebir una verdadera reorganización. Los dogmas críticos, surgidos primeramente de su principio fundamental, bajo las dos revoluciones protestantes, estaban ya suficientemente coordinados por los sucesores metafísicos de Bacon y Descartes. Fueron entonces propagados universalmente en virtud de los asiduos esfuerzos de una clase antes subalterna, los literatos propiamente dichos, reemplazando así los doctores en la dirección del movimiento revolucionario, en que los abogados sustituyeron pronto á los jueces. Dos generaciones agotaron el ascendiente previo de estas escuelas inconsecuentes, que quisieron destruir el altar conservando el trono, ó recíprocamente. Pero el siglo XVIII jamás será representado filosóficamente por puros demoledores como Voltaire y Rousseau, hoy casi olvidados. La gran escuela, la de Diderot y Hume, que Fontenelle prepara y Condorcet completa, no abraza el conjunto de la des-

trucción sino á fin de concebir todo lo posible la regeneración final, cuyo precursor práctico fué el gran Federico. Porque desde entonces los espíritus limitados eran los únicos que podían esperar proveer á las necesidades de la renovación moderna con modificaciones del régimen antiguo.

Durante esta fase final, el movimiento positivo completó la cosmología fundando la química. Este progreso decisivo termina los servicios del espíritu analítico y del régimen académico, cuya ciega preponderancia se hizo pronto un obstáculo creciente á trabajos que debían ser esencialmente sintéticos. En la progresión industrial se ve entonces á la clase de los banqueros tender directamente hacia su ascendiente natural, único que puede sistematizar la actividad material. Al mismo tiempo, la guerra se pone al servicio del trabajo, con ocasión de las luchas coloniales. La extensión decisiva de las máquinas acaba de caracterizar la industria moderna. Pero desarrolla también la deplorable deserción de los negociantes en lo que se refiere á las condiciones sociales propias á los trabajadores, cada vez más explotados, en vez de ser gobernados.

Se concibe así el carácter necesariamente tempestuoso de la inmensa crisis en que han terminado los cinco siglos que nos separan de la edad media. Resulta de una fatal discordancia entre las dos progresiones que componen el movimiento occidental, en que el progreso positivo era incapaz de satisfacer á las exigencias orgánicas resultadas del progreso negativo. En tanto que éste destruía todos los puntos de vista generales, aquél no podía sustituir aún á ellos sino concepciones de detalle. La presidencia de la regeneración moderna, en los tiempos en que era más difícil, se escapaba á la clase más incapaz, la de los simples escritores, que sólo aspiraban á la *pedantocracia*, metafísica ideada por sus maestros griegos para concentrar en ellos todos los poderes.

M. Aunque esta indicación me explica lo bastante el conjunto de la crisis revolucionaria, quisiera, padre mío, conocer sumariamente su marcha general, á fin de apreciar bien su estado actual, objeto final de este último diálogo.

S. Es aquí necesario, hija mía, tener, ante todo, en cuenta la abolición necesaria de la monarquía francesa, en

que se había condensado todo el régimen descompuesto. Los funerales de Luis XIV hubieran permitido preverlo ya, si desde luégo una verdadera teoría histórica les hubiese interpretado como anuncios de la irreparable degeneración del gobierno, y la antipatía radical del pueblo.

Después de algunos años de vacilación metafísica, una sacudida decisiva derribó para siempre esta institución retrógrada, último vestigio del régimen de castas, según la consagración teocrática que le confirió el servilismo del clero moderno. Pero la gloriosa asamblea, única popular en Francia, que debió así inaugurar la regeneración social, no podía llenar las lagunas intelectuales del movimiento occidental. Desprovista de toda doctrina verdaderamente orgánica, no pudo, dirigiendo heroicamente la defensa republicana, sino formular vagamente el programa moderno á través de una metafísica siempre incapaz de construir cosa alguna.

Las tendencias profundamente subversivas que manifestó necesariamente el triunfo político de esta doctrina negativa, determinaron pronto una reacción retrógrada. Comenzada por el efí-

mero ascendiente de un deísmo sangui-
nario, se desarrolló, sobre todo, des-
pués de la resurrección oficial del ca-
tolicismo, bajo la tiranía militar. Pero
las tendencias fundamentales de la ci-
vilización moderna rechazaron igual-
mente el teologismo y la guerra. El
estímulo sin ejemplo que entonces
recibieron todos los instintos egoístas
no dispensó al espíritu militar de fun-
dar su orgía final en un reclutamiento
forzoso, cuya adopción universal anun-
cia la próxima abolición de los ejérci-
tos, reemplazados por fuerzas de poli-
cía. Ninguno de los artificios retrógra-
dos introducidos luégo á fin de impe-
dir tal resultado, ha podido reanimar
el cadáver de la guerra, ni el del teo-
logismo, ni aun bajo pretexto de pro-
greso, y á pesar de la ausencia de con-
vicciones públicas que debían conde-
nar tal conducta. Respecto al más in-
moral de estos expedientes, me atrevo
aquí á proclamar mis votos solemnes
porque los árabes expulsen enérgica-
mente á los franceses de Argelia, si
éstos no saben restituírsela dignamen-
te. Me honraré siempre con haber
deseado ardientemente, desde mi in-
fancia, el éxito de la heroica defensa
de los españoles.

Este retroceso, al cual sólo la guerra había procurado una consistencia aparente, fracasó radicalmente por el irrevocable advenimiento de la paz occidental. Pero la prolongada ausencia de toda doctrina orgánica llevó entonces al empirismo metafísico á intentar erigir finalmente en solución universal una vana imitación del régimen parlamentario propio á la transición inglesa. Su dominación oficial durante una sola generación no sirvió allí realmente sino para regularizar una deplorable serie de oscilaciones entre la anarquía y el retroceso, en que el único mérito de cada partido consistió en preservarnos de su rival.

Durante esta larga fluctuación, que hizo constar más y más la igual impotencia de todas las doctrinas en circulación, el desorden espiritual llegó á su colmo, por el común hundimiento de las convicciones anteriores, tanto revolucionarias como retrógradas. Ninguna disciplina parcial podía ser real y duradera. Además, el principio único de la disciplina universal, la preponderancia continua del corazón sobre el entendimiento, se hallaba más y más desacreditada desde el fin de la edad media, á pesar de la santa resistencia

de las mujeres, cada vez menos respetadas por el delirio occidental. Por esto, aun en la evolución científica, el orden provisional que Bacon y Descartes habían intentado establecer, desapareció bien pronto bajo el desarrollo empírico de las especialidades dispersivas que rechazaban ciegamente toda regla filosófica. En vez de reducir cada fase enciclopédica á lo que exigía el advenimiento de la siguiente, se procuró desenvolver indefinidamente, aislando más cada vez un conjunto cada vez menos apercibido. Esta tendencia se hizo tan retrógrada como anárquica, amenazando destruir hasta los principales resultados de los trabajos anteriores, bajo la dominación creciente de las medianías académicas. Pero la anarquía y el retroceso son aun más completos en el arte, cuya naturaleza eminentemente sintética rechazaba más el empirismo analítico. Por lo que respecta á la poesía misma, el retroceso ha sido tal, que los literatos nada pueden apreciar más allá del estilo, hasta el punto de colocar á veces verdaderas obras maestras por bajo de composiciones medianas é inmorales.

M. En este doloroso cuadro, cuya exactitud no puedo negar, no veo, pa-

dre mío, de dónde puede provenir la solución final explicada por este Catecismo.

S. Surgió, hija mía, de la suficiente realización del inmenso preámbulo objetivo que, comenzando en Tales y Pitágoras, prosiguió durante toda la edad media y no deja de avanzar á través de la anarquía moderna. Al principio de la explosión francesa, no bastaba aún sino en cosmología, por el reciente advenimiento de la química. Pero el desarrollo decisivo de la biología, fundada por Bichât y completada por Gall, acabó pronto de procurar una base científica para la renovación total del espíritu filosófico. El conjunto del movimiento positivo acabó entonces al advenimiento de la sociología, que anunció ya la tentativa, inmortal, aunque fracasada, en que Condorcet intentó subordinar sistemáticamente el porvenir al pasado, en medio de las más antihistóricas disposiciones.

Bajo la universal preponderancia del punto de vista humano, una síntesis subjetiva pudo así construir, por fin, una filosofía verdaderamente inquebrantable, que llevó á fundar la religión final, tan pronto como el desarrollo moral hubo completado la re-

novación mental. Desde entonces se admira la edad media, apreciando al par mejor la antigüedad. La cultura del sentimiento fué radicalmente conciliada con la de la inteligencia y la de la actividad.

Todos los corazones nobles y todos los grandes entendimientos, siempre de hoy más convergentes, creen así terminada la larga y difícil iniciación que debió sufrir la Humanidad, bajo el imperio siempre decreciente del teologismo y de la guerra. El movimiento moderno deja de ser radicalmente absurdo. Su progresión positiva se muestra en él, por fin, capaz de satisfacer todas las exigencias, intelectuales y sociales, resultadas de su progresión negativa, no solamente para el porvenir, sino también en cuanto al presente, del cual no he debido aquí ocuparme. Doquiera lo relativo sucede irrevocablemente á lo absoluto, y el altruismo tiende á dominar al egoísmo, en tanto que una marcha sistemática reemplaza á una evolución espontánea. En una palabra, la Humanidad sustituye definitivamente á Dios, sin olvidar jamás sus servicios provisionales.

Hé aquí, querida hija mía, la última explicación que os debía acerca del

advenimiento decisivo de la religión uniyersal, á la cual aspiran desde hace tantos siglos el Occidente y el Oriente. Aunque halla aún muchas dificultades, sobre todo en su centro, por los prejuicios y las pasiones que, bajo diversas formas, rechazan toda verdadera disciplina, su eficacia será pronto sentida por las mujeres y los proletarios, principalmente en el Mediodía. Pero su mejor recomendación debe resultar de la aptitud exclusiva del sacerdocio positivo para unir doquiera á las almas honradas y sensatas, aceptando dignamente el conjunto de la sucesión humana.

FIN ¹

¹ Á fin de facilitar el estudio de este catecismo, el autor aconseja consagrarle primeramente dos semanas, concediendo un día á cada diálogo, con dos días de suspensión, uno entre la primera parte y la segunda, y otro entre la tercera y la conclusión. Dos horas por día bastarán para leer por la mañana y volver á leer por la noche cada uno de estos doce capítulos, comprendiendo en ellos el prefacio. Después de esta iniciación general, cada lector podrá separadamente volver á leer á su antojo los diversos diálogos, hasta apropiárselos convenientemente.

Impidiéndonos la falta de espacio insertar en este tomo un estudio crítico de la doctrina de Augusto Comte, le incluiremos en uno de los próximos volúmenes de nuestra Biblioteca, recomendando entre tanto á aquellos de nuestros lectores que quieran formar una idea acabada de esta doctrina, la lectura de las siguientes obras:

AUGUSTO COMTE.—*Système de Politique positive.*—*La Philosophie positive, condensée par* Miss H. Martineau.—*Synthèse subjective.*—*Appel aux conservateurs.*—*Circulaires annuelles.*—*Lettres à M. Valat (1815-1844).*—*Lettres à John Stuart Mill.*

DR. G. ANDIFFRENT.—*Du cerveau et de l'inervation.*—*Appel aux médecins.*—*Des maladies de cerveau et de l'inervation.*—*Le temple de l'Humanité.*—*Le positivisme des derniers temps.*

Testament d'Auguste Comte, ses prières quotidiennes, ses confessions annuelles et sa correspondance avec Mme. Clotilde de Vaux.

DR. ROBINET.—*Notice sur l'œuvre et sur la vie d'Auguste Comte.*

J. LONCHAMPT.—*Essai sur la prière.*

P. LAFFILITE.—*Appendice au catéchisme positiviste.*

J. H. BRIDGES.—*De l'unité de la vie et de la doctrine d'Auguste Comte.*

JORGE LAGARRIGUE.—*Lettres sur le positivisme et sur la mission religieuse de la France.—L'Espagne et Calderon de la Barca.—Le positivisme et la Vierge-mère.*

JUAN ENRIQUE LAGARRIGUE.—*La Religión de la Humanidad.—Circular religiosa.—El tránsito á la Religión de la Humanidad.*

C. DE BIGNIERES.—*Exposition abrégée et populaire de la Philosophie et de la Religion positives.*

TIBERGHEN.—*Estudios sobre filosofia: Ateísmo, positivismo y materialismo.*

BARCELLOTTI.—*La moral de la filosofia positiva.*

LITTRÉ.—*Augusto Comte.*

STUART MILL.—*A system of logic.—Auguste Comte et le positivisme.*

SPENCER.—*Classification des sciences.—Genèse de la science.—Principes de biologie.*

SALMERÓN.—*Apéndice á la Generación de los conocimientos humanos de Tiberghien.*

PATRICIO DE AZCÁRATE.—*Exposición histórico-crítica de los sistemas filosóficos modernos.*

G. DE AZCÁRATE.—*Estudios filosóficos y políticos. El positivismo y la civilización.—Estudios económicos y sociales. Augusto Comte.*

GONZÁLEZ SERRANO.—*Estudio sobre el principio de la Moral con relación á la doctrina positivista.*

HÆCKEL.—*La psychologie cellulaire.*

E. CARO.—*L'idée de Dieu.—Le matérialisme et la science.*

J. SIMÓN.—*La religion naturelle.*

E. NAVILLE.—*Le Positivisme y la philosophie.*

LAURENT.—*Estudios sobre la Historia de la Humanidad. Augusto Comte.*

BÜCHNER.—*Science et nature.—Force et matière.*

VACHEROT.—*La science et la conscience.—La métaphysique et la science.*

H. TAINÉ.—*Le positivisme anglais.*

P. JANET.—*Le matérialisme contemporaine.—La crise philosophique.*

J. MOLESCHOTT.—*La circulation de la vie.*

Volúmenes.

- XV. RICHTER. *Teorías estéticas*. Trad. de J. V.
XXVIII y XXIX. KANT. *Crítica de la razón
práctica*. Trad. de A. Z.
-

Filosofía cristiana.

- XII y XIII. SANTO TOMÁS. *Teodicea*. Traduc-
ción directa de J. Vargas.
XVI. PASCAL. *Pensamientos*. Trad. de I. G. y
González.
XVII. FENELON. *El ente infinito*. Trad. de An-
tonio Zozaya.
XXV. KEMPIS. *Imitación de Cristo*. Trad. del
P. Juan Eusebio Nieremberg.
XXVII. LUIS VIVES. *Introducción a la sabiduría*.
Trad. de Diego de Astudillo.
-

Filosofía moderna.

- II. DESCARTES. *Discurso del método*. Traduc-
ción de J. de V. (2.^a edición.)
VI, VII y VIII. SPINOZA. *Tratado teológico po-
lítico*. Trad. de A. Z. y J. V.
X. ROUSSEAU. *Del contrato social*. Trad. de
A. Zozaya.
XI. LAMENNAIS. *El libro del pueblo. El eco de
las cárceles*. Trad. de id.
XXII. DESCARTES. *Meditaciones metafísicas*.
Trad. de id.

Volúmenes.

XXX, XXXI y XXXII. COMTE. *Catecismo Positivista*. Traducción de A. Zozaya.

Filosofía española contemporánea.

IX. SANZ DEL RÍO. *El idealismo absoluto. Discurso pronunciado en la Universidad.*

XXVI. F. GINER. *Estudios sobre educación.*

Seguirán obras de Ahrens, Bentham, Confucio, Haeckel, Hamilton, Hegel, Hobbes, Humboldt, Hume, Krause, Lessing, Littré, Locke, Lotze, Lulio, Mahoma, Maimónides, Malebranche, Pi y Margall, Proudhon, Roscelín, Rosmini, Salmeron, San Agustín, San Anselmo, San Isidoro, San Juan Damasceno, Savonarola, Schopenhauer, Séneca, Spencer, Stahl, Strauss, Stuart Mill, Taparelli, Tiberghien, Vico, Wolf, Zimmerman, Zoroastro, etc.

ADVERTENCIAS.— No se sirve pedido cuyo pago no se acompañe.

El precio de cada volumen en provincias es 60 céntimos.

...
A. 23

...
ána

...
Univ

...
ción

Confr-

, Hum-

Locke

lebra-

, Ros-

elmo

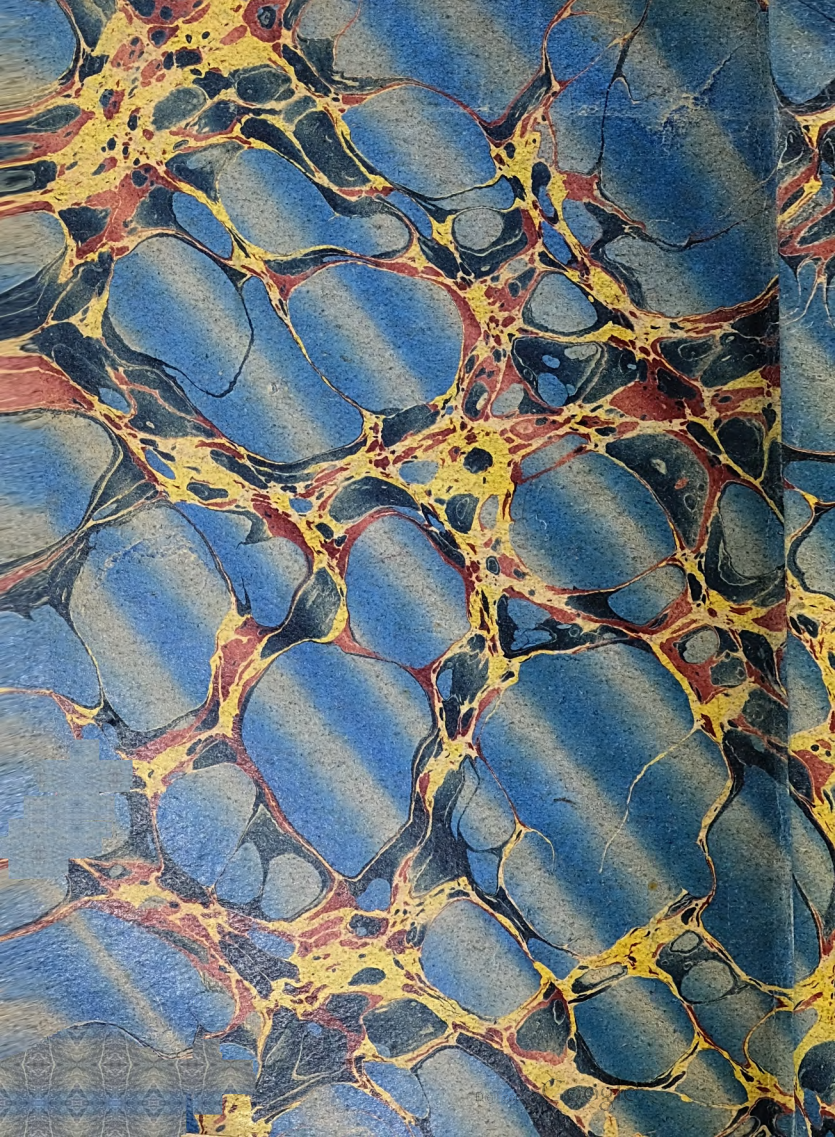
arola,

raus,

Wolf,

...
nyo

...
és







059171100965272